CHRISTIAN GÁLVEZ

HE VENCIDO AL MUNDO



SUMA de letras

Christian Gálvez

He vencido al mundo



A Patricia,
la mujer de mi vida,
madre inquebrantable,
compañera de viaje.
Tú eres mi fe,
mi resurrección y mi vida.

A Aurora y Sofía,
porque no concibo la vida
sin vosotras a mi lado.

A Luca,
porque tu sonrisa
es capaz de vencer al mundo.

Sois la Luz en mi Camino.

Dios no puede estar en todas partes a la vez, por eso hizo a las madres.

Proverbio judío

Amo la traición, pero odio al traidor.

Julio César

Nota del autor

Una de las principales justificaciones para situar la crucifixión de Jesucristo en el año 30 d. C. en lugar del año 33 se basa en la conjunción de datos históricos y astronómicos relacionados con la celebración de la Pascua judía y los relatos evangélicos. Según los Evangelios, la crucifixión ocurrió durante la Pascua, y la investigación astronómica sugiere que, en el año 30 d. C., la Pascua cayó en un viernes (14 de Nisán), lo que coincide con los registros bíblicos de que Jesús fue crucificado el día previo al *shabbat*. Además, las referencias históricas acerca del gobernante Poncio Pilato, quien fue prefecto de Judea desde el año 26 hasta el 36 d. C., y las tradiciones relacionadas con la duración del ministerio público de Jesús, que se estima en unos tres años, corroboran esta fecha. Por tanto, al cruzar estos datos, se obtiene una mayor congruencia para la crucifixión en el año 30 d. C., reforzando esta hipótesis histórica.

Por otro lado, Jesús de Nazaret no podría haber nacido en el año 1 d. C. debido a la incompatibilidad con los datos históricos y cronológicos disponibles. Uno de los puntos clave es que los Evangelios de Mateo y Lucas indican que Jesús nació durante el reinado de Herodes el Grande. Herodes murió en el año 4 a. C., y

esto establece un límite anterior para el nacimiento de Jesús. Además, los relatos de Mateo sobre la visita de los Magos y la orden de Herodes de asesinar a los niños menores de dos años en Belén (visto por la mayor parte de investigadores como parte de una narración ficticia) sugieren que Jesús nació al menos unos dos años antes de la muerte de Herodes. Otro dato relevante es la estimación de Lucas de que Jesús tenía «cerca de treinta años» al comienzo de su ministerio, que se sitúa en el año 15 del reinado de Tiberio César (aproximadamente en el 29 d. C.), lo que apuntaría a un nacimiento alrededor del 5 o 6 a. C. Estas evidencias históricas y cronológicas hacen inviable que Jesús haya nacido en el año 1 d. C.

El calendario romano se inicia tradicionalmente en el año de la fundación de Roma, conocido como «ab urbe condita» (AUC), que se estima que ocurrió en 753 a. C. según las leyendas romanas y los cálculos de historiadores antiguos como Tito Livio y Plutarco. El calendario evolucionó a lo largo de los siglos, experimentando varias reformas, la más significativa de las cuales fue la introducción del calendario juliano por Julio César en 46 a. C., que sirvió para regular los desajustes con las estaciones del año provocadas por los ciclos lunares del anterior calendario republicano romano.

El origen del calendario hebreo no está nada claro. Parece ser que comienza siendo un calendario lunar y que posteriormente toma influencias babilónicas antes del periodo del Segundo Templo. Se cuenta a partir de lo que se considera el momento de la creación del mundo según la cronología bíblica, el 7 de octubre del año 3761 a. C. en el calendario gregoriano, pero en obras como el *Libro de Henoc* o los textos de Qumrán se propone otro calendario judío distinto. El calendario actual parece que se estableció en tiempos del patriarca Hillel II (359 d. C. aproximadamente), y la relación entre los años cristianos y judíos se la debemos al cálculo que realiza

Maimónides en el siglo X, que toma la Biblia hebrea (o Biblia judía) y va contando desde Adán y las generaciones de los patriarcas, y se apoya en la caída de Jerusalén bajo el Imperio romano (que puede ser fechada históricamente) para llegar a esta equivalencia.

El calendario cristiano, también conocido como el calendario gregoriano en su forma actual, comienza su cuenta a partir del nacimiento de Jesucristo, un evento que se estima que ocurrió en el año 1, *anno Domini* (A. D.), un sistema de datación que fue propuesto por el monje Dionisio el Exiguo en el siglo VI d. C., quien buscaba crear un calendario más cristocéntrico y distanciarse del calendario basado en el reinado del emperador Diocleciano, conocido por sus persecuciones cristianas. Con cierto margen de error debido a ajustes y erratas históricas, se suele aceptar que el nacimiento de Jesús de Nazaret pudo haber ocurrido entre el 6 y el 4 a. C.

Por otra parte, algunas fuentes judías o cristianas suelen hacer referencia a X años de reinado de X rey/gobernador/procurador…, etc.

Por ejemplo, citaré a Lucas 3, 1:

> En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisanio tetrarca de Abilene…

Así pues, he optado por incluir en cada capítulo de esta novela los calendarios hebreo, romano y el *anno Domini* cristiano con el fin de situar a los lectores en el tiempo de la mejor manera posible.

IMMA (אמא): mamá, mami.
ABBÁ (אבא): papá, papi.

Términos familiares, cariñosos y cercanos que usan los niños en hebreo y arameo para referirse a su madre y a su padre. Expresan intimidad, confianza y afecto, más que autoridad o distancia.

Un día antes
de la crucifixión

1

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El día se desvanecía sobre Jerusalén.

El horizonte comenzaba a teñirse de tonos ámbar y carmesí mientras el sol iniciaba su descenso final detrás de las lejanas colinas. El suave murmullo de la ciudad empezaba a disiparse, como si la misma urbe reconociera la solemnidad de lo que estaba a punto de ocurrir.

Entre las estrechas y serpenteantes calles, comerciantes y viajeros se apresuraban a terminar sus negocios antes de que la noche tomara el relevo del día. El aire aún estaba impregnado de la mezcla familiar del aroma del pan recién horneado y las últimas especias que se vendían en los mercados para la cena.

Mientras las luces comenzaban a titilar en las casas de piedra, María caminaba con paso decidido por las angostas calles que

conducían al hogar donde estaban los doce junto a su hijo: Jesús de Nazaret.

Desde el anuncio de aquella cena, una mezcla de aprehensión y amor maternal la había impulsado a estar, aunque a cierta distancia, lo suficientemente cerca como para ofrecer apoyo espiritual, porque sabía que Jesús no cambiaría de opinión.

Por desgracia para ella, las próximas horas iban a ser cruciales.

Mientras se aproximaba a su destino, solo el susurro del viento acompañaba sus pensamientos. Al llegar a la base de la escalera que conducía al aposento, María se detuvo un momento.

Una brisa suave acarició su rostro.

Respiró.

En aquella ocasión ningún ángel vendría a entregarle una buena nueva. Para bien o para mal, en aquel lugar se estaban sellando alianzas que resonarían en los corazones de los hombres durante generaciones.

Al menos era lo que su hijo creía.

Subió los escalones de piedra caliza que llevaban al aposento alto con el corazón latiendo al compás de cada paso y, al llegar al último peldaño, divisó la puerta de madera de acacia entreabierta. Desde la rendija, escapaban destellos de una luz cálida y un murmullo de voces que orquestaba un canto de incredulidad y recelo. Una figura femenina se mantenía a la entrada, medio oculta entre las sombras. Se movía con sigilo, dejándose guiar por un anhelo profundo de permanecer cerca de Jesús y sus palabras. También sabía que aquel encuentro era especial, más allá de lo que su corazón pudiera comprender, y su amor por el maestro la impulsaba a estar lo más cerca posible de él, aunque fuera desde las sombras. Cuando se sintió decidida a inclinarse contra la puerta entreabierta, fue sorprendida por la voz suave pero firme de la

recién llegada María.

—¿Qué haces ahí, hija mía?

María de Magdala se sobresaltó al reconocer la voz de la madre del Señor, que emergía de las escaleras con la paz y serenidad que siempre la caracterizaban. La madre de Jesús, con su semblante sereno iluminado por una tenue luz, miraba a la Magdalena con una mezcla de compasión y comprensión maternal.

—Perdóname, madre —respondió la joven de Magdala con sinceridad—. Solo quería ser partícipe de cualquier modo de este momento con Jesús. Siento que algo malo está a punto de suceder. Hay mucha agitación ahí dentro, y le preguntan a Jesús si serán ellos. ¿Qué significa, María?

Esta se acercó y colocó gentilmente su mano sobre el hombro de la joven. Su caricia trataba de ofrecer una mezcla de fortaleza y calidez que podría dar consuelo incluso al alma más inquieta, pero no a la joven de Magdala.

—Entiendo tu deseo de estar cerca de mi hijo y protegerlo —dijo María tratando de transmitir una profunda sabiduría—. Pero hay ocasiones que requieren alejarnos de aquellos a quienes amamos para cumplir un propósito mayor. Lo que está ocurriendo en ese aposento es un momento para sus discípulos, un momento de enseñanza y confesión que solo ellos están destinados a recibir esta noche.

María Magdalena, envuelta en una mezcla de vergüenza y comprensión, levantó su rostro para encontrar la mirada compasiva de María de Nazaret.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

La madre de Jesús sonrió, reconociendo el fervor y la devoción de aquella compañera inseparable.

—María, querida mía, sabes cuánto te valora mi hijo, y puedes

honrarlo continuando su obra de amor, aunque no siempre estés físicamente presente con él. Y, cuando lleguen las horas más oscuras, no te apartes de su lado.

La joven discípula asintió, sin entender el verdadero significado de las últimas palabras de la madre del Hijo del Hombre.

La Señora se situó ante la puerta. Instintivamente, comprendió la importancia de conservar en su totalidad la intimidad y el significado de aquel sagrado encuentro. Sus manos, suaves pero firmes, tocaron la madera añeja de la puerta, empujándola con delicadeza.

Antes de hacerlo por completo, permitió que sus ojos absorbieran una última visión de su hijo y sus discípulos.

Al fin y al cabo, era su madre.

Jesús estaba sentado en el centro de la mesa, rodeado por sus apóstoles, pero su expresión reflejaba una tristeza que capturaba la profundidad de lo que cada uno de ellos estaba comenzando a comprender quizá demasiado tarde. Sus ojos, siempre llenos de amor y compasión, parecían mirar con aflicción más allá del presente, alcanzando a tocar el horizonte de los días que estaban por venir.

María observó también a Judas, que parecía mantenerse al margen del grupo. Su hijo le dirigió una mirada personal, un intercambio silencioso que hablaba de comprensión y un amor que incluso la culpa más grande no podía apagar. Judas, con el rostro abatido por el conflicto interno, comenzó a levantarse lentamente. Su figura se perfiló como una sombra fugaz dispuesta a abandonar el lugar.

María observó cómo Judas, con pena y beneplácito, se apartaba de la mesa, marcando su destino por la decisión que estaba a punto de tomar. En aquel instante, el papel de cada uno se fue revelando

como parte de un plan más grande y misterioso que solo la fe podía comprender. Mientras los pasos de Judas resonaban tímidamente en el suelo, dirigiéndose hacia la puerta al otro lado del aposento, María decidió hacer lo que mejor sabía: proteger, amar, respetar y cerrar el círculo en torno a su hijo. Con manos temblorosas pero decididas, tocó la puerta con suavidad antes de cerrarla completamente, y le ofreció a Jesús una mirada cargada de amor incondicional. Jesús, como si fuera consciente de la presencia de su madre, giró su rostro y sus ojos se encontraron con los de su progenitora.

—*Imma…* —susurró el Nazareno.

Fue un momento de comunión silenciosa entre madre e hijo, un lazo que el tiempo y la distancia nunca llegarían a deshacer.

Jesús sonrió con los ojos y asintió con disimulo agradeciendo la generosidad de su madre.

Fue entonces cuando María, con un nudo en la garganta, cerró la puerta cuidadosamente para preservar el acontecimiento sagrado que se desarrollaba en su interior, y también como un símbolo de una transición que estaba a punto de comenzar. Una cena que no solo sería recordada por la entrega y el sacrificio, sino por la promesa eterna de amor y redención.

Alejándose de la puerta, la Señora condujo a María de Magdala en dirección opuesta a la entrada del aposento, guiándola hacia un lugar que le permitiera encontrar paz en la promesa de la redención futura.

Descendieron lentamente por la escalera. Estaba convencida de que aquella cena era importante por ser la última y también por el pacto de amor eterno que su hijo había forjado a través del mayor de los sacrificios.

El que estaba a punto de suceder.

Mientras caminaban bajo el cielo estrellado, confiaron su corazón

al amor que sabían que perduraría más allá del tiempo y la distancia. Con la misma fe que la había guiado a través de los años, la Señora ofreció una oración sincera por su hijo y por aquellos que, a su lado, llevarían el mensaje de redención al mundo.

En la tranquilidad del jardín que rodeaba el aposento, las dos Marías trataron de encontrar algo de consuelo en la brisa nocturna.

No lo consiguieron.

Allí esperaron, envueltas en un silencio sagrado, a que sucediera aquello que su hijo predijo que iba a ocurrir.

Padecería, sería desechado, moriría y resucitaría.

«Mi hijo debe morir», se repetía con lamento una y otra vez María.

Y ella, como madre, no podía evitarlo.

No debía.

Miró al cielo.

Dedicó un pensamiento a Judas, el Iscariote.

Tragó saliva.

María, la de Magdala, no dejó de observar a la Señora.

—¿Qué podemos hacer, madre? —preguntó alarmada.

La madre de Jesús miró a aquella mujer.

Tan bella, tan valiente, tan leal.

La Señora no pudo contenerse y las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro.

—Nada. Ya ha comenzado —susurró.

Y María de Nazaret, sabedora de que no volvería a ver a su hijo, recordó la profecía de Simeón: «Una espada te atravesará el alma».

La madre de Jesús comenzó a llorar desconsoladamente.

2

Año 6 a. C.
שנה 3755
748 AUC
-
Jerusalén

Jerusalén despertaba envuelta en una bruma dorada. Las primeras luces del día descendían como finos hilos sobre la piedra blanca del templo, esa inmensa joya tallada que relucía con sagrada arrogancia en el corazón de la ciudad. La multitud aún no había llenado los patios; el murmullo de los rezos, pasos y animales en los mercados apenas comenzaba a tomar cuerpo. Y, sin embargo, la eternidad ya se había adelantado.

En uno de los laterales del patio de los Gentiles, una joven de Nazaret, de nombre María, subía los escalones del templo con humildad. Su rostro, aún pálido por el parto reciente, resplandecía con una belleza serena. Vestía un manto sencillo. Sin adornos, sin oro, sin bordados. En sus brazos, envuelto con sumo cuidado, dormía un niño. Su piel estaba hecha de luz, y su madre lo acunaba

con tanta ternura que parecía sostener el mundo entero.

A su lado, su esposo José, de mirada firme pero discreta, cargaba una pequeña jaula con dos tórtolas blancas. Aquel hombre mayor sabía que aquel niño no le pertenecía del todo, pero también que su deber era protegerlos.

Entraron juntos en el templo por el atrio de las mujeres. Al fondo, las columnas gigantescas se alzaban como brazos al cielo. El aire olía a incienso, aceite de oliva y cera quemada.

Una paz extraña flotaba en el ambiente.

Fue entonces cuando el anciano Simeón emergió de las sombras.

Caminaba lentamente, como si cada paso hubiera sido ensayado durante años. Su barba era blanca y sus ojos profundos. Había vivido una vida larga, quizá demasiado marcada por la espera. Lo conocían como un hombre justo y piadoso, alguien que hablaba poco, pero que escuchaba con generosidad. El Espíritu le había susurrado una promesa: no moriría antes de ver al Mesías del Señor.

Aquella mañana, algo lo había despertado antes del alba. Una voz en su interior. Una urgencia invisible. Entró al templo sin saber por qué, hasta que los vio.

El anciano se acercó y extendió sus manos temblorosas hacia el niño. María, sin saber por qué, se lo ofreció. No lo hizo por obligación ni por cortesía. Algo en el alma del anciano reflejaba lo que ella sentía: reverencia. Al tomarlo en brazos, Simeón dejó escapar una exhalación que llevaba años atrapada en su pecho.

Acarició la frente del niño y lo alzó hacia el cielo.

—Ahora, Señor, según tu promesa puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

María y José escucharon enmudecidos. Algo se abría entre los

tres, algo que no podía pronunciarse del todo con palabras. Pero entonces Simeón bajó al niño y se volvió hacia María. Sus palabras estaban a punto de partir el tiempo en dos.

—Este niño está destinado a ser caída y resurrección para muchos en Israel. Será signo de contradicción. Y a ti… —señaló a María—, a ti una espada te atravesará el alma.

Ella no se movió.

No derramó lágrimas.

No respondió.

Pero su cuerpo se estremeció.

Era como si el anciano hubiera puesto en voz alta aquello que ella siempre había intuido, todo aquello escrito en las profecías, pero que nunca se atrevería a nombrar.

La espada no sería de hierro. No haría sangrar el cuerpo. Era un filo más profundo: el del amor absoluto ante un dolor inevitable. Ante una entrega, ante un sacrificio.

José escuchó en silencio las palabras de Simeón, pero en su pecho se desató una tormenta que trató de no mostrar en su rostro. Mientras el anciano profetizaba sobre el niño que su esposa llevaba en brazos y sobre la espada que atravesaría el alma de María, José sintió que el suelo bajo sus pies comenzaba a ceder. Quiso rebelarse, quiso rogarle al cielo que tomara su vida en lugar de la de ellos si de eso trataba la profecía. Pero José era hombre de fe, no de palabras. Así que asintió, contuvo el temblor en su garganta y se aferró con más fuerza al brazo de su esposa. En sus ojos había amor, pero también un miedo profundo, el temor a ser consciente de que no podría proteger para siempre a aquellos que más amaba.

Simeón se despidió con una mirada cargada de compasión y se alejó sin esperar respuesta. Su misión se había cumplido. El templo había presenciado la revelación. Pero el mundo aún no sabía lo que

allí había ocurrido.

María volvió a mirar al niño en sus brazos. Dormía aún, como si todo aquello no fuera con él. Y, sin embargo, ella sentía que una semilla de dolor amargo y misterioso había comenzado a germinar en lo más hondo de su ser.

Ella, que había dado al mundo la vida, sería testigo de su entrega.

Y ya no habría vuelta atrás.

3

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El pan, partido por las manos del maestro, aún reposaba sobre la mesa.

A Judas le parecía más similar a una piedra que a alimento. Cada vez que miraba a Jesús, su maestro, su amigo, sentía que su alma se encogía. Sentía que aquel lugar era una cámara cerrada donde el aire pesaba y las paredes se estrechaban lentamente.

Desde su rincón en la mesa observaba a los demás. Lo necesitaba. Un instinto de supervivencia lo empujaba a descubrir si alguno de ellos ya sospechaba de él, del plan, de la entrega.

Andrés escuchaba con la frente fruncida, abstraído en lo que parecía ser un cálculo doloroso.

Bartolomé asentía con devoción ciega.

Mateo, desde el otro extremo, le sonreía con la misma

cordialidad de siempre; una sonrisa que, a los ojos de Judas, en aquel momento parecía venir de un mundo que ya no le pertenecía.

Pedro.

Pedro no dejaba de mirarlo. A veces lo hacía de manera furtiva, otras con una intensidad que rayaba la acusación. Judas sabía que no debía subestimar la intuición de aquel galileo de manos fuertes y fe impulsiva.

Santiago el Mayor también lo observaba a intervalos, como si esperara un movimiento, una palabra errónea, una señal.

Judas tragó saliva y desvió la mirada.

El pan pasó de mano en mano y, cuando llegó a él, Judas dudó. Sintió que sus dedos temblaban. Acarició su superficie como si pudiera leer su destino grabado en aquella miga blanca. Lo llevó a la boca y el crujido fue un trueno que retumbó dentro de él.

En su garganta, el pan se volvió ceniza.

Después llegó el cáliz.

—Esta es mi sangre de la alianza, que se derrama por muchos. En verdad os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de mi Padre —dijo Jesús.

Cuando el cáliz llegó a Judas, bebió, pero no sintió comunión, sino despedida.

Como si el vino marcara la separación entre el antes y el después.

Sabía que su hora se acercaba.

Jesús permaneció en silencio mientras sus ojos recorrían los rostros de los que amaba: doce hombres, con sus dudas, sus pequeñas glorias y sus cicatrices. Doce hombres que serían el cimiento de algo eterno.

Todos excepto uno.

Entonces habló.

Su voz era calma, pero atravesó la mesa como una espada invisible.

—En verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar.

El impacto fue inmediato. Las miradas se cruzaron como puñales. Judas bajó los ojos, consciente de que la culpa correría como un veneno por la mesa. El silencio cayó como un manto pesado. Nadie osaba moverse. La luz tembló sobre los rostros de los apóstoles y, por un instante, todos parecieron mirar hacia dentro de sí mismos. ¿Qué clase de sombra habría en su alma para ser capaz de tal cosa?

—¿Soy yo, Señor? —Andrés fue el primero en murmurar, con voz temblorosa.

Le siguió Santiago el Menor, con el corazón encogido.

—¿Seré yo?

Uno a uno, los discípulos fueron preguntando, como si el miedo les naciera del hecho de no saber si eran capaces de hacerlo.

—¿Acaso soy yo? —dijo Juan con humildad.

—¿Maestro, podría yo? —preguntó Santiago Zebedeo.

—¿Soy yo, maestro? —imploró Pedro con lágrimas en los ojos.

Jesús respiró hondo, y la tensión pareció quebrarse. Pero, antes de que pudiera reinar la calma, se dirigió hacia Pedro.

—Pedro, mi querido Pedro —dijo con gravedad—, Satanás os ha llamado para zarandearos como trigo. Pero yo he orado por ti, para que tu fe no falle. Y tú, una vez que hayas vuelto, fortalecerás a tus hermanos.

Pedro se irguió ofendido.

—Señor, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte.

Jesús lo miró con compasión.

—Te digo, Pedro, que el gallo no cantará hoy antes de que tú

niegues tres veces que me conoces.

Pedro quedó impactado.

No pudo articular palabra.

Nadie tuvo el valor de rasgar el profundo silencio de aquella estancia.

Solo Juan, el más joven y puro de todos ellos, apoyando la cabeza sobre el pecho del maestro, con lágrimas en los ojos y con la voz apenas audible, se atrevió a formular la pregunta que todos temían.

—Señor, ¿quién es?

Jesús no respondió con palabras directas.

Tomó un trozo de pan, lo mojó en aceite, y lo tendió hacia su izquierda. El gesto fue lento, solemne, cargado de un profundo silencio. El tiempo se detuvo para los demás. El pan fue a parar a las manos de Judas Iscariote.

Los dedos del apóstol temblaron.

Lo recibió como quien recoge una sentencia.

No dijo nada. No alzó la mirada.

Pedro fue el primero en levantarse.

Su banco cayó hacia atrás con un golpe sordo. La ira le brotaba de los ojos como fuego antiguo y, sin pedir permiso al juicio, se lanzó hacia Judas.

Santiago Zebedeo, con el mismo temblor en las manos y el pecho ardiendo, le siguió al instante, como un relámpago tras el trueno. La traición no necesitaba más confirmación. Pero entonces Simón los interceptó, firme como una muralla. Su brazo detuvo el avance de Pedro.

—¡No aquí! ¡No ahora! —les gritó el antiguo zelote usando todas sus fuerzas.

Juan, desde el otro extremo, con voz quebrada, alzó las manos

entre Santiago y Judas.

—¡Es el maestro quien lo ha dicho!, ¡es el maestro quien lo permite!

Judas retrocedió.

Pedro apretó los dientes y su mirada, clavada en Judas, era la de un hombre que se estaba quemando por dentro capaz de hacer cualquier cosa.

Y, aun así, ni Pedro ni Santiago pudieron avanzar. Simón, antaño guerrero, había entrenado demasiados años.

En los ojos de Juan había algo más fuerte que la furia: el reflejo del mismo amor que ardía en los ojos de Jesús.

Y, mientras Pedro forcejeaba por soltarse, Jesús permanecía en silencio. Miraba a todos, pero sobre todo a Judas.

Solo él sabía.

Solo él entendía.

Jesús, sin romper la ternura de su gesto, murmuró lo suficiente para que solamente él lo escuchara.

—Lo que tienes que hacer, hazlo pronto.

Y, en ese mismo instante, Judas comprendió que ya todo estaba escrito.

Dio un paso atrás, luego otro, sin apartar la vista de Jesús.

Nadie dijo su nombre.

Nadie lo detuvo.

Pero todos lo vieron.

El pan empapado en aceite ya no estaba en su mano; lo había dejado sobre la mesa, intacto.

La puerta entreabierta respiraba una oscuridad que lo llamaba por su nombre.

Y entonces, sin pronunciar palabra, giró sobre sus talones y caminó hacia ella. A cada paso, sentía las miradas como lanzas

clavándose en su espalda. Pedro hervía de rabia, Santiago se contenía a duras penas, Simón y Juan todavía trataban de apagar el incendio con la fe y la razón.

Los demás estaban paralizados entre lágrimas y asombro.

Nadie entendía.

Nadie sabía.

Solo Jesús.

Al llegar al umbral, Judas se detuvo por un instante.

No miró atrás.

Pero sí cerró los ojos, como si al hacerlo pudiera almacenar para siempre en su interior la última luz que había visto en el rostro del maestro.

Y cruzó la puerta.

El sonido seco de la madera cerrándose a sus espaldas no fue un portazo, sino un telón.

Judas salía de escena.

Pero no del plan de Dios.

Cinco días antes de la crucifixión

4

Año 30 d. C.
3790 שנה
783 AUC
-
Betfagé

Mientras la noche envolvía el campamento en las afueras de Jerusalén, los doce apóstoles descansaban bajo las estrellas, reunidos alrededor de una hoguera que parpadeaba tenuemente contra la brisa fresca.

Judas Iscariote, apartado del círculo inmediato de luz, observaba a sus compañeros, permitiéndose un momento de reflexión sobre cada uno de ellos, y el maestro oraba a cierta distancia del grupo.

Judas era un hombre de porte sereno y sorprendente belleza, distinta a la rudeza común de muchos galileos. Quienes lo conocían de cerca hablaban de su voz grave, templada, y de un timbre sereno que invitaba a escuchar. De estatura media y complexión esbelta, caminaba con una elegancia natural, casi inadvertida, como si cada paso estuviera medido con precisión. Tenía la piel ligeramente

bronceada por el sol, y el cabello, ondulado y castaño, le caía con gracia sobre la frente y el cuello, siempre bien peinado a pesar del polvo del camino. Su rostro, de facciones finas y proporcionadas, destacaba por unos ojos almendrados, oscuros y profundos, en los que parecía habitar una inteligencia inquieta. Las cejas, gruesas y definidas, acentuaban la expresión intensa de su mirada. Su nariz recta y los labios bien dibujados completaban un semblante que podía inspirar confianza a primera vista.

La vista de Judas se posó primero en Pedro, en cuyo rostro fuerte se reflejaba el fuego en una danza de luces y sombras. Pedro, que siempre deseaba ser el primero en hablar, era el líder natural entre ellos, aquel en quien muchos discípulos encontraban apoyo y dirección. Judas veía en él una mezcla de admirable lealtad y una impaciencia que a veces eclipsaba su juicio. «Pedro —pensó Judas—, tan firme en su devoción como impetuoso en sus promesas».

Junto a Pedro, Juan estaba absorto escribiendo en un papiro. En sus ojos se manifestaba una sabiduría que iba más allá de su juventud. Judas reconocía en Juan una profunda comprensión del ministerio, una conexión especial con Jesús que a menudo se manifestaba en sentimientos amparados en cómodos silencios. «El corazón de Juan late al ritmo del amor», dijo para sí mismo Judas.

El hermano de Juan, Santiago, siempre parecía a la sombra de su hermano más expresivo. Sin embargo, Judas sabía que Santiago albergaba una fuerza tranquila, una devoción que él solía mostrar en acciones más que en discursos grandiosos. «Santiago es como una roca en el océano —reflexionó Judas—. Firme y dispuesto a resistir cualquier tormenta».

Andrés, hermano de Pedro, tenía un don especial para socializar e instaurar la concordia entre las diferentes personalidades dentro del grupo. Para Judas, Andrés encarnaba la verdadera esencia del

discípulo, aquel que guiaba a otros hacia Jesús con un simple acto de amabilidad. «El puente entre corazones», pensó Judas, admirando su habilidad para unir incluso a los más dispares.

A una corta distancia, Tomás conversaba con Mateo, ambos discutiendo un pasaje de la profecía escrita. Conocido por su escepticismo, Tomás no temía cuestionar lo que no comprendía de inmediato. Judas apreciaba su búsqueda incesante de la verdad y el valor de no aceptar todo sin antes comprender. «En la duda encontrará su fuerza», pensó Judas, viendo en Tomás una mente aferrada a la razón. En Mateo, un recaudador de impuestos convertido en discípulo, había una historia de transformación. Mateo representaba la esperanza de redención, el recordatorio de que cualquiera podría cambiar su rumbo. «Del oro a la fe —se dijo Judas —, Mateo encontró en Jesús un nuevo propósito».

Felipe y Bartolomé conversaban animadamente al lado opuesto de la hoguera. Siempre inquisitivos, aquellos dos serían capaces de disertar sobre cualquier novedad, buscando profundizar su comprensión del mensaje de Jesús. Felipe, con su intelecto inquieto, y Bartolomé, con su honestidad, formaban una pareja singular. «Sus preguntas desafían el silencio», pensó Judas, quien veía en ellos la chispa de un conocimiento que poco a poco crecía en su interior.

En un lateral, Santiago el Menor, Simón el Zelote y Judas Tadeo estaban absortos en un juego de manos y risas. Representaban la fortaleza silenciosa del grupo, cada uno ofreciendo su propio tipo de fidelidad. «Un trío de apoyo discreto —meditó Judas—. En su silencio, se forjan los lazos más fuertes».

Echó de menos la presencia femenina.

La madre de Jesús, María Magdalena y Miryam descansaban muy cerca de allí, en Betania, en casa de Lázaro.

Judas había hecho un recorrido a través de las personalidades

llenas de contrastes y colores de cada apóstol, apreciando sus singularidades y lo que cada uno aportaba al grupo. Sin embargo, aquella reflexión despertó en él su propio sentido de aislamiento, una sombra de duda sobre su propio lugar en el plan que se desplegaba ante ellos.

Al dirigir la vista al cielo estrellado, Judas se preguntó sobre su papel en aquella historia épica. Notaba que llevaba en su interior algo que pronto le separaría de sus compañeros. Sin embargo, se permitió un momento de calma, apreciando el extraño e inquebrantable lazo que los unía a todos.

Con el crepitar del fuego como telón de fondo y la luna como testigo, la noche continuó avanzando, guardando el secreto del destino que aguardaba a cada uno de aquellos hombres que seguían al Hijo del Hombre.

Cada apóstol, en su singularidad, era una pieza necesaria en el majestuoso tapiz que estaba siendo tejido por manos divinas e invisibles.

Pero, bajo aquella calma fingida, Judas arrastraba un peso que le hacía sentir ajeno entre sus propios hermanos. Porque en lo más profundo de su alma ardía una pregunta que nadie más parecía atreverse a formular.

¿Por qué Jesús, que con una palabra devolvía la vista a los ciegos, la vida a los muertos y la paz a los atormentados, no había hecho nada por su madre?

La imagen de ella, frágil en el lecho, respirando con dificultad y consumiéndose lentamente día tras día, le desgarraba el corazón.

Judas había suplicado en silencio, había esperado.

Había visto cómo Jesús se detenía en caminos polvorientos para sanar a desconocidos, cómo lloraba con los que sufrían y cómo obraba milagros ante multitudes expectantes.

Recordó cuando dejó todo por seguir a aquel nazareno que hablaba de un Reino diferente, cuando escuchó por primera vez aquella voz que parecía atravesarle el alma. Vio en su mente la sonrisa de los niños en Galilea, los panes multiplicados, la vista devuelta a los ciegos, el aliento a los marginados.

Sanó a la suegra de Pedro, al sirviente del centurión y a Jacob, el sobrino de Simón el Zelote, de la mordedura de una serpiente.

Y, sin embargo, su madre seguía enferma.

¿Qué clase de justicia divina dejaba intacto el sufrimiento en casa mientras regalaba curación a extraños? Aquella herida secreta no solo alimentaba su tristeza, sino que erosionaba lentamente su fe. ¿Acaso no era digno su dolor?, ¿no había hecho suficiente para merecer siquiera un gesto, una mirada, un milagro?

Judas no podía evitar sentir que las respuestas que necesitaba no llegaban. Amaba a Jesús como a un hermano, lo admiraba como a un maestro, pero ese afecto empezaba a no bastarle. Porque la amistad, acababa de comprender, no curaba. Y, por más que su alma quisiera seguir confiando, una grieta se había abierto: la decepción de quien había esperado un milagro de un amigo y había recibido silencio. En el fondo, seguía creyendo en él, pero el amor herido se estaba transformando poco a poco, y Judas empezaba a sentir que quizá la verdad requería más hechos y menos palabras.

En el crujido de la leña y el murmullo de los apóstoles, nadie lo sabía, pero Judas comenzaba a temblar. No por miedo. Se trataba de la terrible posibilidad de que su fe ya no alcanzara a sostenerlo.

Bajó la mirada al fuego y, por un instante, deseó que todo fuera distinto. Pero ya no podía huir de lo que ardía dentro de él. La historia no solo la escribían los justos, también los que cargaban con las sombras.

Entonces, cerró los ojos.

La noche no respondió, aunque tampoco lo juzgó.

Simplemente lo envolvió, como si supiera que su nombre, algún día, sería pronunciado entre lágrimas, pero también, quizá, con compasión.

5

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betfagé-Jerusalén

La mañana despertó tan clara que parecía una tregua del cielo. El aire estaba en calma y en Betfagé, donde el polvo siempre dormía en los caminos, el silencio se rompía solamente por el murmullo de los olivos.

Allí, entre las casas sencillas y las ramas que susurraban antiguas profecías, María se acercó a su hijo con el corazón apretado y algo envuelto en lino bajo el brazo.

Jesús estaba sentado a la sombra, solo, como si ya supiera que todo lo que le quedaba por decir no sería con palabras. Sus ojos miraban al horizonte, y su alma estaba en el mismo lugar, pero en otro tiempo.

Sus ojos, humedecidos por la tensión, se posaban sobre el rostro sereno de su hijo, que se preparaba para adentrarse en Jerusalén

rodeado de cantos y palmas. Dentro de sí una voz se alzaba, intensa y rebelde, gritándole que lo detuviera, que tomara su mano y huyeran, que lo escondiera como cuando era niño, como cuando el ángel les habló de Egipto.

Pero no podía.

Sabía que no debía.

Y, sin embargo, la lucha era feroz.

Porque, aunque su alma había dicho «hágase» muchos años atrás, su corazón de madre no había sido creado para ver sufrir a su hijo sin romperse por dentro. La rebeldía ardía como una brasa silenciosa y contenida.

Porque sabía que amarlo también era dejarle ir.

María se arrodilló frente a él. Le temblaban las manos por el peso invisible de lo que se avecinaba.

—Hijo mío —dijo ella en voz baja—. Hoy entrarás en Jerusalén… como un rey. Todos lo esperan. Todos te siguen. Pero yo temo a las coronas tejidas con ramas. Se pudren pronto.

Jesús la miró con dulzura. Acarició su rostro con la punta de los dedos, como cuando era niño y la tomaba de la mejilla para calmarla.

—No temas, *imma*. El camino es el mismo que hemos recorrido siempre. Solo que ahora todos miran. No me recordarán por una corona de palmas.

Entonces, ella le tendió el envoltorio.

Él lo tomó y lo abrió con cuidado.

Jesús sonrió.

Era el pequeño burro de madera que José había tallado cuando Jesús tenía apenas cinco años. Lo había hecho una noche de invierno, mientras el niño dormía. Lo había lijado, barnizado, y pintado con polvo de granada y aceite de oliva.

—Lo hizo José… con sus propias manos —susurró—. Fue para ti. Dijiste que cuando fueses mayor montarías uno igual… pero de verdad.

Jesús lo cogió. Lo acarició con los pulgares, recorriendo cada imperfección como si fuesen huellas de su niñez.

—Lo recuerdo —afirmó con una sonrisa—. Dije muchas cosas sobre este burrito.

—Llévalo contigo —le pidió ella—. No pesa. Solo…, solo te pido que tengas cuidado.

Jesús alzó la mirada. Sus ojos brillaban. En ellos había comprensión, dolor y un amor inmenso.

—*Imma*…, este burro ha llegado hasta aquí porque tú lo guardaste con amor. Guárdalo tú. No quiero perderlo. Es demasiado valioso. Más que el oro. Más que el incienso. Más que la mirra. Este burrito también tiene su peso en la misión de *Abbá*.

María bajó la vista sin entender del todo las últimas palabras de su hijo. *Abbá* y el burrito. Su mano temblaba mientras volvía a envolverlo.

—Hijo mío… ¿No hay forma de que esta historia… no acabe como presiento?

Jesús la tomó de las manos.

—Esta historia no acaba. Comienza. Pero no en los términos del mundo. Confía. Como lo hiciste en Nazaret. Como cuando no eras capaz de entender, y aun así dijiste «hágase».

Ella bajó la cabeza. El corazón se le hizo trizas. El niño al que había acunado ya no estaba. Y el hombre que tenía delante no le pertenecía solo a ella.

Le pertenecía al mundo entero.

Trató de disimular.

María intentó fijar su atención en los demás. En los alrededores,

los discípulos iban y venían, cada uno reflejando a su manera la tensión contenida del momento.

La Señora podía ver a Pedro, con el ceño fruncido y las manos firmes, organizando el grupo. Había enviado a los discípulos Felipe y Bartolomé a buscar un pollino, siguiendo la indicación precisa de Jesús.

«Id a la aldea de enfrente; al entrar en ella, encontraréis un pollino atado, que nadie ha montado nunca. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: "¿Por qué lo desatáis?", le diréis así: "El Señor lo necesita"».

El joven Juan, cerca de ella y de su hijo, revisaba los mantos con los que cubrirían el lomo del animal. Se aseguraba de que no hubiera pliegues, como si temiera que cualquier error pudiera manchar la dignidad de su maestro.

Santiago el Mayor hablaba con la gente que comenzaba a congregarse. Su voz grave llamaba al orden, pero en sus ojos se percibía un halo de ansiedad.

Tomás, siempre dubitativo, miraba a los cielos. No entendía qué podría llegar a significar todo aquello.

Simón el Zelote se mantenía vigilante, observando a los peregrinos y a los romanos desde la distancia, como si esperara una emboscada.

Mateo y Santiago el Menor conversaban con los niños. Les hablaban del Rey que venía en nombre del Señor. Sus voces eran pausadas, como si trataran de traducir todo lo invisible que los rodeaba.

Andrés y Tadeo, como siempre, ayudaban en lo que nadie veía: cargaban agua, limpiaban los caminos y hablaban con humildad a los ancianos.

Y Judas Iscariote, separado del grupo, escrutaba el horizonte.

Nadie sabía lo que pasaba por su mente.

María no pudo dejar de sentir cierta preocupación.

Los apóstoles estaban excitados.

Cuando todo estuvo listo, Jesús se levantó y se dirigió al pollino.

María lo siguió con la mirada mientras se montaba sobre el animal. Y entonces, sin pretenderlo, cruzó sus ojos con otros ojos femeninos. Más jóvenes, pero no menos sabios. No se había dado cuenta de que María de Magdala, desde lejos, había observado en silencio la escena, e inclinó la cabeza con respeto. Posiblemente había llegado al claro minutos antes, sin interrumpir, y habría visto el gesto tierno con el burro de madera. Desde aquella distancia no habría escuchado las palabras dirigidas a su hijo, pero aquella joven de Magdala era capaz de comprender todo sin que se dijera nada.

Se acercó solo lo justo.

No habló.

No era el momento.

Pero su presencia bastaba para hacer compañía.

María notó cómo la joven de Magdala sintió un temblor.

El amor que había conocido en Jesús, aquel que había restaurado su dignidad y su historia, podría encararse a la muerte sin resistencia y eso la hacía invencible, pero también resultaba insoportable.

Jesús comenzó a avanzar sobre el animal.

María dio un paso atrás, no seguiría a su lado.

No quiso.

No pudo.

Caminaría con la Magdalena. La muchacha sería sus ojos cuando ya no pudiera mirar. Sería su voz cuando el dolor la enmudeciera.

La multitud ya se agolpaba a los lados del camino. Extendían mantos. Agitaban palmas. Gritaban: «*Hosanna!*, ¡bendito el que

viene en nombre del Señor!».

Algunos lloraban.

Otros reían.

Todos creían presenciar el inicio de una revolución.

María lo siguió desde lejos. Por entre los senderos, bajo las sombras, con la mirada fija en los pasos de su hijo. Escuchaba los vítores, las alabanzas, las risas, las proclamas. Y, sin embargo, en su corazón resonaba otra melodía, una que solo las madres podrían conocer: la música del sacrificio que ya se aproximaba.

Desde una calle lateral, entre dos muros de adobe, vio cómo la multitud se abría camino y cómo su hijo avanzaba sereno, majestuoso, sabedor de que la gloria de aquel instante no era más que la antesala del dolor.

Mientras todos miraban al Mesías que entraba como rey, ella veía al niño que una vez jugó con un burro de madera entre los brazos de José.

Y sostuvo su juguete con fuerza entre sus manos.

Y, así, dos mujeres muy distintas, unidas por un mismo amor imposible, siguieron al Hijo del Hombre hacia Jerusalén mientras el mundo celebraba la entrada de un rey.

Solo ellas sabían que estaban despidiendo a un cordero.

6

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La ciudad se agitaba como un animal milenario despertado de un sueño sagrado.

El sol de la primavera se filtraba entre las almenas de Jerusalén, derramando luz sobre tejados blancos, sobre túnicas agitadas por el viento, sobre palmas ondeantes que transformaban las calles en una especie de río vegetal por donde fluía una marea de cuerpos y voces.

La torre Antonia se alzaba imponente en el extremo noroeste del Templo de Jerusalén, como un centinela de piedra que vigilaba cada rincón de la ciudad sagrada. Construida por Herodes el Grande y dedicada a su protector Marco Antonio, la fortaleza combinaba la austeridad romana con la grandiosidad local. Elevada sobre una roca escarpada, sus muros robustos de piedra caliza se elevaban como

una muralla contra cualquier amenaza. Desde sus almenas, los soldados romanos podían observar tanto el interior del templo como los caminos que llevaban a la ciudad. Cuatro torres coronaban el complejo, siendo una más alta que las otras, desde donde flameaba el estandarte de Roma. En su interior se hallaban barracones, almacenes y celdas, pero también estancias más nobles en las que se alojaban altos oficiales y, ocasionalmente, el propio Poncio Pilato. La torre Antonia no era solo una fortaleza: era el recordatorio constante de la ocupación romana y, desde sus alturas, los soldados romanos observaban el movimiento con esa mezcla de aburrimiento, recelo y asombro que solo la experiencia de la ocupación podría enseñar.

Nada en esa ciudad ocurría sin resonancia.

Y lo que estaban viendo ya no era política.

Se trataba de otra cosa.

Cornelio, centurión de la *Cohors II Italica Civium Romanorum*, acababa de llegar a Jerusalén tras una cabalgata larga, extenuante y polvorienta desde Cesarea Marítima. Todavía llevaba el sudor seco en la nuca, el salitre del viento costero pegado a los pliegues de la capa y el sabor áspero del silencio que dejó la carta que días atrás recibió. Era un hombre forjado en la frontera del deber y la misericordia. Su porte imponente no se debía tanto a la altura o a la fuerza, sino a la serenidad de su mirada. Había comandado tropas en Cesarea, recorrido caminos polvorientos de Judea y contemplado la crueldad que el imperio podía ejercer sobre sus súbditos. Pero en él quedaba algo incorrupto, como si una llama interior, encendida quizá por el milagro que Jesús obró en su hijo ilegítimo enfermo, le impidiera volverse completamente de hierro. Tenía el rostro curtido por el sol, los ojos oscuros y la voz profunda, acostumbrada a la obediencia sin réplica, aunque en su corazón comenzaban a arraigar

preguntas sin respuesta. En él convivían la disciplina del centurión y la creciente inquietud del hombre que había visto lo imposible.

Algo que ya no podía ni quería ignorar.

Su lealtad a Roma empezaba a resquebrajarse frente a una verdad que ya no hablaba latín.

Latín.

Las órdenes eran claras en su forma, pero turbias en su fondo, como todo lo que llegaba últimamente desde la pretura de Pilato.

«Observad al Nazareno. Mantened la estabilidad. No provoquéis a la multitud. Proteged al hombre… si es conveniente».

Aquella fórmula ambigua retumbaba en su cabeza. Una trampa bien escrita. Cornelio era un militar, un hombre de honor, acostumbrado a la precisión y al filo claro de la obediencia, no a las zonas grises de la ambigüedad política. Y, sin embargo, sabía que lo que estaba por suceder en Jerusalén en los próximos días no se decidiría con espadas, sino con señales.

Y no todo el mundo podría o querría interpretarlas.

Se mantuvo de pie, apoyado en el pretil del bastión norte, mientras observaba el desfile que subía desde el monte de los Olivos. Desde allí, podía distinguir el tumulto que precedía al supuesto profeta galileo: hombres agitando ramos de palma, mujeres lanzando mantos al suelo como si alfombraran un camino de reyes y niños cantando salmos con una vehemencia que parecía heredada del mismísimo Moisés.

Y en el centro de aquel flujo inverosímil, sobre un burro de andar torpe y patas polvorientas, iba él.

Jesús de Nazaret.

No tenía la mirada de los agitadores.

No tenía la furia de los fanáticos.

No portaba armas ni símbolo alguno de realeza.

Y, sin embargo, su sola presencia bastaba para inclinar la ciudad hacia algo más parecido a la mística que a la rebelión.

Cornelio, que no se dejaba impresionar con facilidad, sintió un peso en el pecho que no sabía con claridad si era miedo o devoción.

—Estás demasiado pensativo, centurión —dijo una voz grave a su espalda.

Cornelio se giró y sus miradas se cruzaron. Era la primera vez que se veían cara a cara, y, aunque vestían la misma armadura, había algo distinto en sus ojos: uno había visto la fe, el otro aún buscaba un propósito. Longinos, veterano centurión de campañas duras y sombra constante en la vigilancia de Jerusalén, emergió de entre los corredores de la torre con su lanza apoyada sobre el hombro y una expresión tan gastada como su armadura. Era un hombre que ya no esperaba sorpresas y, precisamente por eso, le inquietaban todas aquellas que no sabía nombrar.

Más joven e impetuoso que Cornelio, caminaba con el paso rápido de quien no necesitaba pensar dos veces antes de actuar. Nacido en una familia de soldados, llevaba el rigor del hierro tatuado en cada músculo. Pero en su dureza latía también una humanidad indómita, enterrada bajo años de órdenes y sangre. Longinos no creía en dioses que no impusieran su poder. Y, por eso mismo, aquel hombre del que todos hablaban, ese Jesús que curaba sin tocar y que hablaba sin gritar, le provocaba incomodidad. No podía entender que alguien sin ejército provocara nerviosismo tanto a las autoridades religiosas de Judea como hasta al mismísimo Pilato.

Cornelio no apartó la vista de la procesión.

—Lucius Cassius Longinus —dijo el primero, con voz grave, llevándose el puño cerrado al pecho—. Centurión de la Décima Legión.

El recién llegado asintió con respeto antes de responder.

—Publius Cornelius Rufus, tribuno de la Cohorte Augusta, destacado en Cesarea.

Ambos se observaron con una mezcla de desconfianza militar y una curiosidad que ninguno de los dos quiso admitir.

—Tu nombre es conocido en las calles de Jerusalén —confesó Longinos.

Cornelio sabía a qué se refería, aunque no quiso continuar en aquella dirección.

—He llegado hace no mucho. Traigo órdenes contradictorias. Vigilar, proteger…, pero no intervenir. O intervenir solo si es necesario. Y nadie dice qué es lo necesario.

Longinos se detuvo a su lado, observando también el lento avanzar del hombre sobre el burro, como si todo aquello pareciera más digno de unas Saturnalias que de una revolución.

—Entonces no desenvaines todavía, Cornelio. ¿Quién lo ordena?

—Pilato —respondió Cornelio.

Longinos torció el gesto.

Cornelio advirtió la mueca.

—¿Qué sucede?

Longinos se tomó unos segundos.

—También me envía Pilato, pero ahora no tengo claro si me han ordenado vigilar al Nazareno o vigilarte a ti.

El centurión de Cesarea respiró.

Midió el siguiente paso.

Trató de buscar complicidad.

Cornelio giró lentamente el rostro hacia su compañero.

—¿Tú lo has visto de cerca? —preguntó tratando de adivinar los pensamientos de su compañero.

—Sí —respondió Longinos con firmeza.

—¿Y? —insistió Cornelio.

—Hay muchos predicadores inofensivos en Judea. Pero a este lo aclaman como un rey. Pero no es un rey de espadas…, aunque algunos lo temen como si lo fuera.

Cornelio no perdía de vista al Nazareno. Sus ojos oscuros no eran los del joven oficial que se había curtido en Germania, sino los de un hombre que una vez vio a su hijo curarse por una palabra de aquel hombre que entraba triunfalmente en la ciudad.

No lo tocó, ni siquiera lo vio y, sin embargo, obró lo que la medicina no supo hacer con una sola palabra. «Vuelve a casa. Tu fe lo ha salvado». Y su hijo ilegítimo, ocultado ante los ojos de los demás como un sirviente, sanó.

Cornelio trató de disimular su gratitud.

—En Cesarea, los hombres lo recuerdan como un taumaturgo. En Roma, lo describen como un agitador con pretensiones mesiánicas. En Jerusalén…, no sé lo que parece en Jerusalén.

Longinos no respondió de inmediato. Mientras estudiaba la figura de Jesús con una concentración casi supersticiosa, analizaba cada palabra que estaba a punto de pronunciar.

—Hay quienes dicen que cura a los enfermos y resucita a los muertos —dijo, al fin, con toda intención—. Hay quienes creen que camina sobre el agua. Pero lo que me preocupa no es lo que hace…, sino cómo lo miran los demás. No hay ejército, Cornelio. No hay plan militar. Y, sin embargo, cada uno de esos rostros lo sigue como si fuera la consumación de una profecía largamente aguardada.

Cornelio intuyó que Longinos sabía más de la cuenta.

Aquel tenso diálogo fue interrumpido por un clamor que brotó de las calles como una llamarada súbita. El Nazareno había llegado a la Puerta Dorada. Sus ojos se alzaron, y aunque no sonrió, había en su rostro una ternura antigua, como si conociera Jerusalén desde antes de que se colocara la primera piedra del templo.

Cornelio sintió un estremecimiento, seco y preciso, como el de quien veía una verdad que no termina de entender pero es capaz de reconocer.

—¿Y si el conflicto que viene no se libra con armas, Longinos?, ¿y si este hombre no quiere conquistar Jerusalén sino transformarla?

—Entonces será más peligroso que todos los zelotes juntos —respondió el veterano—. Porque si Roma teme algo, Cornelio, es aquello que no puede medir con números ni aplastar con sus cohortes.

El centurión apretó los labios.

No tenía respuesta.

Solo quedaba observar y mantener una contundente prudencia militar.

—¿Qué harás si el Sanedrín pide que lo detengamos? —preguntó Longinos.

Cornelio se giró lentamente.

—Haré lo que me ordenen…, pero no antes de saber a quién podría servir más su caída: al César o a los intereses de ese nido de víboras.

Longinos asintió quedando satisfecho con la respuesta.

—Entonces, vigilémoslo. *Vbi concordia, ibi victoria.*

«Donde hay unidad, hay victoria».

Luego se puso el casco y bajó su lanza. Y, mientras la ciudad no sabía si rendirse o resistir ante el Hijo del Hombre, Jesús seguía avanzando sobre su burro, entre las palmas, con una mansa cadencia hacia su destino.

Después, ambos hombres se perdieron en el murmullo del aire cargado de incienso y polvo, y abajo el rey sin corona continuaba su marcha, montado en la humildad y rodeado de un mundo que no sabía si adorarlo o temerlo.

7

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La brisa del mediodía agitaba los flecos de los mantos mientras el polvo de Jerusalén se arremolinaba en las losas del templo.

Renovado con grandiosidad por Herodes el Grande, se alzaba como el corazón palpitante de toda Judea, una joya blanca de mármol y oro que dominaba el monte Moriah y deslumbraba como un segundo sol al amanecer. Su recinto era vasto, casi como una ciudad dentro de la propia urbe, amurallado con gigantescos bloques de piedra que parecían dispuestos por titanes. Todo en él hablaba de poder y de misterio: desde sus patios escalonados donde gentiles, mujeres, israelitas y sacerdotes se acercaban según su grado de pureza, hasta el Santo de los Santos, oculto tras un velo espeso, donde solo el sumo sacerdote se atrevía a entrar una vez al año.

Las multitudes llegaban de todas partes del mundo conocido,

cargando ofrendas, monedas, palomas o corderos, deseosos de acercarse a la presencia de Dios. Y los que no podían entrar lo observaban desde la distancia, rindiendo pleitesía a aquella montaña sagrada. Las puertas eran de bronce y plata, altas como torres. Las columnas, de mármol tallado, se elevaban como los cedros del Líbano. El aire olía a incienso, sangre, fuego y esperanza.

Allí, entre el eco de los pasos de los sacerdotes y el murmullo de las oraciones, se decidían destinos. Porque el templo no solo era un lugar de culto: era trono, mercado, tribunal y santuario. Y para muchos, aun sin saberlo, también era el escenario donde todo estaba a punto de cambiar para siempre.

Desde los escalones altos, los vendedores voceaban como si el lugar sagrado fuera una plaza cualquiera. Cuerdas de cáñamo ataban jaulas repletas de palomas, cabritos balaban en medio del gentío y el tintineo de las monedas repicaba con impudicia junto al Santo de los Santos.

Jesús había entrado por la puerta oriental apenas unas horas antes cumpliendo la profecía de Zacarías. Las gentes lo habían recibido como a un rey, extendiendo sus mantos en el camino y agitando ramas de palma.

«¡*Hosanna* al Hijo de David!», clamaban.

Pero no era un rey de guerra, sino de entrega.

Desde la galería, María observaba el templo con el corazón en un puño. A su lado, Juan y María de Magdala la sostenían en silenciosa compañía.

Su hijo se detuvo al pie de los escalones.

La luz golpeaba su rostro, resaltando una calma extraña en sus ojos.

Alzó lentamente la mirada hacia su madre.

Nadie más lo vio.

Solo ella, su madre.

Un leve movimiento de cabeza, una súplica muda.

Una respuesta contundente.

«No me detengas, madre».

María apretó el burro de madera entre sus dedos como si pudiera contenerlo todo con aquel gesto: el miedo, la historia, las profecías y la sangre que aún no se había derramado.

—Lo va a hacer —murmuró Juan, con una mezcla de temor y respeto—. Y no le quitan ojo de encima…

María desvió la mirada. Desde el atrio, entre los muros de piedra antigua, pudo ver cómo observaban también los miembros del Sanedrín.

Semes, Dataés, Gamaliel, Leví, Naftalí, Nadab.

Alguno más, pero María no conocía todos los nombres.

Caifás y Anás no decían nada.

María observó al primero.

Caifás era el rostro visible del poder religioso, pero bajo su apariencia solemne latía el corazón calculador de un estratega. Alto, de porte erguido y mirada afilada, su túnica de lino blanquísimo siempre relucía como si desafiara al polvo de Jerusalén. Cada palabra suya era medida, cada gesto tenía un propósito. A diferencia de su suegro Anás, Caifás no se escudaba en la tradición, sino que la utilizaba como arma política. Sabía cuándo callar y cuándo encender la ira del pueblo, cuándo invocar la Ley de Moisés y cuándo doblarla en nombre de la supervivencia del templo. Su voz, profunda y precisa, era como una hoja bien afilada: no necesitaba gritar para cortar. En él convivían la fe institucionalizada y el miedo a perderla. Porque Caifás no solo defendía la religión, defendía el frágil equilibrio de poder que la mantenía sobre la punta de una lanza romana.

Tras él, María se fijó en Anás.

Tenía los ojos hundidos bajo cejas espesas y grises y parecían ver más de lo que decían, y mucho menos de lo que sabían. Había en él una frialdad digna, el juicio sin temblor de quien no duda porque aprendió a moldear la ley a su antojo. Era el pasado encarnado del Sanedrín: el que aún tiraba de los hilos aunque ya no ocupase el título más alto. Y, pese a que Caifás ostentaba el cargo de sumo sacerdote, Anás seguía siendo el verdadero rostro del poder en las sombras.

Después, María se detuvo en el tercero, menos conocido.

A su lado, el fariseo Nadab ben Yaír era un hombre cuya sola presencia bastaba para imponer silencio incluso entre sus iguales. Su rostro, tallado por los años y por la disciplina religiosa, parecía una máscara de piedra: mandíbula cuadrada, pómulos marcados, una frente amplia cruzada por arrugas profundas como inscripciones en una lápida. Tenía los ojos grises, como cenizas antiguas, pero no estaban apagados. Sus ojos no miraban.

Analizaban.

Juzgaban.

A su hijo.

Ben Yaír se inclinó ligeramente hacia ellos.

—Nadie que se deja aclamar así puede ser Hijo de Dios —espetó con frialdad.

Caifás no replicó.

No lo necesitaba.

María acompañó con la mirada a Jesús, que avanzaba sin prisas, con la serenidad de quien era conocedor del final de la historia.

Atravesó los puestos de venta, los gritos, el bullicio.

Santiago, Pedro y el Iscariote lo seguían de cerca.

El resto trataba de contener a la multitud, ansiosa por tocarlo.

Judas, algo más retirado, observaba desde la sombra del pórtico

oriental cómo Jesús se detenía en el centro del patio, bajo el gran portón de bronce.

El Nazareno alzó la mirada.

Sus ojos recorrieron el cielo, como si pidiera permiso al Padre. Luego miró el suelo y vio lo que pisaba: las monedas caídas, restos de mercancías, lágrimas de los pobres.

Se detuvo junto a una mesa donde un cambista separaba los siclos con dedos ávidos. Se inclinó y recogió unas cuerdas abandonadas. Sin prisa, las entrelazó con sus propias manos.

Uno, dos, tres nudos.

Una vuelta.

Otra más.

El grupo se percató de que el maestro había trenzado un látigo.

El tiempo se detuvo unos instantes.

Parecía que el silencio se había apoderado del lugar.

Algunos apóstoles contuvieron la respiración.

María cerró los ojos.

Judas los abrió.

Entonces, con un gesto firme, Jesús volcó la mesa. Las monedas rodaron como agua desbordada, rebotando contra el mármol. El comerciante se alzó indignado, pero la mirada del Nazareno lo detuvo.

—¡Escrito está! Mi casa será llamada casa de oración. Pero vosotros… ¡Vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones!

Se oyó el golpe seco de otra jaula que caía. Los animales chillaron. Las palomas volaron al cielo, liberadas, como si fueran testigos inocentes de aquel juicio.

Y, de repente, todo fue caos.

Pedro fue el primero en reaccionar. Su mano se tensó sobre el cuchillo oculto entre los pliegues de su manto. No lo sacó, pero sus

nudillos, atentos, palidecieron. Observaba a su maestro con una mezcla de admiración ardiente y temor. «Ahora lo verán como yo lo veo —pensó—. Como el Mesías prometido. Como el León de Judá». Pero también lo supo con una certeza punzante: aquel acto de rebeldía no quedaría impune.

Juan, junto a la madre del Nazareno, no parpadeaba. Sus labios se movían casi imperceptibles, murmurando palabras del salmo: «El celo por tu casa me consume». Para él, no era una simple purga. Era una señal. El cumplimiento de una escritura antigua que pocos entendían.

Santiago, siempre un paso detrás de su hermano, sintió una oleada de orgullo. Miró a los guardias del templo, que comenzaban a murmurar y a avanzar hacia él. «Esto no es una predicación más —pensó—. Esto es una declaración de guerra».

—¡Fuera! —clamó estallando su látigo sobre el banco de otro cambista que retrocedió con el rostro descompuesto—. ¡Fuera de la casa de mi Padre!

Uno a uno, los mercaderes retrocedieron. Nadie se atrevió a ponerle la mano encima. Era un solo hombre. Con un látigo improvisado. Pero sus ojos ardían con la fuerza de los antiguos profetas. El templo volvió a ser templo, aunque fuera por un instante.

Mateo, que había vivido entre tablas de cambio y listas de impuestos, observó con un nudo en el estómago cómo caían las monedas al suelo por lo que significaban: su antiguo mundo, el poder al que había servido, el sistema al que había pertenecido. Todo se había reducido a una metáfora. «Así caen los ídolos», pensó. Y, por primera vez, no sintió culpa, sino liberación.

—Esto… —dijo Caifás— es peligroso.

—Esto es el principio del fin —sentenció Anás.

Nabab se frotó las manos.

Judas no perdió detalle de los movimientos del Sanedrín.

Tomás, con el ceño fruncido, calculaba las consecuencias, los testigos, los oídos indiscretos que corrían a informar al Sanedrín. Su mente, más fría que la de los otros, no comprendía por qué Jesús empujaba la tensión al límite. «¿No podría haber esperado?, ¿no podría haber hablado sin provocar?». Pero algo en su interior le susurraba que ese momento también era necesario.

Magdalena, desde el umbral, comenzó a llorar. No por miedo, sino porque sabía que aquella acción sellaría el destino de su amado maestro.

Un comerciante intentó detenerlo. Jesús lo miró. No dijo nada. El hombre se paralizó como si una tormenta lo hubiera atravesado.

El estruendo de las mesas volcadas sacudió el polvo sagrado del patio exterior del templo. El olor a incienso se mezclaba con el sudor agrio del ganado liberado y con la rabia de los mercaderes, que maldecían mientras recogían apresurados sus monedas del suelo.

Judas permanecía en la sombra del pórtico oriental. No avanzó, no retrocedió. Sus ojos se habían clavado en el rostro de Jesús, en sus gestos, en la firmeza con la que hablaba a los cambistas, en la indignación sagrada con que invocaba las palabras de Isaías: «Mi casa será llamada casa de oración…, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones». ¿Era eso realmente necesario? ¿Para qué provocar más al Sanedrín? Aún le dolía el pecho por la impotencia. Su madre seguía enferma. Y el maestro, el mismo que sanaba a desconocidos y resucitaba a los muertos, aún no había extendido su mano hacia ella. «¿Es esta tu prioridad, Jesús? —pensó—. ¿Los mercaderes, las palomas y las monedas

antes que mi madre?».

Jesús, alzando los ojos, lo miró. Miró a todos. A sus amigos, a sus hermanos, a sus enemigos, a los traidores. Y, sin dejar de caminar, les sonrió con ternura como si todo ya estuviera escrito.

Uno a uno, los doce sintieron cómo la distancia entre las Bienaventuranzas y la amenaza de la cruz comenzaba a acortarse. Y todos, en silencio y unanimidad, comprendieron que acababan de entrar en el principio del fin.

8

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El eco del caos aún vibraba entre los muros del templo cuando dos siluetas romanas emergieron silenciosamente desde la puerta oriental. El brillo del sol reflejaba en sus armaduras como si el mismísimo Marte hubiera enviado emisarios a vigilar Jerusalén. Desde la *Cohors II Italica Civium Romanorum*, el prefecto Pilato había traído a uno de sus hombres más atentos: Cornelio, centurión respetado en Cesarea, mientras que, al mismo tiempo, había mandado a su mejor centurión, Longinos, un oficial de sangre más caliente que la piedra bajo sus pies.

El patio del templo aún olía a ira sagrada. Las mesas volcadas y los animales sueltos eran testigos del terremoto que un solo hombre había provocado sin blandir acero. Jesús de Nazaret, el galileo, acababa de hacer temblar los cimientos del poder religioso y político.

—No podemos permitir esto —interpeló Longinos mientras colocaba una mano sobre la empuñadura de su *gladius*—. Ese hombre puede provocar una rebelión con la sola voz. Pilato pedirá explicaciones.

Cornelio, sin quitarle ojo a la figura solitaria de Jesús en el centro del atrio, levantó su brazo y detuvo a su compañero.

—No, Longinos. Tú mismo lo dijiste. No desenvaines todavía. No solucionemos esto con violencia, por favor.

—¿Y con qué entonces? —preguntó seriamente a su compañero —, ¿con gladiolos?

—Con juicio —respondió Cornelio, sereno, pero con firmeza en el tono—. Ese hombre me habló una vez, sin acercarse siquiera. Su palabra cruzó distancia y curó a quien yo creía perdido. No es un agitador cualquiera. No son solo palabras, ni tampoco solo milagros. Hay algo en él que ni tú ni yo comprendemos. Pero lo que está claro es que, si usamos la espada, abriremos una puerta que no podremos volver a cerrar.

Longinos chasqueó la lengua.

—¿Puedo preguntarte algo, Cornelio? —dijo finalmente, con tono seco.

Cornelio no respondió al instante. Seguía mirando hacia el centro del patio, como si los pasos del Nazareno aún resonaran sobre el mármol.

—Dime.

Longinos entrecerró los ojos, tanteando la línea entre el respeto y la verdad.

—No termino de entender cuáles son tus lealtades.

Cornelio giró lentamente el rostro hacia él. Su expresión era calmada, pero en su mirada había un destello de lucha interna.

—Tú juraste lealtad a Roma, Longinos —dijo en voz baja, sin

recriminación—. Yo también. Pero, a veces, uno se encuentra con algo que va más allá de estandartes o emperadores.

Longinos negó suavemente con la cabeza.

—¿Ese galileo?, ¿un hombre que arma un alboroto en el patio sagrado y habla como si pudiera reescribir las leyes?

Cornelio asintió con gravedad.

—Precisamente a ese hombre. Él es el único que puede reescribir las leyes.

Longinos quedó asombrado por la contundencia de aquellas palabras.

—¿Y si estás equivocado? —pudo preguntar.

—Entonces seré yo quien rinda cuentas. Pero, si tengo razón, querido Longinos, entonces será Roma la que tiemble.

El silencio entre ambos se tensó como una cuerda. Longinos alargó la situación un poco más.

—Centurión, son muchos los que hablan de tu aprecio por ese nazareno, y no son pocos los que hablan de milagros y crisis de fe. Tú, romano como yo, ¿darías la vida por ese hombre?

Cornelio miró fijamente a los ojos de Longinos. No titubeó.

—Sin dudarlo. *Amor animi arbitrio sumitur, non ponitur*.

—Elegimos amar, pero no podemos elegir dejar de amar. Publio Sirio —replicó Longinos.

Finalmente, Longinos, admirando la certeza de su compañero, suspiró resignado pero aún alerta.

—¿Qué propones?

Cornelio ya caminaba hacia delante, dejando atrás la sombra fresca del arco. Su capa ondeaba con el ritmo de su paso firme.

—Seré yo quien hable con él. Que el imperio no envíe aún su filo, solo su voz.

Jesús se encontraba de espaldas a ellos, en el centro del

desorden. Los mercaderes se retiraban cabizbajos, los sacerdotes cuchicheaban entre dientes y algunos curiosos aún observaban desde los márgenes, sin atreverse a dar un paso.

Cornelio se acercó con respeto y se quitó el casco. Sus botas resonaban entre las piedras manchadas de fruta, sangre de cordero y plata esparcida. Al llegar a unos pasos del galileo, se detuvo.

No habló de inmediato.

Solo esperó.

Y Jesús, sin girarse aún, se dirigió a él en voz baja:

—Caminas como quien busca orden y justicia, pero anhela encontrar verdad.

Cornelio tragó saliva. Tenía que responder al Salvador. Con autoridad, con respeto.

—Y tú te acercas al filo del delito —respondió sin arrogancia, pero sin doblegarse—. Maestro…, ¿qué esperas provocar con esto?

El nazareno se volvió lentamente.

Jesús lo miró más allá de su uniforme, de su rango y de su poder con aquella calma insondable que todo lo atravesaba. Cornelio, el centurión romano de rostro curtido y porte recto, no era para él solo un soldado más entre las filas del imperio. En sus ojos vio la grieta por donde entraría la luz, la fe de los gentiles aún no pronunciada, el testimonio futuro de un mundo que también sería suyo. No necesitó palabras para saber que aquel hombre, que aún no comprendía del todo lo que ocurría, sería piedra angular de algo nuevo. No solo terminaría por creer plenamente, también abriría la puerta para que otros lo hicieran. Jesús vio en él un puente entre Roma y el Reino, un corazón justo entre espadas, el primero de muchos en decir «Señor» sin haberle conocido desde la Ley, sino desde el amor.

—La verdad. Solo eso. La verdad que incomoda a los que viven de mentiras.

—¿Y si esa verdad provoca una revuelta? —preguntó Cornelio—. ¿Y si tu voz encadena miles de muertes?

Jesús bajó la mirada hacia las monedas caídas. Luego la alzó de nuevo.

—Amigo Cornelio, ya lo sabes. No vine a traer paz, sino espada…, pero no la tuya.

—¿Y si acarrea tu muerte? —preguntó con miedo el centurión.

—Si es la voluntad de mi Padre, sea.

Cornelio guardó silencio. Un grupo de sacerdotes se acercó al fondo del atrio. Esperaban autoridad, contundencia. Longinos, desde lejos, seguía atento, con la mano aún cerca de su arma.

—Los tuyos están inquietos, preocupados —dijo el centurión, refiriéndose a los apóstoles—. Y estás rodeado de traidores. Yo puedo hablar contigo y calmar todo eso, pero… quizá otros no lo intenten antes de clavar el juicio en tu espalda.

Jesús asintió, aunque con tristeza.

—No solo clavarán su juicio. Pero, insisto, es la voluntad de mi Padre.

Cornelio entonces dio un paso más, bajando aún más la voz.

—Jesús, por favor, escúchame. Mi consejo, no como soldado, como hombre que cree en ti, es que te alejes del templo unos días. Retírate. Calma las aguas. Hazlo por ti, por tus discípulos. No todos saben distinguir entre un agitador revolucionario y un mesías.

Jesús no respondió con palabras. Solo puso una mano en el pecho de Cornelio, como si estuviera bendiciendo a un hermano. En aquel momento, cuando Jesús lo miró a los ojos, Cornelio sintió cómo todo el ruido se desvanecía como polvo en el viento. No era una mirada humana. Era como si lo estuvieran observando desde dentro, desde un lugar más antiguo que su nacimiento y más profundo que su deber. En esa mirada no encontró acusación ni

temor, sino una certeza que le incomodó: Jesús sabía algo de él que ni siquiera él mismo había terminado de entender. Como si su misión en el ministerio de su Padre ya hubiera sido aceptada y tuviera mucho camino que recorrer.

—Crees, pero aún no entiendes del todo. Llegará tu momento, amigo mío. Mañana volveré.

Luego Jesús se apartó, con calma, rumbo a la salida.

Cornelio se quedó allí, mirando cómo los sacerdotes se arremolinaban como un enjambre y trataban de alcanzarlo para exigir explicaciones.

Longinos se le unió para ofrecerle protección.

—¿Y bien?

—Creo…, creo que se ha calmado —respondió Cornelio.

Jesús, al final del patio, rodeado de restos de madera y plata, respiró hondo. La calma volvió. Los animales ya no huían.

Las monedas ya no giraban en el suelo. El tiempo, que se había detenido, comenzó a avanzar de nuevo.

Cornelio se fijó en Jesús, que alzaba la vista una vez más. Los ojos del Nazareno se encontraron con los de su madre, que aún lo observaba desde la sombra del pórtico. No sonreían.

No derramaban lágrimas.

Pero el centurión comprendió que se dijeron todo en aquella mirada.

Caía el sol, el templo ardía en murmullos y muchos se mantenían en alerta.

Jesús, con los suyos, dejó el templo sin más palabras. Las piedras del suelo habían sido testigos de algo más que ira. Habían presenciado el dolor de un Dios que lloraba por la distorsión de su promesa.

Longinos observaba a Nadab, que parecía memorizar cada gesto

de cada centurión y discípulo presente, cada mirada, cada duda.

Dudas.

«Quot capita, tot sensus», pensó Longinos.

«Tantas cabezas, tantas opiniones».

Los dos centuriones se fijaron entonces en Caifás. El sumo sacerdote ya había forjado su opinión, y no tenía ninguna duda.

—La batalla ha comenzado, aunque no se luchará con espadas —profetizó Longinos.

—Pero sé que nosotros no debemos ser quienes levanten la mano primero —dijo Cornelio algo afligido.

—Serán otros —replicó Longinos, sombrío, señalando con la cabeza a los fariseos.

—Sí —afirmó Cornelio susurrando para él—. Y Dios juzgará a los que lo hagan.

En Jerusalén, los corazones ardían porque, en realidad, aunque nadie quisiera verlo, la pasión ya había comenzado.

9

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betania

La noche descendía sobre Jerusalén frustrada, incapaz de acallar del todo los ecos del día.

Aún quedaban brasas encendidas en el corazón del templo. La expulsión de los mercaderes seguía agitándolo todo: los rumores, los miedos y las miradas entre los poderosos. Pero, en la pequeña casa de Lázaro y sus hermanas en Betania, muy lejos del bullicio de los patios sagrados, todos se recogían en torno a varias lámparas de aceite.

La habitación era austera, tibia.

Alfombras deshilachadas, cestas con hierbas secas y el aroma suave del tomillo y el pan recién cocido creaban un clima de hogar que contrastaba con la agitación de las últimas horas.

De vez en cuando, se agradecía el silencio.

Y entonces, en aquel rincón sin templos ni altares, María rompió el silencio con ternura.

A un lado escuchaba Juan, el más joven de los doce.

En su rostro aún persistía el aliento de la adolescencia, «pero en sus ojos brilla la hondura de un alma vieja», pensaba María. De piel olivácea y manos callosas por años de faena en las redes del lago, Juan tenía una presencia tranquila que contrastaba con el fervor de su hermano Santiago o la vehemencia de Pedro. Era discreto, como si supiera que las palabras, al igual que el vino, debían reservarse para los momentos justos. Su forma de observar a Jesús no era la del simple discípulo que escuchaba, sino la del hijo que amaba sin condiciones. La devoción que sentía por el maestro se traducía en gestos silenciosos: en cómo se sentaba cerca de él sin hablar, en cómo escribía palabras en tablillas de cera cuando nadie más lo notaba o en cómo protegía con su juventud la fragilidad cada vez más evidente del Nazareno. A menudo se le veía en actitud contemplativa, como si cargara con la responsabilidad de recordar todo para contarlo después. Jesús lo llamaba «el discípulo amado», pero Juan no presumía de ese título.

María dirigió su mirada a la joven de Magdala.

Había sido tantas mujeres antes de ser ella misma que solo en su hijo halló su verdadero nombre. De piel bronceada por el sol de los caminos y mirada intensa, casi incendiaria, su belleza no era un rumor: era una certeza, aunque a ella ya no le importara. Caminaba como quien ha sobrevivido a muchos naufragios, y amaba como quien sabe que el tiempo es corto. Había sido señalada, juzgada y nombrada sin piedad, hasta que una sola mirada de su hijo borró todas sus cadenas. Desde entonces, su fidelidad fue absoluta. No por idolatría, sino por redención. Jesús no solo le había salvado la vida, también le había devuelto el alma. A veces hablaba poco, como

si supiera que lo importante ya lo había dicho con sus lágrimas. Pero, cuando rompía el silencio, su voz era firme, con una lucidez que a menudo sorprendía incluso a los apóstoles. Era capaz de consolarla con un gesto.

—Cuando era pequeño, Jesús solía hacer caminar este burrito por el suelo de barro —dijo María, con una sonrisa empañada por la nostalgia, mientras sostenía el pequeño burro de madera en sus manos—. Decía que algún día iría muy lejos sin moverse. Nunca entendí del todo lo que significaba…, hasta ahora.

Juan, sentado con las piernas cruzadas junto a la puerta, la escuchaba con los ojos entornados, como si guardara en su corazón cada palabra de aquella madre. María de Magdala, de pie junto a un ventanuco, se giró y se acercó con suavidad. No dijo nada. Solo se sentó a su lado y acarició con la yema de los dedos el burro, como si en aquella madera aún viviera la infancia del Nazareno.

Miryam, la madre del joven Jacob, se mantuvo en segundo plano, pero sus ojos no dejaban de seguir cada movimiento de Simón el Zelote, que hablaba con su sobrino Jacob en el patio unos pasos más allá. María sabía que la forma en que Miryam miraba a Simón albergaba algo más que respeto; era admiración apenas contenida, quizá también esperanza, quizá algo más, mucho más. En aquellos días inciertos, el valor tenía rostro, y, para Miryam, el de Simón era uno de ellos.

Se sumaron Lázaro y su hermana María junto a la madre del Mesías, mientras Marta quedaba en la cocina.

La madre de Jesús tenía un cariño especial por Lázaro, prueba viviente del poder de su hijo. Hombre de silencios largos, mirada serena y caminar pausado, desde que volvió de la muerte, Lázaro ya no temía a nada. Su piel era pálida como si todavía llevara en ella restos de la tumba, pero sus ojos parecían haber visto algo que el

resto aún no podía comprender. No buscaba reconocimiento ni prestigio. Solo quería vivir en paz, acompañar a Jesús y proteger a sus hermanas. Aunque nunca lo decía, llevaba consigo una cierta tristeza: la de saber que había vuelto del otro lado para presenciar el sacrificio de su amigo, según sus proféticas palabras, que lo rescató del sepulcro.

María era la más contemplativa de los tres hermanos. Había en ella una dulzura melancólica que conmovía a todos los que la conocían. Silenciosa, piadosa, casi etérea, parecía caminar siempre un paso por detrás de la realidad, como si su alma ya estuviera en otro plano. Fue ella quien ungió los pies de Jesús con perfume y los secó con sus cabellos, en una escena que muchos juzgaron, pero que el maestro alabó con ternura. Para ella, Jesús no era solo un amigo de la familia: era su Señor, su consuelo, su horizonte. En su interior, sabía que se acercaba el final. Lo intuía como las aves huelen la lluvia o los árboles sienten el otoño. Por eso, su gesto fue tan intuitivo como anticipado.

Fuerte, práctica e incansable. Así definía la madre de Jesús a Marta, el pilar firme sobre el que se sostenía la casa de Betania. Mientras otros rezaban o filosofaban, ella cocinaba, limpiaba, organizaba y servía a todos. Su amor era activo, útil y necesario. Cada plato que ponía en la mesa, cada jarra de agua que acercaba al maestro, era su manera de decir: «Te amo. Quédate con nosotros». Con María, su hermana, discutía a menudo por las prioridades: una se inclinaba a sentarse a los pies del maestro, la otra prefería que no le faltara nada. Pero, en el fondo, ambas lo adoraban por igual. Marta solo necesitaba que la necesitaran. Después de la muerte y resurrección de Lázaro, su fe se templó como el hierro en el fuego. Ya no le bastaba con servir: ahora también creía.

Felipe y Bartolomé ayudaban a Marta en la cocina, aunque con más torpeza que eficacia. Lo hacían por gratitud y para distraerse de los pensamientos sombríos.

—José lo talló en una sola noche —continuó María, apretando el juguete contra el pecho—. Nunca le vi dedicar tanto amor a un pedazo de madera. Ni siquiera a sus herramientas. Era como si supiera que este objeto tendría un propósito. Como si lo supiera todo sin decirlo.

—¿Siempre lo llevas contigo? —preguntó Magdalena con dulzura.

María no apartó la mirada del burrito. Asintió con una tristeza serena.

—Sí, desde que José lo hizo para Jesús me acompaña siempre. —Hizo una pausa—. Es lo que nos une a los tres. Y aún espero que un día… él lo vuelva a tomar entre sus manos.

Magdalena la miró en silencio. En el objeto humilde y gastado por el tiempo, entendió que cabía toda una historia de amor, de fe y de esperanza.

Mientras la madre del Nazareno hablaba, evocando con ternura el origen del burro de madera y la infancia de su hijo, los demás apóstoles estaban repartidos por la casa de Betania en pequeñas escenas cotidianas que, vistas con ojos atentos, mostraban la carga personal e invisible del destino que se avecinaba a cada uno de ellos.

Simón el Zelote trataba de mantener distraído a su sobrino Jacob, uno de los niños favoritos de Jesús, mientras su madre escuchaba las palabras de María.

Pedro, junto a su hermano Andrés, tallaba trozos de madera en el patio exterior para mantener las manos ocupadas. De vez en cuando, lanzaba miradas constantes al interior, con el ceño fruncido, y farfullando palabras ininteligibles, como si temiera no poder

proteger a su maestro. Andrés lo escuchaba en silencio, sabiendo que, aunque Pedro hablara con ímpetu, lo hacía por miedo.

Santiago el Mayor, inquieto, paseaba cerca del umbral, mirando desconfiado hacia el camino. Hablaba en susurros con Tomás, que cuestionaba en voz alta si era prudente quedarse allí por más tiempo.

Judas Iscariote, por su parte, estaba en la penumbra de un rincón. Su cuerpo presente, pero su alma ausente. Escuchaba la historia del burrito tallado por José sin mirar a María directamente, con los ojos humedecidos. El dolor le oprimía y el recuerdo de su madre enferma le hacía temblar por dentro.

María notó que Judas prestó de nuevo atención cuando comentaron la entrada triunfal en Jerusalén.

—Fue hermosa, pero… —suspiró María, y luego bajó la voz— las palmas se secan pronto.

El comentario dejó flotando una sombra en el ambiente. La gloria de aquella mañana ya parecía parte de otra vida. Aplausos, *hosannas*, túnicas extendidas por el suelo… Todo aquello parecía desvanecerse ante la amenaza creciente que envolvía cada gesto y cada palabra de Jesús de Nazaret.

Se hizo el silencio.

Por respeto, nadie quiso intervenir.

Se oía el murmullo de Santiago el Menor y Judas Tadeo, cerca del pozo, que discutían estrategias para evitar que el Sanedrín tomara por sorpresa al maestro.

Mateo, apartado, escribía en silencio. Llevaba cuentas en una tablilla, tal vez por costumbre, tal vez porque necesitaba poner en orden algo. Levantaba la vista de vez en cuando para contemplar a María con un respeto absoluto.

Fue la propia María la que rompió de nuevo el mutismo. Trató de

sonreír con ternura, mientras su mente viajaba al pasado con la bruma dulce de la nostalgia.

—Una vez —dijo en voz baja, mientras acariciaba el lomo del pequeño burro de madera—, Jesús decidió que su burrito merecía hacer el viaje a Egipto… solo. Lo envolvió con cuidado en una manta, lo colocó en una cestita con pan duro y una hoja de higuera, y lo dejó junto a la puerta antes del amanecer. Cuando me desperté, lo encontré allí, empapado de rocío y con hormigas devorando la ofrenda. Le pregunté por qué lo había hecho, y me contestó muy serio: «Si no huye, mamá, Herodes vendrá por él otra vez». Desde aquel día supe que, incluso jugando, mi hijo no era como los demás.

Aquella anécdota destensó el ambiente y algunos de los allí presentes esbozaron una tierna sonrisa.

Poco a poco, el grupo se disipó y cada uno, tratando de otorgar a María algo de espacio y descanso, volvió a sus quehaceres.

Pero fueron Miryam y el más joven de los discípulos los que se mantuvieron cerca de María.

Por intuición, por precaución, esperó unos instantes.

—Judas… —intervino Juan, en voz baja—. Está raro. ¿Lo has notado?

María asintió.

—No mira a nadie a los ojos desde hace días —explicó la madre de Jesús—. Su madre… Mi hijo me dijo que ha recaído. Que no pueden pagar más su tratamiento. Judas y su hermana están intentando buscar ayuda desde hace días.

El silencio volvió. Pesado. Inquietante.

María bajó la mirada al burro de madera y sus dedos temblaron sin querer.

—Qué dolor tan grande el de un hijo que no puede aliviar el sufrimiento de su madre —dijo—. Ese dolor puede torcer el alma,

aunque sea buena. Sobre todo si cree que Dios guarda silencio.

—Creo que Judas no termina de empatizar conmigo —susurró Miryam—. Jesús sanó a mi hijo porque le rogamos. Si no hubiera sido por él, el veneno de la serpiente se lo habría llevado.

María sonrió con gratitud.

De nuevo, otro silencio. Nadie se atrevió a decir palabra alguna.

Nadie excepto Juan.

—¿Y si el hecho de que Jesús sanara a Jacob y ahora estuviera en silencio frente a la madre de Judas formara parte del plan? —preguntó Juan, con voz temblorosa.

Nadie respondió.

Miryam bajó la mirada.

María lo miró con admiración.

Aquel joven era especial.

Judas, a lo lejos, frunció el ceño.

Las palabras de Juan, el planteamiento del discípulo amado, le atravesaron la carne y el alma.

Fuera de aquel hogar, el viento del desierto comenzaba a soplar con fuerza. Como si quisiera llevarse las dudas, los suspiros y la madera de los recuerdos.

Mientras aquel burro tallado en silencio por José descansaba en manos de la mujer que había dicho sí al destino, los apóstoles empezaron a recogerse.

Al cabo de un rato, cada uno de ellos, en su rincón, se comportaba como si aquella tarde en Betania fuera una pequeña tregua. Como si, entre las palabras de una madre, los olores de la cena y la brisa cálida del anochecer, aún pudieran aferrarse al tiempo antes de que el reloj del mundo marcara su hora más oscura.

Durante la noche, María estuvo en vela demasiado tiempo. Tanto para adivinar que, mientras algunos tendrían pesadillas recordando a

Jesús frente a los fariseos con un látigo en su mano, Judas, insomne, solo tendría un hueco en su mente y en su corazón para otra persona.

Su madre.

Y María sabía que Judas era aquel tipo de personas que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para salvarla.

Cuatro días antes de la crucifixión

10

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betfagé

La casa de su infancia seguía en pie aquella mañana de lunes, aunque el tiempo le había robado el lustre y la alegría.

Las paredes de barro cocido se agrietaban en silencio, y el olor a humedad parecía haberse convertido en parte de su estructura. Judas empujó la puerta con suavidad, como si temiera que el más leve sonido pudiera quebrar lo que aún quedaba de dignidad en aquel hogar.

Dentro, la penumbra olía a vinagre y ruda.

En una esquina, sobre un jergón, su madre respiraba con dificultad, envuelta en mantas ásperas que no lograban ocultar la extrema delgadez de sus huesos.

Ziva era el susurro persistente de una madre que, incluso en la fragilidad, se mantenía en pie por amor. Hacía años que el cuerpo le

había declarado la guerra sin cuartel. Una dolencia lenta, cruel y silenciosa le había ido robando la fuerza de los músculos, la firmeza de las piernas y el color de las mejillas. Cada día era una rendición más: primero el aliento, luego el hambre, después, en ocasiones, el habla. Y aun así, en los días buenos, se las arreglaba para alzar la voz lo suficiente como para pronunciar el nombre de su hijo y que este volviera, aunque fuera por unas horas, a ser solo un niño.

Débora, la hermana de Judas, era un rostro conocido en las calles empinadas de Keriot, aunque nunca había buscado protagonismo ni simpatías. Su presencia imponía por la firmeza de su carácter y la silenciosa dignidad con la que enfrentaba la vida. Tenía cerca de treinta años, algunos menos que su hermano, pero su expresión solía parecer mayor no por la edad, sino por las responsabilidades asumidas demasiado pronto. Desde la muerte de su padre, años antes de que Judas marchara tras los pasos del Nazareno, Débora fue el pilar de una casa que se vino abajo.

De estatura media y complexión recia, su cuerpo había sido moldeado por años de esfuerzo: el trasiego de cántaros, la vigilancia nocturna sobre su madre enferma y el trabajo incesante en la casa de peregrinos donde curaba a forasteros. Sus manos, agrietadas por el vinagre y las hierbas, sabían vendar heridas con la misma precisión con la que desgranaban lentejas. Sus dedos eran fuertes y veloces, pero también delicados cuando la situación lo requería.

El cabello, grueso y castaño, lo llevaba siempre recogido en una trenza práctica, sujeta con tiras de lino desgastadas. No usaba adornos, salvo una cinta azul que su madre le había bordado de niña y que guardaba con más apego del que admitía. Sus vestidos eran humildes pero siempre limpios, con los colores de la tierra: ocres, verde oliva y arena. Sobre los hombros solía echarse un chal sencillo, que olía igual que su casa, a vinagre y ruda.

Tenía los ojos color avellana oscura, grandes y fijos, como si desafiaran a quien se atreviera a hablarle con condescendencia. Su mirada juzgaba sin palabras, pero también acogía sin reservas. Cuando miraba a Judas, había en sus pupilas una mezcla de amor frustrado, preocupación constante y un rastro de amargura.

Débora hablaba poco, pero con precisión. Cada palabra que pronunciaba era como una costura bien hecha: útil, necesaria y firme. No toleraba la mentira ni las medias tintas. Había aprendido que la verdad, aunque doliera, era el único refugio sólido ante el caos del mundo. Eso la enfrentaba a menudo con su hermano, cuya mirada esquiva y sus interminables ausencias le hacían sospechar que algo ocultaba.

Con los enfermos era compasiva y decidida. En la casa de peregrinos se la conocía por su temple: podía sostener la mano de un moribundo sin derrumbarse y, al mismo tiempo, corregir con firmeza a quien no lavara bien una herida. Tenía alma de sanadora y corazón de hermana, aunque a veces ni ella misma sabía cuál pesaba más.

Era profundamente creyente, si bien no fervorosa. Para ella, la fe no era un estandarte para ondear delante de algunos, sino una vela encendida en mitad de la noche. Admiraba la figura de Jesús desde lejos, más por lo que sus enseñanzas provocaban en los más desdichados que por lo que decían los rumores. Mientras Judas hablaba de Jesús y de su poder para sanar, Débora no decía nada. No porque desconfiara, sino porque la fe en aquellos tiempos le parecía un lujo. Ella estaba hecha de manos que cuidaban, no de palabras que esperaban. No se planteaba si Jesús era un mesías. Era, con suerte, una remota posibilidad.

En el silencio del hogar que ya no sentía como suyo, Débora observaba a su hermano como si lo viera por primera vez. Había

algo roto en Judas, una grieta profunda que antes no estaba allí, o quizá sí y ella se había negado a verla. Recordó los días en los que compartían risas infantiles, la ligereza de la juventud, cuando el mundo aún parecía lleno de promesas sencillas. Desde que su hermano eligió seguir al Nazareno, Débora había sentido cómo una parte de él se alejaba sin mirar atrás, como si su alma hubiese sido arrancada de la tierra para perseguir un Reino invisible. Le incomodaba aquella entrega ciega, aquel abandono emocional que la había dejado sola cuidando de su madre enferma, mientras él hablaba de esperanzas celestiales. Pero en aquel momento, frente a ella, Judas no era un profeta ni un discípulo: era un hombre deshecho, con los ojos velados por una culpa feroz, buscando con torpeza una rendija por la que redimirse. Y aquello, más que su ausencia, la llenaba de un temor que no sabía nombrar ni combatir.

Y aun así, cuando lo veía entrar por la puerta, con aquel rostro ajado por la culpa y ligeramente iluminado por la esperanza, no podía evitar amarlo. Era su hermano. Y, aunque no entendiera qué pasaba por la mente de Judas, todavía no lo había perdido del todo.

Se incorporó desde la cocina cuando él entró. Llevaba las mangas arremangadas, los cabellos recogidos sin pulcritud y los ojos marcados por demasiadas noches sin dormir.

—Te esperaba ayer —le dijo sin reproche, pero también sin afecto—. Ha tenido espasmos toda la noche. El ungüento que me queda apenas la calma ya.

Judas bajó la mirada, sintiéndose ajeno a su propia familia, como si su camino con el Nazareno lo hubiese alejado no solo del mundo, sino también de sí mismo.

—Ayer tuvimos trabajo. Jerusalén… —murmuró—. ¿Ha empeorado?

—Lo sé, entró tu rey subido a un burro y provocó un escándalo

con un látigo. Lo sabe toda Judea. Pues claro que ha empeorado. —Débora frunció el ceño mientras le tendía un paño húmedo—. No tenemos dinero, Judas. Ni aceite, ni higos secos. El médico de la casa de peregrinos dice que necesita descanso, agua caliente y remedios que ya no podemos pagar. No sé de dónde sacabas antes el dinero que traías… Pero ahora necesitamos más.

El corazón de Judas se encogió ante la insinuación, aunque no fuera una acusación directa.

No.

No se lo diría.

Era el tesorero de los apóstoles.

Recaía en él la responsabilidad de distribuir con eficacia el poco dinero del que disponían. No podía confesar a su hermana que había metido la mano en la bolsa común del ministerio de Jesús para cubrir los gastos de la enfermedad de su madre.

Que lo había hecho por desesperación, por amor, por impotencia.

Por ella.

Por la mujer que yacía entre sombras, que ni siquiera tenía fuerza para saber que su hijo estaba allí.

—Buscaré una solución —dijo con voz hueca, mientras se acercaba al jergón y acariciaba la frente de su madre con el paño húmedo—. No permitiré que sufra así.

Débora cruzó los brazos mirándolo con escepticismo.

—¿Qué vas a vender ahora, Judas?, ¿las sandalias?

Él no respondió con palabras.

Caminó hacia la alacena y abrió un pequeño arcón polvoriento. Allí, como testigos de un pasado más sereno, reposaban unas copas de barro barnizadas, un par de mantos festivos bordados por su hermana, unas pulseras heredadas de su abuela, una espada curvada con gran valor familiar y un espejo de cobre que apenas

reflejaba ya.

No era mucho.

No era casi nada.

Pero era lo único que tenían.

—Lo venderé todo. —Su voz sonó firme, sin asomo de duda—. Lo que sea necesario.

Débora no replicó.

Solo lo miró en silencio, con una mezcla de tristeza y orgullo.

Por un instante, recordó al Judas niño, aquel que trepaba a los olivos para observar las caravanas pasar. El mismo que soñaba con cambiar el mundo y que en aquel momento estaba a punto de vender los restos de su casa para salvar una vida que se les escurría entre los dedos.

Judas salió por la puerta con el pequeño fardo en brazos. Caminó más rápido que de costumbre, como si la prisa del cuerpo quisiera acallar el clamor del alma. A lo lejos, los muros de Jerusalén brillaban con el reflejo del día.

Y en el corazón de Judas latía una y otra vez la misma pregunta.

¿Por qué el Hijo del Hombre curaba a extraños y no a su madre?

Con cada paso hacia el mercado, en lo más profundo de su ser, Judas intuía poco a poco que el precio que estaba a punto de pagar no se iba a medir en plata, sino en la pérdida irreversible de sí mismo.

11

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

En aquel amanecer, los pasos del grupo parecían arrastrar consigo el peso de un destino que se acercaba inexorable. María caminaba tras ellos, a cierta distancia, como tantas veces, junto a Miryam y María de Magdala, dejando que su hijo y sus discípulos avanzaran mientras ella rezaba en silencio, hilando oraciones que apenas lograban calmar su creciente inquietud.

El camino a Jerusalén serpenteaba entre árboles dispersos y colinas suaves. A mitad de trayecto, María vio cómo Jesús se detenía. Los demás también lo hicieron. Ante ellos, una higuera robusta, cargada de hojas pero sin fruto, se erguía con insolente apariencia de plenitud.

Jesús la observó durante unos segundos que parecieron una eternidad.

María se acercó un poco más. El rostro de su hijo estaba sereno, pero sus ojos tenían la misma intensidad que ella recordaba cuando, de niño, pronunciaba palabras que nadie le había enseñado.

—Nunca jamás coma nadie fruto de ti —dijo con cierta tristeza.

Los discípulos se miraron sin comprender.

Pedro entrecerró los ojos. Santiago frunció el ceño. Juan, que siempre trataba de ir más allá de las palabras, bajó la cabeza.

María lo sintió en el pecho: su hijo no hablaba solo de un árbol.

Lo sabía.

Entre sus palabras, siempre había algo más.

Un mensaje oculto, velado.

Continuaron el camino.

—¿Dónde está Judas? —preguntó Juan al grupo de mujeres.

—Por la mañana temprano partió para Betfagé —aclaró Miryam.

Dedicaron una plegaria por su madre.

No tardaron en llegar a Jerusalén. Las piedras del templo brillaban bajo el sol creciente, pero el bullicio era distinto al de días anteriores.

Había rumores.

Había expectación.

Y también había miedo.

El contraste fue brutal. El bullicio de los comerciantes, los cánticos en los pórticos, los animales en venta para el sacrificio, el murmullo de los fariseos arremolinados en las entradas del templo. Todo parecía estar en su lugar y, sin embargo, nada lo estaba.

Jesús cruzó el umbral del atrio con paso firme. María quedó atrás, entre las mujeres que lo seguían, buscando entre los pliegues del gentío un resquicio para verlo.

Se hizo el silencio.

La gente, expectante, no sabía si había llegado el momento de

escuchar al predicador o de temer su cólera.

Jesús se disponía a predicar pacíficamente cuando María observó cómo, desde la escalinata oriental, un grupo de hombres descendía con paso firme. Sus vestiduras eran largas, de lino fino, adornadas con flecos y filacterias. A la cabeza, el fariseo veterano Nadab ben Yaír caminaba con la arrogancia de quien creía hablar en nombre de Dios. A su lado, algunos sacerdotes y ancianos lo seguían, murmurando entre dientes como si rumiaran una estrategia ya acordada.

Nadab alzó la voz y, aunque se dirigía a Jesús, habló para que lo escuchara el gentío.

—¡Rabí! —dijo de manera teatral—. ¡Qué alegría contar con tu presencia! ¿No has traído el látigo hoy?, ¿deberíamos preocuparnos?

Se escucharon murmullos y risas entre los que allí se congregaban.

María desvió la mirada a su hijo. Este sonrió con honestidad al fariseo.

—Hoy vengo más calmado, Nadab. Puedes estar tranquilo.

Los apóstoles, desconfiados, adoptaron una posición defensiva en torno a su maestro.

—Vaya, vaya… —canturreó Nadab—. Veo que ellos no vienen calmados.

Jesús forzó el silencio.

Tomó la palabra Gamaliel, descendiente de Hillel el Sabio y guardián de la Torá, un hombre que amaba el orden tanto como temía al caos. En su rostro, surcado por los años y por el peso del deber, se dibujaba la preocupación de los que no luchaban por poder, sino por permanecer. El templo debía sostenerse. La Ley debía cumplirse. Y los profetas hacía mucho tiempo que no hablaban. No era saduceo, no era un hombre vendido al poder. Pero,

como fariseo, creía que el Mesías no llegaría rompiendo el *shabbat* ni sentándose a la mesa con publicanos y prostitutas. Para él, Jesús no era un demonio, aunque tampoco el Hijo del Altísimo. Era, en el mejor de los casos, un joven iluminado y, en el peor, un peligroso intérprete de la Escritura que arrastraba a los pobres con palabras dulces como la miel, pero que podrían acabar provocando la ruina de Israel.

—Sabemos que eres veraz y que enseñas con rectitud el camino de Dios. Que no te dejas llevar por apariencias ni temes al juicio de los hombres.

Los murmullos crecieron.

Algunos reconocieron la trampa tras las palabras floridas. Otros, los más ingenuos, se acercaron aún más, esperando escuchar a Jesús desmantelar otro ataque. María trató de aproximarse a los apóstoles mientras un contubernio romano se aproximó para evitar una reyerta como la del día anterior.

—No temo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; deberías temer más bien a Aquel que puede llevar al alma y al cuerpo a la perdición en el infierno.

Los miembros del Sanedrín se miraron entre ellos.

Longinos estaba muy pendiente.

Cuando la patrulla romana estuvo a escasos metros de aquel encaramiento, Nadab sacó toda la artillería.

—Dinos, pues, ¿es lícito pagar tributo a César o no?

Un silencio cayó como un manto. La pregunta, lanzada con veneno, pendía en el aire como una daga: si decía que no, sería acusado de rebelión ante los romanos. Si decía que sí, perdería el favor del pueblo.

El contubernio romano quedó expectante.

Longinos no perdió detalle.

Jesús, en lugar de responder, miró primero a Nadab, luego a la multitud. Vio a su madre entre las decenas de caras desconocidas.

Ella le rogó con la mirada que no siguiera.

Jesús sonrió a María y se volvió a Nadab.

—¿Por qué me tentáis, hipócritas?

María cerró los ojos. El fariseo frunció el ceño. Algunos de sus compañeros apretaron los dientes, pero Jesús ya les había desarmado con una sola frase. El Nazareno no iba a quedarse ahí.

—Mostradme la moneda del tributo.

Los que allí concurrían trataron de buscar una moneda. Jesús se abrió paso entre los apóstoles y se dirigió a un soldado romano.

—Tú, ¿tienes un denario?

El contubernio quedó descolocado. Aquel a quien debían observar les estaba haciendo partícipes del enfrentamiento contra el Sanedrín. El joven de la patrulla romana pidió permiso con la mirada a Longinos, quien accedió. Buscó, sacó un denario y se lo tendió. Jesús lo tomó, lo levantó ante todos y lanzó una pregunta en dirección al Sanedrín.

—¿De quién es esta imagen y esta inscripción? —preguntó el Nazareno.

Durante unos segundos, hubo silencio.

Los romanos miraron a los sacerdotes esperando respuesta.

—Del César —respondió casi obligado uno de los fariseos, con un hilo de voz, sintiendo que estaban cayendo en su propia red.

Jesús sostuvo la moneda un momento más y luego, con calma, se la mostró al soldado romano.

—*Nonne est Caesaris?* —le preguntó Jesús en latín.

El soldado respondió afirmativamente.

Jesús se volvió al Sanedrín.

—Pues dad al César lo que es del César…, y a Dios, lo que es de

Dios.

Y, tras las palabras, devolvió con cordialidad el denario a su legítimo propietario.

María trato de avanzar algo más sin dejar de prestar atención a la reacción de los allí presentes. Un murmullo recorrió la plaza como el trueno que no encontraba dónde estallar. Algunos se llevaron las manos a la boca. Otros bajaron la mirada, vencidos. Nadab no respondió de inmediato. En su rostro se dibujó una mezcla de ira y desconcierto. Su estrategia había sido vuelta contra él ante los ojos de todos.

—Hablas con astucia, Nazareno —dijo, alzando la voz para recuperar terreno—. Pero no nos engañas. Este templo es santo. Tus actos, tus palabras…, tu desafío no son de un profeta, sino de un impostor.

Jesús clavó en él una mirada tan firme que Nadab sintió por un instante que no llevaba nada puesto, ni vestiduras, ni título, ni autoridad, ni razón.

—Vosotros decís ver y no veis. Sois como sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos muertos y de toda inmundicia.

—¡Blasfemia! —gritó uno de los ancianos.

—¡Sacrílego! —vociferó otro de ellos.

María intentó agarrar a su hijo por el brazo, tratando de frenarle. El pueblo, dividido, empezó a levantar voces. Algunos defendían al maestro, otros pedían orden. En ese momento, Jesús alzó la mano con autoridad y todo el mundo calló.

—Se os arrebatará el Reino de Dios, y será dado a un pueblo que produzca frutos. Porque muchos vendrán del oriente y del occidente y se sentarán a la mesa con Abraham…, mientras que los hijos del Reino serán expulsados.

Los miembros del Sanedrín retrocedieron como si hubieran sido golpeados. El fariseo estalló.

—¡Falsa idolatría! —Nadab estaba fuera de sus casillas—. ¡Deberías morir lapidado!

Las columnas del templo proyectaban sombras largas sobre los escalones blancos. El sol del mediodía parecía haberse detenido, como si el tiempo contuviera el aliento. Jesús, sereno en medio del tumulto, miró a todos los allí presentes. Su último movimiento se detuvo en Longinos, que quedó paralizado.

Jesús sentenció la conversación.

—Destruid este templo y en tres días lo levantaré.

Un silencio de piedra cayó sobre todos. Los rostros del Sanedrín se crisparon en incredulidad y escándalo. Algunos se llevaron las manos al pecho, otros alzaron la voz con indignación.

—¿Habéis oído lo que ha dicho? ¡Blasfemia! ¡Este templo tardó más de cuarenta años en construirse! —gritó el fariseo Naftalí.

El escándalo fue inmediato, como una llamarada. Y el eco de aquellas palabras se extendió como fuego entre las columnas, encendiendo el juicio en los corazones de los sabios. Para ellos no cabía duda: Jesús hablaba del santuario de piedra, del centro de su fe y su poder. Ya no solo era un profeta incómodo; era un peligro público, un incendiario espiritual.

En medio de aquella algarabía de indignación, una sola mirada vio lo que nadie más vio. María mantenía los ojos fijos en su hijo. En el instante preciso en que Jesús pronunció aquellas palabras, su mano, casi imperceptible, se posó sobre su pecho, como si señalara la verdad sin gritarla. No alzó la voz, no explicó nada. Pero su cuerpo habló lo que sus labios velaron.

María lo comprendió.

Aquel «templo» no era de piedra ni de cedro, sino de carne y

hueso.

Su cuerpo.

Su vida.

Su sacrificio.

Su corazón se encogió aún más, la hora se acercaba.

Mientras el Sanedrín ardía en su ceguera, solo ella, en silencio, supo que la profecía no tenía que ver con muros ni columnas, sino con el misterio del dolor y la promesa que en su hijo habitaban.

Nadab ben Yaír se adelantó con un gesto duro en el rostro. Alzó la mano mientras daba un paso hacia Jesús.

—¡Este templo es la casa del Altísimo! —tronó con voz clara—. ¿Acaso te burlas del Santo de Israel?, ¿quién eres tú para prometer en tres días lo que costó generaciones levantar?

Pedro, que estaba al borde de intervenir, apretó los puños. Su respiración era entrecortada. Santiago, tenso, cruzó los brazos igual que un centinela que espera una señal para actuar. Juan, sin alejarse de María, miraba a Jesús como si sus ojos quisieran protegerlo del mundo. Andrés susurraba una plegaria que nadie escuchaba. Tomás, desde atrás, empezó a marearse por el miedo de ver que el abismo se abría bajo sus pies.

Fue entonces cuando Jesús bajó la mano que había alzado al pecho.

No dijo más.

No necesitaba hacerlo.

Mientras tanto, Nadab se volvió a los suyos con una mezcla de burla y amenaza en la voz.

—¡Este galileo ya no solo se cree profeta…, se cree constructor del Altísimo! —rio con aspereza, sin alegría—. Pero no levantará nada… si vive para contarlo.

Jesús no respondió. Bajó la vista un instante, como quien

contempla el peso de la historia. Luego, sin decir palabra, comenzó a alejarse por los corredores del templo. Uno a uno, los discípulos lo siguieron.

Nadab no apartó los ojos del Nazareno.

Se volvió apenas, como si hablara al viento, pero sus palabras tenían destinatario.

A su lado, surgido de entre los pliegues de los pilares, un zelote se inclinó ligeramente. Vestía con la sobriedad propia de aquellos que caminaban entre dos mundos: túnica oscura, sin adornos, mirada severa y un cinturón de cuero que delataba su liderazgo entre los zelotes. Había en él fervor religioso. Frío, limpio, eficiente. Como una espada recién desenvainada.

—Mañana propondré tu ayuda en el consejo. Necesitamos buscar una fisura entre los suyos, pero sin ruido —murmuró Nadab —. La semilla de la subversión se arranca antes de que florezca.

—Entendido —respondió el zelote, sin emoción alguna.

El mercenario desapareció entre la muchedumbre. Nadie más lo vio.

Poco a poco, el atrio se fue despejando. María perdió de vista por un momento a su hijo. Al tratar de buscarlo con la mirada, escuchó a un grupo de niños jugar cerca de una columna. Reían y decían que el Nazareno había hecho hablar a un mudo, caminar a un cojo, abrir los ojos a un ciego. Uno de ellos alzó la voz, imitando: «¡Levántate y anda!».

Los demás rieron.

María sonrió con tristeza.

La inocencia de los niños era más sabia que el conocimiento de los ancianos.

Pero su sonrisa se desvaneció cuando un sacerdote, con el rostro ensombrecido por la ira, pasó junto a ella. Se detuvo un instante, la

reconoció y le dedicó un susurro sin mirarla.

Sin piedad.

—Tu hijo ha clavado su último clavo.

No hubo amenaza en su tono. Era un diagnóstico. Irrefutable. Profundo. Como si el destino estuviera ya sellado. María no respondió. Miró al cielo en busca de una señal.

Pero todo estaba nublado.

Aquella misma tarde, al regresar a Betania, María y Juan les alcanzaron a la altura de la higuera.

El joven apóstol fue el primero en señalarla.

—¡Maestro! —exclamó—. La higuera que maldijiste… se ha secado de raíz.

Todos miraron a Juan. María la observó con atención. Las hojas, antes verdes, ahora yacían caídas, grises, sin vida.

—No era tiempo de higos —susurró Juan—. ¿Por qué…?

Jesús se volvió hacia él. Sus ojos eran tiernos pero graves.

—Porque esta higuera es Israel —dijo—. Un pueblo con muchas hojas… aunque sin fruto.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier lamento.

María caminó sola, sosteniendo entre sus manos el pequeño burro de madera que una vez talló José para su hijo. Lo acariciaba con los dedos, recordando los días en que las palabras de Jesús eran enigmas infantiles, no amenazas para los poderosos.

Sabía que lo que venía sería duro.

Y que el árbol seco junto al camino no era más que el primero en caer.

12

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén-Betania

El salón del consejo del templo, conocido como el Salón de las Piedras Talladas, se alzaba en uno de los ángulos del recinto sagrado, envuelto en una solemne penumbra incluso en las horas de mayor sol.

Las paredes estaban recubiertas de mármol blanco veteado que devolvía la luz de las lámparas de aceite con un resplandor tenue y dorado. Un friso de inscripciones hebreas recorría el contorno superior, recordando las palabras de los profetas y la severidad de la Ley. En el centro, dispuestas en semicírculo, se alzaban las sillas de los ancianos del Sanedrín, elevadas sobre una tarima de cedro oscuro. El suelo, pulido hasta brillar, era de piedra caliza traída de Hebrón y en su centro ardía un incensario bajo, cuyo aroma a mirra y resina impregnaba el aire con una sensación de juicio inminente.

Todo en aquella sala imponía orden, disciplina y una reverencia que nacía del temor de los hombres. Allí no se alzaban voces sin propósito ni se tomaban decisiones sin consecuencias.

Era el corazón frío de la justicia religiosa de Judea.

El lugar donde se sellaban destinos.

En su interior, el Sanedrín se reunía bajo la luz temblorosa de las lámparas de aceite. Nadab ben Yaír se incorporó lentamente desde su asiento. Su túnica estaba impecable, como siempre, pero sus ojos dejaban entrever un nerviosismo inusitado en él.

Había silencio.

Solo el crujir de los bancos de madera trató de acompañar su voz cuando habló. Todos lo siguieron con la mirada.

—El Nazareno ha cruzado la última línea. Sus parábolas ya no enseñan, provocan. Ya no cura, confronta. Hoy se ha burlado de nosotros frente a Roma. Mañana puede prender fuego a todo lo que hemos defendido. No podemos esperar más.

Un murmullo se alzó entre los presentes, reafirmando las palabras de Nadab, entre ellos Gamaliel, Semes y el viejo Dataés. Pero no fue hasta que Nadab pronunció el nombre que muchos evitaban mencionar que todos comprendieron hacia dónde se dirigía el consejo.

—He oído rumores de que uno de los suyos está inquieto…, inestable. Su madre está enferma y su corazón dividido. Sabéis de quién hablo. De Judas, el Iscariote. Él es la prueba de que los milagros de Jesús son una farsa.

Un silencio más denso cayó como un aguacero.

Todos imaginaban el paso que estaba a punto de dar Nadab.

Nadie quería contar con los zelotes. Para los fariseos, los zelotes eran una amenaza tan grande como los romanos: fanáticos incendiarios que confundían fe con violencia y celo por la Ley con

odio ciego. Los consideraban impredecibles, difíciles de controlar y demasiado dispuestos a encender al pueblo en rebelión abierta, lo que solo traería más represión y sufrimiento sobre Israel. Sin embargo, en aquellos días de agitación creciente, con la figura de Jesús extendiéndose como un fuego por todo Jerusalén, algunos fariseos se veían forzados a actuar con pragmatismo. Necesitaban ojos entre el pueblo y manos dispuestas a actuar con discreción.

Y nadie, absolutamente nadie, se movía entre las sombras del templo y las callejuelas de la ciudad como los zelotes.

Así, con recelo y desdén oculto tras las barbas, los fariseos estaban a punto de abrir sus puertas a aquellos hombres a quienes despreciaban, porque el miedo a perderlo todo pesaba más que el orgullo.

—Propongo enviar a Gedeón ben Ananías. Él conoce las sombras, habla su idioma. Si alguno de sus apóstoles duda, si hay una grieta, Gedeón la encontrará. Que no lo amenace, que lo escuche. Que le ofrezca… lo justo. A veces basta una sola piedra para derribar una torre.

Gedeón, un cacique venerado entre los zelotes, era hijo de Ananías, un herrero de Jerusalén. Fue así como adquirió grandes conocimientos sobra la forja clandestina de armas. Portaba con orgullo el nombre de uno de los jueces del pueblo judío y el guerrero que acabó con los madianitas bajo la protección de Yavé para gobernar Israel. Siempre estaba dispuesto a honrar su nombre y todo aquello que inspiraba.

Era un hombre fuerte, de pelo corto, rasgos marcados y cicatrices tanto en la cara como en su cuerpo, y cuyo corazón se había petrificado con cada transgresión romana. Vio en un primer momento el ascenso del rabino de Nazaret como un presagio sorprendente: un faro que podía encender los fuegos de la rebelión

y no sofocar la voluntad del pueblo con promesas de paz y sumisión. Fue testigo de cómo su pequeño hijo Jacob fue atraído inexorablemente hacia el suave llamado de aquel Jesús, un tirón que lo llenó de un temor que no podía nombrar. Y toda responsabilidad y culpabilidad caía sobre su hermano Simón, otrora zelote, ahora desertor, prófugo y seguidor del falso mesías. Dos ramas del mismo árbol, crecidas en direcciones opuestas. Uno consagrado a la espada; el otro, pensaba él con desprecio, rendido a una palabra de falso amor.

No llevaba ropajes sagrados ni túnicas de lino ceremoniales. Su indumentaria era la de un hombre curtido en la sombra, tejida más por la costumbre del combate que por los ritos de incienso y salmos. Una túnica de lana gris, basta y sin adornos, caía recta sobre su figura delgada y angulosa. Ceñida por un cinturón de cuero endurecido, revelaba una silueta disciplinada, construida en la lucha y afinada por los años. No tenía flecos de oración. No los necesitaba. Su ley no se rezaba: se cumplía.

Sobre sus hombros, un manto oscuro de corte corto, reforzado por dentro, le permitía moverse con rapidez. Sus botas eran bajas, de suela reforzada, hechas para avanzar sin ser oído, como solía hacerlo desde su juventud cuando lideraba pequeñas escaramuzas de resistencia contra Roma en nombre del celo por el Altísimo.

Su mano derecha solía descansar cerca de la empuñadura de una daga oculta bajo el manto. Nunca temblaba. Era un hombre al que se le confiaban los asuntos que no podían manchar las manos de los justos. Lo sabían todos. Y, sin embargo, hablaba poco. Sus palabras, cuando surgían, eran medidas, frías, como el filo de una espada bien templada.

Gedeón no creía en redención ni en señales. Creía en el orden. En el deber. En el castigo justo, aplicado sin temblor. Y, si su

hermano Simón había optado por seguir a un predicador con túnica blanca, él había elegido permanecer donde podía impedir que las llamas del falso mesianismo incendiaran Jerusalén. Él era el muro invisible. El cuchillo necesario. El custodio sin gloria de un equilibrio sagrado.

Y estaba dispuesto a usar todo lo que sabía, y todo lo que los apóstoles podrían ocultar, para mantener aquel equilibrio.

Se hallaba sentado al margen con su rostro tallado como una máscara de granito.

No necesitó más órdenes.

Se incorporó, asintiendo sin teatralidad.

—Encontraré una fisura —dijo con voz grave—. Y sabré si la fidelidad de sus seguidores se inclina hacia el galileo… o hacia la plata.

Nadab lo observó detenidamente. Conocía bien la eficacia de Gedeón.

Por eso lo había elegido.

Porque no haría preguntas innecesarias.

Porque sabía cuándo callar y cuándo presionar.

Porque no temía ensuciarse en nombre de la ley.

La asamblea dio por concluida la sesión sin más palabras.

Después, la sala comenzó a vaciarse y los murmullos de los ancianos se desvanecieron entre las columnas. Nadab ben Yaír no se movió de su asiento. Observó a Gedeón con detenimiento, como quien examinaba una espada que no había sido forjada por su propia mano. Alzó la voz, serena pero firme, con aquel tono que no requería volumen para imponer obediencia.

—Gedeón ben Ananías…, antes de confiarte esta tarea, necesito estar seguro. No de tus habilidades. De esas, nadie duda. Pero tu sangre es la misma que la de Simón, ese pescador de hombres

inflamado por el Nazareno. ¿No es así?

Gedeón, que ya había dado la espalda, se detuvo. Se giró con lentitud, sin sombra de emoción en el rostro.

—Es mi hermano, no mi causa.

Nadab frunció los labios, sin soltar aún su juicio.

—La sangre tira, Gedeón. Y tú conoces bien a los que rodean al galileo. Has combatido junto a algunos de ellos sirviendo al puño de Judea. ¿Qué te hace pensar que tu lealtad no flaqueará como la de tu hermano?

Gedeón bajó un escalón, entrando en la penumbra, más cerca del fariseo. Su voz fue áspera como piedra raspando piedra.

—Mi lealtad no es a un carpintero iluminado. Ni a sueños de un reino invisible. Es al templo, a la Ley y a la tierra de nuestros padres. Mi hermano ha perdido el juicio y será juzgado como cualquier otro. Yo no soy su guardián. Soy el brazo que impide que el caos devore lo que queda de Judea.

Nadab lo observó en silencio. Después, con un leve movimiento de cabeza, terminó la reunión.

—Entonces ve. Y no vuelvas sin saber si alguno de sus seguidores es débil… o peligroso.

Gedeón apenas se inclinó. Cuando alzó la vista, sus ojos no eran los de un hermano. Eran los de un ejecutor.

—Lo sabré. Si es necesario, haré lo que deba hacerse.

Y, sin más, giró sobre sus talones y desapareció entre las columnas.

Nadab quedó en silencio un instante, para al fin murmurar unas palabras:

—La espada más afilada no siempre es la más limpia…, pero a veces es la única que corta.

Gedeón, en silencio, descendió por los escalones del templo

rumbo a la ciudad dormida.

Sabía que encontraría la fisura, la duda, la debilidad.

Gedeón había aprendido a leer las grietas del alma escuchando, no interrogando. En las conversaciones veladas con su hermano Simón el Zelote, cuando estaba a punto de unirse a Jesús, había recogido más de lo que Simón habría querido revelar. Sabía quiénes eran los más fervientes, quiénes los más volátiles. Y, entre los doce, había tomado nota de dos nombres: Tomás y Judas. Tomás, porque dudaba de todo, de los demás, de sí mismo e incluso del propio maestro, y aquella duda, bien alimentada, podía volverse una rendija por donde entrar. Judas, porque sus ojos mostraban la sombra de la necesidad: necesidad de sentido, de pertenencia, de redención y también de medicamentos. Gedeón no necesitaba quebrar la roca; solo encontrar la fisura. Y, entre los discípulos, esas dos fisuras ya estaban marcadas.

Comenzaría por Judas.

No lo conocía, pero sabía que un hombre dividido no dormía tranquilo. Y aquella noche, más que nunca, Judas estaría despierto.

Pensando.

Dudando.

Y las dudas eran terreno fértil para quien sabía sembrar la tentación.

13

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén-Betania

El mercado de Jerusalén hervía con los sonidos ásperos del trueque, los gritos de los vendedores, el murmullo impaciente de los compradores y el jadeo de los animales bajo el sol.

Entre las callejas de Jerusalén, los puestos se sucedían uno tras otro como colmenas vivas: frutas brillantes apiladas en montones perfectos, especias extendidas como mapas de color y aroma, telas colgando al viento semejantes a alas de mariposa y animales chillando mientras sus dueños gritaban por encima del barullo para cerrar un trato. El sol caía sin clemencia, rebotando en las piedras blancas y arrancando sudor de la frente de los hombres. Un aire denso, cargado de comino, estiércol y aceite, parecía asfixiar a cualquiera que no supiera moverse con ritmo entre los empujones.

La piedra gastada del suelo parecía devolverle cada paso como

una bofetada, y Judas caminaba entre los puestos con la ropa polvorienta y la mirada tensa, aferrando un hatillo de tela en el que guardaba los pocos objetos familiares que aún poseía.

Llegó al puesto que buscaba.

Unos comerciantes comentaban cómo Jesús había ridiculizado al Sanedrín en el atrio del templo.

Se puso nervioso, torpe.

Primero ofreció las pulseras, herencia de su propia abuela. El comerciante, sin mirarlas demasiado, le ofreció la mitad de lo que valían. Judas negó con la cabeza, intentando conservar aún algo de dignidad.

Siguió caminando, encogiéndose de hombros, mientras buscaba otro rostro más humano entre aquella jungla de interés y trueques. El segundo, un vendedor de objetos de segunda mano, manoseó la espada curva de su padre, más decorativa que útil.

—Plata auténtica, mango tallado por artesanos de Keriot. Perteneció a mi padre —dijo al segundo mercader, un hombre calvo con manos grasientas.

—¿Y? —respondió este, sin apenas mirar la pieza—. ¿Sabes cuántos cuchillos me traen cada día diciendo lo mismo? Te doy dos leptones. Y gracias.

—¡Vale como mínimo un talento de oro! —replicó Judas ofendido.

—Y tú pareces sano. Pero eso no significa que seas un caballo de carreras.

El tercero ni siquiera le dejó hablar. Vio los mantos bordados por su hermana, con hilo azul del Jordán y una inscripción medio borrada, y negó con la cabeza sin dejar de contar sus monedas.

—No pago por cosas que huelen a pasado.

Y así, objeto tras objeto, herencia tras herencia, Judas fue

perdiendo migas de dignidad y jirones de esperanza.

Cada regateo le arañaba el alma.

El dinero que necesitaba para los cuidados de su madre no llegaba.

Ni siquiera lo bastante para un ungüento.

Ni siquiera para un trozo de lino limpio.

Casi regaló el espejo, pero no lo hizo.

El murmullo del mercado le zumbaba en los oídos como un enjambre. Vendedores que pregonaban a pleno pulmón: «¡Trigo nuevo de Samaria!», «¡Higos secos, cuatro por medio siclo!», «¡Ungüento de mirra para los dolores del alma y del cuerpo!».

Mujeres que regateaban por un cesto de dátiles.

Niños que se escabullían entre piernas con pan robado.

Soldados romanos vigilando con la soberbia de aquellos que no necesitaban comprar porque podían tomar lo que quisieran.

De repente, escuchó a uno de los comerciantes

—Ese carpintero de Nazaret se está enfrentando otra vez al Sanedrín.

—Nada bueno sale de Nazaret… —bromeó uno de los clientes.

—Un día de estos acabará apedreado o crucificado —replicó otro.

Judas sintió el peso del hatillo lleno. Se lo colgó al hombro sin mirar atrás. Su estómago rugía. Su garganta ardía. Pero lo que más le dolía no era el hambre ni el fracaso.

Era la certeza de que ya no le quedaba nada más que vender, excepto su fe.

Con el ruido del mercado apagándose detrás de él, Judas echó a andar cuesta arriba hacia el lugar donde sabía que encontraría a Jesús mientras sus sandalias arrastraban polvo y necesidad.

Y aquella urgencia ya no pedía consuelo.

Pedía acción.

Lo había intentado todo. Lo había dado todo. Había mendigado con el corazón en la mano sin que nadie se lo reconociera.

Ahora lo único que le quedaba era lo imposible.

Cuando llegó al templo, Jesús y los discípulos habían partido.

Judas dudó si volver junto a su hermana, pero necesitaba salvar a su madre.

Regresaría a Betania sin pasar por casa.

Necesitaba ver a Jesús.

Más allá de Getsemaní, el sol se deslizaba lentamente hacia occidente, tiñendo de oro las laderas. Entre los árboles, las sombras se alargaban como dedos, como si las ramas lo esperaran. Al llegar a la higuera, a la entrada de Betania, divisó al maestro. Estaba sentado sobre una piedra, con las manos apoyadas sobre las rodillas y la mirada clavada en el horizonte, donde el cielo comenzaba a desvanecerse en púrpura.

Jesús estaba solo.

Como si supiera que Judas venía.

Como si le estuviera esperando.

Judas se detuvo a unos pasos, sin saber cómo empezar.

El silencio era tan espeso como la brisa que agitaba las hojas. Y entonces, como si Jesús pudiese oír el temblor de su alma, habló mirándolo fijamente a los ojos.

—Judas… No estabas hoy en el templo con nosotros.

Judas trató de mantener la compostura.

—Mi madre sigue enferma —respondió este con voz quebrada—. Apenas habla ya. Su respiración es como una vela, no quiere apagarse, pero tampoco sabe cómo seguir encendida y, al final, claudicará.

Jesús cerró los ojos por un instante.

No había juicio en su rostro.

Solo una compasión inmensa.

—Sé que lo sabes. Y sé que sabes también que he rezado por ella —continuó Judas, avanzando un paso—. He rezado por ti. He dado cuanto tenía. Hoy… Hoy he intentado vender hasta los recuerdos. Pero ni la espada de mi padre ni el bordado de mi hermana valen nada en Jerusalén.

Jesús no respondió. Parecía escuchar con el alma, no con los oídos.

—Te he visto sanar sin tocar. He visto cómo bastaba con que alguien te rozara el manto para levantarse de entre los muertos. Te he visto llorar por desconocidos, caminar hasta los confines del mundo por un alma. La suegra de Pedro, hasta el sobrino de Simón. Y mi madre… —la voz se le quebró aún más—, mi madre, que te ha defendido, que ha creído en ti desde antes de que yo creyera… ¿Por qué ella no?

Jesús alzó la vista.

No había severidad en su mirada.

Había lástima.

Dolor.

Y mucha, muchísima compasión.

—No es el momento, Judas —dijo con suavidad—. No todo lo que deseamos es lo que el Reino de mi Padre necesita.

Judas sintió un puño apretársele en el pecho.

Dio un paso más.

—¿Y acaso el Reino necesita que cures a un paralítico?, ¿que cures al siervo de un centurión?, ¿que cures a una mujer con flujo de sangre? ¿Por qué el Reino de tu padre permite que una mujer buena sufra como un perro sin nombre en las afueras de Betfagé?

Jesús guardó silencio.

No podía.

No debía.

—¿No entiendes que todo esto no tiene sentido si tú eliges a quién salvar y a quién no? ¿O acaso… —tragó saliva antes de continuar—, acaso ya lo has decidido todo? ¿Acaso sabes qué voy a hacer?

La pregunta quedó prendida en el aire.

Jesús mantuvo la mirada fija en él, pero no respondió.

Ni negó ni afirmó.

—¡Dime algo! —gritó Judas al fin, perdiendo la compostura—. Maldita sea, ¡eres mi amigo!, ¡dime que todavía tengo elección!, ¡dime que no soy solo una pieza más!

Entonces, Jesús se levantó con calma.

Caminó hasta él.

Y, cuando estuvo frente a Judas, colocó una mano sobre su hombro.

El tacto fue cálido, sincero.

—Eres más importante de lo que crees, Judas —dijo, apenas un susurro—. Lo que tengas que hacer, hazlo por amor.

Y luego se marchó colina abajo, como si no hubiese dicho nada.

Como si lo hubiese dicho todo.

Judas se quedó solo entre los olivos.

Su corazón estaba desbordado por una ira triste, por la pérdida del cauce de su devoción.

En su interior, la necesidad seguía gritando.

Y, tras la urgencia, el único pensamiento que le robaba el sueño noche tras noche.

Salvaría a su madre, costara lo que costase.

Acabaría con la pesadilla.

Haría lo que fuera necesario.

No lo haría por fe.

Lo haría por amor.

Aunque ello significara derribar los pilares de fe que tan débilmente había construido.

Tres días antes
de la crucifixión

14

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El sol de la mañana filtraba su luz con pereza entre las hojas aún verdes de los olivos. Jerusalén despertaba con un temblor distinto en el aire, como si el suelo recordara todavía las palabras pronunciadas con autoridad en el camino a Betania.

«Nunca jamás coma nadie fruto de ti».

La frase había sido más que un juicio botánico.

Era una sentencia.

Un acto profético.

Un espejo para Israel.

A un corto trayecto del huerto, entre las formaciones rocosas de un camino poco transitado, un contubernio romano aguardaba en silencio. Eran ocho legionarios, cubiertos con su *lorica hamata*, la cota de malla que caía con peso metálico sobre sus hombros y les

protegía el torso hasta los muslos. El brillo apagado del hierro entrelazado contrastaba con las cintas de cuero de sus cinturones y las faldas militares, rígidas por el uso. Cada uno portaba el *gladius* al costado y el *scutum* a la espalda, aunque sus manos descansaban alertas sobre los pomos de sus espadas. Al frente, el *optio*, lugarteniente del centurión Longinos con una cicatriz bajo el ojo derecho, era un veterano de rostro curtido y mirada cortante, fruto del peso de muchas campañas a sus espaldas. Aunque no hablaba, su sola presencia bastaba para que incluso los más bulliciosos callaran. El grupo rodeaba a aquella dama con disciplina inflexible, conscientes de que no custodiaban solo a una mujer, por orden del centurión y bajo la autorización del prefecto Pilato.

Claudia Prócula.

Ni esclava ni señora de Judea, caminaba por los corredores de la residencia romana en Jerusalén como quien estaba de paso entre dos mundos: el del poder masculino y el de la intuición silente. Su piel clara, sus movimientos comedidos y su mirar largo hablaban de Roma, pero su corazón ya no latía al ritmo del Tíber. Allí, en tierra extraña, Claudia había comenzado a soñar.

Nadie conocía con certeza sus orígenes. Se decía que era hija de un senador, sobrina lejana del emperador o incluso discípula de una escuela secreta de mujeres sabias. Todos respetaban su presencia, incluso los soldados más ásperos que defendían a su marido, Poncio Pilato. Claudia no hablaba mucho, pero cuando lo hacía su voz era firme y su lengua precisa. Tenía el extraño don de percibir las fisuras del alma, incluso en los hombres que se creían indestructibles.

Desde hacía días, algo le inquietaba. Lo confesaba solo en susurros, a su esclava más fiel o al dios anónimo que visitaba en sueños. Una figura se le aparecía, envuelta en luz y polvo, entre cadenas de olivo y sangre. No sabía su nombre, pero lo reconocía.

Aquella noche, mientras Pilato dormía inquieto, Claudia despertó con el corazón al galope y una frase en los labios que no recordaba haber dicho nunca.

«No tengas nada que ver con ese hombre justo».

No era una mujer de miedos. Había visto conspiraciones, traiciones y castigos. Pero nunca antes había sentido que la historia misma estuviera por partirse en dos, y que ella, esposa de un gobernador sin voz ni voto en las decisiones de los hombres, pudiese estar viendo el principio de algo eterno.

Su papel parecía pequeño. Pero ella sabía que, a veces, la verdad se le revelaba primero a quien nadie escuchaba.

Se detuvo a unos metros, les dedicó una mirada firme y les habló con voz suave pero incuestionable:

—Esperad aquí. No intervengáis, pase lo que pase.

El *optio* pareció vacilar.

—*Domina*, no es conveniente que permanezcamos tan lejos. El camino no es seguro, y menos en estos días…

—Lo más peligroso está en el alma, no en la tierra —dijo Claudia, sin titubear—. Y, si él está cerca, sé que no me pasará nada. Os lo ordeno: ni un paso más allá de estas piedras.

Los soldados asintieron a disgusto, sin réplica. Aquella no era una mujer cualquiera. Era la esposa del prefecto. Y algo en su presencia parecía aún más imperioso que la autoridad imperial.

Claudia continuó sola.

Fue entonces cuando la vio.

Una figura delicada, vestida con telas modestas de tonos tierra, caminaba por los márgenes del huerto, a medio camino entre Betania y la ciudad. Sus pasos eran lentos, meditativos. Sus ojos contemplaban el día como si supieran leer en él las señales del cielo.

Claudia se detuvo frente a ella. Se retiró el velo. María levantó la

mirada. Sus ojos se encontraron. En su rostro, el maquillaje ligero no alcanzaba a disimular el insomnio.

—Tú…, tú eres su madre —dijo con cierta devoción la romana, deteniéndose junto a la vieja higuera.

—Y tú no pareces de aquí —respondió María sin dureza en el tono, observando a la guardia romana a lo lejos.

—Me llamo Claudia. Claudia Prócula. —Hizo una pausa, como si lo que tuviera que decir desbordara su propio cuerpo.

—Eres… la esposa de Poncio Pilato. —María la reconoció por su nombre.

—Sí, pero no he venido como esposa del gobernador. He venido como mujer…, como hermana. ¿Puedo sentarme contigo?

—Siempre hay sitio para quien viene en paz —replicó gentilmente María.

Los ojos de la madre de Jesús no la juzgaban. Solo observaban con infinita paciencia. No preguntó cómo la había encontrado. La miró con una ternura silenciosa, como si intuyera que aquella mujer, aún vestida con las galas del poder romano, llegaba tan rota como ella.

—Hace noches que sueño con él —prosiguió Claudia—. No lo conozco…, no lo he tocado…, pero lo veo. En el sueño no hay sangre, tampoco cruz. Solo hay luz. Y un silencio que no pesa. Mi esposo no lo entendería. Yo tampoco. Pero lo sé: ese hombre es justo. Y el juicio se acerca.

María bajó la mirada al suelo. Las lágrimas no salieron. Estaban ahí, detrás de los párpados, pero aún no encontraban el camino. Asintió una vez, como si aceptara que el dolor de su hijo ya caminaba también en la conciencia de otros. Con la punta del pie, trazó una línea casi imperceptible sobre el polvo. Luego habló, suave como la brisa.

—¿Sabes qué es peor que un juicio injusto?

Claudia negó con la cabeza. María continuó:

—El juicio que ya ha sido decidido.

Un leve estremecimiento recorrió los hombros de Claudia. Entendía más de lo que se atrevía a decir. Se inclinó levemente hacia ella. Sus manos, suaves, cuidadas pero temblorosas, rozaron las de María.

—Quise verlo…, hablar con él —dijo con tristeza—. Pero todos me dicen que no es propio. Que no debo. Que hay cosas que solo conciernen a los hombres.

—Y, sin embargo, aquí estamos —susurró María, esbozando una sonrisa cansada.

—He rogado a mi esposo que no lo toque. Que no lo entregue. Que lo escuche —dijo Claudia con su voz cada vez más quebrada—. Pero Pilato… está rodeado de lobos, de miedos. De hombres como los que están dispuestos a ver morir a un inocente con tal de mantener el equilibrio de sus propias ruinas.

María no respondió. Su rostro seguía sereno, pero en sus ojos se acumulaba la sombra de una batalla interior. La lucha entre el conocimiento del plan divino y el latido humano de una madre que no querría ver a su hijo sufrir jamás.

—No lo entiendo —murmuró Claudia—. ¿Por qué nadie lo detiene?, ¿por qué él llama a las puertas del inframundo con sus enfrentamientos ante el Sanedrín?

El silencio que siguió fue más hondo que la pregunta. Un silencio lleno de grietas, como un ánfora que se rompía muy lentamente.

María alzó los ojos al cielo encapotado.

No había sol ni lluvia.

Solo esa luz gris que parecía anunciar algo inevitable.

—Porque todo esto debe suceder —respondió, al fin—. Porque

mi hijo no ha venido a escapar, sino a entregarse.

Claudia cerró los ojos. En su pecho se formó un nudo. Un hijo entregado por su propia voluntad. ¿Qué clase de amor era ese?, ¿qué fuerza movía a un hombre a callar ante sus verdugos?

—Entonces… ¿No hay nada que podamos hacer?

María acarició con ternura una pequeña figura que llevaba en el regazo: un burrito de madera, tosco pero cargado de recuerdos.

—Solo acompañarlo —dijo—. Amarlo. Sufrir con él. Confiar en él.

Claudia sintió que una lágrima descendía por su mejilla. No la limpió. No era vergüenza. Era humanidad.

—¿Por qué vienes a mí, por qué defiendes a mi hijo, por qué sueñas con él?

Prócula se tomó unos instantes antes de confesar:

—Mi hermana, Livia…, durante doce años sufrió una enfermedad que la alejaba del mundo. Una hemorragia sin fin. Los médicos, los ungüentos, las plegarias…, nada la sanaba. Solo quedaba la vergüenza. Y el silencio. Hasta que un día, entre la multitud, lo vio. A tu hijo. No se atrevió a hablarle. Solamente pensó: «Si tan solo rozo el borde de su manto…». Y lo hizo. Y sanó.

—Recuerdo aquel día —le dijo María—. Mi hijo supo que una fuerza había salido de él. Se volvió y buscó a quien había tocado su alma con tanta fe. Ella, tu hermana, se arrodilló temblando, y mi hijo no la reprendió. No la llamó «impura». La llamó «hija». —La esposa de Pilato asintió con lágrimas de felicidad.

—Quería que lo supieras. Que, aun cuando muchos en Roma o en Jerusalén lo desprecian o temen…, hay una mujer que vive gracias a él. Y una hermana que jamás dejará de agradecérselo.

Las dos mujeres quedaron así, frente a frente, en silencio. Una, madre de un rey sin corona. La otra, esposa de un gobernador que no sabía gobernar su propio corazón.

Y, aunque entre ellas no hubo promesas, ni pactos, ni palabras grandilocuentes, algo invisible e inmenso nació allí: una alianza sin política, una alianza anclada en la fe.

Se abrazaron, sin fuerza, sin prisa. Y, en aquel gesto mudo, el cielo pareció contener la respiración.

—Que tu fe no tiemble —dijo Claudia, antes de cubrirse el rostro.

—Que tu voz no calle —respondió María.

Antes de marcharse, Claudia se acercó un paso más. Sacó de su túnica una pequeña tela de lino blanca, bordada con hilos de oro muy finos.

—Guárdala. No sabría decirte por qué…, pero creo que te hará falta.

María tomó la tela entre sus dedos con delicadeza.

No preguntó nada.

No lo necesitaba.

Cuando Claudia se alejó por el sendero, sus pasos no hicieron ruido. A lo lejos, los soldados se pusieron en pie al verla regresar, pero no se movieron hasta que ella levantó una mano sutilmente.

María volvió su rostro hacia la higuera. El sol del mediodía comenzaba a hacer brillar sus hojas.

—Una nación con hojas… pero sin fruto —murmuró.

Sacó el burrito de madera y lo envolvió con la tela de Claudia, para después apretarlo con fuerza contra su pecho.

A cierta distancia, sin mirar atrás, Claudia Prócula marchaba en dirección a las calles estrechas de la ciudad, llevando en el pecho un dolor que ya no era solo suyo, ni de Roma, ni de Jerusalén.

Era de todos.

15

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betania

María regresó a Betania cuando comenzaba a caer la tarde.

En su mano llevaba con delicadeza el paño que Claudia Prócula le había entregado: un retazo de lino fino, blanco, con hilos de oro, que la esposa del gobernador romano había mandado tejer como señal de respeto y temor hacia su hijo, y que ahora protegía el juguete favorito de Jesús.

Mientras avanzaba por el camino pedregoso que conducía a la casa de Lázaro, sus pensamientos se mezclaban con la brisa suave del atardecer. Aquel día, su hijo había vuelto a enseñar en el templo, y, aunque no había estado allí para verlo con sus propios ojos, los rumores de su enfrentamiento con escribas y fariseos ya corrían de boca en boca, como chispas en un campo seco.

Al empujar la puerta de la casa, María percibió el murmullo tenso

de las voces que se elevaban desde el atrio. Los apóstoles estaban reunidos, algunos en pie, otros apoyados en columnas o bancos, pero todos agitados. Juan y Santiago discutían con vehemencia, mientras Pedro intentaba calmar los ánimos.

—¡No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras conspiran contra él! —bramaba Santiago, con los puños cerrados—. ¡Lo vieron! Hoy, en el templo, les habló con autoridad, desenmascaró su hipocresía… ¿y qué hicimos nosotros? ¡Nada!

—Jesús no necesita espadas —replicó su hermano Juan, con voz más serena—. Necesita fe. Si intervenimos con violencia, nos alejamos de su mensaje. ¿Acaso no lo comprendes, hermano?

Al parecer, aquella mañana, un grupo de fariseos se había adelantado entre la multitud, acompañados por otros miembros del Sanedrín. Aunque Caifás no estaba presente, sí lo estaban varios de sus hombres de mayor confianza, figuras de porte severo y semblantes marcados por la vigilancia constante del poder religioso. Semes, Dataés, Gamaliel, Leví, Naftalí y Nadab, todos hombres doctos en la Ley, lo observaban con mezcla de recelo y expectación. Lo que demandaban no era solo una pregunta, sino un desafío velado, un intento por acorralarlo frente a los suyos: ¿con qué autoridad obraba aquel hombre?, ¿quién le había conferido semejante potestad?

Jesús no se detuvo. Caminaba entre los corredores del templo con calma. Solo giró ligeramente el rostro hacia ellos, lo suficiente como para que su mirada alcanzara a clavarse en los ojos de los que lo acusaban. No había en ella ni temor ni arrogancia, solamente la serena firmeza de una verdad que no necesitaba defensa alguna.

Entonces les devolvió una pregunta, sencilla en apariencia, pero profundamente incómoda. Les habló del bautismo de Juan, aquel que había conmovido al pueblo y despertado una esperanza

dormida: ¿era del cielo o de los hombres?

Los fariseos se miraron entre sí, atrapados por su propia red de intereses. El murmullo creció entre ellos como un fuego que amenazaba con escapar del control. Sabían que, si afirmaban que era del cielo, quedarían como incrédulos ante la multitud. Pero, si decían que era humano, temían provocar la ira del pueblo, que veneraba a Juan como profeta.

Incapaces de pronunciar una respuesta que no los comprometiera, optaron por fingir humildad. Admitieron no saber. Un silencio incómodo se instaló en torno a ellos, solo quebrado por la serenidad imperturbable del Nazareno.

Jesús, sin más, aceptó su respuesta y concluyó con la misma paz con la que había comenzado. Si ellos no podían responder con sinceridad, tampoco él tenía por qué explicar la fuente de su autoridad. Y continuó su camino entre los muros del templo, dejando tras de sí un vacío que ni con todas las palabras de la Torá podrían llenar.

Y, mientras Simón, Tadeo y Judas protegían al pequeño Jacob de la agresividad del Sanedrín en medio de toda aquella tensión, el episodio de la viuda pasó casi desapercibido para todos, excepto para Jesús. Los ricos arrojaban sus monedas en el arca con ostentación, a la vez que una mujer envejecida por la pobreza depositaba discretamente dos leptas, dos blancas, piezas de escaso valor. Y, sin embargo, ante sus ojos, aquel acto sencillo contenía la verdadera esencia del Reino que predicaba el Nazareno: la entrega silenciosa, sin espectáculo ni recompensa. Esa imagen quedó grabada en la memoria de todos los que lo rodeaban, como una semilla plantada destinada a germinar en la distancia y en el tiempo.

Ya de regreso a Betania, al caer la tarde, el ambiente entre los discípulos estaba demasiado cargado. La tensión del templo se había

trasladado al interior de la casa de Lázaro como una nube espesa. Juan y Santiago discutían en voz baja sobre la seguridad del maestro. El primero, movido por el amor, defendía la necesidad de cuidarlo sin violentar su mensaje; el segundo, más impulsivo, sopesaba la idea de intervenir de forma más decidida. Pedro, en silencio, afilaba una pequeña hoja como si sus manos no supieran estar quietas. Simón el Zelote observaba a todos con ojos entornados, recordando un pasado más combativo, más tenso, pero más inútil. Creía profundamente en la palabra de Jesús.

Fue entonces cuando María, la madre, cruzó el umbral con el paño de Prócula en la mano, aún perfumado con esencias. Su sola presencia bastó para aplacar brevemente la discusión, como si la fragilidad de su rostro contuviera el peso de una verdad que nadie podía perturbar.

María se acercó en silencio, sosteniendo el paño entre las manos como si llevara una reliquia. Jesús, que había permanecido apartado del bullicio, sentado cerca de una de las columnas, alzó la cabeza al verla. Sus ojos de color miel se suavizaron y, sin necesidad de palabras, se incorporó.

Los apóstoles se enzarzaron de nuevo.

María caminó hacia Jesús y le ofreció el paño con un gesto delicado.

Antes de que su hijo pudiera agarrar la tela con el burro en el interior, y como si el tiempo decidiera romper su propio curso, una figura femenina irrumpió en la estancia, con pasos temblorosos pero decididos. Entre las voces alzadas y los ánimos encendidos, el murmullo de su presencia silenció la acalorada discusión.

Portaba entre las manos un pequeño recipiente de alabastro, y en sus ojos, una reverencia que no necesitaba palabras. Fue María, la madre del maestro, quien la vio primero y se levantó sin dudar.

Guardó el paño de Prócula y, tomándola suavemente del brazo, la guio con ternura hacia Jesús, comprendiendo que aquel gesto, aunque sencillo, encerraba un profundo respeto. Y, en aquel instante, todas las quejas, reproches y dudas se desvanecieron, arrastradas por la pureza de una entrega sin condiciones.

Algunos la conocían.

Otros solo la reconocieron cuando se arrodilló ante el maestro y rompió el vaso de alabastro.

—Maestro —dijo la mujer, inclinándose ante él—. Permíteme ofrecerte esto.

El aroma llenó la estancia al instante.

Un perfume costoso, profundo, embriagador. Una ofrenda sin palabras que impregnó el aire con una mezcla de gratitud, veneración y despedida. La unción, hecha sin permiso, removió lo que aún quedaba de equilibrio entre los presentes.

Las miradas se cruzaron.

Judas frunció el ceño, incómodo, preguntándose cuántas bocas podrían haberse alimentado con aquel gesto excesivo o cuántas madres podrían disponer de los medicamentos necesarios.

Santiago, sin medir su impulso, dejó escapar un comentario en voz baja, insinuando que quizá Judas hablaba con un doble lenguaje.

El ambiente se tensó de inmediato, y Simón el Zelote apartó con discreción a Santiago, evitando un enfrentamiento mayor.

La mujer permaneció en silencio, con los dedos todavía húmedos por el aceite, mientras el maestro la observaba con una mezcla de ternura y gratitud. Los ojos de María, la madre, se nublaron. Aquella escena, íntima y cargada de simbolismo, parecía sellar algo.

Como si el aceite derramado anticipara una sepultura.

Judas terminó estallando:

—¡Esto es un desperdicio! —espetó, mirando a la mujer con desaprobación—. Ese ungüento podría haberse vendido por mucho dinero. ¡Y con el dinero podríamos haber dado de comer a muchos pobres y haber curado a mucha gente!

Santiago, encendido aún por la discusión previa, dio un paso hacia Judas.

—¡Hipócrita! —dijo con rabia contenida—. ¿Desde cuándo te importa la salud de los demás más que tu ambición? ¡Egoísta! Eres un zelote disfrazado de discípulo.

—¡Mide tus palabras, hijo de Zebedeo! —replicó Judas, alzando la voz—. No soy el único aquí que ha luchado de una u otra manera contra Roma.

—¡Basta! —intervino Jesús, con una calma que heló la sangre de todos.

Simón el Zelote se acercó entonces a Santiago y puso una mano en su hombro.

—No todos los que han empuñado una espada tienen el corazón endurecido, Santiago. Pero hoy te disculpo.

El hijo de Zebedeo, con la respiración agitada, asintió con gratitud sin palabras. Los ojos de los demás iban de uno a otro, buscando algo que les devolviera la armonía.

Jesús se giró hacia la mujer y la señaló con ternura.

—¿Por qué molestáis así a esta mujer? Ha hecho conmigo una obra buena —dijo en voz baja, como si hablara más al cielo que a los hombres—. Porque a los pobres los tendréis siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Al derramar el perfume sobre mi cuerpo, esta mujer está preparando mi sepultura. En verdad os digo que en cualquier parte del mundo donde se proclame esta Buena Nueva se hablará también de lo que esta mujer ha hecho, para memoria suya. Y donde se proclame el Reino también

se hablará de este acto.

María, de pie junto a él, la miró con lágrimas en los ojos. En aquel perfume que flotaba en la sala se reconocía el aroma del sacrificio.

Judas no dijo nada más.

Se limitó a levantarse con brusquedad, derribando sin querer un cuenco que se estrelló contra el suelo. La mirada de todos se volvió hacia él. Tenía el rostro encendido, con furia, pero a pesar de su enojo no soportó el peso de aquellas pupilas. Cruzó la estancia a toda velocidad, empujó la puerta de madera y salió al exterior con pasos pesados, sin mirar atrás.

Santiago se incorporó de inmediato, con los músculos tensos y el corazón acelerado. Dio un paso tras él, luego otro, hasta que la voz firme de Jesús lo detuvo.

—Santiago, amigo mío, déjale marchar.

Santiago se volvió, perplejo, buscando en el rostro del maestro una razón, una explicación.

Pero Jesús no dijo nada más.

Tan solo sonrió a Santiago.

Aquella noche cayó sobre Betania como un manto mojado, pesado. Nadie encontró palabras para cerrar el día. Cada uno se retiró a su rincón, cargando con dudas que ya no podían expresarse sin temor.

Únicamente el perfume permaneció, flotando en la casa como un anuncio de lo inevitable.

Mientras descendía la loma que separaba Betania del camino principal hacia Jerusalén, Judas caminaba con el rostro desencajado, los puños apretados, mordiéndose los labios. La brisa nocturna

apenas lograba enfriar el fuego que le ardía por dentro. A cada paso, revivía el sonido del frasco al romperse, la fragancia inundando la sala, los murmullos de aprobación, la mirada condescendiente de Jesús y la indignación de Santiago.

Todo ardía en su pecho como una afrenta personal, como si lo hubieran humillado no solo frente a los demás, sino frente a su propia conciencia.

El cielo estaba cubierto, sin luna, y la ciudad santa asomaba a lo lejos, como un tenue contorno recortado contra la negrura. Judas no miraba el horizonte; miraba el suelo, como si las piedras pudieran entender el peso de lo que llevaba dentro.

—Esto no va a quedar así —musitó para sí mismo, entre dientes, con rabia—. Ese derroche…, esa burla disfrazada de devoción…, alguien tiene que poner orden.

Y, decidido, apretó el paso hacia Jerusalén.

16

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La ciudad se recogía poco a poco en sí misma, como una bestia herida que se prepara para los peligros de la noche. Las sombras comenzaban a reptar por las esquinas del mercado, ocultando rostros, pactos y pecados. Los muros del templo rezumaban murmullos antiguos y las piedras respiraban calor acumulado durante el día, como si susurraran desde las grietas secretos inconfesables de generaciones.

En uno de los patios traseros del barrio de los perfumistas, entre callejuelas estrechas que olían a especias y vino fermentado, Gedeón aguardaba en silencio.

Había caminado con paso firme por los callejones de piedra desgastada, como si cada pisada fuera un voto renovado de lealtad. No buscaba respuestas, solo confirmaciones. Su voluntad no

pertenecía a dudas ni a afectos del pasado: obedecía a tiempo parcial a Nadab y, por extensión, al Sanedrín.

A su templo, a su Ley, a su nación.

Desde que el sumo sacerdote le encomendara la vigilancia de los apóstoles, Gedeón no se había permitido ni un atisbo de vacilación. Para él, servir al consejo era más que una misión: era la única forma de mantener el orden ante la amenaza de aquel galileo que hablaba con autoridad sin pertenecer a ninguna escuela. No era el fanatismo lo que lo movía, sino la convicción férrea de que los cimientos de Israel solo sobrevivirían si los zelotes colaboraran temporalmente con el Sanedrín para erradicar los elementos que los ponían en peligro. Y, si los apóstoles suponían un riesgo, él mismo se encargaría de desentrañar sus verdaderas intenciones.

Judas llegó con paso cansado. El mercado no le había arrancado ni una de las pocas reliquias familiares. Todo lo contrario, le había arrebatado la dignidad. Aún llevaba consigo el olor a sudor ajeno del día anterior, a rechazo envuelto en miradas de desprecio. Su ceño fruncido y el andar receloso no escaparon a los ojos del zelote a las órdenes del Sanedrín.

—*Shalom*, Judas —saludó Gedeón con una inclinación apenas perceptible.

No dijo su nombre.

No fue necesario.

Para Gedeón, Judas era una grieta. No una herida abierta como Simón, su propio hermano, a quien al menos podía entender desde la pasión. Judas, en cambio, le desconcertaba: no era fuego como Simón el Zelote. El Iscariote era humo. Era aquel tipo de hombres que parecía estar siempre a punto de decir la verdad, pero callaba por temor, por vergüenza. Lo observaba con ojos de soldado y de inquisidor: el caminar inquieto, las manos siempre en movimiento y

la mirada esquiva cuando se sentía observado. Para Gedeón, Judas no era un discípulo, sino una amenaza disfrazada de lealtad. Y aquella ambigüedad era más peligrosa que el odio a pecho descubierto de cualquier zelote. Sabía que en algún momento se rompería y, cuando eso ocurriera, Gedeón estaría ahí para recoger cada pedazo y entregarlo al Sanedrín.

Judas lo reconoció por su mirada.

La misma que había visto años atrás en la colina de Gamala, donde los zelotes susurraban nombres y volaban los cuchillos.

Aquella mirada que pesaba más que cualquier palabra.

Además, Judas solía caminar junto a su hermano Simón y a su hijo Jacob.

El Iscariote miró a un lado y a otro.

Estaba solo.

Dirigió su mirada de nuevo al hombre que tenía frente a él.

—¿Qué quieres? —preguntó a la defensiva.

—Ayudarte. —Gedeón comenzó a interpretar su papel.

—¿Ayudarme?, ¿un zelote?

—Vengo en nombre del Sanedrín.

Judas se tensó.

—¿Quién te envía? —preguntó con cierto nerviosismo.

—Ya lo sabes. —Gedeón comenzó a disfrutar de aquel encuentro.

—¿Caifás? —mencionó Judas temeroso.

Gedeón asintió. El nombre de Caifás en boca ajena flotaba entre ambos como una amenaza disimulada. Judas miró de nuevo a un lado y a otro, como si temiera ser descubierto por miradas indiscretas.

—¿Qué queréis?

—He oído hablar de tu madre —añadió el zelote con voz grave y sin emoción—. El mercader de la calle del Cedro es viejo amigo. Me

habló de tus intentos… y de tu desesperación. También te vi salir furioso de Betania. Sabes que algo no va bien, ¿verdad?

Judas frunció el ceño. Gedeón trató de calmarlo. No podía dar un paso en falso. El apóstol se sentía como un animal acorralado, y cualquier movimiento erróneo podría echar todo a perder.

—Tranquilo, amigo mío. Camino más rápido que tú. Escúchame con atención. Ambos queremos lo mismo. Sobrevivir. Mantener a salvo lo que amamos. Tú a tu madre, yo a mi hermano, a mi mujer y a mi hijo…

—No hables de lo que no entiendes —murmuró Judas, con un nudo en la garganta, interrumpiendo al zelote.

—¿Y tú entiendes a quién sigues? —preguntó Gedeón—. Ese hombre que desafía al templo en cada sermón, que arrastra multitudes sin ley ni permiso, que ha convertido la esperanza en amenaza… ¿Conoces cuántas veces se ha reunido el Sanedrín por su culpa?

—No es un criminal.

—No aún. Pero, si das un paso más con él, no habrá marcha atrás. Y tú lo sabes.

Judas le sostuvo la mirada, pero no dijo nada.

—Está desafiando abiertamente al Sanedrín. Hoy no estabas con él, pero ha llamado hipócritas a los sacerdotes. Ayer discutió con uno de los ancianos sobre el tributo a César. ¿Y mañana?, ¿hasta dónde llegará?

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Gedeón dio un paso hacia él.

—Todo. Porque tú estás cerca. Porque tú ves lo que otros no ven. Y porque tú, más que nadie, sabes que no todo lo que brilla es oro… ni todo lo que sana viene de Dios.

Silencio.

Judas tragó saliva.

El corazón le latía en las sienes.

—¿Qué está dispuesto a darme Caifás…? —preguntó con la voz casi seca.

Gedeón no necesitó celebrar. El paso más difícil ya se había dado. El animal acorralado se estaba relajando. Lo miró durante un instante sin juicio.

—Treinta siclos de plata —dijo—. La indemnización si un buey de tu propiedad mata al esclavo o esclava de otra persona. Ni más ni menos. Porque tampoco pedimos más que información. Cuándo estará solo. Dónde. Por qué.

Judas bajó la mirada. No pudo evitar contenerse cuando escuchó la cantidad. La oferta ardía. No por su valor, sino por lo que significaba. Había oído hablar de hombres que vendieron su alma. Él no se sentía uno de ellos. Se veía como un hijo que ya no sabía qué más hacer, y toda aquella plata aliviaría la carga que suponía la enfermedad de su madre.

—¿Cuándo?

—Tendrás el dinero antes de que acabe la semana. Y, si todo se resuelve sin ruido, Caifás autorizará que los médicos del templo atiendan a tu madre con lo mejor que tengan. Incluso podría hacer llegar aceite consagrado, ungüentos. No te prometo un milagro. Pero sí atención y descanso.

—¿Y qué queréis exactamente?

—Tus ojos. Tus pasos. Tus palabras. Queremos saber dónde duerme. Cuándo camina solo. Cuándo baja la guardia.

—No tiene guardia —dijo Judas, con un amargo suspiro.

—Todos los que hacen temblar los cimientos del mundo la tienen —respondió Gedeón.

Judas bajó de nuevo la mirada.

El aire comenzaba a oler a plata y a traición.

—Yo… Necesito pensarlo.

—Ya lo has hecho —dijo Gedeón, dándose media vuelta—. Solo falta que aceptes quién eres y lo que estás dispuesto a hacer por amor.

Amor.

Aquella fue la palabra.

¿Coincidencia?

«Lo que tengas que hacer, hazlo por amor», le dijo el Nazareno.

—Mañana por la mañana. En el templo —concluyó Gedeón.

—¿Por qué tú? —preguntó al fin Judas, levantando la vista.

Gedeón dudó un instante. Su voz fue casi un lamento.

—Porque tengo a mi hermano, a mi mujer y a mi hijo en tu grupo siguiendo al falso profeta. Y no quiero que mueran por una fe que no entienden.

Sin decir una sola palabra más, Gedeón se perdió entre las sombras, como una presencia que nunca debió estar allí.

Judas se quedó solo.

El peso del mundo comenzaba a inclinar su espalda.

Un perro ladró en la distancia.

Y en su interior, entre la esperanza y la desesperación, una voz le susurraba.

«Hazlo pronto».

Dos días antes
de la crucifixión

17

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La aurora apenas había comenzado a despuntar sobre Jerusalén.

La ciudad aún dormía envuelta en los jirones grises de la noche que se batía en retirada. Una bruma ligera flotaba entre los tejados de barro cocido, como si el cielo mismo contuviera el aliento antes de anunciar lo inevitable. Los gallos rompían el silencio con cantos aislados, y el incienso de los primeros sacrificios matinales ya subía desde los patios del templo, anunciando que la maquinaria del día comenzaba a girar.

Judas caminaba con paso inseguro por la empinada callejuela que conducía al corazón del complejo del templo. Llevaba la túnica deshilachada a la altura de los codos, el rostro pálido de no haber dormido y los labios resecos, como si no hubiera bebido agua en días. Llevaba el corazón cosido con hilos de angustia. Sus ojos, sin

embargo, estaban más despiertos que nunca, no por claridad, sino por zozobra.

El acceso lateral por donde había sido citado estaba custodiado por un joven levita que lo miró sin hablar y le franqueó el paso. A aquella hora, el silencio del templo imponía más que la multitud de los sacrificios. La piedra, aún húmeda de rocío, devolvía un eco breve a cada paso.

En el interior, en una antesala apenas iluminada por las lámparas de aceite, lo esperaba Caifás.

El sumo sacerdote no necesitaba imponerse: su sola presencia bastaba. Era alto, más de lo que Judas recordaba, y de complexión delgada. Su rostro era afilado, como tallado a cincel por un escultor que querría esculpir poder en la carne. Bajo la mitra sacerdotal, sus ojos oscuros parecían dos brasas apagadas, llenas de juicios sin emitir. No vestía su atuendo ceremonial, sino una túnica blanca sin bordados, pero eso no le quitaba autoridad: la aumentaba.

—Has venido temprano —indicó con cierta desgana.

—Mi madre apenas puede respirar —respondió Judas, como si esa fuera su única defensa.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —dijo de manera abrupta, como si saltara al juicio sin ofrecer la acusación.

Judas no supo si era una pregunta o una sentencia. Bajó la cabeza. La lengua se le pegó al paladar.

—No tengo medios. He visto lo imposible hacerse realidad con solo un gesto de su mano… y, sin embargo, por más que le he rogado…

Caifás alzó una ceja.

—¿Y tú piensas que la vida de un galileo puede salvar la de tu madre?

Hubo un silencio demasiado largo.

Demasiado incómodo.

Judas no supo qué responder.

No podía.

En su corazón ardía una duda desarraigada de su fe. Una fe que empezaba a quebrarse.

—Jesús de Nazaret —continuó Caifás, con una voz medida, sin levantarla— no es lo que parece ser. Lo que dice, lo que hace…, divide al pueblo. Agita al gentil. Llama a los débiles, a los impuros, a las mujeres. ¿Qué vendrá después?, ¿la caída de todo?

Judas alzó la mirada. Quiso defender a Jesús, su maestro, su amigo. Pero no tenía respuestas, solo preguntas.

—Tú eres uno de los suyos —prosiguió el sumo sacerdote—. Uno cercano. No me interesan los supuestos milagros ni sus parábolas. Me interesa la estabilidad de nuestro pueblo. Me interesa que no derramemos sangre inútil. Dime dónde estará solo, sin público. Cuándo. No necesito que hagas más de lo necesario.

Judas sintió una punzada en el pecho.

No por lo que se le pedía, sino por lo que intuía que estaba a punto de perder. Caifás insistió.

—¿No comprendes que nos conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera?

No era solo un trato.

Era una separación.

Se estaba creando un abismo.

Caifás no esperó.

Se limitó a girarse y desaparecer por una arcada interior.

Judas quedó solo, pero no por mucho tiempo.

Desde las sombras, emergió Nadab ben Yaír, uno de los fariseos más influyentes del consejo, arquitecto silencioso de muchas decisiones que el Sanedrín nunca reconocería en voz alta.

Nadab caminaba con las manos ocultas en las mangas. Parecía un sacerdote de piedra. Nunca dejaba ver del todo sus intenciones. Era el ejecutor que no necesitaba mancharse las manos. Quien convertía los silencios en órdenes y los favores en deudas sagradas.

A diferencia de Caifás, que aún conservaba cierta teatralidad sacerdotal, Nadab era puro pensamiento y ejecución. Creía en el equilibrio de las estructuras y en la necesidad de mantener el *statu quo* para preservar al pueblo de Israel.

Tenía una mirada especialmente dura para los hombres como Judas: idealistas, inestables y capaces de traicionar a un maestro por amor o desesperación.

Para Nadab, aquel tipo de gente no merecía compasión.

Vestía con sobriedad elegante. Bajo su manto de lana teñida en tonos tierra y marfil sin ornamentos, salvo una pequeña franja azul cobalto al borde del *talit*, llevaba una túnica de lino que no dejaba una sola arruga al azar. Los flecos del manto, cuidadosamente anudados, caían simétricos como una declaración constante de su frialdad. En la frente, la filacteria estaba ceñida con precisión milimétrica, como si fuese un sello de una autoridad que en realidad no necesitaba.

Ya la tenía.

Nunca alzaba la voz.

No lo necesitaba.

Su tono era grave, seguro, con una cadencia tan precisa que parecía cortar el aire. Nadab no hablaba por emoción, hablaba por cálculo. Había aprendido a ver los hilos invisibles del poder entre los muros del templo y a manejarlos con habilidad quirúrgica. Para él, la fe era orden.

La Ley, estructura.

El templo, permanencia.

Y Jesús de Nazaret…

El carpintero de Galilea era todo aquello que debía ser evitado a toda costa: caos.

—Eres más delgado de lo que imaginaba —dijo con tono neutro.

—Soy hijo de mi pueblo, como usted —respondió Judas tratando de mostrar humildad.

—No, no lo eres —replicó Nadab, con una media sonrisa casi piadosa—. Tú escogiste otro camino… Pero aún puedes convertirte en hijo de tu pueblo.

Detrás de él apareció su sobrino Saulo, joven, brillante, inflamado por la Ley y por la pureza del culto, con el rostro encendido por el orgullo y la ansiedad. Parecía una versión más radicalizada de su propio espíritu. A veces temía no poder controlarlo y, por eso, más que como un tío, se comportaba como mentor y estratega.

—¿Por qué no lo entregamos ya, tío? —dijo Saulo—. ¿Qué sentido tiene conversar con uno que ha preferido a un falso profeta antes que al Dios de Israel?

Nadab se giró hacia él con frialdad.

—Este no es tu momento, Saulo. Ve y llama a Malco. Luego vuelve con Gamaliel.

Saulo apretó los dientes, frustrado. Vestía una túnica bordada con discretos hilos de púrpura, y un cinturón de cuero sostenía su rollo de escritura. No era un soldado, pero sus ojos delataban que no temería mancharse las manos.

Con un leve bufido, giró sobre sus talones y desapareció.

Judas miró a Nadab. Por primera vez, sintió que aquel hombre no era solo un sacerdote, sino un estratega. Casi un militar. Uno que había esperado que algo se quebrara en él y ahora venía a recoger los pedazos.

No lo evitó.

—Mi madre está muriendo —susurró Judas.

—Lo sé —dijo Nadab sin pestañear—. Uno de los mercaderes al que acudiste es amigo de esta casa. Me habló de tus visitas, de tus intentos fallidos de vender lo poco que tienes. Me habló de tu desesperación.

Judas bajó la cabeza. Un temblor recorrió sus manos.

—¿Entonces? —preguntó Nadab esperando a que Judas se ahogara en su propia súplica.

—He visto a cojos caminar, a ciegos ver…, y a mi madre, nada.

—Milagros… —dijo con desprecio—. Eso es lo que crees que has visto. Pero la única certeza es que tu madre se muere.

En ese momento, Malco entró. Vestía ropas oscuras, con una coraza de cuero bajo el manto. Era joven, de mandíbula cuadrada y expresión vigilante. En su mano traía una bolsa pequeña, bien anudada.

Sin hablar, la depositó en una mesa baja frente a Judas.

El tintinear metálico fue como un latido.

Después salió.

El fariseo observó a Judas en silencio durante unos segundos.

Treinta siclos de plata.

Para el Sanedrín, era una inversión barata para quitarse un problema de encima.

Para Nadab o Caifás, una jugada política limpia, sin testigos ni implicación directa.

—Treinta monedas —dijo Nadab—. No por traición, sino por prudencia. Lo que se compra con ese dinero no es un alma. Es información.

Judas miró la bolsa, como si pesara mucho más de lo que parecía.

Sabía que tras tomarla entre sus manos no podría volver atrás.

Que ni el amor más puro podría sobrevivir a la desesperación.

—¿Y si me arrepintiera?

Nadab lo miró con una calma aterradora.

—Nadie se arrepiente por amar demasiado. Solo por no actuar a tiempo.

Judas observó la bolsa unos segundos.

Claudicó.

Al tomar aquellas monedas, su alma pareció encogerse.

—Mañana, después de la cena —se comprometió Judas—. Vendré y os diré dónde encontrarlo.

Nadab no pudo ocultar su sonrisa.

Sin despedirse, desapareció en el templo.

Judas salió por una puerta lateral.

El sol ya despuntaba, dorando la cúspide de las murallas.

La ciudad comenzaba a despertarse, ajena a lo que allí se había decidido.

A esa hora temprana, cuando la ciudad aún bostezaba y el templo relucía tímidamente con los primeros reflejos del sol sobre sus piedras blancas, el centurión Cornelio aguardaba en silencio entre las sombras de una arcada lateral. Su túnica romana había sido sustituida por una sencilla capa de lino polvoriento, y su espada descansaba, muda, bajo la tela. Solo sus ojos, acostumbrados al escrutinio del campo de batalla, se mantenían despiertos, firmes y atentos. Había seguido discretamente al zelote Gedeón desde la noche anterior, notando sus movimientos erráticos, sus susurros con desconocidos y las entradas furtivas a puertas traseras del recinto sagrado.

Algo olía a conjura.

Desde su escondite, entre el humo de los sacrificios y el trajín de los primeros mercaderes preparando sus puestos, Cornelio distinguió una figura más menuda que la de Gedeón.

No era el zelote quien salía esta vez.

Era un hombre solo.

Nervioso.

«Demasiado», pensó.

Judas Iscariote.

Con la túnica recogida contra el pecho y la mirada errante de quien temía ser reconocido, Judas descendía por las escalinatas del lado este del templo. Se detenía cada pocos pasos, como si escuchara sus propios pensamientos o vigilara si alguien lo seguía. Se metió entre el pliegue del pecho una pequeña bolsa, apretándola contra el corazón. Al moverse, el sonido metálico, ahogado pero inconfundible, de monedas agitadas resonó brevemente en el aire inmóvil de la mañana.

Judas se detuvo.

Contuvo la respiración.

Cornelio entrecerró los ojos.

Judas volvió a caminar, algo más deprisa, como si cada paso lo alejara de un abismo invisible. Pasó junto al pórtico sin notar que unos ojos romanos lo seguían desde la penumbra.

Cornelio apretó los puños.

Aquello no se podía ignorar.

Guardó silencio, como si aquel momento también fuera sagrado. Como si, desde aquel rincón olvidado del templo, acabara de presenciar el primer movimiento de una partida donde las piezas no sabían aún que ya habían sido dispuestas sobre el *ludus latrunculorum.*

Y, mientras Judas desaparecía entre las columnas, el centurión supo que debía actuar.

No tenía tiempo para intentar comprender por qué un hombre al que Jesús llamaba amigo salía del templo con una bolsa tan pequeña.

Y un peso tan grande.

18

Año 30 d. C.
3790 שנה
783 AUC
-
Jerusalén

El sol del mediodía caía vertical sobre Jerusalén, proyectando luces implacables que arrancaban destellos de los muros blancos del templo.

No soplaba brisa alguna, y el aire parecía detenido, espeso, cargado de un presagio inexplicable. Jesús se había apartado al huerto de Getsemaní, buscando un respiro entre los olivos silenciosos.

Fue allí donde María lo encontró, cruzando el huerto como si el calor no existiera, con la frente perlada de sudor, pero con una determinación intacta. Había esperado a que los apóstoles se dispersaran tras las enseñanzas de los últimos días.

Necesitaba hablar con él, a solas, sin testigos ni palabras ensayadas. No quería discutir, no quería llorar.

Solo necesitaba verlo, hablarle y tal vez convencerlo de lo imposible.

Sentado sobre una piedra, con la túnica arrugada por el peso de los días, parecía más un pastor cansado que un rey mesiánico.

El rostro de su hijo, tan sereno y solemne, tenía la belleza antigua de un hombre que cargaba siglos en su mirada. Su piel, bronceada por el sol de caminos polvorientos, parecía tensarse sobre unos pómulos altos y un mentón firme, pero sin dureza. Llevaba la barba ligeramente descuidada, pues estaba demasiado ocupado amando al mundo para preocuparse por sí mismo. Y entonces, cuando levantó la cabeza al sentir la presencia de su madre, sus ojos de un color miel profundo, casi ámbar, como si guardaran en su interior los últimos rayos de todas las puestas de sol, se cruzaron con los de ella. En ellos solo había una ternura inmensa y algo aún más desconcertante: una paz sin fisuras. Esa paz que no pertenecía a este mundo. La paz de quien ya lo había perdido todo menos el amor.

—Jesús —susurró, como si con decir su nombre pudiera conjurar el miedo.

Él la dedicó la mejor de sus sonrisas.

—*Imma*.

Ella se acercó, besó su frente y se sentó a su lado. Durante unos minutos, madre e hijo permanecieron en completo silencio, sin necesidad de palabras. El rumor lejano de los vendedores que intentaban acceder a las calles de Jerusalén apenas llegaba hasta el huerto, y el crujido ocasional de una rama seca rompía de vez en cuando la quietud del mediodía. Los olivos se mecían apenas, como testigos antiguos de aquel amor eterno entre madre e hijo. Las piedras del suelo, desgastadas por los siglos, reflejaban el calor que se elevaba en ondas temblorosas.

El resto del mundo parecía contener la respiración.

Jesús miraba el perfil de la ciudad a lo lejos, donde el templo se alzaba como una promesa y una condena al mismo tiempo. María, en cambio, lo observaba a él, detenidamente, como si buscara en su rostro las respuestas de todas aquellas preguntas que no se atrevía a formular.

Compartían el mismo silencio, el mismo aire denso, el mismo vértigo ante lo que sabían que iba a suceder.

—Podemos irnos —dijo María al fin casi suspirando—. Ahora. Esta noche. No tienes que hacer esto.

Jesús la miró. En sus ojos no había reproche, solo ternura.

—Tú mejor que nadie sabes lo que significa ser señalada, rechazada… y luego amada.

—Precisamente por eso te lo pido —replicó ella, con la voz rota —. Porque sé lo que duele. Y esta vez no es por mí, es por ti. ¿Por qué tú? ¿Por qué así?

Jesús bajó la mirada.

—Porque el amor duele cuando es real, y salva cuando se entrega —continuó su hijo—. Tú lo hiciste conmigo. Déjame hacerlo ahora con el mundo.

—¿Y los tuyos? —dijo ella, conteniendo las lágrimas—. ¿Te siguen de verdad? ¿Te entienden?

Jesús suspiró. Fue un suspiro largo, como si llevara días encerrado en su pecho y necesitara encontrar una salida.

—No. No del todo. Pedro es fuego, pero no sabe aún cómo arder sin consumirse. Santiago se debate entre la espada y la paciencia. Juan, aunque me ama, se resiste a creer que deba perderme. Tomás… Tomás necesita pruebas para amar. Andrés quiere mediar, pero no sabe por dónde. Los demás esperan señales. Al menos Mateo ya no lucha con su pasado y es constante en su escritura, y

Simón ya no confunde el Reino con una rebelión. Y Judas… Judas ha perdido la fe por amor a su madre.

—Ya sabes lo que dice el proverbio: Dios no puede estar en todas partes a la vez, por eso hizo a las madres. —María sonrió por primera vez.

—Y a ti te hizo la mejor de todas —replicó Jesús cariñosamente.

María cerró los ojos y trató de recordarlos mejor.

—Pedro será roca cuando el temblor acabe —le dijo a Jesús—. Santiago te protegerá hasta donde le alcance el valor. Juan te llevará en la memoria como nadie. Tomás creerá cuando te toque, y su fe será firme como el mármol. Andrés unirá a los dispersos. Los demás verán tu rostro más allá del velo. Mateo escribirá lo que otros olviden y Simón aprenderá a desenvainar el amor en lugar de la espada. Y Judas… —guardó un silencio—, pobre Judas.

Jesús apretó la mano de su madre.

—¿Ves, *imma*? Tú ves lo que ellos aún no pueden. Por eso viniste.

—Porque soy tu madre —dijo ella—. Y lo seré hasta el último latido.

—Y más allá, *imma*, créeme. Esto será un nuevo principio.

Jesús le acarició la mejilla con la ternura de un hijo que nunca dejó de ser niño para su madre.

—Tú fuiste la primera en creer, aunque nadie más entendiera —dijo.

María bajó la mirada, atrapada entre la emoción y el miedo, y, durante un instante fugaz, el tono de su voz, la firmeza en sus ojos y la convicción de saber lo que estaba por venir le hicieron recordar una escena lejana, que no se atrevió a nombrar.

Solo apretó los labios y cerró los ojos, tratando de guardar un vivo recuerdo en la parte más íntima del alma.

Pero fue precisamente su alma la que le obligo a recordarlo de nuevo.

19

Año 6 a. C.
שנה 3755
748 AUC
-
Jerusalén

«Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes busca al niño para matarlo».

El sueño de José fue oscuro, profundo y sin estrellas. En la quietud de la noche, quebrada únicamente por el lejano ladrido de un perro errante, el carpintero se agitó, nervioso, en su lecho.

Una voz firme, envuelta en misericordia, penetró en su conciencia con claridad.

José despertó de golpe, empapado en sudor, con los ojos abiertos por la urgencia que el cielo le reclamaba. El interior de la habitación en la posada de Belén estaba en penumbra. La lámpara de aceite, casi consumida, proyectaba sombras alargadas sobre las paredes de adobe.

Se levantó sin dudar.

Cruzó la estancia hasta donde dormían María y el niño.

María, que no dormía del todo, sintió su presencia incluso antes de oír su voz. José se arrodilló junto a ella y la miró con preocupación.

—María… —susurró al fin.

Ella alzó la mirada. Bastó un solo gesto en el rostro de José para que comprendiera que algo grave había ocurrido.

—¿Qué ha pasado, José?

Él se sentó a su lado, tomó una de sus manos con firmeza y la cubrió con la suya, áspera y cálida. Le contó rápidamente cómo un ángel se le había aparecido en sueños, hablándole con claridad, diciéndole que debían huir.

María dirigió su mirada hacia Jesús, que respiraba tranquilo contra su pecho. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Un dolor le atravesó el alma, como aquel día en el templo con el anciano Simeón.

Sacó fuerzas para hablar.

—¿Hacia dónde? —preguntó con voz baja, sin rastro de protesta.

—A Egipto. Esta misma noche. Cuanto antes. Allí estaremos a salvo hasta que se nos diga que podemos volver. No sé cuánto tiempo durará. Solo sé que es imposible quedarnos.

Ella asintió, sin lágrimas, sin lamentos. No se trataba de una fe ciega, se trataba de amor. Y su amor verdadero aceptaba el sacrificio sin exigir explicaciones.

El niño seguía dormido.

Su respiración era serena, como si supiera que sus padres le iban a proteger de cualquier peligro.

María besó su frente.

José ya preparaba el escaso equipaje.

Un manto extra, una bolsa de dátiles y el poco pan que les

quedaba.

Abajo, en la cuadra, esperaba el burrito que los había acompañado desde Nazaret.

Antes de que el primer canto del gallo rasgara la noche, la familia salió por las callejuelas de Belén en completo silencio. La luna llena los acompañaba, y su luz plateada hacía que sus sombras se alargaran como profecías aún por cumplir sobre el polvo del camino.

Nadie los vio partir. Ningún vecino salió a despedirlos.

Solo el viento, tibio y seco, parecía dar testimonio de su marcha.

José había trazado la ruta con rapidez: bordear Jerusalén sin entrar, para despedirse, y, desde allí, seguir hacia el sur, buscando los senderos comerciales que llevaban hacia Idumea y, luego, al gran Egipto. Sabía que no podían quedarse cerca. Herodes era un hombre de poder cruel, y sus soldados, tarde o temprano, llegarían a Belén.

Pasaron cerca de Jerusalén antes del alba. La ciudad aún dormía. Desde la colina pudieron ver los contornos del templo recortándose contra el cielo, majestuoso y silencioso. María lo miró con nostalgia. Era la ciudad del Santo, y, sin embargo, ahora debía huir de ella.

—Jerusalén… —susurró, abrazando al niño con más fuerza—. Algún día volverás, hijo mío.

José no respondió. La tensión y el miedo marcaban sus pasos. Al pasar junto a un pequeño olivar, se detuvo, miró a María y señaló hacia el este.

—Cuando dejamos Nazaret por el censo, imaginé que algún día veríamos a nuestro hijo corretear por estos caminos… —murmuró José, con la mirada perdida en el horizonte—. Nunca pensé que sus primeros pasos serían huyendo hacia tierras extrañas.

—Entonces que sean pasos hacia la vida —respondió María, sin apartar la vista del niño—. Porque es mejor el desierto con

esperanza que la patria con temor.

José asintió en silencio, tragando el nudo que empezaba a tensarle la garganta. Dirigió la vista al cielo, buscando en las estrellas alguna respuesta, alguna señal que lo aliviara de la pesada incertidumbre que lo acompañaba.

—¿Y si no sabemos volver? —dijo al cabo de un rato.

Su voz parecía apenas un susurro perdido entre el crujido de la arena bajo sus sandalias.

—Entonces aprenderemos a vivir donde Él nos lleve —contestó María, sin dudar—. A donde llevemos a este niño, irá el hogar. Porque Dios no ha elegido esta familia por comodidad. La ha elegido por amor.

José miró a su esposa con ternura.

A pesar de las dudas, a pesar de los miedos, amaba profundamente a María. Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para mantener a su familia a salvo.

—Puede que nuestro hijo tenga un destino más grande que todos nosotros, pero aún es solo un niño. Y yo haré lo que sea necesario para protegerlo.

María apoyó la mejilla sobre la frente del niño.

—José… —murmuró con dulzura—, cuando podamos descansar de nuevo, cuando estemos a salvo…, ¿le harías un regalo?

—Claro, lo que tú digas.

María le dedicó una mirada al animal de carga que, una vez más, los iba a acompañar.

—Quiero que le talles un burrito de madera. Uno pequeño, como recuerdo de este viaje, y del otro…, cuando fuimos de Nazaret a Belén. Este animal nos llevó entonces… y ahora, otra vez, su paso lento nos va a alejar del peligro. Quiero que nuestro hijo tenga ese recuerdo, aunque no lo conserve en la memoria. Que tenga algo en

las manos con lo que jugar cuando olvide este exilio.

José asintió, profundamente conmovido. Le acarició el cabello mientras asentía sin decir palabra.

Después, avanzó con pasos serenos pero decididos, como si cada huella que dejaba en la tierra fuera una oración silenciosa jamás pronunciada. José no hablaba mucho, nunca lo había hecho, aunque su presencia bastaba para calmar la inquietud de María y envolver al niño en un manto invisible de seguridad. Su rostro, surcado por la vida sencilla del taller, reflejaba una nobleza antigua, tejida en el silencio del trabajo bien hecho y en la escucha atenta a la voluntad de Dios. Era un hombre sin grandes palabras, con una fe de acero. Cada vez que miraba hacia atrás, para asegurarse de que María y el pequeño seguían tras él, su mirada se ablandaba un instante, revelando la ternura del padre que aún no terminaba de entender del todo el misterio que custodiaba el pequeño, pero que lo amaba con la devoción más pura. José no necesitaba entender para obedecer; le bastaba saber que su misión era protegerlos, y que en ello residía su grandeza.

José miró al burrito.

Era un animal pequeño, de lomo robusto y pelaje grisáceo moteado por el polvo del camino. Sus orejas largas se movían con pereza, como si escucharan el peso de siglos de silencio, y sus pasos eran cortos pero firmes, marcando con obstinación el ritmo del exilio. Aunque humilde en apariencia, sus ojos oscuros y serenos parecían guardar una paciencia ancestral, como si comprendiera el valor de la carga que transportaba: no solo el escaso equipaje de dos padres temerosos, sino el futuro de la salvación de la humanidad acunado entre mantas desgastadas.

Y así, mientras el sol comenzaba a levantarse sobre los muros de Jerusalén, aquella sagrada familia cruzaba los primeros límites de la

tierra prometida en dirección contraria, hacia la incertidumbre, hacia Egipto, donde encontrarían refugio en lo desconocido.

La historia que cambiaría el mundo había comenzado a caminar por la ruta del destierro.

Pero no sería el fin.

Solo un nuevo principio.

20

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Un nuevo principio.

María permanecía inmóvil, con la vista perdida en un punto indefinido del horizonte, pero sus ojos no veían Jerusalén. Veían arena, caminos polvorientos, el temblor de un burro cargado al amanecer, el sonido sordo de pasos apresurados en la noche y las manos de José firmes sobre las riendas mientras ella protegía a un niño dormido en su regazo. La huida a Egipto no era solo un recuerdo; era una herida antigua que se abría de nuevo con cada presentimiento de pérdida.

Jesús lo sabía. No necesitaba que su madre dijera nada. Conocía la profundidad de su memoria y la forma en que el pasado regresaba a ella como una ola silenciosa y dolorosa. Por eso no habló enseguida. Se limitó a observarla con esa paciencia infinita

que nacía del amor, permitiéndole a su madre recorrer, en su interior, aquellos senderos de angustia que ella creía olvidados.

Cuando finalmente María volvió a parpadear y tragó saliva, Jesús seguía allí, sereno, otorgándole espacio, ofreciéndole tiempo. El tiempo que solo un hijo comprensivo podía conceder. Entonces, con un suspiro, María volvió al presente y él la miró con dulzura. Sus ojos parecían pronunciar: «Lo sé todo, *imma*. Pero ahora lo que viene no es una huida forzosa…, es una entrega voluntaria».

Jesús bajó la mirada. No pretendía esquivar los ojos de su madre, sino ver lo que ella sostenía entre sus manos: el paño de lino de Prócula y el burrito de madera, pulido por los años, con una de las orejas ligeramente astillada.

—¿Recuerdas cómo lo llevabas contigo a todos lados? Tu padre lo talló cuando decidimos volver a Nazaret —dijo ella con ternura, acariciando la pequeña figura—. Lo guardé como un tesoro. Pensé que quizá te gustaría tenerlo ahora, antes de…

—Antes de lo inevitable —completó Jesús con una sonrisa triste —. José siempre supo cómo hablar sin decir una palabra.

Jesús la miró con ternura y, por un instante, volvió a ver en su madre a la joven que se aferraba a la fe mientras cruzaban desiertos. María sostenía entre sus manos el burrito de madera. Lo acariciaba sin darse cuenta, como si al tocarlo acariciara también el recuerdo de quien lo talló.

—Lo recuerdas a menudo, ¿verdad? —preguntó Jesús en voz baja, señalando la pequeña figura.

María asintió, con una sonrisa velada por la nostalgia.

—No solo lo recuerdo. Este juguete es lo único que me queda de aquellos días en los que todo era esperanza y miedo al mismo tiempo. Fue la primera noche en la que sentí que José ya no era solo tu custodio, sino también el mío. —Calló un momento—. No

necesitaba muchas palabras, tú lo sabes. José hablaba poco, pero cada gesto suyo era un refugio. Siempre supo estar.

Jesús se arrimó aún más a ella, recogiendo una piedrecita del suelo entre los dedos, como si aquel pequeño acto le ayudara a contener su emoción.

—Sé que no fue fácil para él —susurró—. Criar al Hijo del Hombre y hacerlo como a uno más. Enseñarme a tallar madera como si no llevara el universo en mis manos. Fue valiente…, muy valiente.

María se giró hacia él, con los ojos empañados.

—Y tú lo quisiste como a un padre.

—Claro que lo quise, *imma* —dijo Jesús —, porque fue mi padre. Me acuerdo de todo: de sus manos agrietadas, del olor a sándalo en su túnica, de cómo se detenía en cada cruce de caminos para asegurarse de que estábamos bien. Me enseñó el valor del trabajo, el poder del silencio y lo sagrado del cuidado.

María bajó la cabeza. Sus labios temblaron apenas, pero necesitaba hablar de él.

—Nunca se quejó. Ni cuando huyó a Egipto dejando atrás su taller, ni cuando te perdió en Jerusalén… Recuerdo aquella noche, después de encontrarte en el templo. Pensé que discutiríamos, pero él me abrazó. Y me dijo… —hizo una pausa para contener el llanto —: «El niño es especial, pero tú también lo eres. Nunca te abandonaré. Confía en mí».

Jesús extendió la mano y rozó la mejilla de su madre.

—Él está en paz, *imma*. Su misión terminó antes que la mía. Pero vive en mí, en ti, en cada palabra que pronuncio. Cada vez que hablo del Reino, hay algo de él en mi voz.

—Fue el mejor padre del mundo, ¿verdad?

Jesús sonrió.

—Con permiso de *Abbá* —dijo señalando al cielo—, sí, fue el mejor padre del mundo. Y sí, *imma*, también le echo de menos.

María derramó una lágrima.

El silencio volvió a reinar entre ambos. No era incómodo; era denso, lleno de significados. El viento continuaba moviendo con suavidad las hojas de los olivos cercanos. El lino de Prócula y el burrito de madera seguían entre las manos de María. Levantó el pequeño juguete con delicadeza y lo colocó sobre la piedra entre ambos, como si también él mereciera escuchar aquella conversación.

—A veces me pregunto —dijo María en voz baja— si él habría soportado verte así. Caminando hacia lo que todos temen. Hacia lo que yo temo.

—Tal vez no —respondió Jesús con honestidad—. Pero me habría seguido. Como tú lo haces ahora.

María levantó la vista y le sonrió con el alma desgarrada.

—Como yo lo hago ahora.

Y entre los dos, por un instante, el recuerdo de José descansó sobre ellos, no como una ausencia, sino como una presencia firme, silenciosa y eterna.

—*Imma*…, ¿por qué insistes en darme este burrito? —preguntó Jesús con interés—. Hace años que lo guardas como si esperases algo de él.

—Porque es lo único que queda intacto de los tres. No solo me recuerda aquel viaje a Egipto. Estuvo con nosotros en todos los silencios después.

—Pero, *imma*, este burrito no puede seguirme donde voy.

—Entonces, al menos, llévalo en tu corazón —replicó María con tristeza—. Porque representa lo que fuimos. Porque en su lomo de madera descansa la memoria de tu padre, mi amor… y mi fe.

—Precisamente por eso —retomó Jesús —, tú has guardado este

burrito como se guarda la fe, *imma*. Y eso es lo que quiero que sigas haciendo desde ahora.

—¿Guardar la fe? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

—Guardar el amor —respondió él—. No para mí. Para los nuestros. Cuando todo esto pase, cuando duden, cuando caigan, cuando huyan… Tú sabrás cómo reunirlos y reconfortarlos.

María no respondió. Solo asintió, apretando los labios para contener el llanto, y acarició una vez más la madera que su esposo había moldeado y que, de nuevo, los unía a los tres en medio del silencio aceptando el destino.

Jesús se quedó contemplando aquel objeto simple, humilde, pero cargado de recuerdos. En su expresión había un eco de la infancia, de los días en que su mundo cabía entre la risa de su madre y las manos fuertes de José.

Entonces María lo miró a los ojos. Le temblaban los labios. Respiró hondo, como si cada palabra que iba a pronunciar exigiera de ella una entrega mayor que cualquier otra hasta entonces.

—Dime que todo esto no es necesario…

Jesús no respondió.

Solo la observó con infinita ternura. Había compasión en sus ojos, pero también firmeza. Era el hijo, sí, pero también el Mesías. Le tomó la mano, cálida, firme, temblorosa.

—¿Me dejarías ir? —susurró él.

María cerró los ojos con fuerza. Apretó su mano entre las de él.

—¿Y si pudiera detenerlo? —preguntó, como si albergara una mínima esperanza.

Jesús sacudió la cabeza lentamente.

—No podrías. Ni deberías.

Ella contuvo un sollozo. Se aferró a sus dedos, como si con eso pudiera evitar que la historia avanzara. Pero no era su voluntad lo

que estaba en juego. Era algo mucho más grande que su dolor de madre.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin que hiciera nada por detenerlas. Y entonces, con voz quebrada, rota por dentro, como si el corazón se le desgarrara en cada sílaba, volvió a pronunciar las palabras que una vez cambiaron el curso de la historia.

—Hágase tu voluntad, no la mía.

Jesús de Nazaret, Hijo del Hombre, hijo de José y María, cerró los ojos, emocionado.

No había mayor acto de fe que aquel. María, la madre, la discípula, la mujer que lo había llevado en su seno, volvía a entregarle. Esta vez, no al mundo, sino a la cruz.

Y, en aquel momento, el burrito de madera entre ambos se convirtió en testigo silencioso de una nueva anunciación: la del sacrificio abrazado con libertad.

El viento volvió a susurrar entre los olivos como una plegaria que solo Dios podía entender.

—No te puedo pedir que no sufras, *imma* —dijo Jesús con voz quebrada—. Pero quédate conmigo. En la distancia o en el alma. No me sueltes.

María recogió el burrito de madera y lo sostuvo unos segundos más entre sus manos, acariciando con los dedos la superficie desgastada por los años. Luego, con el mismo cuidado con el que arropó a un recién nacido Jesús, lo envolvió en el lino limpio que Claudia Prócula le había entregado días atrás. Lo ajustó bien entre los pliegues, lo acercó a su pecho un instante más y lo colocó de nuevo en el zurrón.

—Jamás te soltaré, hijo mío —dijo María—. Ni en esta vida, ni en la otra. Te quiero.

El sol comenzó a ocultarse. Sobre Jerusalén, aquella noche descendería con la solemnidad de una promesa antigua. Y en aquel huerto, en Getsemaní, madre e hijo se abrazaron como nunca y se aferraron al único consuelo posible.

Que el amor entre un hijo y una madre era inmortal.

21

Año 7 d. C.
שנה 3767
783 AUC
-
Jerusalén-Nazaret

El camino de regreso desde Jerusalén se había detenido al caer la tarde, cuando el cansancio venció incluso a la inquietud.

José había encontrado un claro entre dos lomas bajas, protegido por una higuera silvestre y un promontorio de roca que ofrecía algo de refugio ante la brisa nocturna. Allí, sobre tierra blanda salpicada de cantos rodados, montaron un campamento improvisado con lo poco que llevaban: mantas dobladas con cuidado, un hatillo de pan y dátiles, y una pequeña hoguera que crepitaba tímida entre ramas secas recogidas al borde del camino.

El cielo, despejado, extendía sobre ellos un manto de estrellas. Se escuchaban a lo lejos los cencerros de algún rebaño, quizá conducido por pastores que, como ellos, buscaban descanso entre un paso y otro. Un odre de agua colgaba de una rama torcida,

balanceándose con ritmo perezoso al compás del viento. El fuego proyectaba sombras danzantes sobre las rocas, y en una esquina del campamento, envuelto en una tela gruesa, Jesús dormía con la respiración serena de quien había hablado demasiado durante el día.

María, sentada sobre una manta, tenía la vista perdida en su hijo. No le quitaba los ojos de encima, como si aún no pudiera creerse que, tras tres días de angustia, estuviera de nuevo con ellos.

Y, sin embargo, aquella noche no traía solo consuelo.

También traía preguntas.

Preguntas que ardían dentro de ella más que la leña bajo una olla de barro.

José la observaba a poca distancia. El crepúsculo doraba los contornos de su rostro, haciéndola parecer más joven de lo que era. Se acercó en silencio, sin interrumpir sus pensamientos, hasta que estuvo lo bastante cerca para que la respiración de ambos se mezclara en el aire.

—¿Aún no puedes dormir? —preguntó José con dulzura.

María no respondió de inmediato. Sus ojos, húmedos, seguían fijos en el pequeño bulto envuelto en lino donde descansaba Jesús.

—No puedo —susurró por fin—. No después de lo que ha pasado. ¿Cómo pudo dejarnos así?, ¿por qué no nos avisó? José, no es un niño como los demás. Lo sabes, lo hemos sabido siempre…, pero hoy…, hoy lo he sentido lejano. Como si ya no me necesitara.

José suspiró, sentándose a su lado. Su mano buscó la de ella, temblorosa, y la envolvió con firmeza.

—Tienes razón —dijo—. No es un niño como los demás. Nunca lo fue. Aún recuerdo cuando me miraste por primera vez con aquel secreto en los ojos y, sin decir nada, me diste a entender que la vida nos estaba entregando una historia que solo unos pocos entenderían.

María, aún rota por la angustia, lo miró tratando de esbozar una sonrisa.

—Tú también tardaste en entender… —trató de bromear la madre.

—¿Cómo no, amor mío? Fui necio entonces.

María abrazó a José como si fuera lo último que haría en la vida.

—¿Y si un día deja de necesitarme del todo?, ¿y si ese día ha empezado hoy? Solo tiene doce años…

José negó suavemente con la cabeza.

—María, no es que haya dejado de necesitarte. Es que empieza a necesitarte de otro modo. Hoy, en el templo, no vi a un niño perdido. Vi a un maestro en ciernes, desafiando a los sabios con la serenidad de quien tiene plena conciencia de quién es y cuál es su destino. Hablaba con una certeza que no se enseña en ninguna sinagoga. Lo escuché… y por un momento sentí miedo. Pero no miedo de él, sino de no estar a su altura.

El silencio se hizo entre ellos por unos segundos. Solo el crepitar de una rama en la hoguera cercana los acompañaba.

—No debes temer —añadió él—. Porque tú eres su raíz, María. Y los árboles fuertes necesitan raíces profundas para poder crecer rectos hacia el cielo. Tú sí estarás a la altura.

Ella volvió a mirar a Jesús, que parecía dormir con el ceño fruncido, como si incluso en sueños reflexionara sobre lo que había dicho a los doctores de la Ley.

—A veces desearía que fuera solo un niño —confesó ella en voz baja—. Que solo tropezara, que llorara por un rasguño, que necesitara mis brazos para dormir…

—Y lo hará —afirmó José—. Pero también necesitará que le des alas. No puedes protegerlo de su destino. Yo tampoco. Sea cual sea. Lo único que podemos hacer es amarlo sin condiciones. Con fe. La

misma fe que tuviste cuando aceptaste traerlo al mundo.

María lo miró entonces con una ternura infinita. José, el silencioso. El que nunca exigía protagonismo, pero cuya fuerza parecía sostener todo su mundo.

—Gracias —dijo, dejando caer la cabeza sobre su hombro—. Por recordarme quién soy… y quién es él.

José le besó la frente con la calma del amor verdadero, aquel que no necesitaba palabras grandiosas. Solo presencia. Solo verdad.

—El niño es especial, pero tú también lo eres. Nunca te abandonaré. Confía en mí, María. Pase lo que pase. Este niño…, este hijo… es nuestro. Aunque también sea del cielo. Y, cuando llegue el momento, sabremos soltar su mano sin dejar de ser su hogar. Ahora descansa, mañana partiremos pronto a Nazaret.

El cielo nocturno se abrió sobre ellos como un manto de promesas aún por cumplir. Y entre el susurro del viento, el murmullo de los olivos y el temblor callado de un corazón materno, María se acercó a Jesús, se tumbó junto a él y cerró los ojos por primera vez aquella noche, aferrada a la certeza de que el amor, cuando se cultivaba en silencio, también podía sostener hasta el más grande de los destinos.

José, antes de acomodarse a su lado, buscó con suavidad dentro de su zurrón de viaje y sacó el pequeño burro de madera que había tallado para Jesús años atrás. Lo sostuvo un instante entre sus manos, repasando con los dedos la curva de su lomo, y luego lo colocó con ternura sobre el regazo de María. Ella lo abrazó con delicadeza, como si aquel humilde juguete contuviera toda la infancia de su hijo en su diminuto cuerpo de madera.

José la miró en silencio.

No hacían falta palabras.

Aquel burrito seguiría siendo símbolo de lo que fueron.

Y lo que pronto dejarían de ser.

22

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betfagé

El sol comenzaba a descender sobre los montes de Judea, y el viento fresco de la tarde se colaba entre las rendijas de las casas humildes de Betfagé.

Judas caminaba despacio, aferrando con fuerza una pequeña bolsa de tela entre sus dedos. Con el sonido metálico de las monedas, cada paso hacia la vivienda donde su madre reposaba era una condena silenciosa.

Entró sin llamar.

El interior estaba en penumbra.

El lecho donde yacía su madre era un rincón de penumbra que olía a ungüentos, a madera reseca y a pañuelos empapados en lágrimas.

Pero ni la enfermedad había logrado marchitar el fulgor suave de

sus ojos. Aun con los pómulos hundidos y la piel quebradiza como la cáscara de un fruto seco, había algo intacto en su mirada: una chispa de coraje, de ternura, de esa sabiduría de quien sabía que la muerte no era enemiga, sino parte del camino.

Para Judas, verla así era como abrir una herida cada vez que cruzaba la puerta. Se sentía asfixiado por la impotencia. Había visto a su maestro devolver la vista, alzar a los muertos, curar con una palabra. Pero su madre, su sangre, su todo, seguía apagándose entre sus brazos como una lámpara sin aceite. Y, cada vez que le llevaba una taza de caldo o le arreglaba las mantas, el silencio entre ellos se llenaba de preguntas que él no se atrevía ni a formular ni a responder.

Ziva sabía más de lo que decía. Su enfermedad no le había robado la lucidez. Sabía que algo oscuro se cernía sobre su hijo, algo que no venía de fuera, sino que él mismo alimentaba desde dentro. Y, aun así, lo miraba con la ternura de quien ya había perdonado todo lo que estaba por venir.

Judas dejó la bolsa encima de la mesa y se sentó junto a ella.

El sonido inconfundible de la plata no pasó desapercibido por la mujer doliente. Abrió los ojos al oírlas. Tenía la piel pálida y los labios secos, pero su voz conservaba aún una entereza que desarmaría al más fuerte de los zelotes. Ziva trató de sacar fuerzas para hablar.

—¿De dónde has sacado ese dinero, hijo mío? —preguntó la madre de Judas.

El Iscariote se quedó inmóvil.

El peso de su túnica, del día, de las jornadas anteriores, incluso el de su alma misma, le impidió hablar.

Apretó los labios.

Bajó la mirada.

Las monedas que Judas llevaba ocultas en su túnica eran siclos de Tiro, pesadas y relucientes, templadas en la arrogancia de los poderosos. No eran simples piezas de intercambio: su plata, casi pura, era la más codiciada del Mediterráneo, tanto que hasta el propio templo, pese a su origen pagano, aceptaba su uso sin reparo. Mostraban el rostro endurecido de Melqart, un Heracles fenicio, con la mirada impasible, la melena salvaje y una corona de poder que los siglos no habían logrado borrar. En el reverso, un águila de alas tensas se alzaba sobre la proa de un navío, símbolo de conquista, de dominio y de ambición.

Judas las había contado más de una vez.

Una y otra vez, como si en aquel acto repetido pudiera encontrar justificación o consuelo. Pero lo único que hallaba era silencio. Cada tintineo dentro del pequeño saquito de lino que había colgado junto a su pecho le recordaba la carga que no pesaba sobre su espalda, sino sobre su alma. Aquel metal frío, inerte y perfecto brillaba más que su esperanza, pero menos que su remordimiento.

No eran monedas.

Eran grietas.

La distancia entre lo que pudo ser y lo que no debería ser.

El eco metálico del precio de una cruz que aún no se alzaba, pero que ya proyectaba sombra.

—Judas…, ¿de dónde? —insistió su madre.

Su hijo se mantuvo en silencio. Fue Débora, su hermana, quien rompió la pasividad de su hermano. Estaba de pie, cerca del fuego moribundo, con los ojos húmedos y el alma desgarrada.

—¡Maldita sea! Todo lo que intentaste vender está en esta casa. ¿De dónde has sacado ese dinero?

Débora lo miró fijamente, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como si pudiera desenterrar la verdad solo con la fuerza de

su silencio. Pero, cuando vio que Judas desviaba la mirada por enésima vez, dio un paso al frente.

—¿A quién has vendido, Judas?, ¿qué precio tiene tu alma?

Su hermano seguía sin responder. Bajó la cabeza. Su hermana se enfadó aún más.

—¿A quién traicionaste para traer esas monedas que ahora descansan junto al lecho de nuestra moribunda madre?

El silencio se volvió insoportable.

—¡Judas! ¿A quién le debes este falso milagro? —insistió Débora, con lágrimas derramándose por sus mejillas.

Judas alzó los ojos, tembloroso.

No tenía dónde esconderse.

Ni excusa, ni consuelo.

Entonces, como si cada palabra le doliera más que la anterior, confesó.

—Me lo ha dado el Sanedrín —dijo sin rodeos—. Treinta monedas de plata por… —titubeó—, por informar sobre Jesús.

—¿Qué? —Débora estalló en cólera.

La habitación se volvió un infierno. El viento no se atrevió a entrar. Solo se escuchaba el temblor de la vieja respiración de su madre, el fuego que se apagaba y el llanto que Judas trataba de contener.

Débora se abalanzó sobre Judas con violencia, le dio una bofetada y lo agarró del cuello.

—¿Por dinero, Judas?, ¿por monedas?, ¿es así como pagas el pan que él te dio?, ¿las palabras que escuchaste de su boca?, ¿los milagros que viste con tus propios ojos?

Judas se zafó como pudo de su hermana y se arrodilló junto al lecho, incapaz de sostenerse, junto a su madre.

—Hermana, yo… *Imma* se está muriendo… y yo no podía… Él…

no hacía nada… Le rogué… Le supliqué… Pero no vino.

—¡Y aun así entregas a un amigo! —bramó ella con fuerza—. No queremos ese dinero. ¡No lo quiero! Que nos lleve el Eterno a *imma* y a mí misma si ha de ser con ese precio. ¡No lo quiero!

Ziva trató de hablar de nuevo entre sollozos:

—Judas, por favor. ¡No lo hagas! No es tarde aún. Devuélvelo. Arrepiéntete. No dejes que el nombre de vuestro padre, Simón de Keriot, se manche con esta traición.

Judas cayó de rodillas en la estancia tambaleándose, como si el peso de las palabras de su madre y de Débora hubiesen quebrado su columna. Y entonces, en la oscuridad de su propia alma, comenzaron a emerger como destellos todos los momentos compartidos con el maestro, su amigo: las risas junto al fuego cuando Jesús contaba historias a los niños, la mirada limpia que le ofreció la primera vez que lo llamó por su nombre y el día en que curó al leproso y lloró por él como si fuera su propio hermano. Recordó también el pan partido en Betania, el agua compartida en el camino a Tiro, las caminatas interminables bajo el sol de Judea y, sobre todo, aquella vez que Jesús le limpió una herida del pie sin decir palabra, con la ternura de aquel que sabía que el alma dolía más que la carne.

Fue entonces cuando se derrumbó por completo, como un árbol roto por dentro, y el llanto brotó sin medida, sin orgullo, sin contención.

Gritó al cielo, al polvo, a sí mismo.

Su arrepentimiento no cabía en palabras.

Solo en sollozos.

Solo en lágrimas.

Solo en aquel lugar donde el amor y la desesperación se terminaron de fundir en un mismo abismo.

—No lo haré —sollozó—. Lo juro… No lo haré. Madre…, hermana…, no lo haré.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas sin detenerse. Dejó la bolsa en el suelo, como si quemara. Se incorporó, temblando, y abrazó a su hermana. Ella no le devolvió el gesto, pero tampoco lo apartó.

Besó a su madre en la frente, tomó de nuevo la bolsa y se marchó.

Al salir, el sol se había ocultado del todo.

Las sombras se alargaban como malos augurios.

Judas caminó en silencio por el sendero que conducía a Betania.

La casa de Lázaro lo esperaba.

Jesús estaría allí, con los demás.

No sabía si aún tenía salvación.

No sabía si podía corregir lo que ya estaba hecho.

Pero sabía que debía mirarlo a los ojos.

A su maestro.

A su amigo.

Mirarlo a los ojos.

Y, si encontraba el valor suficiente, decirle la verdad.

Un día antes
de la crucifixión

23

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El sol se alzaba despacio sobre Jerusalén, con aquella luz cálida que solía preceder a los días en que el mundo cambiaba de rumbo.

Las calles comenzaban a desperezarse con el rumor de los mercaderes, los rezos en voz baja y el arrastrar de las sandalias sobre la piedra.

Nadie imaginaba que en apenas unas horas el tiempo mismo quedaría dividido por un gesto, una mesa y una traición.

Cornelio avanzaba con el paso firme y el corazón descompuesto. Había dormido mal, lo justo para sostener el uniforme. La mañana anterior lo había visto con sus propios ojos: Judas Iscariote, el discípulo del Nazareno, saliendo a escondidas del templo tras reunirse con los hombres del Sanedrín. No era la primera vez que escuchaba su nombre. Algunos lo describían como celoso del poder

de su maestro; otros, como alguien que estaba desesperado por dinero o reconocimiento. Lo cierto era que aquella mañana, entre columnas y sombras, Judas no parecía un discípulo. Se asemejaba a un traidor.

Había considerado informar a Longinos por deferencia, pero no terminaba de fiarse de él.

Incluso hablar directamente con el prefecto Pilato por lealtad, aunque una conspiración entre judíos no le quitaría el sueño al prefecto.

Necesitaba mucha más información para presentar un informe con el que demostrar que aquella posible conspiración podría salpicar a Roma.

Su experiencia y su fe lo llevaron hacia otra dirección.

Cornelio no era un hombre de impulsos. Su formación le había enseñado a no actuar sin certezas. Pero su intuición, afilada por años de servicio, le decía que algo se movía.

Algo oscuro.

Algo definitivo.

No podía quedarse de brazos cruzados.

No quería.

Se dirigió entonces al lugar donde la discreción y la sabiduría caminaban juntas: a la ciudad alta, a la casa de José de Arimatea, el hombre que conoció cuando Jesús de Nazaret sanó a su hijo ilegitimo.

La colina occidental, conocida como la ciudad alta, era el principal distrito del gobierno y de la élite, tanto civil como religiosa. Sus calles formaban una retícula ordenada y en ella se alzaban las residencias de los poderosos. El barrio no era únicamente residencial: albergaba también el gran mercado, centro de actividad comercial, y un teatro para el esparcimiento. Se conectaba con la

zona del templo a través del valle central del Tiropeón, mediante dos puentes que, en cierto modo, simbolizaban el desdén aristocrático del alto clero hacia el pueblo llano.

José y su compañero Nicodemo lo recibieron con sorpresa.

El de Arimatea no era un hombre que se hiciera notar en el bullicio del Sanedrín y, sin embargo, cada vez que hablaba, el silencio se instalaba como un manto respetuoso a su alrededor. Rico, influyente y discreto, sus túnicas, siempre impecables, eran, más que símbolo de vanidad, una señal de dignidad interior. Sus manos, marcadas por los años y la escritura, revelaban más oración que poder. Hombre de consejo, más sabio que político, llevaba en sus ojos el cansancio de una espera larga: la del Reino que no llegaba en forma de ejército, sino en la ternura de un rabí que hablaba de amor y de misericordia. Creía en el Mesías no por señales ruidosas, sino por la manera en que Jesús miraba al mundo, como si ya supiera cómo dolía amarlo.

Nicodemo alzó la vista desde un rollo de papiro que estudiaba, y sus ojos reflejaron la inquietud que ambos compartían sin necesidad de palabras. Nicodemo caminaba como aquellos que buscaban algo en cada sombra, aquellos que llevaban una pregunta clavada desde hacía años en la garganta. Doctor en la Ley, fariseo de alma rigurosa y corazón en guerra, tenía la nobleza de los que no temían confesar la duda. Alto, con barba cuidada y andar reflexivo, su rostro era el mapa de noches sin dormir, de debates internos que nadie más podía escuchar. Había visitado a Jesús en la oscuridad, como hacían los que todavía temían la luz, pero desde aquel encuentro algo se había encendido en él: una chispa que, aunque pequeña, era más verdadera que toda su erudición. En el fondo, Nicodemo sabía que la verdad no siempre encajaba con la tradición, y que a veces el Espíritu soplaba justo donde la Ley se queda muda.

Cornelio no esperó formalidades.

—Ayer por la mañana, en el templo, vi a uno de los discípulos de Jesús: Judas. Salía con una bolsa. Nervioso. Asustado. Necesito información, por favor.

José cerró los ojos, como quien recibía un golpe esperado. Al abrirlos, Nicodemo y José de Arimatea se miraron en silencio. Ambos sabían que el centurión Cornelio no era como los demás romanos que habían cruzado los caminos de Judea: había escuchado las enseñanzas del maestro, había sido testigo de sus milagros y, sobre todo, había creído. Fue José quien rompió el silencio, asintiendo con un leve movimiento de cabeza antes de hablar con voz queda, casi reverente.

—Él merece saberlo.

Nicodemo accedió sin reparos. Sabían que Cornelio, aunque vestido con el manto de Marte, caminaba ya bajo la luz del Reino.

—Lo temíamos —dijo José con voz grave—. En el Sanedrín, las voces que piden su muerte crecen como una hiedra venenosa. Caifás ya no busca razones. Solo busca una excusa. Hace poco se reunieron con zelotes, y no se nos comunicó la asistencia. Pero sabemos que su objetivo era buscar al seguidor de Jesús más débil para poder debilitarlo.

Cornelio torció el gesto al escuchar aquella palabra, «zelotes». Estaba convencido de que Gedeón tramaba algo, pero el caso de Judas no podía esperar. Nicodemo dejó el pergamino sobre la mesa y se puso en pie, acercándose a Cornelio con preocupación.

—Sabes lo que ese gesto significa. Si el Sanedrín logra que uno de los suyos lo entregue, no habrá vuelta atrás. Roma no querrá interferir y, si interfiere, será para calmar al Sanedrín. Pilato se lavará las manos. Herodes mirará hacia otro lado. Todo estará consumado antes del amanecer siguiente a su captura.

Cornelio se llevó la mano al pomo de su espada, como si todas aquellas palabras despertaran su instinto bélico natural. Pero no había enemigo claro al que enfrentarse. Solo un río subterráneo de decisiones cobardes y de pactos invisibles.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó el centurión—. Ya no sé qué papel debo cumplir en todo esto. A veces siento que Jesús no quiere que lo proteja. Es como si él ya supiera que esto va a ocurrir, que tiene que suceder.

José se acercó y posó una mano sobre su hombro en un gesto fraternal.

—Hay algo que aún puedes hacer —dijo con firmeza—. Ve a casa de María, su madre. Ella es sabia, comprende cosas que nosotros apenas intuimos. Quizá ya sepa lo que está por suceder.

Nicodemo asintió. Cornelio no lo vio del todo claro.

—Corro demasiado riesgo. Si Longinos o uno de sus hombres se entera…

Nicodemo avanzó unos pasos y se situó frente al romano. Colocó sus manos sobre los hombros de Cornelio como si fuera un hermano.

—Yo sé lo que es vivir con temor —confesó Nicodemo—. Entonces no lleves soldados, ni señales de poder. Solo tu corazón limpio y tus ojos abiertos. Habla con ella. Y, si puedes, con él. No para cambiar su destino, sino para comprenderlo.

Cornelio se quedó en silencio, contemplando a los dos hombres sabios que, desde la sombra del templo, intentaban frenar con palabras lo que otros tramaban con monedas. José y Nicodemo le dieron indicaciones.

—No sé si aún hay tiempo —susurró.

—Si lo hay —dijo José—, no será mucho.

Y, sin decir más, Cornelio se despidió con una reverencia

solemne. Salió al alba, sabiendo que la ciudad que amanecía no era la misma que vería el próximo ocaso. En su próximo destino reposaba el corazón de la historia que aún latía silenciosamente, en el pecho de una madre que ya intuía que el mundo no volvería a ser igual.

La casa de la madre del Nazareno.

No sabía qué esperaba encontrar.

No la conocía.

Solo sabía que vivía en la ciudad baja, cerca del estanque de Siloé, en una casa modesta, discreta, donde el silencio parecía más fuerte que las palabras.

Siguió las indicaciones de los dos sabios.

Caminó entre viviendas precarias y angostas callejuelas que descendían serpenteantes por escalinatas hasta el fondo del valle, donde llegó a su destino.

Afuera, una tinaja de barro recogía el agua de lluvia, y el perfume de un pequeño limonero impregnaba posiblemente las tardes cálidas.

Llamó a la humilde puerta de madera con sus nudillos secos.

María abrió con calma.

Era más joven de lo que había imaginado.

O más eterna.

Su rostro no era el de una mujer cualquiera.

Era el de alguien que ya había atravesado demasiados duelos.

Pero ella parecía vencer al tiempo.

Su manto azul estaba recogido con sencillez, y sus ojos eran oscuros como una noche sin luna, pero llenos de una luz que no era de aquel mundo.

Cornelio se inclinó levemente, como si navegara en la duda de estar en presencia de una madre o de una emperatriz.

—Perdone la intromisión —dijo—. No nos conocemos. Me llamo Cornelio, centurión de la *Cohors II Italica Civium Romanorum*, al servicio de Roma…, pero también, de alguna manera, de su hijo. Me envían José y Nicodemo.

María no respondió de inmediato, pero aquellos nombres trajeron paz al instante.

Lo miró como si ya supiera por qué estaba allí. Se hizo a un lado y le indicó con un gesto suave que entrara. La casa de María en Nazaret era tan humilde como el corazón que la habitaba. Construida con piedras irregulares unidas por barro, de una sola planta y techumbre plana, apenas contaba con una única estancia principal donde todo ocurría: cocinaban, dormían, rezaban. Una pequeña hornacina cavada en la pared servía como despensa y altar, donde siempre ardía una lámpara de aceite. El suelo era de tierra apisonada, cubierto en parte por esterillas de palma tejida. En una esquina, un banco de madera que había tallado José ofrecía asiento y recuerdo. No había lujos, no los necesitaban: en aquel espacio austero, la paz era más abundante que en muchos palacios.

María le instó a que se acomodara. Cornelio rechazó con cordialidad la invitación y decidió no sentarse. Habló de pie, con la rigidez de quien llevaba el deber demasiado ceñido a la piel.

—He venido a advertirla. Ayer vi a uno de sus discípulos…, Judas. Estaba en el templo. No con su hijo. Con los sacerdotes. Con Caifás. Salió como un ladrón. No sé qué planean…, pero lo he visto antes. En otras ciudades. Así empiezan las detenciones, las conjuras, las muertes sin juicio. Y temo…, temo que no quede demasiado tiempo. José y Nicodemo hablan de traición.

María lo escuchó en silencio. No hubo sobresalto en su rostro, pero sí una leve contracción en la comisura de los labios. Un suspiro casi imperceptible. Su mirada bajó un instante. Sus manos se

cruzaron sobre el regazo como si necesitaran aferrarse a algo invisible.

—Sé quién es usted, Cornelio —dijo al fin, con voz serena, templada como agua sobre piedra—. Mi hijo me habló de su fe. Del día en que confió sin exigir que él fuera a su casa. De cómo su fe bastó para que la vida volviera a su hijo.

—No era mi hijo —trató de ocultar la verdad con nerviosismo—. Era mi sirviente…

—¿Está usted seguro? —preguntó María con dulzura—. Porque al hablar con mi hijo parecía que era usted el que servía al enfermo.

Cornelio tragó saliva y se ruborizó. Las palabras de Jesús habían cruzado el mundo para regresar a él con una dulzura que era capaz de desarmar su autoridad. Bajó la vista un instante. Y entonces ella continuó:

—Aquella curación no fue solo para usted. Fue una señal… para muchos. Y posiblemente lo de Judas sea otra señal.

Cornelio se atrevió a hablar de nuevo:

—¿No piensa intervenir?

María lo miró con una dulzura tan honda que provocaba dolor.

—¿Qué haría usted si supiera que detener ese paso impediría el cumplimiento de todo?

—Soy… —titubeó—, soy centurión. No sacerdote.

—Sí, y yo soy madre, no profetisa. Pero hay cosas que se sienten antes de que sucedan. Hay dolores que ya me habitan antes de que otros le pongan nombre. Y, aun así…, he aprendido a no luchar contra la voluntad de mi hijo.

Cornelio dejó caer los brazos. No lo entendía. Pero trataba de comprenderlo. Y aquel era un tormento peor. Se quedó un instante en silencio, mirando las grietas de la pared, como si esperara encontrar allí una rendija, una escapatoria, una solución.

—Entonces… ¿no debo intervenir?

María no respondió. Se puso en pie. Su rostro seguía en calma, pero sus ojos se habían nublado. Dio unos pasos hacia la puerta. La abrió lentamente.

—Tenga fe —dijo—. No en mí. En él. Porque incluso aquello que parece una grieta en la pared… a veces es el pilar más fuerte sobre el que sostener los cimientos de todo.

Cornelio la miró una última vez. Sabía que no podía discutir con aquella madre, santa y sabia, que entregaba a su hijo al mundo sin exigirle nada a cambio. Pero, al salir, una sombra se le instaló en el pecho.

—Cornelio… —llamó María.

El centurión se giró hacia la Señora.

Ella le sonrió con la gracia de Dios.

—Se lo agradezco…

Cornelio la miró durante unos instantes.

Tan bella.

Tan serena.

Tan resistente.

—Lucio —le dijo Cornelio.

—¿Perdón? —preguntó sin entender María.

—Mi hijo —aclaró el centurión—. Se llama Lucio.

Cornelio le dedicó una última reverencia. Y, ya con la mano en la empuñadura de su *gladius*, murmuró para sí:

—Que Dios no me pida cuentas de esto.

Y se perdió entre los callejones de Jerusalén, mientras, detrás de una puerta de madera, una madre volvía a abrazarse a su miedo en silencio. Porque ella lo sabía.

Esa noche habría pan y vino.

Y una gran grieta.

Y después… no habría más tregua.

24

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betania

Era mediodía cuando Judas cruzó el umbral de la casa de Lázaro, en Betania. La luz caía vertical y despiadada sobre los patios de piedra, haciendo que todo se viera más nítido, más real. No había sombra donde esconder la duda, ni penumbra donde disimular el miedo. El canto de los pájaros llenaba el aire, acompasando la quietud de una jornada que parecía querer detener el tiempo.

En Jerusalén, gran parte del grupo terminaba los preparativos de la celebración de la Pascua, y Lázaro y sus hermanas terminaban de hacer la compra para la cena.

Sin embargo, en aquel cálido hogar de Betania, se encontraba Jesús, solo, como si supiera que alguien se acercaba y tuviera la necesidad de esperarlo.

Judas apareció en el umbral sin anunciarse. Su túnica estaba

arrugada por la noche sin dormir, y sus ojos, enrojecidos por la vigilia y la lucha interna, buscaban con desesperación una rendija de esperanza. Había dudado la noche anterior, había querido hablar con él, detener el plan antes de que se volviera irreversible. Pero el miedo y el desconcierto le habían paralizado. En aquel momento, con los latidos del corazón resonando dentro de su pecho, al fin se encontraba frente a él.

Jesús alzó la mirada desde donde estaba, sentado, junto a una ventana a través de la que el sol dibujaba líneas doradas sobre el suelo, como si ya le hubiera estado esperando desde hacía horas.

Su rostro era sereno, compasivo.

Judas se presentó ante él y abrió la boca intentando formar una frase, cualquier frase, que justificara lo que aún no terminaba de entender ni él mismo. Sus labios temblaron, como si las palabras quisieran salir pero se hubieran quedado atrapadas en su garganta, sepultadas bajo el peso del remordimiento y la confusión. Miró a Jesús, buscando en su rostro la compasión que no encontraba en él mismo. Quiso decir que no era traición, que solamente quería salvar a su madre, que nunca deseó hacerle daño. Pero nada salió. Solo un suspiro quebrado, una mirada suplicante y el leve temblor de un hombre que había cruzado una línea sin retorno.

Fue Jesús quien habló primero, con voz suave, tratando de acariciar la verdad para no herirla.

—Tranquilo, Judas. Lo sé todo.

El discípulo se detuvo.

Tragó saliva.

Tenía preparados mil argumentos, mil justificaciones, pero se deshicieron en el aire con aquella simple frase. No le quedó más remedio que bajar la cabeza, vencido.

—No quiero hacerlo —murmuró—. No voy a hacerlo.

Jesús se incorporó lentamente y caminó hacia él. Se acercó en silencio, sin juicio en la mirada, solo con su serena compasión. Se detuvo frente a Judas y, sin decir palabra, alzó su mano lentamente y la posó con suavidad sobre su hombro. El gesto, simple pero profundo, atravesó la coraza de culpa que envolvía al Iscariote.

No hubo reproche ni amargura.

Solamente un contacto cálido que decía más que cualquier palabra.

«Te veo. Te entiendo. Te amo aún».

Judas cerró los ojos, vencido por una ternura que no esperaba, y sintió que, al menos por un instante, no estaba solo en su abismo.

—¿Me odias? —preguntó Judas casi de manera infantil.

Jesús sostuvo su mirada sin parpadear.

—Te amé antes de que nacieras.

Judas cayó de rodillas, como si el peso de todo lo que había contenido durante días se hubiese desprendido de golpe de sus hombros. Sus manos temblorosas se apoyaron en el suelo y su rostro, vencido por la angustia, se hundió entre sollozos que brotaron sin contención, como un río que por fin acababa de encontrar una grieta para romper el dique. Lloró sin pudor, sin fuerza, sin palabras, dejando que cada lágrima arrastrara consigo el dolor de la traición, la culpa por su madre, el amor herido hacia su maestro y el peso insoportable del destino. Era el llanto de quien había amado demasiado y había fallado aún más.

Jesús se inclinó lentamente junto a él, con la ternura intacta en sus ojos de color miel, y posó de nuevo su mano firme sobre el hombro tembloroso de Judas. No dijo su nombre, no lo necesitaba. Su mirada hablaba con una compasión que desarmaba cualquier culpa y su voz, suave como un susurro que era capaz de acariciar las heridas del alma, le devolvió la dignidad que Judas creía perdida.

—Judas, lo que ibas a hacer, terminarás haciéndolo. Tú eres el indicado —le dijo sin juicio y sin rencor—. No porque seas el más fuerte, sino porque has amado, has sufrido y has dudado. Porque, aun llorando, eres capaz de continuar.

Jesús no apartó la mano. Se la dejó ahí, como una bendición, como un ancla, como un perdón.

Judas negó con la cabeza, incrédulo, totalmente desconcertado.

—Pero… ¡me odiarán por siempre! —escupió Judas con amargura.

En ningún momento, Jesús apartó la mirada.

—Muchos te odiarán, sí. Como me odiarán a mí. Pero otros tratarán de entenderte. Y yo…, yo jamás dejaré de amarte.

Judas giró el rostro, herido por la ternura, como si esa compasión le doliera más que el desprecio. Tragó saliva. Sentía que su garganta estaba completamente cerrada, como si cada palabra tuviera que arrancársela del pecho.

—Yo… quise parar —musitó, con la voz rota—. Pensé que, si me alejaba, si volvía a ti…, tú me perdonarías.

—No hay nada que perdonar —respondió Jesús—. Porque aún no has hecho nada. Y porque lo que debes hacer forma parte de algo mucho más grande que tú o que yo.

—¿Entonces me estás pidiendo… que entregue al Hijo de Dios? —Judas alzó la voz, dolido, casi enfadado—. ¿Que sea yo el que dé el último golpe?, ¿después de todo lo que compartimos?, ¿después de lo que sentí, de lo que creí?, ¿después de renunciar a salvar a mi madre?

—Precisamente por eso —contestó Jesús con firmeza—. Porque nunca fingiste tu amor. Porque dudas con sinceridad. Porque ya no buscas salvarte, ni salvar a nadie. Has dejado de luchar contra ti mismo. Y eso te hace el único capaz de cumplir esta parte del plan

de mi Padre.

Judas se levantó de golpe, dando unos pasos con las manos en la cabeza. Como si intentara escapar del peso de aquellas palabras. Como si quisiera hallar una salida que sabía que jamás iba a encontrar.

—¡Pídeselo a Pedro, o a Juan, o a Santiago o al Zelote! ¡No soy un traidor! —gritó—. ¡No quiero serlo!

Jesús se acercó con calma, colocó por tercera vez su mano en su hombro y habló sin levantar la voz:

—No lo eres. Eres imprescindible. Una grieta que termina rompiendo la pared, pero que abre el camino a la luz. Esta historia no se puede escribir sin ti, Judas.

—Si lo hago…, irán a por todas —susurró Judas casi derruido—. ¡Te van a matar, maestro!

—Lo sé, Judas, pero no lo olvides nunca: yo he vencido al mundo.

Las palabras golpeaban a Judas como piedras. Él no era un héroe. Ni un traidor al uso. Era un hombre dividido entre el amor que aún le tenía y la desesperación por cambiar el mundo. Pero Jesús lo conocía como nadie. Y en aquel conocimiento había una aceptación que dolía más que el rechazo.

—¿Y qué será de mí?

Jesús respondió sin vacilar.

—No serás recordado como un mártir, lo sé. Serás el maldito. Serás el decimotercero. Pero después… reinarás. Porque sin ti el mundo no comprenderá el verdadero sacrificio.

Judas se quedó quieto, temblando. Su alma pendía entre el amor y el abismo. Y aun así, en ese silencio denso, Jesús lo intentó una vez más.

—Hazlo. No por mí. Hazlo por el mundo. Porque alguien debe

cargar con esta parte. Y tú eres el único que aún tiene el valor de hacerlo.

El silencio que siguió fue casi sagrado. Judas bajó la mirada, sintió el calor de las lágrimas acumulándose, pero no las dejó caer. En su interior, algo se había roto. Pero también se había iluminado.

De nuevo, miró a su amigo a los ojos.

—Jesús… —susurró—. ¿Tú me perdonas?

—Desde antes de que nacieras —repitió Jesús con una gran sonrisa.

Y entonces Judas asintió muy lentamente, como si acabara de firmar un pacto no deseado con la eternidad.

Se acercó y, con respeto, besó la mejilla de su maestro.

Salió sin más palabras, desvaneciéndose entre las sombras de la casa, dejando tras de sí el eco sordo de una decisión que ya no le pertenecía.

Jesús se quedó un momento inmóvil, mirando la puerta cerrarse con un leve crujido, y rezó por Judas.

El sol comenzaba a descender sobre los tejados de Jerusalén, tiñendo de oro y rojo los muros del templo y las callejuelas gastadas por siglos de pasos y promesas.

En la ciudad, Lázaro y sus hermanas Marta y María terminaban de preparar los alimentos.

Los demás apóstoles comenzaban a reunirse, organizando el alto aposento. Los murmullos eran bajos, casi reverentes.

La mesa ya estaba dispuesta.

El vino, servido.

El pan ácimo, colocado.

Cenarían cordero, hierbas amargas y algo de pescado.

Todo aguardaba en un silencio contenido, como si hasta las paredes supieran que aquella noche no sería una más.

En Betania, Jesús permanecía solo unos instantes más, sentado junto a la ventana abierta.

Observaba el cielo teñirse de penumbra, como si el día mismo se negara a morir. Cerró los ojos un segundo, respiró hondo.

Se puso en pie.

Era la hora de ir a Jerusalén.

El cordero ya estaba dispuesto.

25

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Las lámparas de barro emitían una luz temblorosa, dorando los rostros de los trece como si el tiempo mismo se detuviera a observar.

El murmullo de las primeras plegarias apenas se distinguía del latido acelerado en su pecho. Cada gesto de Jesús, cada palabra, cada silencio, retumbaba en su interior como si ya los hubiera sentido antes, en sueños, o en el eco de una profecía que le pesaba más que sus propias decisiones.

—Ahora sí que hablas claro y no usas comparaciones —comentó con respeto Tomás.

—Ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que te pregunten; por ello creemos que has salido de Dios —selló Pedro.

—¿Ahora creéis? —preguntó sorprendido Jesús—. Pues mirad:

está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis aflicción; pero tened valor: yo he vencido al mundo.

Cada vez que Judas miraba a Jesús, su maestro, su amigo, sentía que su alma se encogía. Aquel lugar le parecía una cámara cerrada donde el aire pesaba y las paredes se estrechaban lentamente.

Desde su rincón en la mesa observaba a los demás. Lo necesitaba. Un instinto de supervivencia lo empujaba a descubrir si alguno de ellos ya sospechaba de él, del plan, de la entrega.

Andrés escuchaba con la frente fruncida, abstraído en lo que parecía ser un cálculo doloroso.

Bartolomé asentía con devoción ciega.

Mateo, desde el otro extremo, le sonreía con la misma cordialidad de siempre; una sonrisa que, a los ojos de Judas, en aquel momento parecía venir de un mundo que ya no le pertenecía.

Pedro.

Pedro no dejaba de mirarlo. A veces lo hacía de manera furtiva, otras con una intensidad que rayaba la acusación. Judas sabía que no debía subestimar la intuición de aquel galileo de manos fuertes y fe impulsiva.

Santiago el Mayor también lo observaba a intervalos, como si esperara un movimiento, una palabra errónea, una señal.

Judas tragó saliva y desvió la mirada.

Jesús tomó entonces el pan. Sus dedos, siempre firmes, parecían cargados de una ternura que a Judas le resultaba insoportable. Lo alzó en silencio, como si todo el peso del mundo estuviera contenido en aquel trozo de harina horneada. Lo bendijo sin alzar la voz, como

si hablara con Dios con una familiaridad que no requería de palabras grandilocuentes.

—Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí —les dijo.

El pan pasó de mano en mano y, cuando llegó a él, Judas dudó. Sintió que sus dedos temblaban. Acarició su superficie como si pudiera leer su destino grabado en aquella miga blanca. Lo llevó a la boca y el crujido fue un trueno que retumbó dentro de él.

En su garganta, el pan se volvió ceniza.

Después llegó el cáliz.

—Esta es mi sangre de la alianza, que se derrama por muchos. En verdad os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de mi Padre —dijo Jesús.

Cuando bebió, no sintió comunión, sino despedida. Como si el vino marcara la separación entre el antes y el después.

Sabía que su hora se acercaba.

Jesús permaneció en silencio mientras sus ojos recorrían los rostros de los que amaba: doce hombres, con sus dudas, sus pequeñas glorias y sus cicatrices. Doce hombres que serían el cimiento de algo eterno.

Todos excepto uno.

El pan, partido por las manos del maestro, aún reposaba sobre la mesa.

A Judas le parecía más semejante a una piedra que a alimento.

Entonces habló.

Su voz era calma, pero atravesó la mesa como una espada invisible.

—En verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar.

El impacto fue inmediato. Las miradas se cruzaron como espadas. Judas bajó los ojos, sabiendo que la culpa correría como

un veneno por la mesa. El silencio cayó como un manto pesado. Nadie osaba moverse. La luz tembló sobre los rostros de los apóstoles, y, por un instante, todos parecieron mirar hacia dentro de sí mismos. ¿Qué clase de sombra habría en su alma para ser capaz de tal cosa?

—¿Soy yo, Señor? —Andrés fue el primero en murmurar, con voz temblorosa.

Le siguió Santiago el Menor, con el corazón encogido.

—¿Seré yo?

Uno a uno, los discípulos fueron preguntando, como si el miedo les naciera no del hecho de traicionar, sino de no saber si eran capaces de hacerlo.

—¿Acaso soy yo? —quiso saber Juan con humildad.

—¿Maestro, podría yo? —preguntó Santiago Zebedeo.

—¿Soy yo, maestro? —imploró Pedro con lágrimas en los ojos.

Judas notó cómo Jesús comenzó a respirar hondo y la tensión pareció quebrarse. Pero, antes de que pudiera reinar la calma, el maestro se dirigió hacia Pedro.

—Pedro, mi querido Pedro —dijo con gravedad—, Satanás os ha llamado para zarandearos como trigo. Pero yo he orado por ti, para que tu fe no falle. Y tú, una vez que hayas vuelto, fortalecerás a tus hermanos.

Pedro se irguió, ofendido.

—Señor, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte.

Jesús lo miró con compasión.

—Te digo, Pedro, que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.

Pedro quedó impactado. No pudo articular palabra. Nadie tuvo el valor de rasgar el profundo silencio de aquella estancia.

Solo Juan, el más joven y puro de todos ellos, apoyando la cabeza sobre el pecho del maestro, con lágrimas en los ojos y con la voz apenas audible, se atrevió a formular la pregunta que todos temían.

—Señor, ¿quién es?

Jesús no respondió con palabras directas.

Tomó un trozo de pan, lo mojó en aceite, y lo tendió hacia su izquierda. El gesto fue lento, solemne, cargado de un profundo silencio. El tiempo se detuvo para los demás. El pan fue a parar a las manos de Judas Iscariote.

Los dedos del apóstol temblaron.

Lo recibió como si recogiera una sentencia.

No dijo nada.

No alzó la mirada.

Pedro fue el primero en levantarse.

Su banco cayó hacia atrás con un golpe sordo. La ira le brotaba de los ojos como fuego antiguo y sin pedir permiso al juicio, se lanzó hacia Judas.

Santiago Zebedeo, con el mismo temblor en las manos y el pecho ardiendo, le siguió al instante, como un relámpago tras el trueno. La traición no necesitaba más confirmación. Pero entonces Simón los interceptó, firme como una muralla. Su brazo detuvo el avance de Pedro.

—¡No aquí! ¡No ahora! —les gritó el antiguo zelote usando todas sus fuerzas.

Juan, desde el otro extremo, con voz quebrada, alzó las manos entre Santiago y Judas.

—¡Es el maestro quien lo ha dicho!, ¡es el maestro quien lo permite!

Judas retrocedió.

Pedro apretó los dientes, y su mirada, clavada en Judas, era la de un hombre que se estaba quemando por dentro capaz de hacer cualquier cosa.

Y, aun así, ni Pedro ni Santiago pudieron avanzar. Simón, antaño guerrero, había entrenado demasiados años.

En los ojos de Juan, había algo más fuerte que la furia: el reflejo del mismo amor que ardía en los ojos de Jesús.

Y, mientras Pedro forcejeaba por soltarse, Jesús permanecía en silencio. Miraba a todos, pero sobre todo a Judas.

Su discípulo.

Su amigo.

Solo él sabía.

Solo él entendía.

Jesús, sin romper la ternura de su gesto, murmuró lo suficiente para que solamente él lo escuchara.

—Lo que tienes que hacer, hazlo pronto.

Y, en ese mismo instante, Judas comprendió que ya todo estaba escrito.

Dio un paso atrás, luego otro, sin apartar la vista de Jesús.

Nadie dijo su nombre.

Nadie lo detuvo.

Pero todos lo vieron.

El pan empapado en aceite ya no estaba en su mano; lo había dejado sobre la mesa, intacto.

La puerta entreabierta respiraba una oscuridad que le llamaba por su nombre.

Y entonces, sin pronunciar palabra, giró sobre sus talones y caminó hacia ella. A cada paso, sentía las miradas como lanzas clavándose en su espalda. Pedro hervía de rabia, Santiago se contenía a duras penas, Simón y Juan todavía trataban de apagar el

incendio con la fe y la razón.

Los demás estaban paralizados entre lágrimas y asombro.

Nadie entendía.

Nadie sabía.

Solo Jesús.

Solo su amigo.

Al llegar al umbral, Judas se detuvo por un instante.

No miró atrás.

Pero sí cerró los ojos, como si al hacerlo pudiera almacenar para siempre en su interior la última luz que había visto en el rostro del maestro.

Y cruzó la puerta.

El sonido seco de la madera cerrándose a sus espaldas no fue un portazo, sino un telón.

Judas salía de escena.

Pero no del plan de Dios.

26

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El día se desvanecía sobre Jerusalén.

El horizonte comenzaba a teñirse de tonos ámbar y carmesí mientras el sol iniciaba su descenso final detrás de las lejanas colinas. El suave murmullo de la ciudad empezaba a disiparse, como si la misma urbe reconociera la solemnidad de lo que estaba a punto de ocurrir.

Entre las estrechas y serpenteantes calles, comerciantes y viajeros se apresuraban a terminar sus negocios antes de que la noche tomara el relevo del día. El aire aún estaba impregnado de la mezcla familiar del aroma del pan recién horneado y las últimas especias que se vendían en los mercados para la cena.

La ciudad se recogía lentamente, pero ella no veía a nadie. Solo tenía en mente un lugar, un aposento alto, y a quien allí dentro

hablaba con voz pausada y mirada insondable. María, la joven de Magdala, avanzaba por las calles serpenteantes de la ciudad. No corría, pese a que su paso era firme, decidido. Algo en el aire, en el rumor apagado de las piedras y en el eco de los pasos le decía que aquella noche no sería como las otras.

Había seguido a Jesús desde su tierra natal, desde su ruina y redención. Había aprendido a observar desde la sombra, a estar presente sin interrumpir, a amar en silencio. Y aquella noche ese don silencioso la llevó hasta la entrada del aposento.

Se quedó quieta, oculta parcialmente por el quicio, escuchando. Desde la rendija escapaba la luz cálida de las lámparas y el murmullo bajo de los discípulos. Sus voces, aunque contenidas, revelaban agitación.

Preguntas.

Dudas.

Dos palabras destacaban por encima del resto.

«¿Seré yo?».

María apretó las manos contra su pecho. No sabía exactamente qué temía, pero lo sentía. En los ojos de Jesús había visto sombras recientes, diferentes. Algo se estaba gestando. Algo que ya no podían detener.

Cuando se sintió decidida a inclinarse contra la puerta entreabierta, fue sorprendida por la voz suave y a la vez firme de la recién llegada María.

—¿Qué haces ahí, hija mía?

Era María, la madre de Jesús. Se acercaba con la serenidad intacta, como si el mundo no pudiera perturbar su temple. Su mirada, sin embargo, tenía el cansancio de los días sin sueño y la sabiduría de haber aprendido a regañadientes a dejar ir lo que más amaba.

—Perdóname, madre —respondió la joven de Magdala con sinceridad—. Solo quería ser partícipe de cualquier modo de este momento con Jesús. Siento que algo malo está a punto de suceder. Hay mucha agitación ahí dentro, y le preguntan a Jesús si serán ellos. ¿Qué significa, María?

Esta se acercó y colocó gentilmente su mano sobre el hombro de la joven. Su caricia trataba de ofrecer una mezcla de fortaleza y calidez que podría dar consuelo incluso al alma más inquieta, pero no a la joven de Magdala.

—Entiendo tu deseo de estar cerca de mi hijo y protegerlo —dijo María tratando de transmitir una profunda sabiduría—. Pero hay ocasiones que requieren alejarnos de aquellos a quienes amamos para cumplir un propósito mayor. Lo que está ocurriendo en ese aposento es un momento para sus discípulos, un momento de enseñanza y confesión que solo ellos están destinados a recibir esta noche.

María Magdalena, envuelta en una mezcla de vergüenza y comprensión, levantó su rostro para encontrar la mirada compasiva de la Virgen María.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

La madre de Jesús sonrió, reconociendo el fervor y la devoción de aquella compañera inseparable.

—María, querida mía, sabes cuánto te valora mi hijo, y puedes honrarlo continuando su obra de amor, aunque no siempre estés físicamente presente con él. Y, cuando lleguen las horas más oscuras, no te apartes de su lado.

La joven discípula asintió, sin entender el verdadero significado de las últimas palabras de la madre del Hijo del Hombre. Se limitó a observar cómo la madre de Jesús se acercó al umbral de la puerta de acacia. En los ojos de aquella mujer se reflejaba un dolor que

desbordaba cualquier palabra. Quería abarcar con la mirada todo lo que allí se respiraba: la angustia de los discípulos, la desolación de la ausencia, la herida abierta por la traición.

El rostro de la madre de Jesús mostraba la huella de la entrega absoluta. Había acompañado a su hijo hasta el último aliento, pero en aquel momento cargaba sobre sí la soledad de esa pérdida. Sus manos, apenas perceptiblemente temblorosas, buscaban un punto de apoyo invisible, como si quisieran aferrarse a un recuerdo capaz de calmar la tormenta. Quien la contemplara podía reconocer en su expresión la pureza del amor que, aun atravesado por la muerte, se mantenía firme.

Al verla así, María Magdalena sintió en su interior el eco de su propia historia. Recordó el instante en que Jesús la liberó de la oscuridad y la llenó de luz. En aquel momento ella había experimentado la plenitud de la vida; ahora comprendía que la misma fuerza que la salvó era la que había dejado a la madre despojada de su hijo. A una le regaló la libertad, a la otra le arrancó lo más amado para entregarlo al mundo.

La joven de Magdala nunca olvidaría aquel día en que la voz de Jesús atravesó la oscuridad que la atenazaba. Había vivido durante años prisionera de fuerzas que la desgarraban por dentro, sombras que la dominaban hasta el punto de arrebatarle la paz y quebrar su dignidad y su esperanza. En su mirada se acumulaban el miedo y la vergüenza, y su cuerpo entero era una morada invadida por presencias hostiles. Nadie había podido ayudarla. Ni médicos, ni rezos, ni los esfuerzos de su propia voluntad lograban arrancarla de aquella cárcel invisible.

Fue entonces cuando se cruzó con él. Jesús no la miró con desprecio ni con lástima, como solían hacerlo los demás. La contempló con una ternura tan firme que desarmaba y a la vez la

sostenía. Sus ojos parecían ver más allá de las apariencias, como si atravesaran su tormento y llegaran hasta la esencia intacta que aún latía en lo más profundo de su corazón. Se inclinó hacia ella, la llamó por su nombre, y sus palabras fueron como un río que lavó y purificó todo el mal en su interior.

En aquel instante, lo imposible sucedió. Las cadenas invisibles que la habían oprimido durante tanto tiempo se rompieron como hilos de ceniza. Un temblor recorrió su cuerpo, sus lágrimas brotaron incontrolables, y lo que había sido grito se convirtió en un suspiro de alivio. María sintió cómo un peso inmenso se desprendía de su pecho, cómo una luz nueva le devolvía el aliento. Fue como volver a nacer, como si el mundo entero se abriera de nuevo ante sus pasos.

A partir de aquel día, supo que jamás volvería a ser la misma. Donde antes reinaban el miedo y la sombra, volvían a habitar la paz y la gratitud. Su vida había sido devuelta, no como un simple alivio pasajero, sino como una misión: seguir a aquel que la había levantado de la ruina y había restaurado en ella la dignidad perdida. Desde entonces, cada mirada y cada gesto de Jesús eran para ella la prueba viva de que la luz siempre tendría la última palabra sobre la oscuridad.

El corazón de la Magdalena se estremeció. Volvió a mirar a la madre. Deseaba acercarse, estrechar la mano de aquella mujer y susurrarle que no estaba sola. Porque ella sabía lo que era ser levantada de la noche más oscura y reconocía en la madre la misma herida que aún palpitaba en su propio pecho. Allí, en el aposento alto, dos mujeres unidas por Jesús compartían el peso invisible de la cruz, tejidas en un mismo dolor y en una misma esperanza.

Fue entonces cuando la madre de Jesús, con un nudo en la garganta, cerró la puerta cuidadosamente, no solo para preservar el acontecimiento sagrado que se desarrollaba en su interior, sino

también como un símbolo de una transición que estaba a punto de comenzar. Una cena que sería recordada por la entrega y el sacrificio, además de por la promesa eterna de amor y redención.

Alejándose de la puerta, la Señora condujo a María de Magdala en dirección opuesta a la entrada del aposento, guiándola hacia un lugar que le permitiera encontrar paz en la promesa de la redención futura.

Descendieron lentamente por la escalera, dejando tras ellas una noche llena de misterios invisibles y compromisos compartidos en silencio. Sabía que aquella cena sería recordada por ser la última, y también por el pacto de amor eterno que su hijo había forjado a través del mayor de los sacrificios.

El que estaba a punto de suceder.

Mientras caminaban bajo el cielo estrellado, confiaron su corazón al amor que sabían que perduraría más allá del tiempo y la distancia. Con la misma fe que la había guiado a través de los años, la Señora ofreció una oración sincera por su hijo y por aquellos que, a su lado, llevarían el mensaje de redención al mundo.

En la tranquilidad del jardín que rodeaba el aposento, las dos Marías trataron de encontrar algo de consuelo en la brisa nocturna.

No lo consiguieron.

Allí esperaron, envueltas en un silencio sagrado, a que sucediera aquello que su hijo predijo que sucedería.

Padecería, sería desechado, moriría y resucitaría.

«Mi hijo debe morir», se repetía con lamento una y otra vez María.

Y ella, como madre, no podía evitarlo.

No debía.

Miró al cielo.

Dedicó un pensamiento a Judas, el Iscariote.

Tragó saliva.

María, la de Magdala, no dejó de observar a la Señora.

—¿Qué podemos hacer, madre? —preguntó alarmada.

La madre de Jesús contempló a aquella mujer.

Tan bella, tan valiente, tal leal.

La Señora no pudo contenerse y las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro.

—Nada. Ya ha comenzado —susurró.

Y María de Nazaret, sabedora de que pronto se alejaría de su hijo, recordó la profecía de Simeón: «Una espada te atravesará el alma».

La madre de Jesús comenzó a llorar desconsoladamente.

La joven de Magdala trató de consolarla como pudo, a pesar de que el miedo y el dolor también la consumían por dentro.

Cuando consiguió calmar el llanto y respirar con aparente normalidad, María volvió su rostro hacia la Magdalena con ternura.

—Quédate aquí, hija. Vigila este silencio con tus oraciones. Yo… tengo una última cosa que hacer.

María de Magdala quiso retenerla, pero algo en la mirada de la Señora la detuvo.

Era un brillo antiguo, posiblemente el mismo con el que un día aceptó el misterio de la concepción.

La madre de Jesús se apartó con lentitud, envuelta en su manto azul, perdiéndose entre sombras, mientras su corazón marcaba un nuevo paso hacia lo desconocido.

Y la joven de Magdala, sola bajo las estrellas, entendió que incluso las madres tenían caminos que debían recorrer en soledad.

27

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La frase cayó como un juicio sin condena.

«Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Jesús no lo había dicho con reproche, ni con miedo. Lo había dicho con una paz tan limpia que dolía. Judas sintió cómo el pan se detenía en su garganta y cómo todo el ruido del cenáculo se desvanecía en un zumbido lejano. No necesitó que nadie le abriera la puerta. Se levantó con torpeza, tragándose el temblor, cubriéndose el rostro con el manto como si eso bastara para esconder la grieta que acababa de partirlo por dentro.

Ya no era solo un discípulo dubitativo. Ni siquiera un traidor arrepentido. Era un engranaje consciente del plan eterno, atrapado entre la desesperación humana y la obediencia a Dios.

Al salir, el aire nocturno le golpeó en el rostro como un suspiro

venido del pasado. Caminó por la calle empedrada sin rumbo fijo, sintiendo que los pies no le obedecían, como si todo su cuerpo estuviera resistiéndose a lo inevitable. La ciudad dormía en sus extremos, pero en su centro, así como en el corazón de Judas, una tormenta había comenzado a devorarlo todo.

Se había arrepentido antes.

Lo sabía.

Se había arrepentido incluso antes de entrar a la cena.

Pero ya era tarde.

Jesús lo sabía.

Y, aun así, lo había perdonado.

Y, del mismo modo, lo había enviado.

Y entonces, al doblar una esquina aún teñida por la penumbra de los olivos, la vio.

Estaba allí, de pie, como si lo hubiera estado esperando desde el principio de los tiempos. Su figura, envuelta en el azul profundo del manto, tenía la gravedad de una estatua antigua, pero la ternura de una madre que era capaz de amar incluso aquello que no terminaría de entender nunca.

No hizo ningún ademán.

No habló.

Solo lo miró.

Y en esa mirada cabía el dolor de todos los partos y de todas las despedidas que una madre jamás debería soportar.

Judas se detuvo en seco.

Todo en él tembló.

Sintió que el alma quería salir de su pecho.

Quiso huir, pero no pudo. Quiso hablar, pero no encontró palabras que no fueran veneno para su propia lengua.

Ella dio un solo paso hacia él.

Y, con aquel paso, Judas se desarmó por completo.

Él, que había cargado sobre sus hombros el precio de la traición, se sintió como un niño. Como el niño que fue alguna vez, antes de comprender que el amor también podía doler.

—Yo… —intentó decir, mientras su voz se quebraba al primer aliento—. Yo no iba a hacerlo. Lo juro. Ya lo había dejado atrás. Pensé en mi madre…, en el dinero…, pensé que así lo protegería. Que forzaría el cumplimiento del Reino. Pero él… Él lo sabía todo. Me miró como si ya hubiera perdonado cada paso antes de darlo.

María se acercó y, sin decir una palabra, lo abrazó.

Un abrazo total, sin defensa, sin juicio, sin reservas.

Un abrazo de madre. Pero también de la madre de aquel que estaba a punto de ser entregado.

Y, en ese gesto, Judas comprendió el vértigo al abismo. Porque ella no lo retenía, ni lo maldecía, ni lo culpaba.

Solo lo sostenía.

Y al mismo tiempo temblaba.

Y eso lo rompió.

Su cuerpo se derrumbó contra ella. Las lágrimas, que tantas veces había tratado de contener con mayor o menor éxito por orgullo, por rabia o por dignidad, brotaron con una fuerza que le vació el alma. Lloró como nunca lo había hecho. Lloró por su madre, por Jesús, por María y por sí mismo. Lloró por no poder escapar y por saber que, en el fondo, el acto que estaba a punto de cometer era también parte de un designio que lo sobrepasaba.

—Me arrepentí… antes —insistió, entre sollozos—. No fui yo quien lo inició. Fui solo un peón. No podía más. Pero cuando él me lo pidió… ya no pude negarme. Porque en su voz no había condena. Solo entrega. Y… es mi amigo…

María apretó el abrazo. No lloraba, pero su rostro tenía las

marcas de aquellas lágrimas que habían atravesado un mar entero de sufrimiento. Su boca temblaba y sus ojos parecían mirar más allá del tiempo.

—Lo sé, Judas —susurró, apenas audible—. Y él también lo sabe. No es la traición lo que duele. Es el precio que tú vas a pagar por hacer lo que el cielo necesita…, y la tierra tardará en entenderte. No eres un traidor, Judas. Eres un hombre llamado a cargar con lo insoportable. No serás olvidado… ni tampoco comprendido.

Él la miró entonces. Sus ojos estaban enrojecidos, a punto de desbordarse. Y, en aquel momento, deseó poder morir allí mismo, en los brazos de la madre del hombre al que iba a entregar. Deseó poder gritar que no quería hacerlo, que no podía soportarlo, que no merecía tanta compasión, pero solo tuvo fuerzas para murmurar, como si le hablara a su propia vergüenza:

—¿Y si no soy digno?

—Entonces —dijo María, con una paz que solo nacía del dolor que había aprendido a callar—, él te hará digno con su cruz. No por lo que eres…, sino por lo que vas a soportar por todos.

—¿Crees que me perdonará? —Judas rompió a llorar.

—Eres su amigo, Judas. Te perdonó desde antes de que nacieras.

La madre pronunció las mimas palabras que el hijo.

El silencio cayó entre ellos como una manta pesada.

El viento soplaba débilmente desde el monte. Jerusalén no sabía aún lo que estaba ocurriendo. Pero el plan ya había comenzado a cumplirse en un abrazo sin gloria entre una madre rota y un hijo que no era suyo, pero que en aquel instante lo era todo para algunos y nadie para los demás.

Cuando se separaron, Judas no dijo adiós. No podía. Dio la media vuelta y se internó en la noche con el rostro húmedo vuelto

hacia el suelo.

Y María lo vio marcharse sabiendo que no lo volvería a ver.

Al menos, no en aquella vida.

Cuando la figura de Judas se perdió entre las sombras, María cayó de rodillas. No dudaba del plan de Dios, pero el dolor de ser parte de él se volvía insoportable. Y allí, en mitad de la calle desierta, con las manos aún tibias por el cuerpo de aquel hombre herido, sintió que una espada, anunciada años atrás por Simeón, le atravesaba el alma de nuevo.

Tras unos instantes, y con gran esfuerzo, María se recogió el manto, se puso en pie y comenzó a caminar hacia la oscuridad, sabiendo que no podría salvar a ninguno de los dos porque todo ya estaba en marcha.

Porque Judas tenía que entregar a su amigo.

Porque el Hijo del Hombre ya había comenzado su viaje final.

Y porque todo, de manera silenciosa, se estaba cumpliendo.

El día
de la crucifixión

28

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La noche había tendido su manto sobre Getsemaní.

A lo lejos, el murmullo de Jerusalén se apagaba lentamente, pero en el huerto los olivos parecían contener la respiración. Entre sus ramas, la luna era apenas un trazo tembloroso.

Jesús, sudando sangre por la fragilidad vascular que le provocaba aquella intensa tensión por lo que estaba a punto de suceder, oraba por última vez a solas. Sus discípulos, dispersos en pequeños grupos, no sabían si dormían, velaban o simplemente huían del peso de la incertidumbre.

Judas caminaba al frente del pequeño destacamento del Sanedrín, como un soldado que avanzaba hacia su perdición. Gedeón, el zelote convertido en brazo ejecutor de los sacerdotes, marchaba a su lado con paso firme y con su mano sobre la

empuñadura de la espada que colgaba de su cintura. No intercambiaban palabras. Solo el sonido de sus sandalias sobre la tierra húmeda llenaba el aire. Judas tenía la túnica empapada en sudor y la bolsa con las treinta monedas le pesaba como si cada una de ellas contuviera el eco del juicio final.

«Hazlo. No por mí. Por el mundo».

Había sido Jesús quien se lo había pedido.

Y Judas, después de resistirse, de suplicar una salida, había obedecido. Su maestro le había dicho que él era el indicado. Y, sin embargo, cuando vio a Jesús a lo lejos, rodeado por sus amigos, la duda volvió a morderle las entrañas.

Los apóstoles se pusieron en pie al escuchar el ruido de pasos y armas. Judas avanzó entre los soldados del Sanedrín con pasos que parecían ajenos a su voluntad, como si otro hombre los diera por él. Al ver a los demás apóstoles, su corazón se encogió. Pedro, siempre al frente, le sostuvo la mirada con una mezcla de furia. Fue el primero en sacar la daga.

—¡Atrás! —gritó el pescador, con los dientes apretados.

Juan se levantó lentamente, sin apartar los ojos de su maestro. Santiago tensó el cuerpo, instintivamente protegiendo a los demás. Mateo, Felipe, Tomás, Bartolomé…, cada rostro le devolvía una pregunta sin respuesta, un recuerdo, una herida. Simón el Zelote dio un paso adelante, buscando a Gedeón. Se reconocieron en silencio: hermanos de sangre, en aquel momento separados por una traición que ninguno aún comprendía del todo. Y Judas, en medio de aquella escena detenida en el tiempo, supo que con cada paso enterraba un vínculo, que con cada respiración firmaba su separación.

Pero también recordó las palabras de Jesús.

Eso era lo único que sostenía sus rodillas mientras caminaba hacia su destino.

Judas levantó una mano temblorosa, pero no habló. Solo avanzó unos pasos más hacia Jesús, que se mantenía firme, en el centro del claro, como si supiera exactamente cuál era su lugar en la historia. El rostro del maestro estaba iluminado por la luna; sus ojos, de color miel, reflejaban una tristeza antigua y una misericordia insondable.

Judas se acercó.

Sus labios temblaban.

Su alma parecía a punto de quebrarse.

Lo miró.

Esperó una palabra.

Pero Jesús solo le sostuvo la mirada con una paz infinita.

Juan preguntó:

—Amigo, ¿a qué vienes?

Pero Judas no tenía palabras para Juan. Continuaba mirando a su amigo.

—Maestro… —susurró Judas.

Jesús lo recibió cálidamente.

—Amigo mío, haz lo que has venido a hacer.

Judas se acercó a su rostro y le besó la mejilla.

Fue un beso de obediencia, de amistad, de despedida.

Jesús sonrió y apoyó la mano en su brazo.

—Con un beso entregas al Hijo del Hombre, amigo —le susurró —. Gracias. Ahora vuelve a casa.

Judas se apartó con los ojos inundados de lágrimas sin entender las últimas palabras de su amigo.

Nadie entendía nada.

Juan se puso una mano sobre el pecho, Andrés buscaba a Jesús con mirada suplicante, Pedro gritaba que no se llevarían a su maestro sin luchar.

Jesús alzó la voz con la misma calma con la que solía predicar en

el templo, pero en su tono había una herida abierta. Sus ojos, hinchados por el cansancio, recorrieron los rostros encapuchados de los soldados y de los hombres del Sanedrín.

—¿Por qué venís a prenderme como a un ladrón, con espadas y palos? —dijo sin un ápice de miedo—. Estuve cada día entre vosotros, enseñando en el templo, y no me prendisteis.

Sus palabras resonaron entre los olivos como un eco de justicia en medio de la traición. Repasó con la mirada a cada uno de ellos.

—Ya veo, esta es vuestra hora —añadió con un leve temblor en los labios—, y el poder de las tinieblas.

Y, en ese instante, todos comprendieron que no eran ellos quienes lo atrapaban, sino él quien se entregaba.

Pero los apóstoles se negaron.

Fue Santiago, el hijo del trueno, el primero en lanzarse contra uno de los guardias. Simón trató de frenar a su hermano Gedeón, desenfundando su cuchillo e interceptándolo en el aire. Juan gritaba intentando detenerlos mientras buscaba palabras que los contuvieran. Andrés y Tomás formaron un círculo en torno a Jesús, como si pudieran protegerlo con sus cuerpos. Las antorchas cayeron al suelo, el humo se mezcló con los gritos. Pedro, sin dudarlo, se lanzó hacia Malco, el siervo de Caifás. La hoja brilló al reflejo del fuego y cortó limpiamente la oreja del joven, que cayó de rodillas, gritando de dolor.

Jesús, sorprendido por la violencia, dio un paso adelante con majestad mientras los demás se enzarzaban lanzándose golpes a la cara. Alzó una mano y caminó hasta Malco, que se encogía sobre sí mismo, sangrando, aterrado. Jesús se arrodilló, tomó la oreja caída y el tiempo se detuvo. Con un gesto delicado la colocó de nuevo en su sitio. Malco jadeó hasta normalizar su respiración. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se llevó la mano a su oreja. Estaba allí, volvía

a oír. El dolor había desaparecido. Lo único que quedó fue un temblor sagrado.

Ninguno de los apóstoles vio con claridad aquel gesto. Estaban aún demasiado envueltos en la trifulca, en la confusión, en la incredulidad de ver a su maestro sin defenderse frente al destacamento del Sanedrín.

Mientras la confusión estallaba en el huerto y las espadas tintineaban en la oscuridad, Judas, apartado entre los árboles, se tapó con las manos el rostro, temblando. Desde su escondite, fue el único en ver cómo Jesús, en medio del caos, se inclinaba hacia Malco, el siervo herido, y, con una ternura imposible en aquel escenario, le sanaba la oreja cercenada. Nadie más parecía haberlo visto. Solo Judas, que sostenía aquel milagro como el último consuelo en medio de su noche más oscura.

Jesús dio un paso al frente, dejando atrás a Malco, al temblor de las espadas y el odio en los rostros. Alzó de nuevo la mano, firme pero serena, y su sola presencia detuvo el caos como si el tiempo mismo se quebrara en obediencia.

—¡Basta! —ordenó el galileo.

Judas escuchó perfectamente la voz de Jesús, que cortó la tensión y la violencia de la noche con autoridad.

Pedro, aún jadeando con la daga ensangrentada, quedó inmóvil. Los demás apóstoles retrocedieron, desconcertados. Jesús miró a todos: a sus amigos y a sus enemigos. Todos dudaban.

—Volved vuestras espadas a su sitio —dijo el maestro mirando a Pedro, Santiago y Simón—, porque todos los que recurren a la espada, a espada perecerán. ¿O pensáis que no puedo acudir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Entonces ¿cómo se van a cumplir las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?

Judas no pestañeaba. Un susurro antiguo le atravesó el alma: «Nadie me quita la vida. Yo la entrego voluntariamente».

—Si me buscáis a mí, dejad que estos se marchen —dijo Jesús señalando a sus discípulos.

Luego avanzó con paso firme hacia los guardias, los mismos que venían a apresarlo, y se ofreció sin temor. Al hacerlo, parecía que no se entregaba a los hombres, sino al designio eterno que había aceptado mucho tiempo atrás.

Acto seguido, vino el golpe.

Gedeón, cegado por el deber, propinó un violento puñetazo a Jesús en el rostro. El impacto resonó con un estruendo cruel. La cabeza del maestro se ladeó, la sangre brotó de su labio. Nadie reaccionó, excepto Simón, su hermano, que quiso matarlo allí mismo.

Judas, oculto tras los árboles, presenció todo. Y se quebró. Su alma ya no podía sostener más el peso del plan. Había cumplido el mandato de su maestro, pero verlo herido fue insoportable. Cayó de rodillas entre los matorrales. Ahogó un grito. Y entonces, ignorando a dónde iba, solo sabiendo que no podía quedarse allí, corrió.

No por miedo.

No por cobardía.

Corrió porque, si no lo hacía, se rompería para siempre.

Corrió con los puños cerrados, con el rostro en llamas, con la certeza de que la voluntad de Dios se estaba cumpliendo pero a través de una humillación y un dolor inexplicables.

Y, en algún rincón de su alma, aún resonaba la última frase de su maestro.

«Gracias. Ahora vuelve a casa».

Pero su casa era el corazón de su amigo.

Y el Sanedrín estaba a punto de destruir el templo más sagrado

de todos.

29

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El pretorio olía a hierro, a sudor y a injusticia.

El sol apenas despuntaba por el horizonte cuando trajeron al prisionero. Jerusalén aún bostezaba, pero los pasillos de la fortaleza Antonia vibraban de tensión. Algunos soldados de la cohorte romana se alineaban murmurando en latín, otros simplemente observaban con curiosidad el rostro sereno de aquel hombre maniatado. Jesús no hablaba. No bajaba la mirada. Esperaba encontrarse con el prefecto, como si todo ya estuviera escrito.

Poncio Pilato no era un hombre de convicciones, sino de equilibrio. De rostro anguloso y cejas arqueadas que parecían eternamente fruncidas por el peso del cargo, había aprendido que en Judea gobernar no era reinar, sino contener. Su túnica, siempre impecable, colgaba con rigidez sobre sus hombros como si lo

mantuviera sujeto a Roma incluso en el extremo más polvoriento del imperio.

Sus ojos, grises como el mármol de las termas romanas, miraban sin pasión, con una astucia domesticada por años de política sucia y órdenes contradictorias desde Roma. Prefería el sonido del acero al del incienso, pero sabía que, en Jerusalén, la religión era un arma más puntiaguda que cualquier *gladius*.

Había estudiado leyes, había memorizado retóricas, aunque el corazón le pertenecía al arte del control. Para Pilato, la verdad era un lujo que solo se podían permitir los ingenuos. Lo único que temía más que la sublevación era que llegara al oído del César un informe equivocado.

Su esposa, Claudia Prócula, era quien aún lo anclaba al misterio de lo intangible, de los sueños, de las señales. Pilato creía en los presagios. Y, cada vez que Claudia hablaba desde el temblor de un sueño, su mano titubeaba un instante antes de firmar una sentencia.

No era cruel, tampoco valiente. Gobernaba con la indiferencia de quien era conocedor de que el destino no estaba en las piedras de Jerusalén, sino en el emperador y padre de la patria Augusto.

Un soldado se acercó.

—El galileo está listo. Han traído al prisionero —susurró.

—¿Lo han traído o lo han arrastrado? —murmuró Pilato, más para sí mismo que para su escolta.

Antes de dar la orden de que lo hicieran entrar, Claudia Prócula apareció al fondo del atrio, silenciosa pero firme. Cubierta por un manto de lino color marfil, caminó sin titubear hacia su esposo. El ruido de sus sandalias se perdió bajo los murmullos que se escuchaban desde fuera, donde el pueblo y el Sanedrín esperaban un veredicto que ya creían dictado.

No titubeó.

—No lo juzgues —dijo con voz baja y templada—. Anoche soñé con él. No era un hombre. Era un espejo. Y lo que reflejaba era nuestra culpa. Déjalo libre.

Pilato alzó la mirada hacia ella. Nunca la había visto así. Ni en Roma, ni en Cesarea, ni siquiera en los momentos en los que la fiebre del desierto parecía quebrarla. No podía darle aquella orden, ni siquiera podía insinuarla, pero la mujer que amaba temblaba.

No era miedo.

Era otra cosa.

Y Pilato jamás supo que se trataba de agradecimiento.

Su cuñada Livia vivía gracias a Jesús de Nazaret.

—¿Un sueño? ¿Estás segura de esas visiones? —preguntó confundido el pretor.

—Estoy segura de lo que he sentido —respondió ella—. Y he sentido que, si su sangre toca estas losas, algo en el mundo se romperá.

Antes de que pudiera responder, los soldados entraron con el acusado. El Nazareno, encorvado por la noche de golpes y burlas, levantó la vista y se encontró con los ojos de Claudia. No hubo palabras, solo un silencio que pareció envolverlos en un instante fuera del tiempo. Jesús trató de dedicarle una sonrisa. Ella retrocedió un paso, como si una corriente invisible la hubiera atravesado. No era el dolor físico del Nazareno lo que la impresionaba, sino la extraña dignidad con la que cargaba aquel rostro desfigurado. Allí donde otros estarían rotos, él parecía completo. El rostro de un condenado que no imploraba ni maldecía. Solo observaba, con la serenidad de quien lo había entendido todo.

Sin embargo, su mirada, aunque empañada por el sufrimiento, no había perdido su profundidad. Seguía allí aquella luz tranquila, como una brasa encendida meciendo sus llamas en calma en medio

de una tormenta. Una mirada que no pedía justicia, ni suplicaba clemencia. Miraba como si ya supiera lo que iba a ocurrir y lo aceptara. Miraba a Pilato como lo hizo con el pescador temeroso, el enfermo postrado y el traidor en la sombra. Con misericordia.

Prócula susurró a su marido:

—Él ya nos ha perdonado. Aunque aún no lo hayamos condenado.

No era la primera vez que Pilato se encontraba con fanáticos religiosos, pero aquel era distinto. No insultaba. No suplicaba. Solo observaba.

Pilato lo contempló con detenimiento, sin decir palabra. El hombre que tenía frente a él no era un agitador exaltado ni un reo común. Pero tampoco era ya el mismo al que había visto tiempo atrás desde la distancia, rodeado de multitudes. Su rostro, antes sereno y firme, estaba ahora cubierto de hematomas violáceos y cortes abiertos. Uno de sus pómulos lucía inflamado y bajo su ojo izquierdo se extendía una sombra amoratada que apenas le permitía abrirlo. El labio partido y una línea de sangre seca en la nariz hablaban de una violencia deliberada, sin contención.

No era obra de soldados romanos, aún no.

Aquellas marcas eran más personales, más enconadas. Pilato comprendió al instante: el Sanedrín, que se encontraba allí presente frente a él, no había esperado a su autorización para juzgarlo y castigarlo. Los golpes de los sacerdotes y sus guardias habían buscado más humillación que justicia, más desprecio que castigo. Y, sin embargo, Jesús no parecía quebrado. Soportaba el dolor con una dignidad que desarmaba. En aquel momento, Pilato comprendió que el juicio más duro ya había comenzado mucho antes de su tribunal.

—¿Eres tú el rey de los judíos? —preguntó Pilato en voz firme, como si necesitara que alguien, cualquiera, contradijera lo absurdo

de aquella acusación.

Un silencio espeso cayó sobre la sala. Al fondo, entre columnas, Cornelio intercambió una mirada preocupada con Longinos, el centurión encargado de la vigilancia del reo.

Cornelio mantenía una postura firme junto a los escalones del atrio, pero su alma estaba en guerra. Había visto morir a muchos hombres. Había visto terror, rabia, desolación, incluso resignación. Pero jamás había contemplado una expresión así. El rostro de Jesús, aun marcado por la violencia, no suplicaba, no se defendía. Miraba como si viera más allá de todos los presentes. Y, cuando sus ojos se cruzaron con los suyos, Cornelio sintió que todo su escepticismo se quebraba como una lanza contra la roca. Era un rostro herido, sí…, pero no derrotado.

Longinos, más pragmático, intentaba no mirar demasiado. El fanatismo le incomodaba, la compasión le enfurecía. Pero, cuando alzó la vista y contempló a Jesús, sintió un nudo seco en la garganta. Aquel no era el rostro de un agitador. Tampoco el de un simple carpintero. Era el rostro de alguien que no pertenecía del todo a este mundo. Había sangre, sudor y polvo. Pero también una calma tan inexplicable que lo desconcertaba. Era como si la carne martirizada no lograra ocultar la paz que brotaba desde dentro. Y, aunque Longinos no lo admitiera, apartó la mirada por vergüenza.

Ambos conocían a Jesús. Le habían visto obrar sin violencia, sanar sin tocar, hablar sin imponer. Y ahora, verlo allí, solo y rodeado por un sistema que ansiaba su sangre, despertaba algo incómodo en ellos.

Jesús miró a Pilato con tal profundidad que el prefecto sintió que le dolían los años, las guerras y los cargos. No respondió de inmediato. Lo miró como si viera en él algo más profundo que su toga o su cargo.

—¿Dices esto por ti mismo, o porque otros te lo han dicho de mí? —dijo sin arrogancia el acusado.

—¿Acaso soy judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

—Solo he proclamado el Reino de mi Padre, que no es de este mundo —respondió Jesús—. Si lo fuera, mis servidores pelearían para que no fuera entregado. Pero mi reino no es de aquí.

Pilato frunció el ceño. Quiso entender, aunque no podía. Estaba atrapado entre la lógica de Roma y el misticismo de un hombre que hablaba como si ya estuviera del otro lado de la historia.

—Entonces ¿eres rey?

—Tú lo dices. Yo para esto nací y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad.

Pilato se levantó. Caminó alrededor de Jesús, observándolo como quien espera encontrar un crimen oculto en la piel del acusado. Pero no halló más que dignidad. Una presencia que lo incomodaba.

—*Quid est veritas?* —replicó Pilato, más como un lamento que como una pregunta.

«¿Qué es la verdad?».

Jesús no respondió.

No hacía falta.

Él mismo era la respuesta.

30

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Pilato sostuvo la mirada de aquel prisionero con el rostro ensangrentado, esperando quizá una palabra, una excusa, una salida. Pero lo que encontró fue otro incómodo silencio.

Los miembros del Sanedrín, encabezados por Caifás y el fariseo Nadab ben Yaír, presionaban con sus rostros torcidos por la urgencia. Trajes impolutos, miradas ardientes.

—¡Ha blasfemado! —gritó Caifás—. ¡Se hace llamar el Hijo de Dios!

—Si de nuestra Ley se trata, debe morir —añadió Anás con voz pétrea.

—Tú, Pilato, tienes el poder para hacerlo por el bien de vuestro imperio —continuó Nadab.

Fue Prócula la que intermedió por el Galileo.

—¡No tengas nada que ver con ese justo! —clamó, deteniéndose junto a su esposo—. Esta noche he sufrido por él en sueños. No permitas que caiga sobre ti su sangre. Déjale marchar, por favor…

Los murmullos crecieron. Los miembros del Sanedrín fruncieron el ceño. La tensión crecía a cada momento. Pilato, desencajado, miró a su esposa, intentando procesar lo imposible.

Claudia jamás se inmiscuía en sus juicios. Y menos aún traía consigo advertencias divinas.

—Esto no es justicia. Es miedo disfrazado de ley —susurró Longinos.

Cornelio asintió, pero no habló. Sus ojos se clavaron en el rostro de Pilato, que se debatía entre el deber imperial y un presentimiento que le revolvía las entrañas.

—¿Desde cuándo crees en los sueños, mujer? —preguntó Pilato a su mujer con voz trémula.

—Desde que los míos sangran verdad.

Pilato apartó la mirada. Su mente bullía. Fue entonces cuando hizo llamar a Cornelio, como si esperara que alguien en aquel juicio hablara desde la razón.

—Centurión de Cesarea, te hice llamar porque conoces Jerusalén y conoces al acusado. ¿Qué puedes decirme de este hombre?

Cornelio cruzó la sala y, al llegar ante Pilato miró a Jesús con gratitud, dirigiéndose al prefecto con voz firme:

—Le vi sanar sin cobrar. Le vi defender sin armas. Le vi consolar sin pedir fidelidad. No es un rebelde. Y, si lo es, no lo es contra Roma, sino contra la hipocresía.

Aquellas palabras cayeron como una losa pesada contra el Sanedrín.

Jesús devolvió la mirada agradecido a aquel primer gentil convertido.

Pilato se volvió al Nazareno, que aún lo miraba sin odio. Se pasó una mano por el rostro. Quería soltarlo. Lo sabía. No había culpa, no había crimen. Pero las voces crecían afuera. Ya no eran solo los del Sanedrín. Era la multitud agitada, manipulada, ansiosa de chivos expiatorios.

—¿Qué hago contigo, rey de los judíos? —preguntó Pilato, casi con sarcasmo.

—¡Crucifícalo! —gritaron los fariseos.

Pilato miró a Longinos. El romano tragó saliva.

—¿Qué harías tú, centurión?

Longinos bajó la mirada. Un mar de dudas le corroían por dentro. Era leal a Roma, pero la determinación de su compañero Cornelio le hacía dudar. Si aquel preso no era el Mesías, era alguien muy especial, capaz de cambiar los corazones de las personas. Quiso guardar silencio, pero Pilato preguntaba.

Se vio forzado a responder.

—No me pagan por juzgar profetas. Pero, si lo matamos, no será el final. Ya lo ha dicho: levantará su templo en tres días.

—¿A qué se refiere con eso?

—No lo sé —respondió Longinos—. Pero cuando me miró… sentí que él sí sabía a qué se refería. No creo que sea peligroso. Me preocupan más el Sanedrín y los zelotes.

Fue una respuesta tibia. No sentenció a Jesús, se mantuvo fiel a Roma y trató de desviar la atención a la verdadera fuente del problema.

Pilato miró a Jesús.

El silencio se volvió demasiado espeso en la sala del pretorio, como si el propio tiempo se negara a avanzar.

Prócula no apartaba la vista del Galileo. Sus ojos, húmedos, no eran los de una noble romana en aquel instante, sino de mujer rota

por dentro. Había soñado con él. Había sentido en su carne la angustia de un destino que se sellaba con cada palabra que nunca se pronunciaría.

—No… No hallo culpa en este hombre —repitió Pilato, alzando la voz como quien busca su propia absolución en el eco.

Nadie respondió. Ni Cornelio, firme como una estatua a su lado, ni Longinos, cuya mano temblaba apenas sobre el pomo de su *gladius*, como si supiera que aquella decisión arrastraría algo más que sangre.

Solo Prócula tuvo valor.

—Entonces… ¿por qué no lo sueltas? —preguntó a modo de súplica.

Pilato cerró los ojos.

En su mente resonaban las voces del Sanedrín, el clamor de la plaza, la advertencia de Roma, el peso de la política, la paz en la provincia. Y, en medio de todo, el rostro ensangrentado de aquel galileo que no respondía a su juego de poder y mantenía un silencio inmutable.

Pilato caminaba de un extremo al otro del pavimento de piedra, como si pudiera desgastar las losas con el peso de sus dudas. El eco de sus sandalias era el único sonido en aquella estancia sellada por la tensión. Ya no era la verdad lo que buscaba, sino una salida.

Ante él, Jesús seguía en pie, con la túnica manchada, los labios partidos y una serenidad que ofendía al juicio. «¿Qué clase de rey no lucha por su vida?», pensaba el procurador mientras se llevaba una y otra vez la mano al rostro. Lo que deseaba era desentenderse de todo aquello, arrojar la decisión al gentío, al Sanedrín, a Roma…, a cualquiera que no fuera él. Pero, cada vez que volvía a mirar al Nazareno, sentía una presión extraña en el pecho. No tenía miedo. Tampoco compasión. Era una certeza incómoda, como si el tiempo lo

estuviera mirando a él y no al acusado.

Sabía que aquel juicio era un antes y un después.

Intentó ganar algo de tiempo.

Se volvió hacia Longinos.

—Sacadlo de aquí. Que lo azoten.

Longinos alzó la barbilla, sin palabras, mientras Cornelio contenía una maldición entre los dientes.

Nadie quedó contento.

La sala pareció hundirse por un momento en sombra.

Jesús no dijo nada.

Solo miró a Pilato y luego a Prócula.

Y fue en aquella mirada donde ella supo que ni la sangre, ni los látigos, ni la humillación que vendría podrían arrebatarle su dignidad.

Porque él no estaba siendo vencido.

Estaba cumpliendo su propósito.

Pilato se alejó como si escapara de sí mismo. Prócula giró el rostro de dolor y acompañó a su marido a cierta distancia.

Longinos dio la orden a su mano derecha, el joven legionario Estefatón.

Los soldados del contubernio agarraron con violencia al reo y lo empujaron hacia la salida. Cornelio, apretando los puños, trató de acompañar a Jesús hacia el patio de la flagelación.

Longinos lo frenó y lo apartó a un lado con firmeza, lejos de miradas indiscretas.

—No, Cornelio. No después de tu confesión.

El centurión de Cesarea respiraba con dificultad, con los ojos encendidos de la desesperación.

—Necesito estar con él —suplicó.

Longinos lo miró con una mezcla de severidad y compasión.

—¡Por Júpiter, Cornelio! ¿Por qué estás tan obsesionado con salvarlo? ¿Qué deuda tienes con ese hombre?

Cornelio bajó la mirada, y, por un instante, su máscara de oficial romano se quebró.

—Porque él ya salvó a quien más amo…, a mi hijo.

Longinos se quedó inmóvil, desconcertado. De repente, algo en su interior encajó con un golpe seco.

—¿Tu hijo? Pero… ¿no sanó a tu siervo?

Cornelio asintió lentamente.

—Era él. Mi hijo. Nunca lo dije. Lo presenté como siervo porque…, porque es ilegítimo. Pero Jesús no preguntó. No me juzgó. Solo lo sanó.

El silencio entre ambos se volvió denso. El griterío parecía tronar en la distancia. Longinos cerró los ojos por un instante, como si estuviera aprendiendo a ver con una nueva claridad.

—Cornelio, si le estás ocultando, entiendo que su madre no es libre, y ese crío no tendrá derecho ni a la ciudadanía romana ni a tu herencia.

Longinos respiró profundamente. No podía alargar la conversación. Estaban a punto de azotar al Nazareno.

—No es solo gratitud. Es amor. Y culpa. Por eso no puedo quedarme al margen —susurró Cornelio—. No cuando él fue el único que miró a mi hijo como lo que es: un alma digna de ser salvada.

Longinos bajó la mirada. Sabía lo que podía costarle a Cornelio seguir al Nazareno abiertamente.

—Cornelio, si desertas, podrías enfrentarte a la *misio ignominiosa*…, al *fustuarium*. Roma no perdona a los traidores.

Cornelio asintió, a sabiendas de que podría sufrir el despido del ejército de manera humillante o, peor aún, morir bajo el garrote o las piedras. Aun así se mantuvo firme.

—Entonces que me condene Roma…, pero no mi conciencia.

Longinos no dijo más. Solo lo apartó del camino con un leve gesto de respeto. Ahora entendía. Y ya no volvería a mirar a su compañero como antes.

—Si vas a seguir al Nazareno, hazlo desde la distancia. Pero ahora sirve a Roma, después haz lo que te venga en gana.

Cornelio lo entendió.

En realidad, Longinos estaba salvando su vida.

Debía tener cuidado.

En lo alto del pretorio, el sol ya no brillaba con fuerza.

Parecía esconderse avergonzado.

31

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El sol apenas había trepado por encima de los muros cuando un murmullo áspero comenzó a avanzar por el patio interior de la fortaleza Antonia. Era un sonido pesado, irregular, como si de un animal herido que respirara con dificultad se tratara.

Pilato había dado la orden de azotar a Jesús de Nazaret con una clara instrucción: que bastara para satisfacer al Sanedrín sin quebrar el cuerpo del reo. Las flagelaciones romanas podían detener un motín, pero también podían matar a cualquiera que fuera condenado.

Pilato no deseaba un cadáver, solo una advertencia.

Desde el interior de la sala del pretorio, escuchó los pasos antes de verlos llegar.

Longinos entró primero. Tenía el semblante avergonzado y la

respiración entrecortada.

—Prefecto…, está hecho —dijo sin levantar del todo la mirada.

Pilato asintió intentando anticipar la escena que estaba a punto de contemplar. Pero nada lo preparó para lo que vino después.

A una voz de Longinos, dos soldados aparecieron arrastrando a Jesús. Más que caminar, su cuerpo parecía ceder a cada paso. La piel de su espalda, de sus hombros y de sus costados era un mosaico indescriptible de teselas descascarilladas: desgarros profundos, regueros de sangre fresca y coágulos oscuros que apenas dejaban distinguir el color original de la carne.

Longinos, aún avergonzado, observaba atento cada uno de los pasos de Jesús. Había escoltado a cientos de prisioneros ante Pilato, pero ninguno caminaba así: sin rencor, sin miedo, sin cadenas en el alma. Longinos, que había visto morir a muchos hombres, tenía la perturbadora certeza de que aquel reo era más libre que todos los allí presentes.

Pilato retrocedió un pequeño paso con incredulidad. Interrogó a Longinos con la mirada. «¿Quién se había ensañado con el galileo?», se preguntaba. Aquel no era el castigo que había impuesto. Aquello era una masacre. Longinos, abochornado, no supo cómo explicarle al pretor que algunos de sus legionarios eran bestias salvajes incontenibles sedientas de sangre. Demasiado tiempo lejos de Roma.

—¿Qué han hecho? —susurró el pretor.

La sangre provocaba surcos de castigo grabados en la piel de Jesús como si diseñaran el mapa del sufrimiento humano. El manto rojo púrpura con el que se habían burlado de él le colgaba a medias, empapado, pegado a las heridas abiertas de su espalda, convertido en una segunda piel tejida con dolor. La corona de espinas, incrustada en su cabeza como una jaula cruel, estaba llena de ramas

retorcidas que provocaban que pequeños hilos de sangre le bajaran por la frente, cruzando sus mejillas hasta perderse entre la barba desordenada.

Lo habían vestido como a un ridículo rey.

El prefecto exhaló una maldición en latín.

Aquello, se repetía en su interior, no formaba parte de sus órdenes.

—Pero… ¿quién os dijo que hicierais esto? —preguntó girándose hacia los soldados.

Nadie respondió. El silencio fue más elocuente que cualquier explicación: la burla había sido iniciativa propia de los legionarios. Una diversión, un exceso, una crueldad sin propósito.

Cornelio, que había permanecido en un segundo plano durante la flagelación por respeto a la autoridad del prefecto siguiendo el consejo de Longinos, no pudo evitar acercarse unos pasos cuando vio entrar a Jesús tambaleándose en el pretorio. El manto empapado en sangre le pareció una afrenta que le quemaba la conciencia. Él, que había suplicado a ese mismo hombre por la vida de su hijo y había visto cómo se cumplía lo imposible, sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo podía un hombre capaz de sanar con una palabra ser tratado como un criminal?

Jesús levantó el rostro apenas un instante. Sus ojos, inflamados por el dolor, tenían sin embargo una serenidad que incomodó profundamente a Pilato. No había reproche. No había súplica. Había algo que el prefecto no sabía nombrar.

Los sacerdotes del Sanedrín aguardaban a cierta distancia, apiñados bajo la sombra de los soportales. Cuando vieron aparecer a Jesús, no mostraron sorpresa. Al contrario, una satisfacción contenida se dibujó en sus rostros.

Pero querían más.

Caifás fue el primero en hablar.

—Prefecto, permíteme que insista. Ese hombre es un peligro. Su castigo debe ser ejemplar.

Pilato frunció el ceño.

—Lo he mandado azotar. Mirad el resultado. ¿No os parece ejemplar? Creo que es más que suficiente para un alborotador de vuestra Ley.

Los miembros del Sanedrín avanzaron un paso más, casi como una única masa. No iban a ceder.

—No es suficiente —replicó Anás.

—Ese hombre ha blasfemado —añadió Gamaliel.

—Ha puesto en riesgo la paz del pueblo —increpó Nadab.

—Si lo liberas, podrías ser acusado ante Roma de proteger a un sedicioso —sentenció Caifás.

La palabra «Roma» cayó como un peso de hierro. Pilato sabía muy bien lo que significaba la amenaza. Tiberio no toleraba prefectos incapaces de mantener el orden.

Sin embargo, algo en él se resistía a la idea de ejecutar a un hombre que, incluso herido y humillado como estaba, no mostraba el rencor propio de los condenados.

—No encuentro culpa en él que merezca la muerte —insistió Pilato—. Pero… —Buscó una salida que le permitiera salvar su autoridad sin provocar al Sanedrín.

Los sacerdotes intercambiaron miradas rápidas. Las tradiciones podrían convertirse en una herramienta perfecta.

—Prefecto —se adelantó Caifás con suavidad—, nosotros no podemos juzgar ni condenar a nadie durante *Pesaj*. Al menos, concédenos nuestra costumbre: la liberación de un preso por la Pascua. Así el pueblo pedirá la liberación del que desee, como cada año. Si tú presentas a Jesús y a otro prisionero, ellos decidirán.

Pilato entendió el plan al instante. Querían que el pueblo escogiera la sangre. Querían quedar limpios de aquella decisión. Lo estaban utilizando y sabían que podrían hacer peligrar su estatus de prefecto. Tenía las manos atadas.

—¿A quién proponéis? —preguntó con cautela.

—A Bar Abban —respondió otro sacerdote—, conocido por todos. Ladrón, rebelde…

Longinos se acercó a Pilato.

—Es un asesino… —le susurró al pretor.

—Nadie pedirá por él cuando lo vean junto a este hombre —añadió cínicamente Nadab.

Pilato dudó.

Según el informe de Longinos, Bar Abban había sido una verdadera espina en sus operaciones militares recientes. Liberarlo era una torpeza. Pero, a ojos del prefecto, era también una baza: si la multitud escogía a Jesús, todo se resolvía sin desafiar al Sanedrín.

—Mostradlos juntos —dijo finalmente Caifás—. Dejad que el pueblo decida quién merece vivir.

Pilato miró de nuevo a Jesús.

El manto rojo púrpura seguía pegado a la sangre de la espalda. La corona de espinas caía parcialmente sobre su frente. Era una visión que mezclaba dignidad y humillación de forma insoportable: un falso rey para una burla real.

El prefecto no sabía exactamente qué era lo que lo incomodaba más: la brutalidad infligida por sus propios hombres o la serenidad insondable de aquel nazareno.

—¿Por qué no dices nada? —murmuró Pilato avanzando un paso hacia el reo—. ¿No entiendes que busco una salida?

Jesús lo miró con una dulzura que desarmó de nuevo al romano. Su rostro estaba cubierto de sangre, el manto rojo púrpura caía

sobre las heridas de su espalda y, aun así, no había odio en su mirada. Solo misericordia.

Pilato continuó.

—¿No sabes que tengo poder para liberarte? —La voz le tembló más de lo que hubiera deseado—. Y poder para crucificarte si así lo decido.

Fue entonces cuando Jesús habló.

Su voz era débil, pero cada palabra parecía pesar más que el mármol del pretorio.

—No tendrías poder sobre mí… si no te hubiera sido dado desde arriba.

Pilato parpadeó, desconcertado.

Jesús continuó:

—Por eso quien me ha entregado a tus manos tiene un pecado mayor.

El prefecto sintió cómo un estremecimiento le recorría la espalda. Aquella frase no era una amenaza ni una acusación. Parecía una revelación.

Pilato respiró hondo, apartando la vista unos segundos para recomponerse.

—No… No entiendo tus palabras —confesó casi en un susurro.

Jesús bajó ligeramente la cabeza, agotado, mientras la sangre seguía deslizándose por su frente desde las espinas de su corona.

El prefecto respiró hondo.

Pilato sabía que aquel instante sería decisivo.

O recuperaba el control o la ciudad ardería.

Tenía que ser prudente.

Pensar en su presente.

Afianzar su futuro.

«Que vuelen altos los dados», pensó.

Respiró.

Miró a su alrededor.

Sucumbió.

—Muy bien —concedió Pilato—. Preparad a Bar Abban. Y llevad a este hombre al exterior. Que el pueblo vea lo que habéis hecho con él.

Cornelio sintió que algo dentro de él se desgarraba. No podía soportar la idea de que María ignorase el estado en que se encontraba su hijo. Sabía que, si alguien merecía estar cerca de él en aquel momento, era ella. Sin pedir permiso ni esperar la reacción de nadie, salió del pretorio casi corriendo.

Longinos intentó conservar la dignidad del reo tratando de arrebatarle el manto con delicadeza.

—¡Alto! —gritó Pilato—. Déjalo así.

—Pero, prefecto…, ¿así tal cual?, ¿con el manto y la corona?

Pilato lo fulminó con la mirada.

—Así tal cual —respondió.

Para Pilato aquello no era un gesto de humillación, sino un recordatorio vivo de la brutalidad que él mismo había querido evitar.

Quizá el manto y la corona provocarían misericordia en el pueblo, evitando la libertad de Bar Abban y salvando la vida de aquel extraño hombre.

Jesús de Nazaret fue conducido hacia el umbral donde, en unos instantes, sería mostrado ante la multitud.

Y mientras el Sanedrín se retiraba satisfecho, Pilato sintió una punzada incómoda en el pecho: la intuición de que acababa de abrir una puerta que ya no podría cerrar.

Cornelio alcanzó la plaza del pretorio y se situó a uno de los lados de

la escalinata. Debía encontrar a María antes de que la multitud se agolpara, antes de que el espectáculo cruel comenzara.

Porque, aunque no podía cambiar el destino del Nazareno, al menos podía asegurarse de que su madre no llegara demasiado tarde para sostenerlo con la única fuerza que aún podía acompañarlo.

El amor.

32

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La plaza del pretorio hervía como un caldero rebosante de voces, empujones y odio.

El sol de la mañana caía implacable sobre las cabezas, reflejándose en los cascos romanos y en los filos de las lanzas que mantenían a cierta distancia a la muchedumbre. El aire era espeso, no solo por el calor y el polvo que levantaban los pasos apresurados, sino por la tensión que se respiraba como una niebla densa e invisible.

Juan marcaba el camino como podía, abriéndose paso con los brazos extendidos, protegiendo a las dos mujeres que lo seguían: María de Magdala, con el rostro cubierto por un velo empapado en lágrimas, y la madre del maestro, que, sin pestañear, avanzaba con dificultad, apretando los dientes para no gritar. Cada paso era una

lucha contra la multitud que se aglomeraba, contra los codos que la empujaban sin piedad y contra el miedo que le gritaba que no llegaría a tiempo. Su túnica se enganchaba a cada piedra, a cada pie mal colocado, pero ella no se detenía. Sabía que, en algún punto al final de aquel corredor de cuerpos agitados, estaba su hijo. Lo había sentido antes de llegar. Lo presentía. Una vibración en los huesos, en el pecho, en el vientre: un estremecimiento antiguo, como el que sintió la noche en que le dio a luz, cuando el mundo se volvió silencio y solo importaba él. Pero en aquel momento, sin embargo, el silencio era imposible. Solo había estruendo. Un gentío inflamado, vociferando nombres, insultos y exigiendo sangre. Y, en medio de todo aquello, ella arrastraba su cuerpo cansado, obligando a sus piernas a avanzar para poder verlo.

Para estar cerca.

Para no dejarlo solo cuando más la necesitaba.

Cornelio vigilaba desde un extremo de la escalinata del pretorio, erguido, con el *gladius* en la mano y el ceño fruncido. Aquello no iba a ser un juicio justo, ni siquiera un castigo público: era una cacería. Su mirada buscaba algo más que control. Los buscaba a ellos. Había visto a María entre el gentío. Reconocía en ella esa mezcla de ternura y autoridad que le era tan familiar desde que Jesús le habló por primera vez. Apretó los labios y descendió un par de peldaños, rompiendo la formación. Un tribuno le observó con recelo, pero no dijo nada. Sabía que Cornelio tenía licencia para actuar. Era uno de los que había presenciado cosas que otros preferían ignorar.

Con una mezcla de firmeza y discreción, Cornelio se abrió paso entre los curiosos, apartando a empujones suaves pero irrevocables a quienes bloqueaban el avance de las mujeres. Cuando llegó junto

a ellas, bajó la mirada hacia María y, sin decir palabra, asintió. No había palabras para lo que estaba ocurriendo. No era momento de justificaciones ni de promesas. Solo acción. Con un gesto de su *gladius* señaló un estrecho paso entre dos columnas de legionarios. Juan entendió la señal y tomó la mano de María para guiarla por ese resquicio de humanidad entre tanta crueldad. Cornelio los escoltó unos pasos, sin dejar de vigilar a sus propios hombres, sabiendo que cualquier desviación podía ser castigada. Pero él ya había elegido de qué lado estaba, aunque los demás aún no lo supieran del todo. Aquel día, su deber no era con Roma, a pesar de la advertencia de Longinos. Su lealtad se aferraba a la verdad que ardía, silenciosa, en la mirada de una madre que no pedía clemencia, solo cercanía.

Y entonces lo sacaron.

Jesús apareció entre las columnas del pretorio apenas en pie. La luz de la mañana caía implacable sobre su figura herida y, aun así, era como si una sombra más profunda lo envolviera.

Al cruzar el umbral del pretorio, las botas de Longinos resonaron sobre la piedra mientras el silencio de Jesús se imponía a cualquier griterío. Pilato levantó la mirada, y, en aquel cruce de ojos entre el procurador romano y el hombre de Galilea, Longinos supo que aquel indulto no sería como los demás.

Los ojos de Jesús permanecían abiertos. No buscaban clemencia ni acusaban a nadie. Observaban el mundo como si ya no perteneciera a él. Con un brillo de compasión imperturbable, recorrieron el gentío, hasta posarse en su madre. La reconoció al instante, a pesar de la distancia, a pesar de la turba. Y en su mirada no había lamento, solo un profundo amor sin palabras. María sintió que todo el aire del mundo se le escapaba por una sola grieta en el pecho. Aquel no era el rostro de un reo, ni de un rey caído, sino el de un cordero llevado al matadero que se entregaba

voluntariamente. Su hijo seguía allí, con los pies hinchados, las costillas marcadas y la dignidad intacta. Como si, entre los jirones de su carne, aún se adivinara la verdad eterna que él nunca había dejado de proclamar.

Pilato se mantuvo en pie, erguido sobre los peldaños del pretorio, con el rostro tenso como el mármol que rodeaba la explanada. Su mano temblaba ligeramente, oculta en el pliegue de su toga, y sus ojos, cansados de leyes, juicios y equilibrios imposibles, se clavaron en el cuerpo quebrado de Jesús con una mezcla de fastidio, compasión y temor. No era el miedo de un soldado, ni el del político ante un motín; era otro más íntimo y profundo, el miedo de quien sospechaba que estaba siendo arrastrado a una verdad que se negaba a comprender y aceptar. Había interrogado a aquel hombre, había escuchado su silencio y su palabra. No halló delito en él y, sin embargo, lo tenía allí, reducido a carne viva por orden suya, exhibido como escarnio ante una multitud que vociferaba con más odio que razón.

Interrogó a su portero Cartáfilo primero y a Longinos después con la mirada.

Pilato levantó el brazo con desgana, como si ese gesto, tantas veces repetido, ya no le perteneciera. El manto rojo púrpura, la corona cruel…, todo aquello le repugnaba por lo que revelaba del mundo que él mismo ayudaba a sostener. Quiso poner fin a aquella escena grotesca con una sola frase, una sentencia disfrazada de excusa, un susurro convertido en anuncio.

—*Ecce homo* —dijo sin fuerza.

No fue un grito, fue un suspiro expuesto al viento, como si al pronunciarlo buscara desentenderse del juicio final, delegar la

condena en la multitud que ya clamaba sin misericordia.

«He aquí al hombre», dijo, pero en el fondo quería decir: «Este no es mi problema». Sin embargo, en lo más hondo de su ser, Pilato supo que sí lo era. Porque aquel hombre desangrado que no abría la boca, que no suplicaba ni se resistía, era más libre que él y era más rey que Alejandro Magno.

Y aquella revelación lo torturó más que cualquier presión del Sanedrín o del pueblo.

Porque nunca sería libre del todo después de mirar a los ojos de la verdad.

33

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Pilato descendió los últimos peldaños del pretorio con lentitud, a sabiendas de que cada paso lo alejaba más de sí mismo.

Había amanecido con la esperanza de una solución sencilla: interrogar al galileo, no hallar culpa y devolverlo al pueblo con una advertencia. Pero el día, como tantos otros en Judea, se había torcido como una rama seca bajo el peso de demasiadas manos.

La muchedumbre se agolpaba en la explanada, jadeante, expectante y sucia de polvo. Entre los rostros encendidos por el sol y por la cólera, Pilato distinguía a hombres del templo, fariseos de gesto torcido y saduceos envueltos en sus mantos como serpientes listas para morder. Y, entre ellos, agitadores, empujando las emociones del pueblo como un viento oscuro.

Habían preparado bien el terreno.

No querían justicia, querían sangre.

Pilato se detuvo frente a la multitud. Dos figuras fueron conducidas a su lado. Una, Jesús de Nazaret, cubierto de golpes, coronado de espinas y con el rostro deformado pero la mirada intacta, más viva que nunca.

La otra, Bar Abban, un hombre de rostro endurecido por la vida y la violencia, con los ojos oscuros y pequeños, como carbones encendidos por el odio y el resentimiento. Su cuerpo, fornido y marcado por cicatrices, hablaba de luchas callejeras, de motines y noches en prisión. El cabello largo y enmarañado caía sobre una frente arrugada y su barba tupida ocultaba una mandíbula siempre tensa. Olía a sangre seca y a sudor, a calle y a hierro. Caminaba como un animal enjaulado que había probado el sabor de la libertad y la venganza. No había remordimiento en él, solo una voluntad feroz por sobrevivir y destruir. Para muchos era un símbolo de rebeldía contra Roma; para otros, un asesino sin redención. Pero allí, ante el pueblo, Bar Abban no era más que un contraste salvaje frente al rostro desfigurado pero sereno del Nazareno.

El gobernador alzó la voz, buscando apelar a la razón de las masas o, al menos, a su miedo. Poco a poco, el tumulto se fue calmando y prestó atención.

—Tenéis la costumbre de que os suelte a uno por la Pascua. ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Jesús, llamado el Mesías…, o a Barrabás?

Bar Abban lo miró con desprecio.

—¡Es Bar Abban! —le gritó sin escrúpulos al pretor.

Estefatón, el legionario que montaba guardia junto a él, le dio un golpe seco en la espalda. Un murmullo recorrió la plaza como una corriente subterránea, al principio tímido, luego violento. Los ojos de Pilato recorrieron los rostros. Algunos apartaban la vista. Otros

esperaban la consigna. Y entonces, como una ola cuidadosamente alimentada por quienes más temía, llegó el grito.

—¡A Bar Abban! ¡Suelta a Bar Abban! —incitó Caifás en aquel patio.

—¡Bar Abban! —gritaron casi todos los allí presentes.

María sintió cómo el clamor del pueblo, ese grito desgarrador de «¡Bar Abban!», le partía el alma en fragmentos diminutos. Se tambaleó por un instante. Juan la sostuvo con firmeza mientras apretaba los dientes, tratando de contener la rabia que le ardía en el pecho. A su lado, María de Magdala miraba a la multitud con incredulidad, sin comprender cómo podían elegir la oscuridad sobre la luz y la violencia sobre la compasión. El griterío era ensordecedor, brutal y, sin embargo, a María le pareció oír claramente cómo el corazón del mundo se rompía en dos. Allí estaban todos, ciegos, pidiendo la libertad del asesino y la muerte del inocente. Nadie, salvo ellos, parecía recordar los milagros, las palabras de vida ni los rostros sanados por una sola caricia. Nadie parecía querer recordar el amor.

Pilato se giró hacia Jesús. ¿Cómo podía aquel hombre, con la espalda desgarrada y la frente ensangrentada, resultar más temible que un asesino?

Se dirigió de nuevo hacia la multitud:

—¿Y qué queréis que haga con Jesús, el llamado Cristo?

—¡Crucifícalo! —Nadab no se pudo aguantar.

—¡Crucifícalo! —tronó la plaza.

La palabra se clavó en su pecho.

Crucifícalo.

Nada de azotes.

Ninguna prisión.

Crucifixión.

El castigo reservado para los esclavos y los enemigos de Roma.

El más infame, el más prolongado.

Aún creyendo que podía torcer el rumbo, aún confiando en una brizna de humanidad, preguntó por tercera vez al gentío:

—Pero ¿qué mal ha hecho?

El volumen de los gritos aumentó. Ya no era un juicio, era un linchamiento con legalidad fingida.

Cuando el bullicio del pueblo parecía ensordecer incluso los pensamientos, Longinos y Cornelio intercambiaron una mirada intencionada, breve pero cargada de complicidad. Ambos habían servido al imperio con disciplina férrea, pero allí, ante aquel hombre cubierto de sangre que no suplicaba ni se defendía, algo les arañaba por dentro. Cornelio, acostumbrado a discernir entre culpables y justos con frialdad militar, musitó apenas un susurro: «In dubio pro reo». Longinos asintió, con la mandíbula apretada, sus palabras idénticas en el silencio: «Cuando hay duda, se favorece al acusado». Pero sabían que el pretor no actuaría desde la duda, sino desde la presión. Aquella frase sagrada del derecho romano se desvanecía entre los gritos del Sanedrín y el clamor de una multitud sedienta de castigo. Allí, en el patio del juicio, la justicia temblaba y estaba a punto de ser crucificada.

Entonces llegó el mensajero. Era uno de los hombres de Pilato, de rostro pálido y voz entrecortada. Le entregó un mensaje de su esposa, Claudia Prócula.

«No tengas nada que ver con ese justo», leyó en el trozo de pergamino, escrito con prisa.

Prócula, al otro lado del patio, se mantenía tras los velos de una

galería elevada, invisible a la muchedumbre pero testigo de todo. Sus manos, habitualmente firmes, temblaban al aferrarse al pilar. Había visto sanar a aquel hombre. Había comprobado cómo su hermana Livia era una mujer distinta, llena de vida. Había soñado con ese hombre. No como un espectro, sino como una llama, como una advertencia viva. Desde el primer instante en que lo vio caminar hacia su esposo, cubierto de espinas y de heridas, comprendió que su pesadilla no había sido un delirio, sino una profecía. Su alma se dividía entre el deber de una esposa romana: callar, obedecer, resignarse, y el clamor profundo de su fe, tan alejada de la de su marido.

Pilato estaba vacilando y ella lo sabía.

Pero en aquella vacilación no había justicia. Solo miedo. Y eso la desangraba por dentro más que cualquier derrota. Pilato sintió cómo una gota de sudor le resbalaba por la sien. Todo había ido demasiado lejos. Miró al galileo, que lo observaba con una mezcla de ternura y compasión que no soportaba. Aquel hombre no se defendía. No acusaba. No suplicaba. Y eso lo convertía en una amenaza aún mayor. Parecía que le estaba dando permiso.

Pilato pidió agua. No para saciar su sed, sino para calmar su conciencia. Un criado le trajo un recipiente de bronce bruñido y una jarra que tintineaba como si presintiera el gesto inútil que estaba por venir. El gobernador la tomó con dedos entumecidos por la tensión y el miedo. Caminó hacia el borde del estrado y, en silencio, comenzó a verter el agua sobre sus manos. La multitud calló un instante, como si aquel gesto pudiera revertir la decisión que acababan de forzar.

«Pro bono pacis», pensó Pilato.

Por el bien de la paz.

El pretor alzó la vista hacia ellos, empapando sus palmas sin

mirar la palangana, como si de algún modo esperara que el agua lavara más que polvo.

—Soy inocente de la sangre de este justo. Allá vosotros.

El agua golpeó la palangana con un sonido hueco, sin redención. Después, el líquido resbaló por sus muñecas, mojando el manto púrpura que lucía con orgullo solo horas antes. Aquel acto teatral, desesperado e inútil, no cambió nada. Solo añadió un nuevo símbolo al juicio: un lavatorio que no purificaría jamás. Y en lo alto, desde la sombra de la fortaleza, Prócula lo observaba con decepción. Pensó de nuevo en Livia y se puso a llorar al terminar de comprender, con el alma desgarrada, que su esposo acababa de condenar al único inocente del mundo.

Pilato se retiró sin mirar atrás.

Bar Abban, aún con las muñecas marcadas por las sogas y la mirada enrojecida por la incredulidad, descendió a trompicones los peldaños del pretorio. El clamor del pueblo que coreaba su nombre aún retumbaba en sus oídos como un eco irreal, como si de una burla del destino se tratara. No comprendía del todo por qué lo habían escogido a él, pero no iba a cuestionarlo. Con la respiración entrecortada, cruzó el umbral del atrio y se internó en las sombras donde lo esperaban los suyos: un pequeño grupo de zelotes agazapados entre columnas y muros, armados con miradas encendidas y puñales ocultos bajo las túnicas. Bar Abban no dijo palabra, pero uno de ellos le rodeó los hombros con firmeza. Había vuelto. Liberado por el pueblo, alimentado ahora por una rabia más honda, se fundía con los suyos en el patio como un hijo pródigo de la revuelta.

Los legionarios se acercaron a Jesús como si fueran a retirar algo que estorbaba. Estefatón, el más joven, no se atrevía a levantar la vista. Cartáfilo, el portero de Pilato, lo empujó con prisa y desprecio.

Jesús se tambaleó, pero no cayó. Longinos exigió al contubernio y al portero del pretor un poco de respeto. Alzaron a Jesús de los brazos, con manos aún manchadas de sangre ajena, y comenzaron a arrastrarlo fuera del patio. Su cuerpo se movía con dificultad, pues cada paso abría aún más sus heridas. Había perdido tanta sangre que los pies apenas respondían. Las espinas aún ceñían su frente, ya seca de sudor, empapada de llagas.

A pesar de todo, Jesús no se resistía. No miraba ni al suelo ni al cielo. Solo caminaba, como si ya hubiera traspasado la frontera de todo dolor humano.

Desde el tumulto, María intentaba abrirse paso, con su corazón golpeando las costillas. Juan trataba de sostenerla por un brazo, Magdalena por el otro, pero ella caminaba como si no los sintiera, como si toda la tierra se hubiera reducido a la figura de su hijo ensangrentado, empujado por aquellos romanos hacia la muerte. Lo vio pasar ante ella, cubierto de heridas, con la carne desgarrada por los azotes y su mirada ausente. Quiso gritar su nombre, pero los labios no le respondieron. Quiso lanzarse a sus pies, pero el cuerpo no obedeció. Solo su alma se adelantó, corriendo al encuentro del hijo que había acunado, alimentado, abrazado…, y que en aquel momento iba camino de ser crucificado como un criminal. Supo, en aquel mismo instante, que el amor también podía doler hasta hacer sangrar.

Y entendió que nadie, ni siquiera Dios, podía pedirle más.

34

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El sol, ya en su cenit, derramaba su luz implacable sobre las piedras ardientes de Jerusalén.

El murmullo de la multitud era un oleaje de voces ásperas y expectantes, mezcladas con llantos contenidos y gritos de fanatismo. En el centro de aquella tormenta humana, Jesús emergió desde el interior del pretorio, custodiado por legionarios romanos.

Dos de los soldados tomaron los extremos del *patibulum*, la viga horizontal de la cruz, y con brusquedad se la colocaron sobre los hombros de Jesús. El madero era rudo, lleno de astillas que se clavaban como puñales en su espalda lacerada. Su peso era insoportable. No solo por su cuerpo exhausto, sino porque sobre aquel madero parecía concentrarse la carga invisible del pecado, del miedo y del abandono de la humanidad.

Jesús apretó los dientes para contener un grito.

No quería consuelo.

Quería llegar.

Quería cumplir.

Dio el primer paso y el mundo pareció inclinarse con él. El peso del madero lo arrastraba hacia la tierra, pero su voluntad lo mantenía erguido. La gente se apartaba a su paso. Algunos escupían, otros lloraban. Un niño miraba con los ojos muy abiertos, sin entender por qué aquel hombre tan bueno llevaba sobre él tanto dolor. Jesús no miraba a nadie, pero los sentía a todos. Sabía quién estaba allí por amor y quién por odio. Sabía quién dudaba, quién lo olvidaría y quién lo recordaría por siempre.

Longinos escudriñó todo a su alrededor.

Se imaginó a Cornelio, oculto entre la multitud que bordeaba las callejuelas empedradas de Jerusalén, a punto de seguir la procesión en silencio, con el corazón desgarrado y la mandíbula tensa. Lucius Cassius Longinus le había advertido: «Necesito que no te condenen por traición al imperio. Si vas a seguir al Nazareno, hazlo desde la distancia. Pero ahora sirve a Roma, después haz lo que te venga en gana». Y Cornelio, que durante el juicio había alzado la voz en favor del Nazareno y había sentido cómo su lealtad al imperio se quebraba bajo el peso de la verdad, obedeció. Desde las sombras, miraría a Jesús arrastrar aquel madero entre insultos y látigos.

Situado al frente de la escolta, Longinos dirigió su atención a Jesús, para observar en silencio cómo aquel hombre, destrozado por los látigos y la humillación, se incorporaba con el peso del *patibulum* sobre sus hombros. El centurión había visto a muchos caer, a otros suplicar clemencia o maldecir al cielo…, pero nunca había presenciado una entereza tan silenciosa, tan feroz y serena a la vez. En cada paso tambaleante de Jesús, Longinos era testigo de algo

más que resistencia física: era una voluntad inexplicable que rozaba lo divino. No era orgullo ni desafío. Era algo más profundo…, algo que Longinos no se atrevía a nombrar. En su interior, una certeza incómoda comenzaba a asentar sus cimientos: aquel hombre no era un reo cualquiera.

Jesús avanzó tambaleante, mientras el madero oscilaba sobre sus hombros, desequilibrándole. Cada paso era un milagro. Las piernas, aún firmes, parecían obedecer más al alma que a los músculos. La corona de espinas, hundida en su cabeza, le empañaba la visión con gotas de sangre que descendían como lágrimas ajenas por su rostro.

Apretó los labios de nuevo.

No lloraría.

Entonces, tras una esquina de piedra blanca, mientras el polvo del camino se mezclaba con el olor a hierro y carne, su cuerpo cedió. Las piernas se doblaron. El *patibulum* se deslizó pesadamente por su espalda y golpeó el suelo con un estruendo sordo. Jesús cayó de bruces, golpeando la cara contra el suelo y raspándose la mejilla por la grava. Un gemido recorrió a algunos de los presentes, pero nadie se acercó. Los soldados bufaron, impacientes, como si el dolor humano les resultara una molestia más que un drama.

Uno de ellos levantó el látigo.

Otro murmuró algo en latín.

Longinos agarró el látigo con violencia y silenció al quejumbroso.

Jesús de Nazaret había sucumbido bajo la carga del pesado travesaño de madera. Aquel hombre, tan lleno de luz días atrás, se presentaba ante el pueblo humillado, magullado y salpicado por su propia sangre. La maloliente túnica rojo púrpura del manto de los legionarios romanos y la humillante corona de espinas no hacían sino acrecentar la mofa sobre su figura.

De repente, una mujer apareció entre la multitud con lágrimas en los ojos.

Era ella.

La madre de Jesús, con el dolor grabado profundamente en su rostro mientras se arrodillaba junto a él.

María, que había seguido a su hijo desde el principio de su ministerio sosteniendo con fe inquebrantable las profecías que anunciaban su destino, sentía en aquel momento cómo el corazón se le fracturaba con cada gota de sangre que ensuciaba el rostro de Jesús. Su hijo, el niño que había amamantado, cuidado y visto crecer, cargaba con el peso del mundo sobre sus hombros, y ella no podía hacer más que observar, orar y no dejar de amarlo.

María caminaba entre el horror y la impotencia, con los pies descalzos y el alma en carne viva. Cada paso que daba detrás de Jesús era una puñalada que no sangraba por fuera, pero que la dejaba vacía por dentro. Lo vio caer por primera vez, como un árbol viejo vencido por la tormenta, con el madero aplastándole los hombros destrozados, y sintió que se le descolgaba el alma. Apretó las manos contra el pecho, como si pudiera evitar que el corazón se le rompiera del todo. Su hijo, su niño, tenía la piel desgarrada en jirones por los latigazos y los huesos marcaban su espalda con una crudeza que ningún hijo debería mostrarle jamás a su madre. El rostro, apenas reconocible, estaba cubierto de sangre seca y polvo; un ojo cerrado por los golpes, el otro, aún abierto, buscaba consuelo sin pedirlo. La corona de espinas se le había hundido en la carne como si el mundo quisiera borrar con dolor la belleza de su frente. A cada paso, cada tropiezo, cada caída, su cuerpo crujía de dolor bajo el madero, y ella lo sentía en su vientre, como cuando lo llevó

dentro.

Las rodillas de Jesús estaban en carne viva, la boca hinchada y los labios abiertos por dentro. Cuando intentaba levantarse, resollando, escupía sangre, y María pensaba en su primer llanto, en su primera palabra, en aquel día en que lo vio dar sus primeros pasos en Egipto, durante su exilio. Ahora lo veía arrastrarse hacia la muerte, como si el mundo entero hubiera olvidado quién era. Su alma gritaba en silencio, su fe luchaba con la carne que deseaba abrazarlo, detener el tiempo, ofrecerse en su lugar.

Pero no podía.

Solo le quedaba mirar y morir un poco con cada paso suyo. Y, aun así, no lloraba como los demás. Porque lo había aceptado. Pero aceptar no era lo mismo que soportar. A cada herida nueva, a cada salivazo, a cada insulto escupido por las bocas de los hombres, sentía que Dios la traspasaba con una espada que era real, honda, implacable. Ella, la madre, miraba a su hijo sufrir por todos… y solo podía amarlo.

Cuando las fuerzas parecían abandonar el cuerpo de su hijo, sus ojos se encontraron con los suyos. En aquella mirada densa de amor y dolor se transmitió una comunicación que rebasaba las palabras. En las pupilas de su hijo se reflejaba no solo el sufrimiento físico, sino también la inmensa carga espiritual que llevaba. Jesús, por su parte, encontró en la mirada de su madre el inmenso dolor de una madre por su hijo y la profunda comprensión y aceptación de su misión.

—*Imma…*

Cuando Jesús pronunció aquella palabra, «mamá», María rompió a llorar. Aquel encuentro, en medio del caos y la desesperación del camino al Calvario, fue un breve oasis de consuelo. La Señora, firme en su fe pero con el corazón desgarrado, ofreció a Jesús una caricia

a modo de bálsamo, un recuerdo del amor puro e inquebrantable que siempre lo había acompañado, desde el pesebre hasta la cruz.

Jesús, reconociendo también el sacrificio que significaba aquel momento para su madre, le regaló un leve gesto, una sonrisa efímera a modo de promesa silenciosa de que aquel sufrimiento tenía un propósito más grande, que el amor emergería victorioso incluso en la más profunda oscuridad y frente al destino más cruel.

Con manos temblorosas pero decididas, María se acercó al rostro de su hijo, allí donde el dolor se había aposentado con brutalidad. Sacó con delicadeza el pañuelo de lino que Claudia Prócula le había entregado en secreto. No era grande, pero sí blanco, limpio, y en aquel instante parecía sagrado. Lo apoyó suavemente sobre la mejilla lacerada de Jesús, limpiando con ternura la sangre seca que se aferraba a su piel como si no quisiera irse. Aunque el paño se tiñó de rojo al instante, María no apartó la mirada. Trató de contener el llanto. Respiró hondo, intentando sostener con aquel gesto de madre todo el amor que aún podía ofrecerle. Mientras le limpiaba los labios partidos, la frente herida, el mentón tembloroso, le susurró sin palabras cuánto lo amaba, cuánto lo había amado desde antes de tenerlo en brazos. Y, aunque sus dedos recogían el rastro del sufrimiento, su alma tenía la certeza de que, aun en medio del horror, aquel rostro seguía siendo el rostro del Hijo de Dios.

María terminó inclinándose para besar su frente, un acto de bondad entre tanta humillación a su alrededor.

Jesús, frente a su madre, intentó levantarse, pero sus extremidades totalmente laceradas fallaron por completo.

Colapsó y se golpeó de nuevo contra la calzada.

María gritó.

En medio de aquella conmovedora escena, un joven e inflexible legionario romano, con un reconocible traumatismo nasal que lo

diferenciaba del resto, empujó a María a un lado con brusquedad, y su exceso de autoridad sorprendió a quienes lo rodeaban. Juan, el más joven de los discípulos del Nazareno, dio un paso adelante para encarar al romano exigiendo algo de respeto por la madre del condenado. Con la mirada, el carpintero de Galilea dio profundamente las gracias por el gesto de su amado Juan.

Tras el agradecimiento, cerró los ojos y tomó un respiro.

Mientras un par de legionarios intentaban amedrentar al joven apóstol, María observó cómo un chiquillo, sacudido por la premura y la devoción, se abalanzó sobre Jesús. Arrodillado en el suelo, con las palmas de las manos apoyadas en la piedra, no pudo contener las lágrimas al ver la sangre en el pavimento. Miró fijamente a aquel hombre que tanto amaba. María lo reconoció. Era Jacob, el sobrino del apóstol Simón, tan fiel a su amigo Jesús. Intentaba articular palabra, pero no tenía fuerzas para pronunciar voz alguna. A tan solo un paso de distancia, su hijo Jesús abrió lentamente sus ojos de color miel y reconoció su cara.

María escuchó cómo su hijo lo llamaba por su nombre.

—Oh, Jacob, no llores —dijo con compasión a pesar de su propio dolor—, pues en verdad te digo que llegará el día en el que tú salvarás la Palabra de mi Padre.

Jesús intentó mostrarle la más cálida de sus sonrisas, aquel tierno gesto de complicidad que tantas veces habían compartido con el chiquillo, pero no pudo debido al dolor que le provocaban los hematomas de su rostro. El chico se quedó paralizado por la sangre en la santa faz de su amigo, la crudeza del momento y el peso de aquellas palabras.

María gritó de nuevo al ver a los legionarios tirar de Jesús hacia atrás con violencia, mientras uno de los romanos se dirigía al pequeño.

Pero ella solo tenía ojos para Jesús de Nazaret.
El Hijo de Dios.
El hijo de José.
Su hijo.

35

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

En medio del arduo viaje de Jesús de Nazaret por las estrechas calles de Jerusalén, surgió una marcada división dentro del bullicioso mar de espectadores. La multitud era una amalgama de almas dispares, cada una de las cuales daba testimonio del desgarrador espectáculo a través del filtro de sus propios corazones.

Entre la agitada marabunta estaban intercalados aquellos que se deleitaban con el espectáculo, como algunos miembros del Sanedrín, cuyas risas insensibles y mofas burlonas servían como un contrapunto a los gemidos de dolor que dominaban el ambiente. Aquellos individuos, con evidente desapego antipático, encontraban diversión y desprecio en la desolación y el sufrimiento que se desplegaban ante ellos.

Algunos judíos, envueltos en un aura de empatía y compasión,

lloraron y se lamentaron junto al malogrado salvador, con el corazón encogido por la angustiosa carga compartida.

María avanzaba entre la multitud con el alma desgarrada, empujando con suavidad, casi con súplica, a los que se agolpaban a los lados del camino polvoriento. Sus manos temblaban al apartar túnicas y codos, su velo húmedo por las lágrimas apenas ocultaba la desesperación en su rostro. Sabía que cada paso que daba podía ser el último que la acercara a su hijo. La muchedumbre gritaba, lloraba, algunos insultaban, otros rezaban, pero ella no oía más que el latido ensordecedor de su propio corazón. A lo lejos, entre el polvo y la sangre, creyó ver de nuevo la silueta encorvada de Jesús bajo el madero. Y, en aquel instante, todos los cuerpos dejaron de importar, todos los empujones se volvieron aire, porque solo ansiaba una cosa: que su mirada encontrara la suya una vez más, aunque fuera por un segundo.

Aunque fuera por última vez.

A escasos pasos de ella, sin pausa ni vacilación, un hombre fornido apareció entre el gentío, con el fin de aliviar la carga del Nazareno. Impulsado por un apremio espontáneo, se abrió camino no solo entre la multitud, sino también a través de los legionarios que custodiaban la procesión. Sus pasos decisivos lo llevaron hasta el Nazareno que luchaba bajo el peso de la madera, inexorablemente destinada a formar parte de su cruz.

Pero, por más decididos que fueran sus pasos, los romanos eran más enérgicos. Un centurión se acercó inflexible al hombre con la mano levantada. Jacob no perdió detalle.

—¡Alto! ¡Apártate! —La voz del centurión sonó tan fría como autoritaria.

El individuo se detuvo y miró fijamente al legionario.

—Quiero ayudarlo —dijo estremecido con cierto acento

extranjero señalando al condenado—, ¿no ves que él no puede portarlo solo más lejos?

La mirada del romano no vaciló, en sus ojos no había piedad. El legionario, con el rostro desfigurado por su abrupta desviación del tabique nasal, parecía querer esconder su deformidad a través de una exagerada violencia. Se acercó, con la mano apoyada en la empuñadura de su *gladius* como amenaza silenciosa.

—Este no es tu lugar, extranjero. ¡Fuera!

Jacob estaba boquiabierto. Mientras Jesús trataba de levantar la enorme carga sobre sus hombros maltrechos por enésima vez, aquellos legionarios, atrincherados en su deber de hacer cumplir el decreto condenatorio, se resistían a la benevolencia de aquel hombre de Cirene. Pero Longinos, a pesar de su rostro severo, mostró un destello de ambigüedad y se dejó embaucar por la compasión de aquel hombre hacia el reo. Con un gesto a sus compañeros, dejó hacer.

—Sea —pronunció Longinos—. Al fin y al cabo, el Gólgota no está demasiado lejos.

El extranjero, agradecido, hizo suyo el peso del madero y cargó con la ardua tarea que él mismo se había impuesto: el mayor acto de compasión que podía hacer por aquel hombre. Jesús lo miró con eterna gratitud, y Simón de Cirene entendió por fin las palabras del galileo cuando se conocieron. En aquel entonces, sus hijos se abalanzaron contra el Nazareno, que perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la arena. Los apóstoles se sobresaltaron y corrieron para socorrerlo, pero encontraron al maestro envuelto en una carcajada, tratando de zafarse pícaramente de los niños. Les hizo cosquillas y algunos se rindieron ante el Nazareno, pero al final le fallaron las fuerzas y cayó rendido de cansancio y de alegría. Se le veía feliz y los discípulos le dejaron hacer. El de Cirene, avergonzado

por la responsabilidad de sus hijos en la caída del Nazareno, se acercó, y los chavales se echaron a un lado. Agarró fuertemente la mano del Hijo del Hombre y lo levantó. Jesús se sacudió las ropas de polvo aún con la sonrisa en la cara y miró a aquel hombre con compasión para dedicarle una sincera mirada de gratitud.

—Gracias por tu ayuda, Simón Cireneo, por esta y por las veces que están por venir.

Aquel extranjero no entendió las palabras de Jesús, pero no hizo falta. No en aquel primer momento. No hacía tanto tiempo de aquellos instantes de felicidad.

Mientras ofrecía un respiro al Nazareno, en medio del mar de espectadores aprensivos, los rostros angustiados de dos jóvenes emergieron. Eran Rufo y Alejandro, los hijos de Simón, el de Cirene.

Aquellos niños también estaban atrapados dentro del torrente de aflicción mientras eran testigos de cómo el peso del madero, aun con la ayuda de su padre, presionaba aquel cuerpo cansado debido a la tan evidente y despiadada flagelación. Con cada paso vacilante por los adoquines, aquel lastre caía sobre sus hombros manchados de sangre, que ardían de tormento. Gritos agonizantes de angustia escaparon de sus labios resecos, como si se tratara de una melodía de sufrimiento que no dejaba de resonar en los oídos de los allí presentes. Aquella despiadada corona de espinas continuaba grabando líneas de aflicción en su gentil semblante, ensuciando de sangre una y otra vez su afable rostro, mientras que el ritmo implacable de los legionarios romanos era un contrapunto disonante a los gritos de sufrimiento que emanaban del condenado.

A medida que avanzaba en su trayecto, medio colgado de su acompañante de Cirene, su forma demacrada se iba convirtiendo poco a poco en un símbolo de fortaleza inquebrantable frente al sufrimiento de su madre. Los ojos del Nazareno, aunque nublados

por el tormento, mostraban un destello de profunda empatía y compasión que trascendían su propio quebranto.

Desde un rincón del tumulto, María contemplaba con el alma en vilo cada paso de su hijo. Jesús avanzaba con el cuerpo quebrado, el rostro desfigurado por los golpes, la sangre y el polvo, y, aun así, sus pies seguían adelante, como si la tierra lo reconociera y se abriera bajo él para sostener su carga. A cada caída, María contenía el grito y, a cada intento de ponerse en pie, sentía una oleada de orgullo y dolor que le cruzaba el pecho como un rayo. No había rastro de odio en su mirada, solo una serenidad insondable, que convertía su sufrimiento en una llama viva. María, rota por dentro, supo en lo más hondo que no era solo su hijo quien cargaba aquella madera: era el Cordero, el Mesías, el Salvador. Y en su carne lacerada, en su aliento entrecortado, en su andar titubeante pero firme, admiró el esfuerzo supremo del amor que no pensaba detenerse ante el abismo.

Tan pronto como se acercaron a una estrecha curva, aquella donde las paredes parecían inclinarse para presionar a los cielos en busca de alivio, los lamentos de las mujeres se hicieron fervientes y llenaron el aire con pena: madres e hijas, viudas y esposas. Las lágrimas cortaron el polvo de sus mejillas mientras sus corazones sangraban con misericordia.

—Bendito sea el que viene en el nombre del Señor —lloraban todas ellas.

Al escuchar la seriedad de su dolor, Jesús se detuvo y Simón junto a él. Y, a pesar de ser conocedor de que cada momento de descanso con el madero significaba un viaje más largo hasta la cantera con forma de calavera, la colina de la ejecución, no dudó el volver la cabeza y dirigir su mirada hacia las mujeres que le lloraban.

—Hijas de Jerusalén —habló casi susurrando—, no lloréis por mí,

llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.

Las palabras, suaves pero trascendentes, calmaron y apagaron los gritos de lamento mientras las mujeres intentaban comprender la profundidad de su mensaje. Jesús siguió hablando a las judías, pero desde la distancia, y, en mitad del alboroto, su madre no alcanzó a escuchar el mensaje completo del maestro. Sí observó cómo algunas de las mujeres extendieron la mano, anhelando tocar el borde de la túnica rojo púrpura de su hijo, aunque los guardias romanos se adelantaron e hicieron señas para que la procesión continuara su rumbo. Empujaron bruscamente al de Cirene, que perdió momentáneamente el equilibrio con el madero.

Entonces Jesús tropezó.

Y un grito colectivo surgió de la multitud cuando sus rodillas tocaron el suelo con un golpe seco y resonante.

María sintió que el mundo se quebraba cuando vio a Jesús caer de bruces contra las piedras del camino. El madero le aplastó la espalda y su rostro, ya ennegrecido por la sangre y el polvo, chocó contra el suelo con un golpe seco que hizo temblar su alma. Un alarido ahogado se le quedó atrapado en la garganta mientras su corazón parecía detenerse. Por un instante, el tiempo se congeló: no hubo voces, ni pasos, ni gritos, solo el cuerpo de su hijo inmóvil, vencido por el peso del madero y del destino. María extendió las manos, como si el simple gesto pudiera acortar la distancia que los separaba, como si pudiera recogerlo, sostenerlo, protegerlo. Pero no pudo. Solo pudo mirar y, en aquel silencio desgarrador, se quebró también su carne.

Entre la multitud hostil y el estrépito de los soldados, María divisó una figura femenina que se abría paso hacia ellos con determinación entre las lanzas y los gritos. La reconoció al instante. Era Verónica, una de las muchas mujeres que escuchaban a Jesús

con el corazón despierto. María la había visto en más de una ocasión en la multitud, callada, atenta, entregada. Llevaba entre las manos un paño blanco, tembloroso, como un acto de valentía envuelto en tela.

María contuvo el aliento.

Observó cómo aquella mujer, sin temor, se acercaba a Jesús y le enjuagaba el rostro con dulzura, como si el mundo pudiera detenerse un momento para ofrecer consuelo. El corazón de María se estremeció al ver ese gesto de ternura pura entre tanta violencia. Y, aunque la sangre y el sudor mancharon el lienzo, María supo, en lo más profundo de su ser, que aquel paño conservaría para siempre la verdad del rostro de su hijo.

Los romanos vacilaron ante su llegada, pero estaban concentrados en disuadir de una vez por todas a Simón el Cireneo y disolver el grupo de mujeres que seguían sollozando.

Arrodillada junto a Jesús, Verónica extendió sus manos con delicadeza. Acercó el paño a su rostro y, como hiciera su madre momentos atrás, limpió la sangre y el sudor que embadurnaban su santa faz.

María sintió que el mundo entero se detenía y que, durante aquella pausa, el abismo entre el cielo y la tierra parecía estrecharse.

Por un momento, mientras la tela absorbía la angustia del rostro del Salvador, Verónica miró a los ojos de Jesús. En ellos no se reflejaba ninguna condena para la humanidad que lo había puesto en ese camino; tan solo un amor infinito que hablaba de sacrificio y redención. Sus propios ojos se llenaron de lágrimas, porque aquella mujer se encontró contemplando el reflejo mismo de la misericordia divina.

Los legionarios, ya reorganizados, expulsaron a Verónica fuera

de la vía y levantaron a Jesús una vez más.

El paño de Verónica desapareció entre la multitud como un suspiro. María no necesitó tocarlo para saber que en él había quedado grabado más que un rostro: la verdad del sufrimiento de su hijo, la belleza incorruptible de su entrega.

Jesús volvió a caminar. Las sandalias rotas no le protegían ya los pies ensangrentados. La madera se le hundía en la espalda como si quisiera fundirse con su carne. Cada paso era una victoria contra el tiempo y el dolor, y ella, su madre, avanzaba tras él, rodeada de gritos, látigos y piedras, con las lágrimas secas y el alma en carne viva.

Las murallas de Jerusalén quedaron atrás. Con ellas, todo recuerdo de hogar y seguridad. Al salir de la ciudad, la brisa cambió de tono. Ya no olía a pan recién hecho ni a humo de incienso, sino a hierro oxidado y tierra caliente. El aire estaba cargado de un silencio que pesaba más que los lamentos.

Fue entonces cuando sintió dos presencias a cada lado. Juan, el discípulo amado, apareció entre la multitud, pálido y jadeante, con los ojos rojos de impotencia. No dijo nada; solo le ofreció su brazo, y ella lo tomó sin dudar una vez más. Al otro lado, María de Magdala llegó corriendo, con el velo mal colocado y el rostro desencajado por el llanto. Se abrazó a ella sin pedir permiso. La madre, el discípulo y la amiga caminaban ahora juntos de nuevo, como testigos elegidos del último acto. En su unidad silenciosa, formaron un escudo invisible de amor alrededor de aquel que se ofrecía por todos.

En aquel instante, las tres miradas convergieron en el mismo punto.

El Gólgota.

La colina maldita se alzaba imponente, coronada por un madero oscuro que se recortaba contra el cielo encapotado. No era una

simple elevación. Era una herida abierta en la tierra, un altar de muerte en cuya cima aguardaban clavos, sogas y martillos.

Dos cruces ya estaban erguidas.

Solo faltaba una.

La de su hijo.

El corazón de María se apretó tanto que la obligó a aferrarse con más fuerza al brazo de Juan. Sus piernas flaquearon. No por debilidad, sino porque su alma quería huir de su cuerpo para no presenciar lo inevitable.

A su alrededor, el gentío continuaba avanzando, empujado por la inercia del escándalo y el morbo. Algunos reían. Otros lloraban. La mayoría solo miraba. Pero María ya no oía nada. Todo se reducía a ese punto en el horizonte: la colina desnuda, el madero esperando, y el destino de su hijo escrito en el cielo.

Entonces Jesús tropezó una vez más.

El estruendo de su cuerpo cayendo sobre la piedra fue más fuerte que todos los clamores. María quiso correr. Quiso apartar a los centuriones, levantar ella misma el madero, tomar a su hijo en brazos como cuando era niño.

Pero no pudo.

Cada instante era sagrado.

Cada herida era parte del designio.

«Solo un paso más —pensó—, solo un paso más, y todo se cumplirá».

Y así, mientras el sol se ocultaba tras un velo de nubes, María contempló con los ojos llenos de fuego la cima del Gólgota.

El lugar donde la muerte creía reinar.

Pero Jesús, su hijo, no había dicho la última palabra.

Estaba destinado a vencer al mundo.

36

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Gólgota

A las afueras de Jerusalén, los pasajes conducían hacia una colina de piedra caliza, cuya forma parecía sugerir una calavera, dándole su nombre ominoso.

El Gólgota se había convertido en sinónimo de sufrimiento y muerte para todos aquellos que se atrevían a desafiar al imperio. Los residentes de Jerusalén evitaban el lugar, sabiendo que no había nada más que dolor y desesperación en los pasos hacia esa cuesta.

Las mañanas en el Gólgota eran particularmente perturbadoras. La luz del sol apenas lograba disipar las sombras que se aferraban a las grietas de la roca. Desde las primeras horas del día, los sonidos de martillos golpeando clavos y el crujir de maderos resonaban a través del aire, anunciando con anticipación el destino de aquellos que serían crucificados.

Los mástiles de madera, erguidos y ominosos, se alineaban en la cima y sus alrededores, testigos mortales del castigo romano. Los postes fijos al suelo rocoso esperaban con cruel paciencia a sus víctimas, mientras los cuervos empezaban a congregarse en las cercanías atraídos por la macabra certeza de carne fresca. El aire, cargado de desesperación, emanaba un hedor particular, una mezcla de sangre, sudor y la amarga oscuridad de la muerte.

Aquel escenario era un caos, como si el mundo se tambaleara al borde de un abismo. Los miembros del *contubernium* solicitado por Pilato, un pelotón de infantería formado por ocho legionarios liderados por Longinos, empujaban sin un ápice de simpatía a los curiosos que se acercaban demasiado. Las mujeres lloraban abiertamente y sus sollozos formaban una armonía turbadora.

El cielo sobre el Calvario era un lienzo enardecedor, cargado con la tristeza de un sol que parecía negarse a iluminar el sombrío cuadro bajo él.

Bajo la sombra de aquellos toscos instrumentos de tortura, los legionarios trataban de cumplir la tarea confiada de mantener el orden para garantizar que ni los miembros del Sanedrín ni los fervientes seguidores del condenado causaran disturbios.

El sol comenzaba a girar en el cielo como si se resistiera a presenciar lo inevitable. Una bruma extraña, densa y silenciosa, parecía envolver la cima del Gólgota. María subió el último tramo junto a Juan y María Magdalena, con el cuerpo exhausto y el alma quebrada en mil fragmentos. El polvo se adhería a su rostro, pese a que sus lágrimas lo limpiaban sin cesar. Sus pies temblaban, pero su voluntad seguía firme. Había llegado hasta allí por su hijo.

Jesús, sostenido apenas por su propia carne rota, fue conducido hasta la cruz. No ofreció resistencia. Lo miraban como a un reo, pero él tenía la dignidad de un rey. Fue entonces cuando dos soldados

romanos, sin palabra ni ceremonia, comenzaron a despojarlo de sus vestiduras. Con manos ásperas y miradas indiferentes, le arrancaron el manto rojo púrpura empapado de sudor, sangre y polvo, dejándolo únicamente con su *perizonium*, el paño púdico. La crudeza de su flagelación era aún más evidente. Jesús mostraba por todo su cuerpo decenas de heridas aún abiertas por la inhumana y desmedida flagelación. El tirón arrancó la sangre coagulada abriendo de nuevo heridas. Jesús soltó un gemido lastimero. Para María, su madre, aquel gesto fue un cuchillo que desgarró su pecho. Apretó con fuerza la mano de Juan, como si eso la mantuviera en pie.

Las ropas, aún calientes por el cuerpo del maestro, fueron lanzadas al suelo como trapos inservibles. Cassius, el legionario de la nariz maltrecha, sacó unos dados de hueso, y con una sonrisa burlona los tiró sobre la tierra seca. Las piezas danzaron sobre el polvo mientras los demás contenían el aliento.

Se jugaban la túnica del reo.

María de Magdala sintió que el aire se le helaba en los pulmones cuando vio que aquel cuerpo que ella había visto sanar, caminar, abrazar y consolar era tratado como un despojo. Se le humedecieron los ojos al comprender que no habían entendido nada. Seguían sin ver al Rey. Seguían sin ver al Amor. Y, sin embargo, Jesús guardaba silencio. Como un cordero. Como un Dios.

Juan sintió su temblor junto a él, y, cuando giró el rostro hacia María, solo vio en sus ojos una luz antigua, triste y firme.

Entonces, la figura de Longinos emergió entre los soldados con autoridad. Avanzó con paso decidido, el ceño fruncido y la voz templada por la potestad.

—¡Basta! —tronó—. Mostrad respeto. Este hombre ha sido condenado, sí…, pero no es basura para vuestro juego.

Los soldados, sorprendidos, recogieron los dados en silencio.

Uno de ellos, más joven, agachó la cabeza con vergüenza. Cassius escupió a un lado, aunque no dijo nada. Longinos recogió la túnica del suelo y la sostuvo un instante entre sus manos, observando su textura, su forma, su historia muda. Luego la entregó a un legionario a su cargo y le ordenó que la guardara con cuidado.

—Ningún dios del imperio nos ha ofrecido nunca una mirada como la de ese hombre —murmuró, sin pensar que alguien lo oía.

María sí lo oyó.

Jesús fue entonces colocado frente a la cruz. Sus pasos eran lentos pero firmes. Ya no le quedaba más por entregar. Solo su vida. María, al verlo desnudo, al borde de ser clavado como un criminal, quiso gritar, correr hacia él, pero Juan, intuyéndolo, la frenó.

No había viento.

Solo calor seco, denso, que pegaba el polvo a la piel y dejaba la garganta muda. Desde su lugar, a unos pasos de la cruz aún tendida sobre el suelo, María sentía que el tiempo se había detenido, como si el mundo esperara contener el aliento para no ofender la gravedad de lo que iba a suceder. No oía nada más que su propia respiración, que le costaba sostener. El Gólgota, ese monte de los cráneos, tenía en aquel momento el rostro de su hijo tumbado sobre la cruz.

Le habían despojado de todo, menos de su dignidad. Jesús, su niño, yacía sobre el madero con el rostro vuelto hacia el cielo. No gritaba. No suplicaba. Solo respiraba hondo. María no podía dejar de mirarlo. Cada vez que lo hacía, se le aparecía también aquel recuerdo remoto, cuando lo acostaba en la cama del taller de José, entre virutas de cedro y olor a madera recién trabajada.

Entonces, el silencio era de paz.

En aquel momento, era el de la muerte.

Dos soldados se colocaron a sendos lados.

Uno de ellos sostenía un clavo largo y oscuro.

El otro, el martillo.

Colocaron la mano derecha de Jesús sobre el patíbulo horizontal. Él no se resistió. Abrió los dedos como si lo ofreciera todo. El primer golpe cayó sobre su muñeca con fuerza, seco, limpio. El hierro entró sin desviarse, y el estremecimiento de su cuerpo lo recorrió hasta los hombros. Aquel sonido metálico rompió el alma de su madre. El martillazo retumbó en sus entrañas, como si el clavo atravesara también su propio pecho. Un hilo de sangre brotó lentamente, como una flor oscura abriéndose en la madera. El líquido rojo serpenteó por el brazo de Jesús, tiñendo de carmesí su piel curtida por el sol y el dolor. María vio cómo aquella sangre se mezclaba con el polvo y la astilla del mundo. Fue un manantial silencioso que no clamaba venganza ni piedad, pues se derramaba como una entrega voluntaria. Juan apretaba los dientes, sintiendo cómo su alma se desgarraba con cada martillazo. Magdalena soltaba sollozos ahogados, al ver cómo la sangre brotaba en oleadas silenciosas y oscuras.

La otra mano fue colocada.

María tembló, aunque no apartó la mirada. No podía. No debía.

El segundo soldado alzó el martillo, pero falló. El clavo se desvió y Jesús lanzó un grito ahogado. El hierro rasgó la carne donde no debía, y tuvieron que retirarlo. La sangre no brotó, estalló. Un salpicón caliente alcanzó incluso el antebrazo del legionario. Jesús apretó los labios, y sus dedos se crisparon por el espasmo del dolor. María sintió que cada gota de aquella sangre era la vida del mundo entero deslizándose por los brazos de su hijo, manchando para siempre el madero con un rojo que no se apagaría jamás. Entonces, el soldado buscó mejor el punto exacto de la muñeca, más hueso que carne, y clavó allí con mayor precisión. El clavo entró recto, y, con cada golpe, María sentía que perdía un aliento de vida. Su

cuerpo apenas se sostenía, pero Juan continuaba sujetándola sin decir palabra. Juan también lloraba, con rabia, con impotencia. Y Magdalena se tapaba la boca. Sus ojos, abiertos como platos. Su alma gritaba mientras su voz moría en la garganta.

Los pies fueron el final.

Los juntaron con brusquedad.

Uno sobre otro.

Otro clavo.

Otro martillo.

Otro golpe.

No hubo gritos.

Solo un suspiro.

Jesús apretó los dientes.

Su mirada buscó el cielo y, en el horizonte, el sol comenzaba a ocultarse detrás de una bruma pesada, como si la creación entera se avergonzara de lo que estaba ocurriendo. La sangre fluyó con gravedad, más espesa, y parecía que el cuerpo ya comenzara a rendirse. Se abrió paso por los tobillos, se deslizó por la cruz hasta la tierra seca y sedienta del Gólgota. María vio caer gota a gota, y en cada una de ellas creyó ver el rostro de todos aquellos a los que su hijo había amado, sanado, perdonado. Aquella sangre no era una derrota.

Era la firma de un pacto.

Un pacto eterno.

María sintió un ardor subiéndole por el pecho. Quiso correr hacia él, envolverle los pies con su manto, besar esas manos rotas que de niño tanto acariciaba. Pero no podía. No debía. Solo lloró en silencio.

Y entonces supo que aún no había terminado.

Que aún quedaba levantar el madero. Que aún quedaba ver a su hijo elevado como un trofeo, como una advertencia, como una

ofrenda.

Pero, en su corazón, ella sabía que no era un castigo. Era un acto de amor.

Y por eso aguantó.

Por eso miró.

Por eso no cayó.

Porque, si su hijo no se rendía, ella tampoco.

37

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Gólgota

Cuando alzaron la cruz y el cuerpo de su hijo quedó suspendido entre el cielo y la tierra, a María se le quebró el alma por enésima vez.

Lo vio elevarse lentamente hasta quedar expuesto al sol abrasador, al desprecio de los hombres, a la indiferencia de los soldados, y, aun así, era hermoso. A pesar de la carne desgarrada y los surcos de sangre que marcaban su piel, parecía hermoso por la entrega absoluta que brillaba en sus ojos, abiertos aún, buscando a cada uno como si pudiera abrazarlos desde aquella altura. María apenas respiraba, pero sabía que le estaba viendo cumplir aquello para lo que había nacido. Y, mientras todos miraban a un ajusticiado, ella contemplaba al Cordero de Dios, suspendido entre el dolor y la gloria.

El viento se colaba entre las cruces como un lamento antiguo. La sangre seca, el sol implacable, el murmullo hostil de la multitud…, todo se confundía en el pecho de María hasta que escuchó, desde lo alto, una voz quebrada.

—Padre…, perdónalos… porque no saben lo que hacen.

Y entonces el tiempo se detuvo. María alzó la vista. En el tormento, el alma de su hijo no albergaba rencor, solo compasión. Sintió que el cielo entero se inclinaba para escuchar aquel ruego pues allí, en la cima de la ignominia, Jesús seguía perdonando, seguía salvando.

Longinos miró con cautela a la multitud reunida. A su lado, Estefatón tenía una expresión pensativa. Había oído historias sobre aquel hombre, Jesús; historias de milagros y sabiduría, y, aunque su posición requería indiferencia, su humanidad no podía evitar sentirse intrigada.

—Mantente alerta, Estefatón —pronunció el veterano—. Las emociones corren tan alto como los muros de Roma hoy, y no haría falta mucho para que esta sombría reunión estallara en caos.

La presencia del dolor era palpable. Mientras seguidores desconocidos de Jesús se apiñaban tímidamente con lágrimas y sollozos reprimidos al ver la sangre manar de las muñecas y pies desgarrados por los clavos, los miembros del Sanedrín Anás, Caifás y Nadab, cuyas vestiduras comparecían en marcado contraste como testimonio de su autoridad con un barniz de justicia satisfecha, se mantuvieron agresivos pero distantes.

«Conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación».

Tal era el convencimiento del sumo sacerdote Caifás.

La madre del Hijo del Hombre permanecía resignada de pie frente a él, observando con su espíritu dividido entre el impulso maternal de proteger a su hijo y la desgarradora comprensión de la profecía que debía cumplirse. A su lado, el joven apóstol Juan, a quien Jesús le había confiado el cuidado de María, tenía el corazón pesado por la carga de dar testimonio del martirio de su maestro. Juan, con su rostro juvenil incapaz de ocultar la tristeza dentro de él, puso una mano solidaria sobre su hombro.

Los ojos de la otra María, la de Magdala, estaban fijos en Jesús. Parecía como si colgara allí mismo el recuerdo de su propia liberación, indisolublemente ligado al sanador ahora coronado de espinas. Sus enseñanzas habían traspasado lo más profundo de su alma, liberándola de los demonios de su pasado. En aquel momento, mientras observaba su sufrimiento, sentía en su interior una inmensa gratitud y angustia.

Los tres, junto a otras mujeres, se convirtieron en un cuadro de inquebrantable devoción, iconos del dolor y la lealtad que se entretejieron en la narrativa de los últimos momentos terrenales de Jesús de Nazaret.

Dos bandidos compartían su destino final, aunque sus corazones habitaban lugares muy distintos. Uno de ellos, Gestas, consumido por la amargura y el dolor, se unió a las voces de escarnio que surgían de la multitud, retando a Jesús a salvarse tanto a sí mismo como a ellos. Era un grito nacido del sufrimiento y la desesperanza, una última defensa contra la inmensidad de su propia vulnerabilidad.

El otro bandido, sin embargo, encontraba en sus últimos momentos una claridad que había eludido en su vida errante. Observando a Jesús con lástima, reconoció en su serenidad algo mucho más allá de la mera mortalidad.

—¡Calla, Gestas! ¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la

misma sentencia? —increpó al otro bandido—. Nosotros estamos siendo condenados justamente, pues recibimos el debido castigo por nuestros actos; pero este hombre no ha hecho nada malo —dijo Dimas cargado de un arrepentimiento sincero aceptando sus propias faltas.

Dirigiéndose a Jesús con la humildad de quien no tiene nada que perder, pronunció una súplica sin saber que terminaría resonando a través de los siglos.

—Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.

María, envuelta en el silencio de su propio dolor, alzó la mirada hacia los dos hombres crucificados a cada lado de su hijo. A pesar del abismo que la separaba de ellos, no pudo evitar que una oleada de compasión le recorriera el pecho. Veía en sus rostros desfigurados por el tormento no solo la consecuencia del pecado, sino el eco de tantas vidas rotas por la miseria, el miedo y la desesperanza. En Gestas, retorcido por la rabia y el orgullo herido, reconocía al hombre que se negaba a creer que aún había redención posible. En Dimas, en cambio, veía algo distinto, una sombra de arrepentimiento, una súplica velada. María sintió que el corazón se le quebraba también por ellos. No eran enemigos. Eran hijos del mismo dolor, perdidos en la misma oscuridad que su hijo había venido a alumbrar. Y, en medio de la muerte, los abrazó con la única ternura que podía ofrecerles: su oración silenciosa.

La respuesta de Jesús a la plegaría de Dimas, a pesar del tormento físico y la inminencia de la muerte, fue una promesa de redención y esperanza eterna.

—En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Por más que llevara horas crucificado, Jesús le aseguró a aquel hombre que, a pesar de los errores y las culpas del pasado, la misericordia era accesible para todos los corazones. Sin embargo,

cada vez que inhalaba una bocanada de aire, debía realizar un esfuerzo titánico. En uno de ellos, levantó levemente la cabeza y pronunció un susurro entrecortado entre sus labios con un esfuerzo hercúleo.

—Tengo sed…

Mientras el cielo se encapotaba cada vez más, como si absorbiera el dolor que había debajo, Estefatón y Longinos intercambiaron una mirada, una comunicación sin palabras que solo conocían aquellos que han permanecido hombro con hombro en la sombra de la muerte.

Longinos, que había visto su parte de sufrimiento y despachado a muchos del mundo, sintió una inesperada oleada de misericordia. Estefatón también compartía ese sentimiento, pues a pesar de su lealtad al imperio, no podía suprimir su compasión.

Alejándose de la cruz, bajo consentimiento de Longinos, Estefatón tomó una esponja que había entre sus provisiones. La remojó en un recipiente con posca, una mezcla de vinagre y agua destinada a aliviar la propia sed de los legionarios durante las insoportables horas de servicio, y la clavó en una lanza, la única herramienta a su alcance.

Con una solemnidad que no había pretendido mostrar, Estefatón se acercó a la cruz y extendió el artefacto improvisado hacia los labios resecos del carpintero de Galilea. El olor acre y ácido del vinagre se elevó en el aire, un recordatorio agrio de la crudeza del momento. Ambos romanos sabían que aquel líquido serviría de anestésico.

En aquel momento, una quietud cayó sobre el lugar, como si el mundo contuviera la respiración, puntuada solo por las laboriosas

inhalaciones de Gestas y Dimas, los crucificados que sufrían junto a él. Jesús agradeció el vino agrio que le ofrecían, mas terminó rechazándolo. Los guardianes de la cruz no se explicaban por qué el Nazareno tenía el deseo de permanecer plenamente consciente. Legionario y centurión dieron un paso atrás y regresaron a sus puestos con su deber cumplido, y la madre del Hijo del Hombre agradeció de igual modo el gesto fugaz de misericordia.

Algunos pasos más atrás, Gedeón, que había decidido dar un escarmiento a su hijo y, lejos de regresar a casa, se dirigió al lugar de la crucifixión, debatiéndose entre su satisfacción provocada por el espectáculo y el remordimiento por desear el mal a aquel que sanó a su hijo.

Del mismo modo, a cierta distancia de ellos, un grupo de magistrados y altos sacerdotes observaba con rostros esculpidos de complacencia y desdén. Vestidos en sus ropajes de omnipotencia, se distinguían del tumulto de curiosos y dolientes que habían venido a presenciar el acto final de esta tragedia. Aunque las enseñanzas de amor, perdón y misericordia de Jesús habían resonado en los corazones de muchos, para estos líderes representaban una amenaza directa a su poder y tradición.

—¡Mirad! ¡Él, que destruiría el templo y lo reconstruiría en tres días! —exclamaba Nadab sarcásticamente mientras señalaba la figura maltrecha sobre la cruz.

—¡Sálvate a ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz! —se unía Gamaliel tratando de provocar una risa cruel de sus compañeros.

Las mofas resonaban en la tensa atmósfera de aquel lugar. A pesar de sus sufrimientos, Jesús permanecía en silencio, mirando

hacia un horizonte que solo él podía ver. Su silencio, tan elocuente como sus sermones, era un testimonio de su inquebrantable propósito y la profundidad de su sacrificio. No necesitaba defenderse, pues su misión trascendía las palabras y el entendimiento de aquellos que buscaban su caída.

Entre los espectadores, algunos bajaban la mirada, incómodos ante la crueldad de las burlas, mientras que otros, seguidores fieles de Jesús, observaban con corazones desgarrados, incapaces de comprender cómo el mensaje de amor y redención había culminado en tal acto de violencia.

Algunos miembros del Sanedrín protestaban con energía por la tablilla que colgaba en el extremo superior de la cruz del Nazareno. Consideraban una blasfemia la inscripción autorizada por Pilato.

María alzó la vista lentamente, con los ojos enturbiados por las lágrimas, hasta que su mirada se detuvo en la tabla clavada sobre la cabeza de su hijo. El *titulus*, aquella maldita tablilla romana escrita por Pilato con cierta ironía. Leyó, en hebreo, latín y griego, las palabras que el mundo vería. No era burla, aunque quienes lo escribieron así lo pretendieran. En aquella madera áspera, manchada de sangre, no estaba inscrita su identidad, ni su destino, ni su realeza. María apretó los labios, sin poder apartar la mirada, porque no lo habían entendido.

JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS

38

Año 30 d. C.
3790 שנה
783 AUC
-
Jerusalén

JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS

María alzó la vista y leyó las palabras que colgaban sobre su hijo crucificado: «Jesús de Nazaret, Rey de los judíos». Sintió que el mundo entero se alejaba de la verdad con cada letra grabada. No lo habían entendido. No habían comprendido nada. No era un rey como los de este mundo, no había venido a gobernar desde tronos de oro ni con espadas al cinto. Su reino no tenía fronteras ni ejércitos. Su trono era el corazón de los hombres; su cetro, la misericordia; su ley, el amor. María sintió un nudo en el pecho. Aquellas palabras sobre la cruz no eran una proclamación, eran un malentendido tallado en burla. Él no vino a reclamar poder, sino a entregar la vida. Y, sin embargo, allí estaba, desnudo, herido,

elevado entre el cielo y la tierra, rechazado por los suyos, coronado por el odio, pero amando, hasta el final.

Pilato, en su ironía, había cumplido la profecía.

Jesús, crucificado y calumniado bajo la inscripción de «Rey de los judíos», era proclamado Dios.

.שוע הנוצרי ומלך היהודים

Yeshua Hanotsri Wemelek Hayehudim.

YHWH.

Yavé.

«Yo soy».

María no pudo evitar recordar las palabras que Dios dijo a Moisés.

«Yo soy el que soy», esto dirás a los hijos de Israel: «Yo soy» me envía a vosotros. Esto dirás a los hijos de Israel: «El Señor, Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación».

Cerca de la hora sexta, los cielos terminaron de oscurecerse y las nubes se acumularon para eclipsar la luz del sol, arrojando en la escena un inquietante crepúsculo. El aire se hizo más fresco y el viento susurró a través del Gólgota, llevando consigo el olor de la lluvia inminente.

La voz del Nazareno brotó entre los presentes.

—Dios mío, Dios mío. ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué te niegas a ayudarme y ni siquiera…?

María, con el alma hecha jirones, oyó entre el estruendo de la tarde la voz herida de su hijo alzarse desde lo alto del madero. Ya no era un grito de rabia ni de súplica, sino un salmo antiguo de Isaías, aprendido de niño en su regazo, ahora convertido en lamento desgarrador.

«Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron».

Aquel pasaje, que tantas veces habían recitado juntos en Nazaret, ahora tenía otro peso, otro filo. La madre comprendió que no era solo dolor lo que pronunciaba, sino fidelidad. Jesús no maldecía: oraba. En la cima del tormento, su voz quebrada buscaba al Padre en las palabras de Isaías. Y ella, ahogada en llanto, comprendió con estremecimiento que aquel abandono no era vacío, sino entrega. El hijo le hablaba al cielo, y el cielo escuchaba.

A medida que los minutos pasaban, cada respiro de Jesús se convertía en una proclamación de fe y perdón, pero había también un momento destinado a lo personal, un intercambio final con su madre y con Juan que iba a sellar una relación eterna en medio del caos de aquella trágica escena.

Mirando hacia abajo, a través de la bruma del dolor, Jesús encontró los ojos de María. No hacían falta palabras para comunicar el dolor y el amor que compartían en aquel momento; el vínculo entre ellos trascendía el lenguaje, estaba tejido en el mismo lienzo del universo. Aun así, Jesús habló, suponiendo cada palabra un esfuerzo titánico contra el tormento que lo consumía.

—Mujer… He ahí a tu hijo… —Su mirada se desplazó luego hacia

Juan, con una intención clara e inquebrantable—. He ahí a tu madre…

En aquella fracción de eternidad, Jesús no solo encomendaba a su madre al cuidado de Juan, asegurándose de que ella fuera amparada después de su partida, sino que también establecía una nueva familia, forjada no por lazos sanguíneos, sino por el espíritu de amor y unidad que él había venido a enseñar. Era un legado de cuidado mutuo, una instrucción final que destacaba la importancia de la comunidad, el amor y el sacrificio.

María, aunque desgarrada por el dolor de ver a su hijo en tal tormento, recibió las palabras de Jesús como mujer, como madre y como creyente. Su fe, aunque probada por la más cruel de las realidades, permanecía inquebrantable.

Juan, por su parte, recibió el encargo con una dignidad y una seriedad que superaban su juventud. La confianza que Jesús depositaba en él era tanto un honor como una inmensa responsabilidad; era el llamado a ser sostén, hijo y protector de María, un rol que aceptó sin vacilar, comprendiendo toda la profundidad de su significado.

El cielo, cubierto por un manto de nubes densas, se tensó como si el firmamento entero se hubiera replegado en un grito contenido. María, de pie junto a Juan y Magdalena, no apartaba los ojos del cuerpo destrozado de su hijo. Las manos ensangrentadas, abiertas en un gesto de entrega infinita, temblaban apenas con cada espasmo. El rostro, aún sereno en medio del suplicio, parecía suspendido entre dos mundos. Y entonces, como si el universo entero hubiera sido convocado para escuchar, su voz se alzó, ronca y desgarrada, no como un quejido, sino como un acto de amor llevado hasta las últimas consecuencias.

—*Abbá…* Todo se ha cumplido… En tus manos encomiendo mi

espíritu…

A María se le detuvo el alma.

Aquella frase, tan breve, fue como un cuchillo atravesando sus entrañas. Porque no era solo una oración. Era una despedida. Era un hijo entregándose no solo a la muerte, sino al Padre que le había enviado. Era el eco final de una vida vivida para los demás. Era el llanto de todos los que lo amaban, comprimido en una sola frase, dicha con la última brizna de aliento que le quedaba. Fue la voz con la que aprendió a hablar, la que de niño le decía «Imma!», la que predicaba en las plazas, la que susurraba en las noches de insomnio, la que ahora se iba… por voluntad propia.

María no gritó.

No podía.

Todo el grito estaba en su pecho, convertido en una presión sorda que le robaba el aire. Su cuerpo se tambaleó, y Juan, una vez más, la sostuvo con delicadeza. Pero ella no apartó la mirada. Quería verlo todo. Quería guardar en su alma cada instante, cada gota de sangre, cada palabra de su hijo, cada último suspiro. Quería recordar para siempre ese momento en que el cielo tocó la tierra y se fundió con ella en forma de cruz.

Y, cuando el cuerpo de Jesús cayó finalmente hacia delante, colgando del madero con una paz que dolía más que la violencia, supo que su misión se había cumplido. Que él se había entregado por todos…, incluso por quienes le escupieron, por quienes le clavaron, por quienes se burlaron de su dolor. Y entonces, en medio del llanto silencioso de las mujeres, entre los sollozos de Juan, entre el crujir de la madera al mecerse con el viento, María, deshecha y en pie, lo repitió con los labios temblorosos:

—En tus manos…, en tus manos, Señor… Mi hijo lo ha entregado todo.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Ni siquiera los miembros del Sanedrín se atrevieron a articular palabra.

De repente, la naturaleza misma pareció responder al monumental evento: el suelo pareció temblar. La primera sacudida provocó que los allí presentes miraran de un lado para otro, preguntándose qué sucedía.

El cielo se había oscurecido como señal de luto y el viento soplaba con susurros de tragedia.

El firmamento lloraba y el alma de la tierra se partía en dos.

La segunda sacudida provocó algún que otro grito, y los allí presentes se quedaron petrificados por el temblor del terreno bajo sus pies.

El último suspiro se le escapó como un soplo leve, pero en el corazón de María fue un estruendo. Su cuerpo se inclinó hacia delante, como si la fuerza que la sostenía se hubiese desvanecido con esa última palabra. Cayó de rodillas, hundiendo las manos en la tierra ensangrentada, y un gemido le nació de lo más profundo del alma, tan ancestral, tan humano, que no necesitó palabras. Fue un grito sin voz, un desgarro sin sonido, que quebró su pecho y partió en dos la tarde.

No pudo llorar.

Las lágrimas ya se le habían agotado. Solo sentía un abismo. Una ausencia que ya era más real que la tierra bajo sus pies. La cruz, que se alzaba como un verdugo silencioso, ahora era el trono desde donde su hijo, su niño, el fruto de su vientre, había vencido al mundo. Pero eso no aliviaba el dolor. María se llevó las manos al pecho y deseó morir con él. Porque, en aquel instante, ninguna esperanza era consuelo suficiente.

Juan, a su lado, quiso hablarle, pero sus palabras no encontraron camino. María Magdalena temblaba, aferrada al borde del manto de

la madre. Pero María no los oía. Solo escuchaba el silencio. Un silencio que gritaba el nombre de su hijo. Un silencio que sangraba. Un silencio que se clavó en su carne más fuerte que cualquier lanza.

Y entonces, en medio de la oscuridad, María alzó la vista. Lo miró una última vez. Y, aunque su corazón se rompía, no apartó los ojos.

Porque, si el mundo entero lo abandonaba, su madre estaría allí, en pie, bajo la cruz.

Hasta el fin.

39

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Los legionarios romanos, habituados a la muerte y la severidad de sus deberes, observaban incómodos, sintiendo cómo el ambiente se impregnaba de un sufrimiento inquietante. Incluso ellos, en su rígida disciplina, no eran capaces de eludir completamente la tristeza colectiva que se desplegaba ante la escena final de aquel ejecutado.

Las nubes se arremolinaban como si el firmamento mismo estuviera conteniendo un lamento que ya no podía reprimir. Un viento helado descendió desde el oeste, azotando los estandartes romanos y levantando polvo y hojarasca en los caminos. Los soldados miraron al cielo con nerviosismo: sabían que una tormenta se avecinaba. Longinos dio la orden sin vacilar: debían acelerar el proceso. No podían permitirse quedar atrapados con los cuerpos aún colgados si la lluvia se desataba con furia.

Gestas y Dimas, los dos ladrones crucificados junto a Jesús, aún se aferraban al último aliento, convulsionando, entre gemidos de angustia y el crujido de sus huesos. Dos legionarios avanzaron hacia ellos sin mirarlos a los ojos. Uno tras otro, alzaron sus mazas de hierro y quebraron sus piernas con brutal eficiencia. El sonido seco de los huesos al romperse desgarró el silencio como un trueno sin relámpago. Los cuerpos colapsaron en sí mismos, vencidos por el peso del dolor y la imposibilidad de respirar.

Longinos permanecía unos pasos más atrás, observando la escena con el ceño fruncido. Caminó despacio hacia la cruz central. Jesús parecía dormido. Su cuerpo colgaba inerte, con su cabeza vencida hacia un lado y el rostro desfigurado por la tortura, pero en paz.

El centurión se detuvo al pie de la cruz. Miró hacia arriba y, por un instante, algo tembló dentro de él. El mundo había cambiado desde que aquel hombre pronunció sus últimas palabras. Pero, aun así, tenía una orden que cumplir. Se acercó un poco más y, con una voz firme, ordenó a los suyos que no le rompieran las piernas.

—No hace falta —dijo sin alzar la voz—. Este ya ha muerto.

Pero debía estar seguro.

Las normas eran claras.

La responsabilidad, ineludible.

Longinos alzó su lanza con manos que nunca antes le habían temblado. Subió un poco hasta encontrar el ángulo justo. Y entonces, sin ceremonias, sin gloria, sin odio, con un gesto que le partió el corazón, hundió la punta de la lanza en el costado derecho de Jesús.

La madera crujió al recibir el impacto. Y de la herida abierta brotó un chorro de sangre mezclado con agua, que cayó con fuerza, salpicando el rostro del centurión.

La sangre y el agua descendieron por la punta de la lanza como un hilo de vida que se resistía a desaparecer. El líquido tocó el rostro de Longinos. Fue una sacudida invisible que lo atravesó por dentro. La tibieza de aquella mezcla no era como ninguna otra sangre que hubiera sentido antes en batalla. No era espesa ni pegajosa, no era la sangre de un reo ni la de un rebelde.

Era pura. Viva. Santa.

Le empapó las mejillas, los labios, la frente, y descendió por su cuello como una caricia ardiente. El centurión no retrocedió. Cerró los ojos. Sintió que su respiración se agitaba. Algo en su interior se estaba quebrando lentamente. Fue como si esa sangre lavara no solo su piel, también su alma. Como si, sin pedirlo, sin merecerlo, fuera perdonado por lo que acababa de hacer.

Los sonidos del Gólgota se desdibujaron a su alrededor: los gemidos de los soldados, el viento entre las cruces, los lamentos lejanos. Todo quedó suspendido.

Solo existía aquella herida abierta, aquella sangre que caía como una verdad tan absoluta que ya no podía negarse.

Longinos cayó de rodillas. Ya no podía sostenerse en pie. Sostuvo la lanza con ambas manos, como si de repente ya no fuera un arma, sino un símbolo.

Alzó la mirada hacia el cuerpo de Jesús.

Por primera vez en su vida, aquel soldado, aquel ejecutor, aquel hombre fiel al imperio sintió que había tocado algo sagrado.

No con la punta de una lanza.

Con su corazón.

—En verdad este era Hijo de Dios —susurró.

Nadie habló.

Ninguno de los soldados se atrevió a romper aquel instante.

Longinos permaneció inmóvil, con la lanza aún en la mano. Y fue

allí, justo en aquel preciso momento, cuando supo que aquel no era un hombre cualquiera.

Aquel era el Hijo de Dios.

Y él, Longinos, había sido su último testigo.

40

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Desde donde estaba en el Gólgota, Judas no pudo evitar verlo todo. No necesitaba estar cerca para reconocer la figura recta y fría de Gedeón, avanzando con paso firme entre los restos de la multitud que comenzaba a dispersarse. Le bastó una mirada para adivinar la satisfacción oculta en su gesto. Para el zelote, la ejecución había sido no solo justa, sino necesaria, un mensaje sangriento para cualquiera que se atreviera a desafiar al poder disfrazado de falsa idolatría.

Judas los vio venir.

Gedeón, empujando con desprecio al noble José de Arimatea, arrastraba tras de sí a su mujer y al muchacho. Pero entonces los pasos de los tres se detuvieron. El zelote se tensó, el niño lo miró con aflicción y la mujer soltó un débil jadeo. Habían visto lo que él

ya sabía que era inevitable: su propia figura, sola, inmóvil, como una sombra sin dueño entre la muchedumbre.

Judas no se movió.

No podía.

El peso de la bolsa en su mano era el de una traición que ya no sabía cómo redimir. No era plata. Eran lágrimas coaguladas. Eran gritos que no se habían dicho. Eran todos los pecados del mundo concentrados en su puño para su redención.

Vio la sonrisa torcida de Gedeón y la chispa cruel en sus ojos cuando lo reconoció. Pero Judas no bajó la mirada.

Ya no.

Porque sabía que estaba contemplando el juicio más profundo: no el del Sanedrín, no el de Roma, sino el de cada alma rota que acaba de presenciar aquel crimen sagrado.

—Judas. —La voz de Gedeón tenía un tono duro de triunfo—. Has hecho bien en liberarnos de ese blasfemo. Tus acciones serán recordadas por defender la Ley y preservar nuestros caminos.

La mirada de Judas se encontró con la de Gedeón. El corazón de Jacob se aceleró de lástima al ver a Judas, con quien había compartido algún momento, porque no vio en sus ojos la mirada de un traidor, sino la mirada inquietante de un alma perdida que buscaba una absolución que nunca llegaría. Estaba claro que el hombre que tenía delante estaba desprovisto de cualquier orgullo o satisfacción.

Judas dirigió su mirada hacia la cruz.

—Él era la luz del mundo —volvió su mirada al pequeño Jacob—, y ahora estamos en las tinieblas.

Y, llorando, se arrojó de rodillas al suelo frente a Jacob. El niño no dudó en soltarse bruscamente de su padre y abrazar a aquel hombre maldito. No era la primera vez que abrazaba a Judas, como

tampoco era la primera vez que lo veía llorar.

Los miembros del Sanedrín, uno a uno, partieron de camino al templo. Los ejecutores terminarían encontrando el velo del templo rasgado en dos de arriba abajo, como si tratara de simbolizar el fin de una antigua barrera entre Dios y la humanidad. La muerte de Jesús abriría un nuevo camino hacia la reconciliación y la vida eterna.

Gedeón arrastró a su mujer e hijo cantera abajo hacia una de las puertas de Jerusalén.

Judas permaneció arrodillado sobre la tierra seca, sintiendo cómo las lágrimas le quemaban el rostro sin poder detenerlas al presenciar la destrucción de todo lo que amaba. Allí, desde su rincón entre las piedras, su alma observaba al Hijo del Hombre colgado entre el cielo y la tierra. La escena parecía irreal, como si todavía quedara una posibilidad de despertar y descubrir que todo había sido una pesadilla.

Pero no.

Estaba ocurriendo.

Y era irreversible.

En su pecho, un peso invisible le oprimía las costillas como una losa.

No era culpa.

No era miedo.

Era algo más profundo: el dolor insoportable de haber obedecido y, aun así, haber perdido. Había entregado a Jesús con el corazón partido, sabiendo que aquel era el camino que el propio maestro había elegido, porque solo a través del sacrificio vendría la redención.

Pero entenderlo no lo hacía menos insoportable.

Judas clavó la mirada en los maderos ensangrentados. Recordó

la sonrisa de Jesús, sus palabras, sus silencios. Recordó una vez más las caminatas bajo el sol, los momentos de dudas, los milagros que estremecieron su alma. Cada imagen golpeaba su memoria como el viento sacudía los restos de un templo derruido.

«¿Por qué tú? —pensó—. ¿Por qué tuvo que ser así?».

Y entonces, con dolor insoportable, reconoció la respuesta que siempre estuvo allí: porque era la única manera, porque era el Hijo de Dios.

Los miembros del Sanedrín pasaron junto a él, algunos en silencio, otros con burlas en los labios. Nadab no le dedicó ni una mirada. Otro de ellos, uno de los más jóvenes, le lanzó una carcajada que resonó como una herida abierta.

—Salió barato —dijo con desdén, rozándole el hombro con la túnica—. Treinta monedas por un mesías muerto. Buen negocio.

Judas apretó la bolsa en su mano hasta que los nudillos le dolieron. El tintineo metálico era el eco de su traición. Pero ¿no fue Jesús quien se lo pidió?, ¿no fue él quien le dijo «hazlo»? La confusión se enredaba con la pena. Era un peón, sí. Pero también había sido amado. Y eso era lo más cruel de todo: que, aun así, Jesús lo había amado.

Un trueno lejano retumbó sobre Jerusalén, como si la creación entera respondiera a sus pensamientos. El velo del templo se había rasgado, lo sabía. Algo se había roto para siempre. Y Judas, con el corazón lacerado, entendía al fin que ya no quedaba nada por hacer salvo volver a casa.

Pero, mientras tanto, lloraba. Porque había visto morir al amigo, al maestro, al Hijo de Dios.

Y aunque supiera que todo era necesario, aunque supiera que todo estaba escrito, seguía doliendo como si fuera el fin del mundo.

El fin de su mundo.

41

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El Gólgota comenzaba a vaciarse mientras el sol descendía con una lentitud dolorosa, teñido de un rojo apagado por la tormenta que se había contenido en el último instante. Algunos curiosos bajaban la colina, aún murmurando lo que habían visto: un terremoto, un cielo herido.

Pero allí, junto a las cruces, permanecían los que no querían marcharse.

Los que eligieron el amor.

María se mantenía de pie, sostenida por la mano temblorosa de Juan, con el corazón hecho jirones y el alma anestesiada por un dolor que ya no sabía dónde colocar. Miraba la cruz como si aún no pudiese creer que el cuerpo inerte que colgaba de ella fuese el mismo que un día creció en su vientre, que dio sus primeros pasos

entre sus brazos, que jugaba con su burrito de madera, que la miró como ningún otro hijo había mirado jamás a su madre.

Y, sin embargo, allí estaba. El hijo de sus entrañas, desfigurado, frío, muerto.

Longinos había conseguido que los soldados respetaran aquel momento final. Él mismo había ayudado a sostener el cuerpo al desclavarlo. Las manos que habían sujetado la lanza se manchaban de sangre mientras trataban de no dejar caer el peso muerto del Nazareno. Las articulaciones ya estaban rígidas, los músculos amoratados, las heridas aún abiertas.

Fue entonces cuando aparecieron dos figuras inesperadas entre las sombras del atardecer. José de Arimatea y Nicodemo, miembros del Sanedrín, hombres de poder, que en aquel momento caminaban con los rostros bajos y el corazón en la mano. Habían acudido a Pilato y le habían pedido el cuerpo. Sorprendentemente, Pilato había accedido sin ningún tipo de objeción. Quizá por cansancio. Quizá por temor. Quizá porque, en lo más profundo de su corazón, sabía que el justo no debía quedarse colgado como un criminal.

Cuando lograron bajar el cuerpo, María se adelantó sin esperar permiso alguno. Era su hijo.

Su niño.

Se arrodilló y lo recogió con una dulzura casi litúrgica. Lo acunó, con la túnica empapada por la sangre que había manado lentamente de las muñecas y de los pies. Le retiró con manos temblorosas la corona de espinas que aún le coronaba la frente, dejando escapar un sollozo al ver cómo los bucles oscuros de su cabello estaban pegados con sangre seca. Con sus propios dedos, le limpió el rostro. No servía de nada. La sangre brotaba de demasiados lugares. Pero María no se detuvo. Era su forma de tocarlo una vez más, de cerrar con ternura lo que el mundo había roto con odio.

—Mi hijo…, mi luz…, mi todo —murmuró desde el alma—. Ya no tienes frío. Ya no estás solo…

Juan se arrodilló a su lado, en silencio. No era momento de palabras. María de Magdala cayó también de rodillas, con las manos cubriendo su rostro, meciéndose con desesperación como si quisiera arrancarse la culpa por no haber hecho más. Las demás mujeres, exhaustas, lloraban recogiendo con trozos de lino el sudor, el polvo, la sangre del Cordero inmolado.

Desde una distancia prudente, mientras los demás legionarios se disponían a regresar a la fortaleza Antonia, Longinos observaba en silencio. No se atrevía a acercarse más. Había estado presente en cientos de ejecuciones, había visto a madres desgarradas, a esposas desplomarse, a hijos clamar venganza. Pero nunca había visto algo como aquello. María, arrodillada, acariciaba el rostro inerte de su hijo con una delicadeza tan absoluta, tan llena de puro amor, que por un instante Longinos sintió que todo lo cruel que había hecho en su vida no había conseguido romper la belleza de aquel vínculo. Ella no lloraba ya con gritos. Sus lágrimas eran lentas, como oraciones. Y él, el centurión endurecido por la guerra, el que había hundido la lanza en el costado de aquel hombre, sintió cómo algo en su interior, de nuevo, una vez más, comenzaba a temblar.

José se acercó primero, con una sábana limpia entre sus brazos. Nicodemo traía consigo una mezcla de mirra y áloe, como si quisiera redimir en generosidad todo lo que le había faltado en valor. Cuando María lo vio, alzó los ojos y lo miró con compasión.

Nicodemo se detuvo, abrumado por la mirada de aquella madre que lo había perdido todo.

—Yo… lo siento… Solo después de su muerte me atrevo a dar la cara.

María no respondió.

Sus manos siguieron acariciando el rostro de su hijo con delicadeza sin acusar a nadie. Aquel perdón no estaba en los labios, estaba en el modo en que sostenía a Jesús como si aún pudiera protegerlo de todo y de todos.

A pesar de ser fariseos, a pesar de que en otros tiempos se hubieran preocupado por la pureza, evitando cualquier contacto con un cadáver, envolvieron el cuerpo en la sábana. Tal era su fe en Jesús. Nicodemo y la Magdalena perfumaron las heridas, llorando cada vez que una llaga se abría más al tacto. El aroma dulce de la mirra y el áloe intentaba contrarrestar el hedor de la muerte, pero no podían borrar las heridas del alma. José, con movimientos solemnes, ató los paños con cuidado, mientras Juan se mantenía cerca, ayudando sin entorpecer.

El sepulcro estaba próximo.

Esculpido en la roca con esmero, era la nueva propiedad de José de Arimatea. Se trataba de un lugar de reposo reservado para los suyos, pero aquella tarde sombría se convirtió en refugio para un rey sin corona. No había cuerpo alguno allí y todos tenían la esperanza, aunque no lo decían, de que Jesús no iba a quedarse mucho tiempo. No porque fuesen a sacarlo, sino porque algo en el corazón de los presentes gritaba que aquel lugar no le pertenecía.

Ni la muerte podía retenerlo por siempre.

Pero el tiempo apremiaba. La tarde agonizaba entre nubes pesadas, y el *shabbat*, día sagrado que marcaba el descanso del Creador, se cernía sobre la ciudad. Había que darse prisa, aunque cada movimiento pesara como la losa del sepulcro.

Cuando llegaron a la tumba, José se adelantó y con manos trémulas hizo girar la lámpara de aceite que portaba Nicodemo. La luz cálida, temblorosa, se filtró entre los pliegues del sudario y arrancó destellos cobrizos de la sangre seca en la piel de Jesús.

Nicodemo tragó saliva. No dijo nada. Nadie lo hizo. Entre ambos lo alzaron con sumo cuidado, como si temieran volver a herir lo que ya había sido lacerado hasta el extremo. Lo depositaron sobre el banco de piedra, que parecía haber sido tallado siglos antes solo para aquel momento.

Solo para él.

Juan permanecía en el umbral del sepulcro, como si no se atreviera del todo a entrar ni a marcharse. El discípulo amado, aquel que había reposado su cabeza sobre el pecho del maestro, se sentía en aquel momento huérfano en cuerpo y espíritu. No lloraba; su pena era demasiado honda para ser traducida en lágrimas. Observaba la piedra lisa donde yacía el cuerpo de Jesús como si esperase que, en cualquier momento, el maestro le hablara una vez más. Pero solo había silencio. Un silencio tan puro, tan solemne, que le hería más que cualquier grito. Y, sin embargo, en medio de su quebranto, Juan sabía que su lugar era aquel: ser testigo hasta el final, permanecer fiel, sostener con su presencia la soledad de María y abrazar, si fuera necesario, el peso de la esperanza rota.

María Magdalena, en cambio, no trataba de entenderlo todo. Lo sentía. Se había arrodillado junto a la entrada del sepulcro y había apoyado la frente contra la fría piedra como si su propio cuerpo pudiera cerrar el abismo de la ausencia. Desde que Jesús la había liberado, su alma solo había conocido una dirección: hacia él. Ahora que estaba muerto, ¿quién era ella?, ¿qué haría con todo lo que había sanado en su interior? Pero, a pesar del dolor, algo en su vientre vibraba. No podía explicar por qué, pero sabía que no todo había terminado. Porque el amor nunca podría morir. Y lo que había sentido por Jesús no era de aquel mundo.

María fue la última en entrar.

Avanzó sin que nadie la invitara. No necesitaba permiso. Era su

hijo. Era su carne. Era su Dios. La luz danzaba en sus mejillas húmedas y, sin embargo, su espalda se mantenía recta por dignidad, por fidelidad a quien había venido al mundo por ella. Por todos.

Sus pasos resonaron suavemente sobre la piedra.

Se detuvo frente al cuerpo de Jesús.

Ya no había gemidos en su garganta.

Solo un silencio de profundidad insondable, como si en ella se hiciera eco el silencio del universo.

Contempló su rostro desfigurado.

Lo limpió una vez más con los dedos.

Rozó sus párpados.

Acarició su barba aún empapada en sangre.

Le habló sin palabras.

Le besó la frente.

Cerró los ojos.

Susurró.

—Te di mi vientre para nacer… Si quieres, te doy mi alma para morir contigo.

Y aquellas palabras recorrieron el sepulcro, alcanzando incluso a los que aguardaban fuera. El joven Juan, con delicadeza y a sabiendas de que no había consuelo, la tomó del brazo. No la forzó. Solo la acompañó. Y ella, todavía de pie, volvió a mirar una vez más. Como si deseara retener cada trazo de su rostro en su retina.

Y entonces salió.

Tras colocar de nuevo el sudario sobre Jesús, aquellos hombres rodaron la piedra frente a la entrada con un crujido sordo y profundo, como si la roca misma gimiera. El mundo se quedó fuera.

La vida también.

El cielo se había vuelto de ceniza. El *shabbat* estaba a punto de comenzar. El día del reposo. Pero no habría descanso para ningún

corazón que hubiera amado al Nazareno. Y, aun con aquel dolor, las mujeres tendrían que volver el domingo para terminar de limpiar y ungir el cuerpo.

El aire pesaba como el plomo y, sin embargo, algo quedaba suspendido.

Como una nota inacabada.

Como si la muerte hubiera cerrado los ojos.

Como si la vida no hubiese pronunciado su última palabra.

Porque en la oscuridad alguien, en algún lugar, aún contenía el aliento.

42

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La ciudad, herida por la tragedia, comenzaba a recogerse en sus casas y callejones, mientras las antorchas se apagaban una a una y el silencio estaba a punto de invadirlo todo.

Junto al sepulcro, rodeado de roca y olivos, los rostros de los que aún resistían comenzaban a fundirse con la penumbra. Estaban exhaustos, derrotados, vacíos. Magdala lloraba en silencio. Juan, de pie, mantenía la mirada en la piedra que sellaba el cuerpo del maestro, como si al mirarla con fuerza pudiera abrirla de nuevo y resucitar a su amigo. María, en cambio, permanecía serena, como si ya hubiese cruzado a otro tiempo.

Entonces, sin levantar apenas la voz, María se dirigió a su compañía:

—Dejadme aquí. Solo un momento más. Necesito estar con él.

No pidió. No rogó. Lo dijo sin ruido, sin discusión. José de Arimatea fue el primero en inclinarse levemente ante María con respeto. Sobraban las palabras. Le sostuvo la mirada unos segundos, como pidiéndole perdón por no haber hecho más, por no haber llegado antes. Nicodemo, más torpe en los gestos, le ofreció un susurro:

—Lo merecía todo, y nosotros tan solo dimos lo posible.

María asintió sin hablar. No había reproche en su rostro. Solo la serena firmeza de quien había elegido permanecer, aun cuando todo se había roto. Ellos entendieron. Juan la miró con respeto, comprendiendo que aquella mujer, que había dado vida al Salvador del mundo, merecía aquel instante en soledad. Magdalena le tomó la mano un momento, como si quisiera transmitirle parte de su calor, y luego se marchó tras los demás, dejándola sola frente a la piedra sellada. Los pasos comenzaron a alejarse entre la grava. El susurro de los mantos se fue disolviendo con el viento.

Y, en unos instantes, solo quedaron ella y la piedra.

Madre e hijo.

La vida y el umbral de la muerte.

El sepulcro estaba tallado como una herida en la roca viva, con precisión, pero rodeado de una crudeza casi sagrada. Las losas quebradas, los restos del alumbre esparcidos en la tierra, las huellas de los que habían cargado el cuerpo…, todo hablaba del desgarro reciente. María lo observaba como si fuera la puerta entre dos mundos: no solo el lugar donde yacía su hijo, sino la mismísima frontera entre el dolor y la esperanza. A su alrededor, los olivos permanecían inmóviles, como si también ellos contuvieran el aliento. El cielo, aún pálido, no era azul ni gris. Aquel color todavía no tenía nombre.

María se arrodilló con lentitud, como si temiera quebrar el

instante. Sacó de su manto un pequeño bulto envuelto en tela de lino manchada de sangre. Con manos temblorosas, lo deshizo con delicadeza. Allí estaba: el burrito de madera. Aquel que José había tallado muchos años atrás para el niño Jesús. Le encantaba su imperfección, adoraba sus orejas desiguales y sus patas desgastadas por el tiempo. No era bello, pero era real. Cargaba en su forma el polvo de los caminos, la ternura de un padre artesano y el cariño con el que un niño lo apretaba contra su pecho por las noches. Su madera también guardaba el calor de otros tiempos. María lo sostuvo entre las palmas como si llevara en ellas el corazón de su familia perdida. Allí estaban José, Jesús, ella misma… Tres fugitivos, tres almas unidas por el exilio y el amor.

Apretó el burrito contra su pecho, cerró los ojos y dejó que una lágrima cayera sobre la figura.

—Estoy pensando en papá, hijo mío. Lo hizo con sus manos. Para ti. Para que recordaras al burro que nos llevó en la noche del miedo, cuando huíamos a Egipto. Aquel animal que nos salvó del filo de Herodes, que soportó el peso de nuestros silencios, de nuestros sueños rotos…

Apretó los labios mientras una punzada de dolor le cruzaba el pecho. La figura tembló en su regazo.

—Ahora lo entiendo… —murmuró María, acariciando con los dedos la figura gastada del burrito de madera—. Por eso nunca lo tomaste en tus manos, ¿verdad? Porque sabías que aquel burrito nos salvó una vez cuando huimos. Pero esta vez tú no huías de nadie. Tú caminaste hacia el dolor, hacia la cruz. Fue tu voluntad.

Se le quebró la voz.

—Ahora… no tengo nada más que darte —susurró—. Ya no puedo protegerte, ni calmarte, ni curarte. Pero puedo devolverte lo único que nos hizo sentirnos a salvo…, un pedazo de nuestro hogar.

Con manos heridas por la edad y el dolor, excavó un pequeño hueco en la tierra, junto al sepulcro. No era una tumba, no era un entierro: era una ofrenda. Un pequeño e improvisado altar. Colocó allí al burrito de madera con una ternura infinita, como si lo acunara una última vez, y lo cubrió de tierra y piedras con mimo, con fe, con el amor de una madre. Luego se incorporó, miró la piedra gris que encerraba el cuerpo del que una vez nació de su vientre y habló como si él pudiera oírla.

—Cuando vuelvas…, tráelo contigo, hijo mío.

La noche era densa, pero el viento era leve. Y, en aquel instante, un soplo cruzó la ladera, y acarició su rostro.

María lo sintió.

No fue brisa.

Parecía aliento.

Y en lo alto del cielo, tras las nubes que aún ocultaban las estrellas, una claridad apenas perceptible comenzaba a insinuarse. No era aún el amanecer. Era una promesa que estaba a punto de cumplirse.

Un día después de la crucifixión

43

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El *shabbat* había cubierto Jerusalén con un manto pesado.

Las puertas de las casas estaban cerradas, y los callejones, habitualmente bulliciosos, yacían en un silencio denso, como si incluso los susurros temieran ser oídos. Las mujeres observaban las lámparas de aceite en sus hogares, recitaban oraciones entrecortadas. El sabor del pan ázimo era amargo y el vino no celebraba, escocía. En el mercado, los comerciantes habían retirado los puestos, y en las calles se oían los cantos tristes de algunos ancianos que repetían los salmos como si intentaran conjurar el peso de una culpa colectiva. Todos sabían que algo se había roto. Pero nadie se atrevía a nombrarlo.

Las puertas del templo seguían custodiadas, aunque no discutieron cuando vieron a Judas avanzar solo, con la túnica

desordenada, el rostro deshecho y las manos aferradas a una pequeña bolsa de cuero. Sus pasos resonaban huecos en el patio de los Gentiles, como si su presencia abriera una grieta invisible entre el mármol y la sangre.

La sala del consejo estaba casi vacía. Solo quedaban algunos miembros del Sanedrín, entre ellos Nadab, Dataés y uno de los escribas de confianza de Caifás. Estaban reunidos alrededor de una lámpara de aceite, murmurando entre dientes, cuando la figura de Judas irrumpió sin anunciarse.

No saludó.

No pidió permiso.

Solamente caminó hacia ellos con la mirada baja y la mandíbula apretada.

Silencio.

Solo el chisporroteo del aceite quemando.

Entonces alzó la mano y arrojó sobre la mesa la bolsa con las treinta monedas. El sonido metálico fue como una bofetada. Una, dos, tres veces rebotaron las piezas de plata, hasta quedar esparcidas ante los rostros de los hombres que las habían ofrecido.

Por cada una de ellas, Judas sintió el peso de un pecado que el Sanedrín había cometido bajo la máscara de santidad.

La soberbia que los hizo creerse por encima de Dios.

La mentira que tejieron para apresar a un inocente.

La hipocresía con que predicaban la Ley sin cumplirla.

La envidia hacia quien movía los corazones del pueblo.

La codicia que los llevó a vender la sangre de un justo.

El miedo disfrazado de celo religioso.

La manipulación de las Escrituras para justificar la violencia.

El silencio cómplice de quienes sabían la verdad.

El abuso del poder otorgado por el templo.

El desprecio hacia los pobres y los enfermos.

El escándalo de la venta de sacrificios en la Casa de Dios.

La crueldad con la que humillaron a los pecadores en lugar de redimirlos.

El odio hacia la misericordia.

La burla contra lo sagrado.

El pacto oculto con Herodes.

La entrega al juicio de Pilato.

El soborno a testigos falsos.

La distorsión de las palabras de Jesús.

El desdén hacia la compasión.

La ceguera voluntaria ante los milagros.

El temor de perder su lugar y su gloria.

La dureza del corazón.

El rechazo de Juan el Bautista.

La instrumentalización de la fe del pueblo.

La división entre estratos.

El trato indigno a las mujeres.

La arrogancia de creerse salvadores del pueblo.

El olvido del Dios vivo que habitaba en la Palabra.

La negación del Mesías esperado.

La traición al mismo Dios al crucificar al Hijo.

Judas no necesitó explicar nada. Las monedas en el suelo hablaron por él.

—No puedo llevarlas conmigo —les dijo—. No las quiero.

Uno de los fariseos se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—¿Y qué nos importa a nosotros? Ese es tu problema.

Se oyeron risas secas. Burlas contenidas en túnicas de autoridad. Uno murmuró algo sobre falsos arrepentidos y otro ironizó con un falso gesto piadoso.

—Lo que hiciste ya está hecho. El templo no recoge ese tipo de ofrendas —dijo Nadab con desdén, apartando la bolsa con la vara que usaba para señalar los textos sagrados—. Es dinero manchado de sangre. No puede entrar en la tesorería. Mancharía las paredes, traidor.

Judas estalló. No tenía nada que perder.

—Sois vosotros los traidores. Vosotros, los que decís temer a Dios y os escondéis tras la Ley para asesinar a un inocente. ¡Conspiradores, tramposos, cobardes! No queríais justicia. Queríais eliminar al que os desnudaba con la verdad. ¡Tenéis más miedo de la luz que de la oscuridad!

Las risas que antes acompañaron su llegada se apagaron de golpe. Nadab entrecerró los ojos. Dataés se irguió como una serpiente amenazada. Un escriba murmuró algo sobre herejía. La burla se tornó en furia.

—¡Blasfemo! —tronó Dataés—. ¡Arrepentido o no, sigues siendo un traidor! ¿Cómo osas acusar al consejo?

—¡Guardias! —ordenó Nadab—. ¡Expulsadlo!

Pero Judas no se movió. Durante un instante eterno, les sostuvo la mirada, como si fuera a gritar todo lo que aún le quemaba por dentro. Pero no lo hizo. Porque ya no valía la pena.

Llegó la guardia del templo.

Con ellos, Gamaliel, uno de los ancianos del Sanedrín, con su voz envuelta en una falsa solemnidad, alzando la mano para silenciar la tensión que comenzaba a latir entre los muros de piedra.

—Hoy es *shabbat* —dijo con frialdad contenida, como si la santidad del día pudiera tapar la sangre que manchaba sus túnicas —. No es momento para disputas ni acusaciones. Ya has perturbado bastante este día de reposo. Fuera de aquí.

Los saduceos y fariseos asintieron, refugiándose tras la Ley que

tantas veces había manipulado, incapaces de sostener la mirada de Judas. El peso de sus pecados colgaba en el aire, pero preferían esconderse tras los preceptos.

Judas dio media vuelta sin recoger el dinero. Las monedas quedaron allí, como testigos mudos del precio de una traición y del coste insoportable de haber amado demasiado tarde.

La puerta del templo se cerró tras él con un sonido sordo.

Con las manos vacías y el alma en ruinas, Judas caminó por las calles de Jerusalén como si el mundo se hubiera detenido. A cada paso, las palabras de Jesús volvían a él con una claridad dolorosa: «Hazlo. No por mí. Por el mundo». Aquella mirada, aquel perdón sin condiciones le pesaban más que cualquier condena. No hubo monedas, ni poder, ni justicia que pudieran compararse con aquella entrega.

Sintió cómo el aire se volvía denso.

Sin saber adónde ir, con los ojos velados por las lágrimas, Judas volvió a casa.

Era lo único que le quedaba.

44

Año 30 d. C.
3790 שנה
783 AUC
-
Jerusalén

Era *shabbat* en Jerusalén.

Las calles, aunque silenciosas, parecían respirar una inquietud contenida, como si incluso la ciudad hubiera quedado herida tras la crucifixión del día anterior. En las casas se trataba de disfrutar del reposo, pero la tan deseada paz no terminaba de llegar.

Los corazones de quienes habían amado a Jesús no encontraban consuelo. En una estancia apartada, oscurecida por la pena, Juan, María Magdalena y las demás mujeres preparaban en silencio los ungüentos y perfumes con los que ungirían el cuerpo del maestro porque, según sus propias palabras «el sábado había sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado».

Cada gesto era un acto de amor, de fe y de esperanza.

Pero la madre de Jesús no estaba allí. Había salido sola al

amanecer, sin anunciarlo, como si algo dentro de ella, más profundo que la razón y más fuerte que el luto, la guiara a encontrarse una vez más, de una u otra manera, con su hijo.

Nada más salir, María comenzó a caminar despacio, envuelta en el silencio de su duelo, sus pasos arrastrados por el peso de una ausencia infinita.

Fue entonces cuando lo vio.

Cornelio no vestía ya su coraza, ni portaba estandarte alguno. Llevaba la túnica sencilla de los que habían dejado atrás los títulos, y con la mirada baja como si cargara con más de lo que puede decirse. La esperaba, pero al verla no supo si acercarse o apartarse.

Cuando la vio, su corazón, firme como la roca en mil batallas, vaciló. Dio un paso atrás, no por miedo al reproche, sino por respeto. Por amor. Y, con una rodilla sobre la tierra, habló con el mayor de los respetos.

—Madre… —susurró, con voz desgarrada—. No pude hacer más. Estuve con él en cada instante. Desde el juicio hasta su último aliento. Vi cómo le quebraban, pero también cómo se alzaba en el dolor como ningún emperador que Roma haya conocido jamás.

María se detuvo frente a él. No dijo palabra. Solo lo miró. Y en aquella mirada cabía toda la ternura del cielo y todo el peso del mundo. No había juicio. Solo afecto.

—Intenté detenerlo —continuó Cornelio, con lágrimas que no supo cuándo comenzaron a caer—. Pero no era a mí a quien correspondía hacerlo. Su camino ya estaba escrito y yo solo pude ser testigo. Cuando expiró supe que no era una derrota. Era una victoria.

María asintió, suavemente, como si confirmara un secreto antiguo. Se acercó un paso más y le puso la mano sobre el hombro, como su hijo había hecho tantas veces.

—Él sabía que estabas allí —le dijo—. Sabía que no mirarías hacia otro lado. Por eso te escogió. No solo para custodiar su final, sino para anunciar todo lo que está por venir.

Sus labios se quebraron.

—No murió como un hombre. Murió como algo más.

La presencia de María era suave pero incontenible.

—Se entregó —dijo ella con consuelo—. Porque quiso. Porque lo necesitábamos. Y tú… lo viste.

Cornelio alzó los ojos. Por un instante, todo el miedo, toda la culpa se disiparon. María no lo juzgaba. Ella no necesitaba hacerlo. Porque su hijo ya lo había hecho y lo había perdonado.

—¿Va a volver? —preguntó el centurión, como si temiera la respuesta y, a la vez, la deseara con toda el alma.

María asintió.

—¿Jesús? No ha dejado de estar.

Cornelio cerró los ojos. Un temblor le recorrió el cuerpo. Porque lo sabía: su vida ya no pertenecía a Roma. Ni al deber. Ni a la espada. Su lealtad ahora era otra. Y comenzó en aquel encuentro con Jesús, suplicando un milagro, y en aquel momento la madre del Hijo del Hombre lo miraba como a uno más de su familia.

—Necesito que me acompañes —le pidió con cortesía Cornelio a María.

Ella no respondió, pero lo siguió sin resistencia.

Avanzaron en silencio por una vía secundaria, una de tantas que conducían al Gólgota, y, sin embargo, cada rincón, cada muro y cada sombra a María le hablaban de su hijo. De su risa de niño. De sus pasos ligeros entre la multitud. De su entereza y dignidad. De su cruz.

A su alrededor, la ciudad callaba, como si aún no supiera cómo cargar con la muerte del justo. Unos pasos detrás, entre los olivos,

alguien contenía el aliento. Era el hijo de Cornelio, oculto entre la sombra de los troncos, como si no supiera si podía formar parte de lo que estaba por ocurrir. No por miedo, sino por reverencia. Hasta que Cornelio, con la voz grave y suave a la vez, lo llamó:

—Ven. Es ella.

El niño salió lentamente de su escondite. Caminó hacia su padre y luego hacia la mujer envuelta en un manto azul. Se detuvo frente a María y levantó la mirada, inseguro. No sabía qué decir.

Aquel muchacho, de no más de doce años, se mantenía en silencio con las manos entrelazadas al frente, observando con respeto las palabras de su padre. Tenía los mismos ojos oscuros que Cornelio, aunque en ellos brillaba algo distinto: la certeza inexplicable de haber vivido un milagro. Hacía unas semanas, aquel niño había estado postrado en un lecho, consumido por una fiebre que ningún ungüento romano ni plegaria latina había logrado aplacar. Hasta que Jesús habló. Y con solo una palabra, ni siquiera una presencia física, la salud volvió como un susurro insuflándole de nuevo vida. Desde que supo quién era aquel Nazareno que su padre había admirado en silencio, algo en él había cambiado. No era devoción lo que sentía, sino algo más profundo, como si su existencia estuviese unida al destino de aquel hombre crucificado.

Cornelio se inclinó un momento hacia él y le colocó con suavidad una mano sobre el hombro. María lo miró, y en su rostro se dibujó una ternura rota, una memoria aún viva. Era el hijo de Cornelio. El niño que había sanado. El niño que, aun sin saberlo, estaba allí para recordar que la muerte no tenía la última palabra. Acarició su rostro con la yema de los dedos, como si lo conociera desde siempre.

—¿Tú eres el hijo de Cornelio? —preguntó María.

—Sí, señora, me llamo Lucio. Pero *pater* me ha dicho que, cuando viniera, que yo hablara poco. Que solo escuchara, porque

usted ha perdido más de lo que nosotros jamás podremos imaginar.

María no pudo evitar sonreír ante la franqueza de aquel pequeño.

—Conmigo puedes hablar, Lucio.

—Jesús me sanó. Aunque yo no lo vi. Solo sentí que me ponía mejor. Como si alguien me abrazara por dentro.

María sonrió, y en aquella sonrisa cabía todo el consuelo que le quedaba.

—Entonces lo viste mejor que muchos.

El muchacho bajó la mirada. María no dijo más. Le tomó la mano un instante, y con ese gesto selló algo invisible, algo eterno.

Cornelio observó la escena con el pecho apretado. Aquel instante bastaba para recordarle por qué estaba allí.

—¿Te puedo pedir que nos acompañes una última vez? —le rogó Cornelio a María.

María asintió con confianza. Tras el gesto del romano, nada la turbaba, nada la espantaba. Cornelio la escoltó, atravesando senderos custodiados por centinelas romanos. Las órdenes de Pilato eran claras: el sepulcro sellado debía ser vigilado por temor a una insurrección y, quizá, por el temor de que se cumplieran los rumores de resurrección. Pero Cornelio tenía otra razón para acercarse al Gólgota: buscaba redención.

Los tres, la madre del crucificado, el centurión convertido y su hijo salvado, comenzaron a caminar hacia la colina donde la esperanza aún dolía.

El camino hacia el lugar de la calavera se extendía como una herida abierta sobre la piel de Jerusalén. Polvoriento, serpenteante, teñido aún por rastros secos de sangre y barro, parecía resistirse al paso de cualquiera que osara recorrerlo. Las piedras, testigos mudos del dolor, conservaban la memoria de cada pisada temblorosa, de

cada gemido sofocado, de cada caída del condenado que lo había cruzado cargando la cruz.

A medida que se ascendía, el aire se volvía más espeso, como si la colina entera contuviera la respiración, sabiendo que allí, donde el mundo había pretendido poner fin al amor, estaba a punto de revelarse un misterio eterno. A lo lejos, los restos del patíbulo se alzaban aún en sombras, como un recuerdo sin sepultura. Y, sin embargo, para María, cada paso era un regreso al lugar del final, pero también al principio de lo que estaba por nacer.

En aquel lugar olía a hierro, a madera rota, a cielo desgarrado.

Entonces María lo vio.

Longinos, el centurión, que permanecía de espaldas, no parecía un romano. Parecía un penitente. Su lanza descansaba clavada en el suelo, como si ya no tuviera propósito. Al escuchar los pasos, Longinos se giró. Vio aparecer a Cornelio caminando con paso contenido, flanqueado por María y por una figura que no reconoció de inmediato. Era un niño, de rostro sereno y ojos enormes que absorbían el mundo con una mezcla de asombro impropia de su edad. Vestía con sobriedad, pero se adivinaba nobleza en sus gestos. Al acercarse, Longinos reparó en los rasgos: la mandíbula marcada, la frente recta…, y entonces las palabras de Cornelio resonaron con más fuerza que nunca. Nunca fue un siervo. No podía serlo. Era sangre de Cornelio. El mismo niño al que, semanas atrás, había oído nombrar entre susurros de enfermedad y milagro. Sintió un nudo en la garganta. Jesús lo había salvado. Y ahora estaba allí, acompañando a su padre y a María hasta el lugar donde todo había terminado. O donde todo estaba a punto de comenzar.

Longinos no era padre. Nunca lo había sido. Pero en aquel momento, al ver la mano del muchacho aferrarse al manto de Cornelio como si él fuera su única frontera contra el caos del mundo,

lo comprendió todo. Comprendió el miedo, el silencio, la decisión de ocultarlo, incluso el impulso de rebelarse contra Roma. Comprendió que aquel niño era el mayor milagro en la vida del centurión y que intentar salvar a Jesús no había sido un acto de fe, sino de gratitud desesperada.

Cornelio no tenía que explicarle nada.

Dirigió su mirada a María.

Cuando la vio acercarse, se irguió, pero no habló. Se cuadró, como si aún estuviera ante el César. Sus labios temblaron antes de encontrar el valor para mirarla.

—No supe lo que hacía —murmuró finalmente con voz ronca—. No quise herirle…, solo quería saber si…, si ya había partido. Pero, cuando la sangre y el agua cayeron sobre mí…, algo me atravesó también a mí.

María lo observó en silencio.

Sus ojos, enrojecidos pero serenos, no contenían reproche. Solo amor, aquella clase de amor que se aprendía con el sufrimiento. Dio un paso más hacia él, y el centurión bajó la mirada como un niño culpable.

—Te miró. Con compasión. Con conocimiento. Como si supiera quién eras, lo que te faltaba aún por comprender y lo que llegarás a hacer —dijo María con suavidad—. Él te había perdonado antes de que lo atravesaras.

Longinos tragó saliva. Algo en su interior se quebró. La lanza seguía clavada en el suelo, testigo mudo de todo.

—No era digno de su mirada —susurró—. Pero desde ayer… no puedo dejar de verla.

Desde la cima del Gólgota, María alzó la vista y sus ojos se clavaron en el sepulcro nuevo de José de Arimatea, que se dibujaba en la lejanía. Alrededor, la vigilancia romana era férrea: antorchas

encendidas, siluetas de soldados firmes, lanzas cruzadas en la entrada. Parecía una fortaleza sellada por el miedo. Pero para ella no era una roca cerrada, sino una promesa contenida. Y en silencio, mientras el viento agitaba suavemente su manto, supo lo que iba a decir. Porque ninguna guardia del César detendría lo que su hijo había venido a hacer. Entonces María alzó el rostro, y con voz más firme, le habló:

—Volverá a mirarte. Mi hijo va a resucitar.

Cornelio y Longinos se miraron. Lucio trataba de comprender. No había en María locura ni falso consuelo. Hablaba con la misma calma con la que una madre susurraría a su hijo dormido. Longinos, sin casco, bajó la cabeza. Cornelio miró al cielo. La piedra del sepulcro, visible desde lo alto, seguía en su sitio. Los guardias la custodiaban con el cuerpo, pero algo en el aire había cambiado.

El centurión alzó lentamente la vista. Quiso responder, pero no halló palabras. Solo asintió. Algo en su pecho, donde antes había orgullo y ley, ahora latía con fe. No lo entendía, pero la creía.

—Mañana estarás aquí, ¿verdad? —le preguntó Cornelio.

—Sí, algo me dice que mañana tendremos problemas —contestó Longinos.

María lo miró fijamente.

—O el principio del final de todos los problemas del mundo.

Nadie dijo nada más por unos instantes.

Longinos trató de salir de aquel incómodo silencio.

—¿Y tú eres…? —dijo Longinos, inclinando ligeramente la cabeza con respeto.

El muchacho asintió, firme pero educado.

—Lucio, señor.

Longinos esbozó una leve sonrisa, casi melancólica.

—Buen nombre.

Longinos le acarició la cabeza con cariño. Miró a Cornelio, y este le dedicó una sonrisa.

Todos se despidieron con una sonrisa, sin palabras.

María descendió del Gólgota con los ojos secos.

Su corazón había sido desollado, sí, pero no vacío. Con cada paso, sentía que se acercaba, en contra de lo que muchos pensaban, al principio.

—Gracias por traerme —le dijo a Cornelio.

Él no respondió. No podía. La fuerza que había visto en el rostro de aquella mujer le había desarmado. Después, María se dirigió a Lucio.

Lucio se acercó con timidez, fijando sus ojos en los de María.

—¿Te vas? —preguntó casi con un susurro.

María asintió, acariciándole el rostro con ternura.

—Sí, hijo…, debo volver con los míos. Pero tú también eres de los míos ahora.

Lucio bajó la mirada, tocando el borde del manto de María con sus dedos.

—¿Lo veré algún día?

María lo miró en silencio unos segundos.

—Él ya te ve. Siempre lo hará. Y, cuando lo busques…, lo encontrarás dentro de ti.

Lucio tragó saliva, asintió sin hablar, y entonces, como lo haría un hijo con su madre, la abrazó con fuerza. María le devolvió el abrazo, besándole la frente.

—Sé bueno, Lucio. Ama como él te amó. Eso bastará.

Antes de partir, Cornelio se acercó, conmovido por la escena, y con un leve gesto de cabeza agradeció a María el cariño hacia su hijo. Lucio se alejó con él, pero sin perderla de vista, giró su cabeza una vez más para mirarla. María le sonrió.

Y el niño, por segunda vez desde su curación, se sintió verdaderamente en paz.

Al llegar a casa, Juan y Magdalena se acercaron a María. Las mujeres portaban los perfumes, pero en la madre de Jesús no había ya necesidad de ungüento alguno.

Su fe era ya fragancia suficiente para envolver el mundo.

Y el sepulcro…

El sepulcro no estaría cerrado por mucho tiempo.

45

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betfagé

La tarde del *shabbat* caía lentamente sobre Jerusalén, envolviendo la ciudad en un silencio denso, casi sagrado.

El sol, tamizado por un velo de nubes apagadas, teñía los tejados de cobre y oro envejecido. Las calles, que antes del mediodía aún conservaban el murmullo de lamentos y rumores sobre el Nazareno crucificado, ahora reposaban bajo un letargo piadoso. Todo estaba en calma. Solo los corazones rotos seguían en vigilia.

Judas caminaba como un fantasma entre sombras, envuelto en su propio polvo, el rostro surcado por el llanto y la fatiga. Tenía la túnica sucia y desgarrada. No hablaba. No pensaba. Solo ponía un pie delante del otro, como si no fuera él quien caminara, sino algún recuerdo suyo.

Judas anduvo durante horas como un espectro, incapaz de

pararse en ningún rincón. El rostro de Jesús, clavado en la cruz, se le aparecía con los ojos entrecerrados por el dolor y los labios resecos, pero sin rastro de odio. En su deambular trataba de recordar las risas que compartieron en los caminos polvorientos de Galilea, las noches bajo las estrellas hablando del Reino, la ternura con la que Jesús le tocaba el hombro cuando dudaba mientras su voz le decía que todo iba a estar bien.

Pero en aquel momento todos esos recuerdos se mezclaban con la visión de su cuerpo lacerado, su sangre empapando la madera, su mirada silente entre la multitud. Judas apretó los puños. Había cumplido con lo que Jesús le pidió, pero la carga era insoportable. Solo le quedaba la certeza, tan tenue como una llama azotada por el viento, de que todo aquello formaba parte del plan de Dios. Una certeza que dolía más que la culpa, porque lo obligaba a vivir con el recuerdo del hombre que amó y que él mismo entregó.

No supo cómo llegó, pero de pronto reconoció la calle, la puerta de madera oscura, el muro desgastado.

Betfagé.

Su casa.

Detuvo el paso.

No se atrevía a tocar.

Iba a cumplir una última promesa, la única que podía cumplir ya.

La puerta se abrió antes de que él la rozara.

—¡Judas! —gritó Débora desde el umbral, con los ojos muy abiertos.

La voz de su hermana temblaba oscilando entre la alegría y la sorpresa.

Él no respondió.

Solo la miró.

No tenía fuerzas ni para llorar.

Débora corrió hacia él y lo abrazó, aunque él no levantó los brazos.

Estaba roto por dentro.

—Judas…, ven. Hay algo que tienes que ver —dijo ella, con lágrimas en los ojos, tomándolo de la mano.

Al entrar, la luz cálida del interior le golpeó los sentidos.

Un aroma familiar a hierbas hervidas y pan recién hecho llenaba el aire.

Judas alzó la mirada y la vio.

Allí estaba.

Ella.

Su madre.

Ziva.

Sentada junto al hogar.

La piel pálida pero sin fiebre.

Los ojos abiertos.

Vivos.

La respiración tranquila.

Sonreía de oreja a oreja.

Ziva significaba «luz», pero durante demasiado tiempo su nombre había sido solo un eco de lo que alguna vez fue. La enfermedad, como una sombra persistente, había ido apagando lentamente cada rincón de su mirada, cada destello de esperanza en su voz. Su hogar se volvió gris, y su aliento, frágil. Sin embargo, en aquel instante la luz que dormía en su interior pareció despertar. Por primera vez en mucho tiempo, su nombre volvió a tener sentido.

Ziva era luz.

Y en aquel momento, al fin, volvía a brillar.

—*Imma…* —susurró, presenciando el milagro.

Ella abrió los brazos con lágrimas de felicidad.

—Hijo mío. —Fue lo único que alcanzó a decir.

Judas cayó de rodillas y la acompañó en el llanto.

—No puede ser…, tú estabas…, no podías…

—Estoy aquí, Judas —dijo Ziva extendiendo los dedos para acariciarle el rostro—. Estoy viva. No sé cómo…, pero estoy viva.

Judas terminó de romperse.

Las lágrimas brotaron con violencia, como si durante días hubieran estado empujando desde el fondo del alma. Apoyó la frente sobre las piernas de su madre y sollozó como un niño.

El milagro, inexplicable y luminoso, se erguía ante ellos como un nuevo amanecer. Y Débora, viendo a su madre sonriendo, sin fiebre ni dolor, sintió que el mundo se detenía. El peso de la traición, la rabia contenida, las dudas que la habían quemado por dentro, todo se disolvió en una lágrima de gratitud. No entendía los caminos de Dios, pero en aquel instante supo que, de algún modo insondable, su hermano había sido el puente entre la desesperación y la vida. Y, por primera vez en mucho tiempo, lo miró con ternura.

—¿Qué hiciste, Judas? —preguntó Débora, con la voz temblorosa, arrodillada a su lado.

Él alzó la cabeza lentamente. Tenía los ojos rojos, hinchados, pero por fin hablaba con voz clara, aunque herida.

—No lo traicioné…, no así. Yo… le dije la verdad. Le conté todo. Y fue él…, fue Jesús quien me pidió que lo hiciera. Que lo entregara.

Débora lo miró demasiado confundida.

—¿Por qué?

—Porque así debía ser. Porque era parte del plan de Dios. Y luego…, luego me dijo que volviera a casa.

Se hizo el silencio. Ziva acariciaba el cabello de su hijo sin prisa, como cuando era niño y despertaba tras una pesadilla.

—Me dijo… que ya lo había vencido todo. Que no lo hacía por él.

Lo hacía por el mundo.

Su hermana y su madre no terminaron de entender las palabras de Judas, pero vieron reflejada la verdad en su rostro.

Los tres quedaron abrazados, fundidos en un solo cuerpo de amor, quebrado y redimido a la vez. La madre y la hermana apretaban a Judas con fuerza, mientras él, en medio, susurraba palabras sin forma, como si intentara comprender el perdón, la paz y el milagro.

Y así, bajo el techo de una casa sencilla, en medio del *shabbat* más oscuro, un hijo regresó, una madre sanó y el amor verdadero cumplió su promesa.

Jesús, de una u otra forma, había hecho que Ziva venciera al mundo.

Dos días después de la crucifixión

46

Año 30 d. C.
3790 שנה
783 AUC
-
Jerusalén

María caminaba en silencio, con firmeza serena.

Sus pasos no eran titubeantes. No buscaba su cuerpo. Sabía, en lo más profundo de su ser, que no lo encontraría. Algo en su interior, más fuerte que el dolor, más hondo que la tristeza, le decía que todo se había cumplido. No era una corazonada ni un consuelo maternal: era una certeza que ardía con la misma claridad como el día que supo que concebiría sin conocer varón. Y en aquel momento, como entonces, no necesitaba pruebas. Solo caminar hasta la tumba vacía para que el resto lo supiera también.

Al llegar al sepulcro, sus ojos buscaron instintivamente el lugar donde había enterrado al pequeño burro de madera. Alguien había excavado en la tierra. Sonrió y levantó la mirada. La piedra había sido removida. El corazón le golpeó el pecho. El sepulcro vacío no le

hablaba de ausencia, sino de presencia eterna. Sintió que el aire olía distinto, como si el mundo acabara de nacer de nuevo. Se llevó la mano al pecho, donde aún resonaban las palabras de su hijo, y supo que la muerte no lo había vencido. No necesitaba ver el cuerpo ni escuchar testigos. Su alma ya lo sabía: Jesús había resucitado.

Y con él, todo.

Sin embargo, a su alrededor, todos tenían la misma expresión: incredulidad, temblor, un deseo casi infantil de que fuera cierto…, de que no estuviera allí.

La presencia de otras mujeres, María de Magdala, Miryam, Verónica, Juana, se sentía como una estela cálida en mitad del alba. Estaban emocionadas. José de Arimatea y Nicodemo avanzaban con respeto, como si pisaran tierra sagrada.

La Magdalena, aún con el temblor sagrado en los labios por haberle escuchado pronunciar su nombre y haberle visto vivo, resucitado, caminó despacio hacia la madre de Jesús. La encontró ante el sepulcro, con las manos entrelazadas sobre el pecho y los ojos clavados en la piedra corrida, sin una lágrima, sin un grito. Magdalena la contempló con asombro: no necesitaba decirle nada. María ya lo sabía. Lo supo antes que nadie, como lo supo todo desde que lo llevó en el vientre. Magdalena quiso hablar, contarle lo que había visto, lo que había sentido…, pero no hizo falta. Porque en la quietud de aquella mujer no había ignorancia, sino revelación. Y, por primera vez, comprendió que la primera testigo no fue ella, sino su madre.

Los apóstoles se miraron mutuamente, asimilando lentamente el significado de lo que estaban contemplando. Un momento de silencio solemne los envolvió mientras la realidad de la resurrección de Jesús comenzaba a arraigar en sus almas.

Pedro, con corazón agitado, junto con María fueron los primeros

en entrar en la tumba. Lo que vieron los dejó sin aliento: el banco donde depositaron el cadáver estaba vacío, y tan solo el sudario que había cubierto el cuerpo de Jesús yacía allí, en silencio. Juan y Santiago se acercaron a ellos mostrando incredulidad y confusión.

—¿Cómo puede ser posible? —murmuró el joven Juan, examinando detenidamente el lugar.

Mateo, que se encontraba observando a poca distancia, notó algo que le llamó la atención. Instó a sus compañeros a que se fijaran en la extraña posición del sudario, pues no estaba desplegado de manera irregular como si alguien hubiera retirado el cuerpo apresuradamente. Al contrario, la sábana estaba doblada con cuidado, como si el cuerpo simplemente hubiera desaparecido de su interior. Al percatarse de ello, una sensación sobrecogedora se apoderó de los apóstoles mientras trataban de comprender la extraña realidad ante sus ojos.

—No puede haber otra explicación: ¡Jesús ha resucitado! —exclamó Andrés atónito.

Los apóstoles se miraron unos a otros con la certeza de que sus vidas habían sido transformadas para siempre.

José de Arimatea, el propietario del sepulcro, examinó cuidadosamente el sudario. Al estirarlo completamente se percató de que otro milagro se había materializado frente a ellos. Al igual que el pequeño paño de Verónica, en aquel sudario se advertía de manera velada la imagen del Nazareno. Tembló de emoción, pero su fe le proporcionó la capacidad de reacción.

Con disimulo llamó a Nicodemo y a la madre del que había sido enterrado en aquel lugar. María nunca agradecería lo suficiente lo que aquellos hombres hicieron por su hijo, reclamando el cuerpo ante Pilato y dándole un lugar de reposo, aunque solo fuera por unas horas. Cuando María se acercó a él, este les susurró algo al

oído. Los ojos de María y Nicodemo se abrieron como platos, para después relajar las facciones de sus rostros y comprender la grandeza de la situación en su conjunto. María miró al de Arimatea fijamente y asintió con una expresión de serenidad impropia de una madre que ha perdido a su hijo.

Después de mucha reflexión, José tomó la decisión de confiar la sábana a alguien que entendiera su significado, alguien cuya fe y lealtad hacia las enseñanzas del Señor fueran incuestionables. Su elección recayó en Judas Tadeo, discípulo conocido por su fervor y dedicación al mensaje de Jesús.

Junto a María, se acercó a Tadeo con determinación y, tras apartarlo a una distancia prudente del bullicio, le comunicó su decisión.

—Tadeo, necesito tu ayuda con algo de extrema importancia —dijo José con urgencia—, eres conocido entre tus hermanos por tu firme fe y tu corazón valiente. Ha llegado el momento de confiarte una tarea que va más allá de nuestra comprensión, una tarea que llevará la imagen de nuestro Señor a generaciones futuras.

Tadeo levantó la mirada, sorprendido por la seriedad en la voz de José, preguntó con curiosidad en qué podría ayudarlo. José tomó el lienzo en sus manos y lo presentó ante Tadeo. Aquella sábana cubrió el cuerpo de Jesús después de su partida, y José estaba convencido de que había resucitado. Por lo tanto, perseveró el de Arimatea con convicción, aquel lino debía ser preservado como un testimonio del milagro. Tadeo observó el lienzo con asombro, reconociendo en la imagen allí impresa la importancia de las palabras de José.

—¿Por qué yo? —preguntó Tadeo ruborizado—. No soy más firme en la fe que cualquiera de mis hermanos…

—Porque todo el mundo recordará el nombre de Judas como el nombre del traidor, tanto si lo fue como si no, pero compartir su

nombre no implica compartir su carga —explicó con benevolencia el anciano—. Tú, Judas Tadeo, cargarás sobre tus hombros el peso del lino con la imagen de nuestro Señor.

María observó a Tadeo en silencio mientras sus manos, aún inseguras, se extendían hacia el lienzo sagrado. No lo hacía con orgullo ni con la altivez por recibir tal honor, sino con la temblorosa humildad de quien estaba a punto de cargar un peso que no había pedido, pero que comprendía que tenía el deber de portarlo. Y en aquel gesto, en la humilde reverencia, en el leve temblor de sus dedos, en la mirada baja que no osaba cruzarse con la suya, María supo, sin lugar a duda, que era él.

María lo miró con una ternura que le brotó desde el alma. Vio en él algo familiar, algo que la conmovió profundamente. En otro tiempo, en otra vida, en otro plan divino, bien podría haber sido uno de sus hijos. Y, en cierto modo, lo era. Porque en aquel momento, mientras tomaba el sudario, aquel hombre sencillo se convertía en custodio de la memoria viva de su hijo.

De su esperanza.

De su fe.

—¿Qué es lo que queréis que haga, José? —preguntó con seriedad.

José y Nicodemo miraron a Tadeo fijamente. Le instaron a que compartiera tan delicada información con sus hermanos los apóstoles, para después sacar el lienzo de la ciudad. Era necesario que lo guardara en su poder, pues aquel testimonio de lino debía ser preservado y compartido con todos aquellos que necesitaran creer en la resurrección de Jesús.

—Debes proteger esta sábana con tu vida, pues ella es un testimonio de la pasión del Señor y un símbolo de la esperanza que él nos ha dado. Su presencia será un consuelo para aquellos que

busquen la luz en momentos de oscuridad y un recordatorio del sacrificio hecho por amor a nosotros.

Con el corazón lleno de humildad y honor, Judas Tadeo aceptó la santa sábana, comprometiéndose a su protección y preservación, consciente de que aquel no era solo un acto de fe, sino un servicio a la memoria del maestro y a las futuras generaciones de creyentes. José de Arimatea, tranquilo en su elección, y su colega Nicodemo sabían que el sudario estaba en manos seguras, y que la fe y la valentía de Judas Tadeo serían su mayor defensa.

Acto seguido, el de Arimatea se dirigió a los discípulos. Confesó que la noticia ya había llegado al Sanedrín y estaban convencidos de que los culpables eran los apóstoles. Nicodemo proporcionó más información, señalando a Caifás como el responsable de haber sobornado a los romanos para que difundieran que los discípulos habían robado el cuerpo del maestro, con el fin de que se cumplieran los salmos de David sobre el Mesías. No tenían demasiado tiempo. El Sanedrín temía una insurrección.

Mientras ponderaban las dificultades que podrían llegar a presentarse, un sonido de cascos de caballos y el tintineo de armaduras a lo lejos rompió el júbilo de la mañana. Los apóstoles se miraron con horror al darse cuenta de que un grupo de legionarios romanos, acompañados por miembros del Sanedrín, se aproximaban hacia ellos. Comprendieron que estaban en peligro de ser apresados por su conexión con Jesús.

Sin vacilar, Pedro instó a los demás apóstoles a huir en diferentes direcciones para evitar la captura.

—¡Marchad, corred y no os detengáis! —ordenó con urgencia—. Nos reuniremos en un lugar seguro más adelante.

José y Tadeo se miraron un momento en silencio, conscientes del significado de sus acciones. Con decisión, Tadeo agarró fuertemente

el lienzo y se dispuso a salvaguardarlo, llevando consigo un testimonio monumental del regreso de Jesús. Con el corazón lleno de temor, pero con una intrepidez feroz, los apóstoles se dispersaron en la mañana, cada uno corriendo hacia la salvación. El sonido de sus pasos resonaba en la cantera mientras se alejaban del sepulcro, dejando atrás el peligro inminente.

Santiago, sin pensarlo, buscó a María de Magdala. Juan se adelantó hasta María, la madre de Jesús, y con una mezcla de urgencia y respeto le susurró que debían marcharse.

Ella no protestó.

La verdad ya había sido revelada.

Las demás mujeres, Miryam, Juana y Verónica siguieron sus pasos, protegiéndose entre sí. El eco de los cascos y el tintinear de las armas se hacía cada vez más cercano. Simón el Zelote no tuvo tiempo de partir con su sobrino y, junto a él, optaron por esconderse en el sepulcro, rezando para que nadie los encontrara en aquel lugar sagrado. Juan apretó el paso, volviendo la cabeza solo una vez, lo justo para ver cómo Pedro y los demás dispersaban a los discípulos.

La huida no era fruto de la cobardía, era la necesidad del propósito, porque la historia debía seguir contándose.

Y, en medio de aquella urgencia, María no dejó de mirar al cielo.

Porque, aunque los enemigos se acercaban, su hijo ya no estaba en la tumba. Estaba en todas partes.

47

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El aire de la mañana aún conservaba la humedad espesa de la noche, como si la tierra misma se resistiera a aceptar la resurrección que acababa de estremecer sus entrañas.

El cielo, teñido de un gris incierto, no terminaba de decidir si ofrecer luz o esconder la evidencia. Las primeras luces del alba pintaban de cobre los bordes de Jerusalén, pero no alcanzaban a disipar la inquietud que se propagaba como un susurro entre callejones y patios. El rumor de lo imposible se había adelantado al paso de los hombres. Alguien había dicho que la piedra había sido movida. Que la tumba estaba abierta. Que el cuerpo ya no estaba. Y aquellas palabras prendían en la ciudad como brasas arrojadas al viento.

El Sanedrín, sin tiempo para deliberaciones ni para el velo de la

discreción, marchaba escoltado por un contubernio de legionarios romanos, convocados a toda prisa por orden del prefecto bajo presión de los sacerdotes al saber que los custodios del sepulcro no habían cumplido su misión. Los miembros del consejo no solían mezclarse con soldados, pero, en aquella ocasión, la urgencia superaba cualquier formalidad.

El sonido de las sandalias romanas sobre la piedra marcaba un ritmo seco, implacable. Caifás caminaba sin su mitra habitual, con el rostro endurecido y las sienes perladas por el sudor. A su lado, Anás avanzaba con el ceño fruncido y los labios apretados, murmurando pasajes de la Torá, como si buscara encontrar entre las palabras sagradas una justificación para lo que estaba por presenciar. Nadab ben Yaír caminaba con la mirada tensa clavada en la delantera del cortejo, midiendo cada sombra y cada rostro. A su lado, su sobrino Saulo.

En el otro costado, Gedeón avanzaba con el ceño fruncido y el rostro tan endurecido como la piedra que se suponía debía clausurar el sepulcro. Aunque su paso era firme y su porte el de un ejecutor sin dudas, por dentro hervía una tensión que no sabía cómo nombrar. A cada metro que acortaba la distancia con la tumba, una parte de él temía lo imposible. Había servido al Sanedrín con lealtad férrea, había reprimido el sentimentalismo que su hermano Simón llevaba como estandarte y había considerado a Jesús un auténtico peligro por desorden. Pero algo en aquella mañana, el temblor del suelo, los rumores entre soldados, el silencio antinatural en el aire, le hacía sentir que no era él quien iba a abrir la piedra.

Junto a Gedeón, como una sombra aún más salvaje que el propio zelote, marchaba el recién liberado Giora bar Abban. No vestía como un soldado ni como un sacerdote, sino como un hombre acostumbrado a huir y a luchar sin gloria. Llevaba una túnica rota

por la cintura y un manto raído que apenas cubría sus hombros. Su rostro, curtido por el sol y la sangre, era el de alguien que había vivido en los márgenes de la ley demasiado tiempo como para respetarla. Sus ojos, oscuros y vivaces, iban de un lado a otro, como si buscara un enemigo en cada esquina. Aunque el Sanedrín apenas confiaba en él, Gedeón había insistido en traerlo. Para muchos, Bar Abban no era más que un criminal. Pero para algunos era útil. Un instrumento que podía usarse en el momento justo. Y aquel momento parecía acercarse. A cada paso, la tensión entre su anarquía y la rigidez religiosa de los sacerdotes se volvía más evidente, como si caminaran con un animal encadenado al que aún no sabían si soltar o sacrificar.

Longinos caminaba al frente del contubernio con el rostro imperturbable, pero por dentro el torbellino era incontenible. En el Gólgota, cuando el acero de su lanza desgarró el costado del crucificado, no sintió gloria ni deber cumplido, sino una sacudida que aún le recorría el alma como un trueno. En aquel momento, al llegar al sepulcro acompañado del Sanedrín, sentía que cada paso lo acercaba no solo al lugar del milagro, sino al epicentro de una verdad que ya no podía ignorar. No quería. Iba como soldado, sí, pero también como testigo, y ni Caifás ni Anás ni Nadab podían adivinar que, para él, aquel sepulcro vacío sería la confirmación de que había atravesado a un hombre que jamás dejó de estar vivo.

Llegaron al sepulcro con prisa, sin ceremonia.

Allí, la piedra ya no protegía el umbral de la muerte.

Había sido desplazada.

El sello romano roto.

La entrada, abierta como una herida.

Durante unos instantes, nadie se movió. Los soldados se alinearon con disciplina, formando un perímetro de vigilancia

mientras el centurión Longinos se adelantaba. Hizo una señal, dio la orden de impedir que nadie lo siguiera y que prestaran especial atención al recién liberado Bar Abban, y descendió los peldaños que conducían al interior del sepulcro. La antorcha que llevaba proyectó su sombra sobre las paredes, alargada, temblorosa, como si también ella temiera lo que podría llegar a encontrar.

Dentro, el aire era denso, cargado de incienso reseco, tierra húmeda y un leve rastro de mirra. La antorcha chisporroteó al ser alzada, y su luz titilante iluminó las paredes de la tumba, revelando su vacío.

Pero Longinos no estaba completamente solo.

En un rincón, agazapado como si fuera una bestia herida, Simón el Zelote alzó la mirada con el cuerpo tenso como un arco a punto de romperse. A su lado, temblando, se encontraba el pequeño Jacob, el sobrino que había jurado proteger con su vida. El niño tenía los labios partidos del miedo, el rostro hundido en el costado de su tío, aferrándose a su manto como si pudiera desaparecer con él.

No habían tenido tiempo de huir.

Ambos eran el retrato del desamparo.

Longinos se detuvo en seco. Su mano rozó el asta de la lanza. No era una amenaza, sino un gesto inconsciente, de contención. Observó la escena sin prisa, sin juicio. Reconoció al Zelote. Lo había visto antes, en el templo, junto al Nazareno. Su hermano Gedeón esperaba fuera. Pero lo que tenía frente a él no era un combatiente ni un apóstol en misión secreta. Era un hombre derrotado, quebrado, protegiendo a un niño como si fuera su último fragmento de humanidad.

Reconoció al chico. El hijo de Gedeón.

Aquellos instantes fueron interminables.

El centurión no dijo nada.

Tampoco Simón. Solo sus miradas hablaron, en una conversación muda donde la súplica no necesitaba palabras y la compasión no requería permiso.

Longinos permaneció un instante más en la oscuridad de la tumba. Miró a Simón, aún abrazando al niño Jacob, con los ojos abiertos como puños de miedo, y allí no vio al enemigo. Vio restos de fe que latía con miedo, escondida entre las grietas de una piedra que ya no guardaba muerte. El centurión no llegó a decir nada. Tan solo hizo un leve gesto con la cabeza, casi imperceptible, y se giró hacia la salida.

La luz de la mañana lo cegó un instante al cruzar el umbral.

Fuera, el silencio era denso, expectante. Caifás, Anás, Nadab, Gedeón, Bar Abban y los legionarios del contubernio romano aguardaban una sola palabra.

Una orden.

Una versión.

Una excusa.

Longinos bajó lentamente los peldaños y, con el rostro hermético, sostuvo la mirada de cada uno.

Sus labios se abrieron al fin.

Pero, justo cuando iba a hablar, se detuvo.

Miró hacia el cielo.

Cerró los ojos.

48

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

La luz de la mañana lo cegó un instante al cruzar el umbral.

Fuera, el silencio era denso, expectante. Caifás, Anás, Nadab, Gedeón, Bar Abban y los legionarios del contubernio romano aguardaban una sola palabra.

Longinos bajó lentamente los peldaños y, con el rostro hermético, sostuvo la mirada de cada uno.

Sus labios se abrieron al fin.

Pero, justo cuando iba a hablar, se detuvo.

Miró hacia el cielo.

Cerró los ojos.

—La tumba está vacía. No hay rastro del cuerpo —exclamó hacia el exterior con voz firme.

No añadió más. No delató al Zelote ni al niño. No traicionó sus

nombres, ni sus vidas.

Tras una tensa espera, en aquel gesto, Simón terminó comprendiendo que, por un instante, el romano había dejado de ser soldado para convertirse en testigo y que prefería que Jacob se criara en el camino de la fe y el amor y no en el camino de la espada y el odio.

La incredulidad se congeló en el rostro de Caifás como una máscara de piedra. Su mandíbula se tensó, las venas del cuello palpitaban bajo el peso de una verdad que no estaba dispuesto a aceptar. Ni siquiera entró a comprobarlo por sí mismo. Solo se quedó de pie frente al sepulcro, con la túnica sacudida por el viento y las manos apretadas bajo las mangas como si pudiera contener con ellas el caos que se avecinaba.

Anás, más viejo pero no menos peligroso, se mantuvo a su lado. Sus ojos estaban entornados, oscuros como una cueva cerrada. Sabía leer los tiempos y en aquel domingo los relojes del poder habían dejado de girar a su favor. No articuló palabra. No lo necesitaba. Su silencio era típico de aquellos estrategas que sabían que una reacción precipitada podía ser más letal que una espada desenvainada.

Nadab ben Yaír, en cambio, no logró contener el temblor de sus manos. El fariseo dio un paso hacia delante, clavando la vista en el suelo como si necesitara encontrar un cadáver. Luego la alzó al cielo nublado, como si esperase una respuesta divina. Pero el cielo, como tantas otras veces, guardó silencio. Fue entonces cuando giró lentamente hacia Longinos, que permanecía erguido, sin apartarse ni un paso de la entrada de la tumba. El centurión romano, impasible, no había dicho más de lo necesario. Su lanza descansaba a su lado, en posición vertical, como un testigo que también había visto demasiado.

Parecía custodiar aquella entrada.

El centurión no permitiría el paso a nadie.

Nadab no podía dar órdenes a un romano, no debía tensar demasiado la cuerda. Respiró hondo. El silencio lo carcomía. Lo que estaba ocurriendo no solo desafiaba su doctrina; desmoronaba el frágil equilibrio que mantenía al pueblo bajo su control.

Caifás ordenó que se apartaran unos metros de Longinos y su contubernio. A una distancia más que prudente, hizo emerger su voz como un látigo frío, cargado de rabia y miedo disfrazados de convicción.

—Decidle al pueblo que sus seguidores han robado su cadáver.

La orden se propagó como un veneno entre los miembros del Sanedrín que lo acompañaban. Murmullos, miradas de aprobación, otras de horror. Nadab se sumó a la estrategia del sumo sacerdote, como si necesitaran ganar terreno antes de que las dudas lo atraparan.

—Este sepulcro pertenece a José de Arimatea. Acusadlo de apostasía. Involucrad a Nicodemo. Que esta farsa no destruya el templo.

Su voz se quebró ligeramente al pronunciar las últimas palabras, como si se diera cuenta, en ese mismo instante, de que el templo ya no era el mismo. El velo del lugar sagrado se había rasgado físicamente, y, en los corazones de algunos, la grieta también comenzaba a abrirse.

Anás cerró los ojos por un momento. Había vivido para servir al santuario. Había sacrificado más de lo que el pueblo sabría jamás. Pero el vacío del sepulcro no era solo una amenaza teológica. Era política. Era imperial. Y, si no la controlaban, todo ardería. Asintió con lentitud.

—Propagadlo. No importa lo que digan los discípulos. Ni lo que

crean las mujeres. Ni lo que testifique ese centurión —dijo al fin señalando a Longinos—. El cuerpo ha sido robado. Y ellos lo ocultarán hasta el fin de los tiempos.

Longinos, aún de pie, clavó la mirada en Anás. No dijo nada. Solo bajó la mirada hacia su lanza. La acarició con los dedos como si fuera un antiguo relicario. Y sonrió. Había visto la sangre, sí. Había sentido el temblor de la tierra y había escuchado el silencio de una muerte que no sabía a derrota.

La profecía estaba cumplida.

Él sabía lo que había visto.

Y lo que había atravesado con su lanza no era un hombre cualquiera.

Nadab se desplazó lentamente hasta quedar frente a Gedeón. No le hablaba como a un subordinado, sino como a una herramienta afilada, precisa y necesaria cuando todo lo demás fallaba.

—Gedeón, tú distribuirás la tarea. Hazlo rápido. Necesitamos cabezas visibles. Mueve a Giora bar Abban. Que él espíe a los apóstoles. A todos. Uno por uno. No me importa dónde estén escondidos ni con quién. Quiero saber qué van a hacer, cuál va a ser su próximo movimiento. Y escucha bien esto —se inclinó levemente hacia él—, quiero que lleve a mi sobrino con él. Saulo no debe estar aquí si sus seguidores provocan una insurrección pregonando la farsa de la resurrección. No debe quedar manchado con lo que vamos a hacer.

La mandíbula de Gedeón se tensó al oír el nombre de Saulo. Le tenía respeto, pero no le inspiraba confianza. Aquel joven era fuego aún no domado, ambicioso, impredecible. Pero obedecería. Como todos. Saulo, al fin y al cabo, era un gran espía. Nadab se volvió entonces hacia su sobrino.

—Saulo, no es el momento de dudar. Si alguno de ellos dice que

lo ha visto resucitado, conviene que pronto no puedan decir nada más. Informa tan pronto como sea posible.

Saulo permaneció inmóvil, algo tenso. Apretó los puños. Dentro de él, la palabra «resurrección» sonaba como un insulto. O como un desafío. Su fe era fuego, pero aún era un fuego ciego, impaciente, y necesitaba enemigos para sentirse puro.

—No dudaré, tío —respondió con firmeza—. Me aseguraré de que ninguno quede impune.

—Y tú, Gedeón —continuó Nadab—, encárgate de encontrar al Iscariote. No puede deambular en libertad. Quiero sus palabras, sus gestos, su miedo y su propósito. Solo sabemos que devolvió las monedas. Está arrepentido y, si habla, nos acarreará demasiados problemas.

Gedeón no respondió de inmediato.

Sus ojos, afilados como puntas de lanza, recorrieron el horizonte. Ya había visto demasiadas traiciones para dejarse llevar por la apariencia del remordimiento.

Pero Judas…

Judas era distinto.

No se parecía a su hermano Simón, cuya pasión lo hacía predecible. Judas era grieta, humo, una sombra en constante movimiento. Y eso lo hacía más peligroso aún. Había visto cómo miraba al Nazareno. Demasiado cerca para ser enemigo, demasiado esquivo para ser hermano.

—Yo iré por él —dijo finalmente, como si ya hubiera tomado una decisión incluso antes de recibir la orden—. Si Jesús fue el corazón de esta rebelión, Judas fue la mano que lo entregó. Y quiero ver en sus ojos si piensa volver a traicionar a alguien.

Nadab no replicó. Sabía que Gedeón no necesitaba más indicaciones. Había soltado al perro, y el animal sabría morder donde

más dolía.

Gedeón hizo una señal con la mano. Bar Abban se acercó a regañadientes. No le gustaba aceptar órdenes de nadie, pero estaba vivo gracias al Sanedrín, y no se hallaba en posición de desacatar sus directrices.

—Quiero que vigiles a los apóstoles —dijo sin rodeos—. A todos.

Bar Abban asintió con la cabeza, pero no se movió. Gedeón apretó los dientes. Sabía que aún no había terminado.

—Busca también a mi hijo —añadió, bajando ligeramente la voz, como si el hecho de tener a aquel hijo fuera debilidad—. Jacob ha desaparecido. No está en casa. Su madre salió ayer con mi hermano Simón. Les prohibí salir de Jerusalén durante el *shabbat*. Me han desobedecido.

Bar Abban entrecerró los ojos, comprendiendo la gravedad del encargo. Podría disfrutar de aquella misión.

—¿Y la mujer?

—Trae a mi esposa también. Miryam no se irá sin él. Si están con los discípulos, sabrás cómo encontrarlos. Comienza por Betania.

Giora bar Abban se inclinó y, en un susurro seco, juró traer de vuelta a los dos. Tanto él como sus hombres se pusieron en marcha inmediatamente. Saulo montó su caballo sin pronunciar palabra, aunque su mirada se cruzó un instante con la de su tío. No había orgullo en ella. Tampoco rabia. Solo una expectativa silenciosa que Nadab prefirió no leer. Aquel chico prometía como azote de los seguidores de Jesús.

El Sanedrín se dispersó como un enjambre. Pero Gedeón no. Gedeón se adelantó unos pasos para permanecer durante unos instantes inmóvil frente a Longinos, observando la tumba abierta como si aún pudiera interrogarla. No creía en milagros.

No creía en resurrecciones.

Pero creía en el peligro de las leyendas.

Y sabía que, solo atrapando al hombre que había entregado a Jesús, podría sofocar la chispa de una posible insurrección contra la corrupción en el templo antes de que se convirtiera en incendio.

Y entonces partió para reunir a sus hombres.

Si Judas aún caminaba sobre la tierra, Gedeón lo encontraría. Primera parada, el hogar del Iscariote: Betfagé.

Mientras los pasos se dispersaban y el rumor de órdenes llenaba la colina, Longinos mandó al contubernio partir antes que él.

Se quedó solo frente al sepulcro.

Gritó hacia su interior.

—Nunc aut nunquam!

El apóstol Simón captó el mensaje.

«Ahora o nunca».

Tenía que escapar con Jacob.

Tras el aviso, Longinos se marchó sin mirar atrás.

Su silueta recortada por la luz oblicua del amanecer parecía la de un centinela que había perdido la guerra, pero no la fe. Avanzó por un camino secundario, estrecho y serpenteante, que se deslizaba entre árboles bajos de ramas retorcidas y piedras calientes aún por el sol que ascendía lento, como si también le costara aceptar la resurrección.

No tardó en alcanzar un pequeño patio interior escondido entre dos muros medio derruidos, donde el viento se colaba entre rendijas con un silbido suave. Allí, como si el tiempo no hubiese pasado desde la víspera, Cornelio esperaba, firme, apoyado en una columna resquebrajada con los brazos cruzados. No necesitó volverse para saber que era Longinos quien llegaba.

Las caras de los centuriones lo decían todo.

—Pensé que ya no vendrías… —susurró Cornelio.

—Te dije que habría problemas… —alcanzó a pronunciar Longinos.

—¿Y?

Longinos tragó saliva. No sabía muy bien qué responder.

—Tú mismo te cercioraste —le dijo Cornelio sin dramatismo—. Lo viste morir…

Longinos no contestó enseguida. Le sostuvo la mirada. Había en sus ojos el cansancio de una noche sin tregua, pero también algo más profundo: el asombro de quien había presenciado lo imposible y había quedado marcado para siempre.

Longinos encontró al fin las palabras adecuadas:

—Lo he visto vencer.

Y el silencio cayó entre ambos como un manto de plomo. Ninguno necesitó decir nada porque las palabras, en aquel momento, eran ya demasiado pequeñas para nombrar lo que había sucedido. Habían visto cómo el poder temblaba frente a la paz. Cómo la muerte se deshacía ante la entrega.

Cornelio bajó la mirada por un instante y, cuando volvió a alzarla, sus ojos eran distintos. Más viejos, quizá. Más sabios. Más pacíficos. Como si toda su vida hasta entonces hubiese sido solo el preámbulo para comprender aquella verdad que solo podía explicarse a través de la vivencia.

Longinos se le acercó y le posó una mano en el hombro, firme como una orden, pero fraterna como un adiós.

—Debes marcharte, *frater* —dijo con confianza—. Espero que Cesarea te reciba con los brazos abiertos. Aquí ya no estás a salvo. El Sanedrín va a perseguir a todos sus seguidores y Roma no perdona a quienes dudan. Tú ya no puedes negar lo que has dicho y fingir que no has visto lo que has visto.

Cornelio asintió lentamente. No necesitaba convencerse. Lo

sabía. Lo había sabido incluso antes de subir aquella colina. Ya no era un centurión. Era un testigo. Y los testigos, tarde o temprano, serían silenciados. Jerusalén no era un lugar seguro para los defensores de Jesús de Nazaret.

—Y tú, Longinos… ¿Qué harás?

El centurión apoyó su lanza contra una roca y la contempló con una mezcla de respeto y resignación. La tocó con los dedos como si leyera en su metal lo que estaba por venir. Luego, sin apartar la vista, le habló a Cornelio con voz baja:

—Esta lanza ya no es mía. Ha dejado de ser un arma romana para convertirse en un testigo. Abrió un costado, pero mañana abrirá caminos. Con el tiempo, otros querrán poseerla, adorarán su filo, matarán por ella. Algunos dirán que sana, otros que condena. Tú y yo sabemos la verdad: no tiene poder por lo que hizo, sino por a quién tocó. La cuidaré o la esconderé. Pero nunca olvidaré que, aunque la lleve en la mano, jamás me pertenecerá del todo.

Cornelio asintió en silencio, sabiendo que aquella lanza, más que hierro, era ya historia viva.

—Entonces… ¿ya lo has decidido? —preguntó Longinos, apoyado en su lanza, la mirada fija en el horizonte.

Cornelio asintió con lentitud.

—Mi lealtad no puede seguir dividida. No después de lo que hemos visto. No después de él. No volveré a vestir la armadura del César. No con este corazón nuevo.

Longinos bajó la vista, pensativo, y luego soltó un suspiro breve.

—Ni yo a blandir la espada por un imperio que ya no es el mío —dijo Longinos, mientras soltaba la correa del cinturón—. Para mí también ha terminado. Roma puede conservar sus glorias. Yo he visto al Rey verdadero.

Cornelio sonrió con un dejo de melancolía.

—Por cierto —intervino una vez más Longinos—. Cuando nos conocimos, nunca me dijiste que tu hijo se llamaba Lucio, como yo.

Cornelio sonrió frente a Lucius Cassius Longinus.

—Nunca te dije que mi hijo también se llamaba Lucio porque necesitaba separar el deber del afecto. Hubiera sido reconocer en voz alta una ternura que no me podía permitir como centurión, y mucho menos frente a ti, que venías a investigarme. Confiaba en que algún día tú mismo llegarías a descubrirlo.

—¿Con qué intención, *frater*?

—Con la intención de que te dieras cuenta de que el nombre compartido no es una coincidencia, sino una providencia. Ambos, como yo, ya sois hijos de la luz.

Longinos sonrió. Era un antes y un después. Un adiós y un para siempre.

Estrecharon sus diestras una última vez. No como soldados. Como *fratres*, como hermanos.

Se separaron sin promesas. No hacía falta. Ambos sabían que, con suerte, se volverían a ver en otro mundo.

Entonces, en lo alto de la colina, el sol se abrió paso entre las nubes como una brecha dorada, iluminando la entrada de la tumba vacía.

Y, aunque el sepulcro no albergaba ya cuerpo alguno, el mundo, por primera vez en mucho tiempo, parecía más lleno que nunca.

Y allí, entre la certeza del milagro y el peso de las consecuencias, dos hombres se despidieron con la mirada.

El imperio no lo sabía aún, pero ya había comenzado a resquebrajarse.

Tres días después de la crucifixión

49

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Betfagé-Aceldama

Los olivos de Betfagé despertaban lentamente entre colinas de piedra y el viento traía un aroma limpio, casi inocente.

La madre de Judas dormía en su lecho de adobe, con su rostro sereno y el color plenamente recuperado. La enfermedad que durante años le había robado la voz, la mirada y la vida, se había esfumado como un mal sueño. Nadie en la aldea sabía cómo ni cuándo.

Solo Judas.

Judas sí lo sabía.

Había salido de casa antes de que la luz bañara los tejados. Había mirado a su madre una última vez y se había arrodillado junto al jergón de palma, acariciándole los dedos con devoción. Antes de cerrar la puerta del todo, dejó encima de la mesa un escrito para su

hermana, contándole su verdad, su manera de entender el Evangelio. Todo aquello que, debido a la emoción, a la tristeza y a la gratitud, no podría verbalizar con palabras.

—Todo se ha cumplido —murmuró.

Después, echó a andar.

La noticia se había deslizado por Judea como el viento previo a una tormenta: suave al principio, imparable después. Primero fue una confidencia entre mujeres al amanecer, luego un rumor inquieto entre quienes aún seguían temiendo por sus vidas. En pocas horas, aquella frase, «el sepulcro está vacío», se convirtió en un zumbido imparable que cruzó patios, subió por callejuelas y descendió a los mercados, alcanzando incluso las aldeas cercanas.

En Betfagé, aún envuelta en la sombra densa del luto, la noticia acababa de irrumpir como un relámpago en mitad del silencio.

—Jesús de Nazaret… ya no está donde lo dejaron —deslizó un viajero en voz baja.

Entonces Judas lo vio claro. Debía dirigirse hacia el sepulcro. Hacia el lugar donde se perdió todo o tal vez donde algo, por fin, se volvería a recuperar.

Llevaba la túnica manchada, el rostro sin afeitar y los pies hinchados por culpa de los días de dudas e insomnio.

Pero caminaba con paz.

Ya no tenía la necesidad de justificarse.

Había hecho lo que debía, no lo que quería.

Lo que se le pidió.

Y, aunque el mundo no lo supiera ni sabría jamás, el maestro lo había mirado a los ojos y le había dicho: «Gracias».

Sin embargo, no todo el mundo lo recibiría con los brazos abiertos.

Era consciente.

El problema no era él.

Era lo que sabía.

Decidió evitar rodear Jerusalén por el norte para eludir el Sanedrín y la fortaleza Antonia, y decidió bordear la ciudad por el sur hasta alcanzar el Gólgota, bajando el valle del Cedrón, cruzando Aceldama y atravesando el valle del Hinón.

La patrulla del Sanedrín salió de Jerusalén antes del alba. No vestían como soldados, pero se movían como tales. Sus órdenes eran claras: localizar a Judas Iscariote y evitar que hablara. No les preocupaba la entrega ni el beso en Getsemaní. Eso ya se conocía. La voz que no debía correr era lo que había oído en los pasillos del templo: nombres, sumas, pactos ocultos y silencios comprados.

Un solo testimonio sobre la corrupción del templo bastaría para encender una revuelta entre los habitantes de Jerusalén. No podían permitirlo.

Gedeón ben Ananías, el zelote, lideraba la patrulla.

Hacía años que obedecía sin preguntas.

«El mundo se sostiene sobre estructuras. Y las estructuras sobre obediencias», se repetía una y otra vez. No había descansado desde que el cuerpo desapareció. La versión oficial no le bastaba. Necesitaba certezas, pruebas, culpables. Al enterarse de que la noticia del sepulcro vacío había llegado a Betfagé, no dudó en moverse. Acompañado por algunos de sus zelotes más discretos, se había internado en la aldea al amanecer, oculto entre mantos de viajeros y comerciantes. Sus ojos no tardaron en fijarse en una figura conocida. Judas salió de su casa con paso decidido, el rostro marcado por el insomnio y el alma sostenida por una última intuición. Gedeón no lo detuvo. Con un simple gesto de su mano

ordenó su seguimiento. Desde una prudente distancia, los zelotes descendieron tras él por senderos de tierra.

No caminaba hacia Jerusalén.

Lo hacía en dirección al valle del Cedrón.

Hacia Aceldama.

Demasiado rodeo.

Pocos testigos.

Ocasión perfecta.

—Ahí está —dijo uno de los hombres.

—¿Huye? —preguntó otro.

Gedeón negó con la cabeza.

—No sé hacia dónde se dirige, pero no huye. No mira nunca hacia atrás.

El sol ya empezaba a calentar la tierra cuando lo alcanzaron. Judas se detuvo junto a un barranco, cuyas entrañas se asomaban como venas por la tierra agrietada.

Los miró uno por uno. No dijo nada. Solo sonrió.

Y esperó.

Gedeón se detuvo a pocos pasos de Judas. El aire de Aceldama parecía suspenderse, denso, expectante. Frente a frente, sobre la tierra agrietada y reseca, dos voluntades estaban a punto de medirse en silencio. Pero, en aquella ocasión, no era Gedeón quien imponía la fuerza con su presencia. Era Judas quien, de pie, con la túnica polvorienta y la mirada alta, sostenía la calma del que ya había recorrido el abismo sin temer al fondo, pues había regresado de él.

—Judas de Keriot… —proclamó al fin Gedeón.

—Gedeón ben Ananías… ¿Vienes a detenerme o a silenciarme? —respondió el apóstol maldito con voz firme.

El zelote pensó cada palabra que iba a pronunciar.

—Aquí termina tu camino —dijo Gedeón con firmeza, como si aún pudiera intimidarlo.

Judas no se inmutó. Ni un temblor en sus labios, ni un parpadeo. El viento le agitó el manto con suavidad, como si la tierra misma respetara su determinación.

—No, Gedeón, no termina aquí —respondió con una serenidad que descolocó al zelote.

Gedeón entrecerró los ojos. Esperaba un Judas quebrado, consumido por la culpa. No aquel hombre sereno que hablaba como si hubiera cumplido una promesa.

El silencio entre ambos se alargó, tenso. Gedeón lo observaba con creciente incomodidad. El traidor no se defendía. No rogaba. No temblaba. Estaba listo.

—A veces —dijo Judas, dando un paso hacia él—, el mayor acto de fidelidad es ser el puente hacia el sacrificio, aunque todos te recuerden como la piedra que hizo tropezar al mundo. Es algo que tu hermano Simón y tu hijo Jacob entienden mejor que tú.

Gedeón tragó saliva, pero no apartó la mirada. Frente a él, el traidor no parecía derrotado.

Parecía libre.

Y había osado nombrar a su hijo.

—Has estado en el templo. Has hablado con Caifás, con Anás, con Nadab. Has escuchado cosas que no debías oír.

Judas no apartó la mirada.

—Y he obedecido cosas que nadie se atrevería a obedecer —replicó seguro de sí mismo.

Gedeón lo miró de arriba abajo. Había algo en él que hacía difícil odiarlo. Eso lo complicaba todo.

—¿Qué es lo que quieres, Judas?, ¿justicia?, ¿venganza?

En ese momento, Judas bajó la mirada.

—Solo quiero comprender por qué el amor duele más que la traición. Pero tú no puedes ayudarme. Ni siquiera puedes ayudarte a ti mismo.

De nuevo, un tenso silencio. El viento movió las hojas secas del valle. La guardia de Gedeón seguía esperando órdenes.

—Deberías haberte quedado con las treinta monedas —dijo Gedeón.

Judas no dudó en darle réplica.

—Pensé que nos salvarían unas monedas. Lo que nos salvó fue su mirada.

—Traicionaste a tu maestro —insistió de manera inquisitoria Gedeón.

—¿Traicionar yo? Y tú, Gedeón, ¿a quién obedeces? —replicó Judas, dando un paso hacia él—. ¿A Dios o a los que se visten como si fueran Dios?

Gedeón comenzó a perder la paciencia. Judas no iba a ceder. Seguía sin tener miedo al borde del precipicio.

—No creo que sea el momento más adecuado para hablar de fe, Judas.

—¿No lo es, Gedeón?, ¿cuándo, entonces?, ¿cuando mi cuerpo reviente contra la piedra y todas mis entrañas se derramen?, ¿cuando tus manos se tiñan de sangre sin saber si ha servido de algo? Sé a qué has venido.

Hubo un silencio demasiado largo.

Los hombres de la patrulla se miraban sin moverse.

Judas no iba a suplicar por su vida.

Solo hablaba con los ojos encendidos, como si cada palabra que pronunciaba fuera una verdad que no quería llevarse a la tumba.

Judas no iba a parar.

—El Sanedrín, como tribunal religioso, no puede condenar a

nadie a muerte sin pruebas y sin procedimiento legal. La Ley fundamental de la Torá. Así que dime, Gedeón, tú que dices que yo fui el traidor. ¿Qué es más traición? —continuó Judas—. ¿Entregar al Hijo del Hombre sabiendo que es parte del plan divino o matar a un hombre en contra de la Ley solo porque puede contar que manipuláis a los hombres y al mismo Dios?

Gedeón sintió una punzada.

Conocía las escrituras, los mandamientos.

«No matarás».

—Te estás equivocando… —dijo al fin con cólera.

—¿Tú no? —replicó Judas sin miedo.

Otro silencio.

Judas dio un último paso.

Ya estaban demasiado cerca.

Frente a frente.

—Lo que vas a hacer —susurró—, hazlo pronto. El sepulcro está vacío. No tengo miedo a la muerte. Antes yo era tinieblas. Ahora, gracias a él, soy un hijo de la luz. Si he de morir, moriré sin negarle, como un hijo de la luz. Jacob es un niño excelente. No le mereces.

Gedeón ardió de furia por dentro.

Entonces ocurrió.

Sin rabia, sin fuerza.

El zelote lo empujó.

Con las dos manos.

Un solo gesto.

Seco.

Brutal.

Final.

El cuerpo de Judas cayó por el barranco de Aceldama.

No gritó.

Solo cerró los ojos.

Dedicó su último pensamiento a su hermana y a su madre.

El impacto fue violento.

Reventó.

La sangre de sus entrañas se mezcló con la tierra húmeda.

Y el silencio que siguió fue más infame que el crimen.

Los hombres bajaron la mirada.

Gedeón dio media vuelta.

—Que nadie hable —ordenó.

Y mientras el grupo se alejaba entre los matorrales, dejando atrás el cuerpo aún caliente, el campo de los alfareros volvía a mancharse de sangre bajo el cielo implacable de Jerusalén.

50

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

El templo olía a incienso rancio y a piedra caliente.

El murmullo de los levitas barría los patios como un viento cansado.

Nadie cantaba.

Nadie proclamaba victorias.

En aquel lunes se sentía el eco de una batalla aún no declarada.

Algo había ocurrido en Jerusalén.

Y nadie tenía el valor de proclamarlo en voz alta.

Aun así, los rumores corrían como ríos subterráneos: el Nazareno, aquel profeta crucificado ante todos, no estaba en su tumba.

Los comerciantes callaban.

Los ancianos cuchicheaban.

Las mujeres que lo seguían hablaban de ángeles, de visiones.

Sus discípulos, que antes caminaban con seguridad, se mantenían escondidos.

Y, entre las sombras del templo, el Sanedrín entero contenía el aliento. La incomodidad era un adversario invisible que avanzaba sin rostro, sin ejército y sin ley.

Gedeón cruzó los patios del templo como un hombre satisfecho. Su túnica, aún manchada de polvo del campo de Aceldama, le daba un aire de alguien que había cumplido una misión y venía a recoger su recompensa.

Había esperado a que saliera el sol.

No por miedo.

Por respeto.

Al orden.

A los tiempos.

A la forma.

Los que conservaban el poder sabían que las mentiras no se lanzaban a gritos.

Se sembraban con precisión.

Lo esperaba Nadab, vestido con la túnica blanca de los días ordinarios.

—Habla —dijo Nadab, sin levantar la vista de un rollo de papiro sin abrir.

Gedeón no se hizo de rogar.

—Está hecho. Judas ha muerto.

Nadab dejó caer el papiro. Lo observó unos segundos.

—¿Tú mismo?

Gedeón esbozó una mueca que no llegaba a sonrisa. Su gesto dibujaba en su rostro un sutil orgullo. Disimulado pero evidente.

—El mundo ya lo había situado al borde del abismo. Bastó un

pequeño empujón.

Nadab dejó escapar una breve carcajada seca a modo de burla, más que celebración.

—¿Y cómo diremos que ha muerto?

Gedeón guardó silencio. No querría mentir, pero tampoco quisiera confesar.

Nadab, hábil en la lectura de los silencios incómodos, le ofreció la solución.

—Ajitofel, el consejero del rey David que, tras traicionarlo, se colgó de un árbol… Así quedó escrito. Así lo creyó Israel. —Hizo una pausa, con la mirada afilada—. Hagamos lo mismo con Judas. Que corra la voz: el discípulo del Nazareno no soportó su culpa. Se ahorcó. Que nadie pregunte más. Que su traición muera con él… y el miedo haga el resto.

Gedeón asintió con gratitud.

El silencio que siguió no fue incómodo.

Fue cómplice.

Pesado.

Lleno de asentimientos que no necesitaban palabras.

Sabían que no era verdad.

No les importaba.

—Será mejor para todos —dijo finalmente Nadab, y la frase cayó como un decreto.

Volvió a su rollo y comenzó a desplegarlo. Momentos después habló con la misma voz con la que se dictaban las decisiones que terminaban moldeando el curso de la historia.

—Compraremos ese campo. Aceldama. A nombre de Judas Iscariote. Enterraremos allí a los forasteros, a los impuros y a todos aquellos que no tengan nombre. Que la tierra que recogió la sangre del traidor sirva al menos como símbolo de justicia. Y como

advertencia.

Gedeón intervino por fin:

—Será tierra maldita. Pero útil.

Nadab lo miró con cierto orgullo.

—Hazte cargo de la transacción. Toma las treinta monedas que ese pobre diablo nos devolvió. Que aparezca el nombre de Judas en el registro. El pueblo necesita cerrar este episodio. Sin mártires. Sin dudas.

Gedeón asintió. Lo había previsto todo. Y, en su interior, una paz oscura comenzaba a asentarse. No porque creyera en la justicia de lo que habían hecho, sino porque sabía que el orden necesitaba mitos. Y que, a veces, el silencio compraba más estabilidad que la verdad.

Justo cuando ya parecía que todo estaba dicho, Gedeón no quiso dejar ningún cabo suelto.

—El cuerpo del Nazareno no está. Los romanos no saben qué decir. Los galileos tampoco. ¿Y si…?

—¿Y si qué? —lo interrumpió Nadab, cortante.

—¿Y si no fue robado? —Gedeón no se amedrentaba con facilidad.

Se hizo un silencio. Nadab se reclinó lentamente. Miró a Gedeón detenidamente y volvió a posar la vista en el pergamino desplegado sobre la mesa.

—¿Tú crees en resurrecciones? —escupió Nadab.

—No. Pero sí creo en movimientos. Y en aquellas palabras que sobreviven a los cuerpos que se pudren. Si esto se nos va de las manos, no será por el cuerpo. Será por la historia que cuenten quienes lo siguieron.

Gedeón carraspeó, incómodo. No estaba preparado para hablar de lo que no podía controlar.

—Pero está bien así. Lo robaron sus discípulos. Es lo más lógico. Una distracción. Una farsa para alimentar leyendas. Nada más.

Nadab sonrió. Esta vez con una sonrisa larga, lenta, peligrosa.

—Da igual si fue robado o no. Lo importante es que nadie pueda demostrar que sigue vivo. La fe se alimenta de símbolos. Pero el poder…, el poder se protege con hechos.

Se levantó de nuevo. Caminó hacia el umbral. El sol comenzaba a colarse por las rendijas del templo.

—Gedeón, Judas se ahorcó en su propiedad y los seguidores del falso mesías robaron su cuerpo. Esta será la historia oficial. Enterrad a Judas donde nadie pregunte. Cerrad la boca a los testigos. Y vigilad a los que aún repiten su nombre y el de Jesús de Nazaret.

Gedeón asintió con un leve gesto, mientras su rostro se mantenía tan endurecido como una piedra. Sabía obedecer, pero algo en sus ojos delataba el cansancio de quien ya había cruzado demasiadas líneas. Se inclinó brevemente ante Nadab. No era de despedidas largas. Era hombre de acción, no de palabras. Dio media vuelta, su manto se alzó con el viento y desapareció por el pasillo de columnas como una sombra que sabía reconocer demasiado bien el lado más oscuro de la fe.

Fuera del templo, el aire ya estaba cargado de sol.

Algunos niños corrían por las escaleras.

Los vendedores de palomas gritaban sus precios.

Y, en algún rincón del Gólgota, el eco de una piedra rodando desde una tumba vacía acababa de romper el silencio del amanecer, como un nuevo latido en el corazón del mundo, anunciando que nada volvería a ser como antes.

Pero allí, en los patios de los hombres, ya se había decidido lo que debía recordarse.

También lo que debía enterrarse.

La verdad.

Domingo de Resurrección

Epílogo

Año 30 d. C.
שנה 3790
783 AUC
-
Jerusalén

Terminó el *shabbat.*

Despertó el domingo.

María de Magdala, Miryam y Juana, esposa del administrador Cusa, aún no habían partido a la tumba de Jesús con los perfumes que habían preparado.

El eco de las voces que una vez llenaron el piso superior había desaparecido.

Quedaban las paredes de piedra caliza, quietas y desgastadas, como si supieran guardar secretos. Y allí, envuelta en un manto azul gastado por las lágrimas y el tiempo, María, la madre de Jesús, subía lentamente las escaleras del alto aposento, donde su hijo había compartido el pan, el vino y la cena con los suyos por última vez.

El peso invisible que cargaba en el alma no la impedía llegar a lo

más alto. Sabía que aquel lugar no era solo un salón: era un altar suspendido entre el antes y el después.

Y era el lugar donde debía estar.

Mientras ascendía, aún tenía en mente el rostro del centurión Cornelio, que la había escoltado hasta el Gólgota la tarde anterior. Recordaba la emoción contenida en su voz, la reverencia de su saludo y la ternura de Lucio, el joven que una vez fue sanado por su hijo. María no había olvidado sus palabras, ni cómo Longinos bajó la mirada al verla, como un soldado que por fin reconocía a su reina. Aquella escena seguía latiendo dentro de ella: dos romanos al borde de lo sagrado, de pie junto a la cruz vacía, sin saber aún que la piedra también se movería.

Cuando llegó arriba, la puerta entreabierta donde una vez encontró a María de Magdala dejó escapar un leve susurro, como si el tiempo respirara.

Durante tres días nadie había vuelto a cruzar aquel umbral.

Entró.

La luz del atardecer se filtraba oblicua, dibujando sombras alargadas en el suelo. El polvo flotaba como incienso, danzando en silencio sobre los restos de aquella última cena. El aire estaba viciado, cargado del olor agrio de aceite derramado, vino seco, pan endurecido y especias que ya no reflejaban frescura.

Aquel ambiente que una vez fue celebración olía a ausencia.

Se percibía también la nota rancia de pescado seco que, olvidado sobre un pedazo de paz, empezaba a dejar su huella amarga, y en un rincón de la mesa, un higo abierto yacía reblandecido, como si hubiera envejecido más rápido en su inútil espera.

María avanzó despacio, tratando de contener las lágrimas.

Sus sandalias crujían sobre migas secas desperdigadas por el suelo de piedra.

La mesa aún seguía puesta, aunque desordenada: copas de barro a medio vaciar, platos con restos de cordero frío, manchas de vino extendidas como huellas de una conversación quebrada.

Había túnicas olvidadas colgadas del respaldo de algunos bancos y un manto arrugado sobre el suelo, como si alguien lo hubiese dejado caer al marcharse con prisa o dolor.

Quizá ambas cosas.

Su mano rozó la mesa.

Estaba marcada, arañada por la urgencia de una despedida no deseada.

Cada objeto allí presente era una herida sin cerrar, un símbolo de algo que no volvería a repetirse.

Se acercó a la copa caída.

La levantó.

Olía a vino añejo y a memoria.

Cerró los ojos y escuchó. «Tomad y bebed todos de él…», parecía susurrar aquella estancia.

Se estremeció.

No pudo evitar que una lágrima recorriera su mejilla.

Junto a la mesa, halló una tela doblada con esmero. La desdobló y la reconoció al instante. Era el paño que Jesús usó para secar los pies de sus discípulos. Aún guardaba la forma de las manos que lo habían trenzado.

—Tú, hijo mío, el más humilde —murmuró.

Se sentó.

Sus dedos recorrieron el mantel como si pudieran reconstruir la conversación que una vez tuvo lugar allí, como si su pulso pudiera traer de vuelta los ecos de aquella noche.

Cerró los ojos y, por un instante, el murmullo del viento en las rendijas se transformó en un susurro colectivo, como si las voces de

los doce aún flotaran en el aire. Imaginó a Pedro, conteniendo las lágrimas y la duda, jurándose fidelidad eterna mientras el miedo ya le mordía el corazón.

A Juan, acurrucado junto al pecho de su maestro, sin comprender del todo lo que allí sucedía pero aferrándose al amor.

A Santiago el Mayor, inquieto, con los puños cerrados, queriendo empuñar la espada para evitar el destino.

A Tomás, con los ojos entrecerrados, buscando certezas en un pan que hablaba de cuerpo y en un vino que hablaba de sangre.

A Andrés, observando a su hermano y repitiendo para sí las palabras que no quería olvidar.

A Felipe, turbado, queriendo ver al Padre pero sin saber que lo tenía delante.

A Bartolomé, en silencio reverente, intuyendo que estaba presenciando algo irrepetible.

A Mateo, repasando mentalmente cada gesto y cada frase, pensándolas como escritura sagrada.

A Simón el Zelote, conteniendo el ardor revolucionario que ardía en sus venas, entendiendo más aún el poder de la entrega pacífica.

A Judas Tadeo, pensativo, masticando la tristeza sin nombre que flotaba en el ambiente.

A Santiago el Menor, tan joven, con los ojos húmedos y abiertos, como si temiera perderlo todo.

Y a Judas al borde de su abismo. Descompuesto. Desbordado. Con la mirada perdida entre la copa y las monedas que no quería volver a tocar.

María entonces se incorporó y caminó hacia un rincón que había pasado por alto. Allí, sobre una pequeña repisa, descansaba una vasija de alabastro agrietada, que olía levemente a mirra.

Al tocarla, algo se agitó dentro de ella.

Era como si contuviera no perfume, sino dolor contenido.

Se detuvo.

Abrió los ojos, sorprendida.

Sintió una presencia.

Se giró rápidamente.

Observó con detenimiento todo el alto aposento.

Allí no había nadie.

Cuando volvió al centro de la estancia, algo cambió.

El aire.

El silencio.

La luz.

Todo se detuvo.

Allí, sobre la mesa, entre las migas endurecidas del pan sin levadura y la copa aún húmeda de vino, había algo que antes no estaba.

Un pequeño objeto de madera.

Inconfundible.

Imposible.

Un burro de juguete, tallado a mano.

El corazón le dio un vuelco.

Lo había tenido en su regazo.

Lo había visto nacer entre las manos callosas de José.

La curva tosca del lomo.

La ausencia de una oreja.

La rueda trasera que nunca giró del todo.

Lo había recogido del suelo tantas veces, cuando Jesús lo hacía tropezar entre las losas del patio de Nazaret.

Los recuerdos brotaron como una fuente.

Vio a su niño pequeño, de rizos oscuros, corriendo tras el burro de madera. Lo empujaba por los caminos de tierra.

«Iré con él a Jerusalén algún día, mamá. Iremos juntos, como amigos», solía decir.

Recordó la tarde en que el juguete desapareció. Habían buscado por la casa, debajo del banco, entre las tejas. Jesús había llorado como si hubiera perdido un amigo. María lo consoló con un paño, un beso, una canción…, hasta que el pequeño burrito apareció.

De repente, el recuerdo se tornó gris.

Vio a José.

Su José.

El silencioso.

El que construyó casas con sus manos y hogares con su corazón.

Lo vio tallando en la penumbra del taller, con las manos curtidas por el trabajo y el alma repleta de paz.

Lo recordó cargando a Jesús sobre los hombros, enseñándolo a alinear tablas y a escuchar los sonidos de la madera como si fueran latidos.

Recordó también sus largos silencios cuando ya la fuerza comenzaba a abandonarlo, y cómo cada tarde parecía más frágil, como una lámpara al final del aceite. No hubo milagros entonces.

No hubo voces del cielo.

Solo la despedida lenta de un hombre que amó sin palabras y se apagó en la misma humildad en la que había vivido.

María lo veló en silencio, con Jesús de pie junto a ella, ya casi adolescente, con los ojos muy abiertos y el pecho aún sin saber cómo contener tanto dolor.

Aquella fue la primera vez que la muerte los visitó.

Y, aunque era un adiós distinto al de la cruz, aquella despedida dejó en su corazón una ausencia que jamás se llenaría de nuevo.

Pero en aquel momento, de nuevo, el burrito de Jesús y José estaba allí.

Frente a ella.

Frente a sus lágrimas.

Junto al pan que fue cuerpo.

Junto al vino que fue sangre.

Junto a las sombras que ya no dolían.

En la mesa donde su hijo habló de entrega, de sangre, de una nueva alianza.

Cada vez que quiso entregárselo a su hijo, Jesús le rogaba que ella lo guardara.

Lo enterró frente al sepulcro.

Le pidió a su hijo que, al volver, trajera el burrito de vuelta.

Y, de repente, allí estaba su juguete favorito.

Sus manos temblaron al acercarse.

Lo tomó con delicadeza.

La madera, desgastada por los años, aún conservaba el tacto cálido de todo lo vivido.

Miró la marca leve en la pata, donde Jesús había intentado tallar su inicial con una ramita.

Lo apretó contra el pecho.

Cerró los ojos y, en la penumbra del recuerdo, volvió a escuchar el sonido de las risas al caer cualquier tarde en Nazaret.

Recordó cómo Jesús corría descalzo por el patio, con los cabellos alborotados por el viento y las rodillas raspadas de tanto trepar a los olivos, gritando «¡Mío!» señalando al burrito de juguete.

Recordó la primera vez que, de niño, le dijo «Te quiero» en un amanecer, y cómo gritaba «¡Mamá!» y «¡Papá!» cada vez que se ausentaban unos instantes.

Cómo le pedía más masa mientras ella amasaba el pan, solo para modelar palomas que luego lanzaba al aire, tratando de insuflarles algo de vida.

Cómo, al anochecer, cuando el trabajo cesaba y el mundo se recogía, él se sentaba a su lado y le preguntaba por las estrellas, como si ya las conociera por su nombre.

Recordó las veces que lo acunó en silencio cuando tenía fiebre, dándole su pecho y susurrándole himnos antiguos que hablaban de salvación sin saber que él mismo era el protagonista del canto.

Recordó cómo le enseñaron a escribir con una varilla en la tierra, y cómo él dibujaba círculos que no tenían fin.

Eran días sencillos, sin milagros, sin cruces, sin multitudes.

Solo ella y él.

Madre e hijo.

En aquel recuerdo, más nítido que la luz que entraba por la ventana, comprendió que cada gesto de entonces ya anunciaba un misterio, un sacrificio, un propósito.

Y que en la infancia de Jesús estaba ya sembrada toda la eternidad.

Todo estaba allí.

En aquel burro de madera. Todo había vuelto. Todo se había cumplido.

Y entonces lo entendió.

Aquella pequeña figura de madera significaba solo una cosa.

Que su hijo volvía al mundo.

Pero, sobre todo, que su hijo volvía a ella.

Sintió que el tiempo no estaba roto.

Que ni la cruz, ni la sangre, ni las espinas ni el sepulcro sellado podrían separarla del niño que ella amó en Nazaret y no dejó de amar en Jerusalén.

María lloró de felicidad.

Jesús, el Hijo de Dios, el hijo de José, su hijo, había vencido al mundo.



APÉNDICES

Nota del autor

Diccionario de la lengua española:

sacrificio

Del lat. *sacrificium*.

1. m. Ofrenda a una deidad en señal de homenaje o expiación.
   SIN.: inmolación, holocausto, martirio, oblación, ofrenda, expiación.
2. m. Acto del sacerdote al ofrecer en la misa el cuerpo de Cristo bajo las especies de pan y vino en honor de su Eterno Padre.
3. m. Matanza de animales, especialmente para el consumo.
4. m. Matanza de personas, especialmente en una guerra o por una determinada causa. La revolución supuso el sacrificio de miles de vidas.
5. m. Peligro o trabajo graves a que se somete una persona.
6. m. Acción a que alguien se sujeta con gran repugnancia por consideraciones que a ello le mueven.
7. m. Acto de abnegación inspirado por la vehemencia del amor.
   SIN.: abnegación, renuncia, resignación, sufrimiento, padecimiento, generosidad, privación.
8. m. coloq. Operación quirúrgica muy cruenta y peligrosa.

Galería de personajes

María de Nazaret. A pesar de que la última vez que se menciona a María es tras la ascensión de Jesús en Hechos 1,12-26, según la tradición católica, los últimos años de la Virgen María después de la resurrección y ascensión de Jesús estuvieron marcados por su vida en la casa del apóstol Juan en Éfeso. Se dice que María dedicó sus años finales a fortalecer la comunidad cristiana, compartiendo su sabiduría y amor con los seguidores de Jesús. Se cree que María fue elevada al cielo en cuerpo y alma cuando terminó su vida terrenal, un evento que ha sido celebrado como la asunción de la Virgen María por la Iglesia católica. Aunque no hay relatos detallados en la Biblia sobre este periodo, la figura de María como madre de Jesús y discípula fiel ha sido venerada a lo largo de la historia cristiana por su papel en la historia de la salvación.

Judas Iscariote. Poco se sabe con certeza sobre sus primeros años y origen. El apellido «Iscariote» sugiere que podría haber venido de Keriot, una ciudad en Judea, lo que lo habría diferenciado de la mayoría de los otros apóstoles, que eran galileos. Fue honrado con la responsabilidad de ser el tesorero del grupo, encargándose de la

bolsa común de dinero que se utilizaba para sus necesidades y para ayudar a los pobres. Los Evangelios narran que Judas se dirigió a los principales sacerdotes y les ofreció entregar a Jesús a cambio de treinta piezas de plata. Se cree que fue motivado por una combinación de avaricia, desilusión y quizá algunos aspectos de la política y las expectativas mesiánicas no satisfechas. El acto de Judas ha sido debatido durante siglos. Algunos ven a Judas como un simple traidor motivado por la codicia, mientras que otros han intentado comprender su papel en un contexto más amplio de los eventos que llevaron a la crucifixión de Jesús. Sin embargo, para muchos cristianos, Judas representa la traición y el peligro de perder la fe. En ciertos textos y tradiciones gnósticas, Judas es retratado de manera diferente, a veces como un colaborador necesario en el plan divino de la redención. El Evangelio de Judas, un texto gnóstico compuesto alrededor del siglo II, sugiere que Judas actuó por mandato de Jesús y fue un aliado en la realización del propósito divino.

Longinos de Cesarea. El centurión Longinos es un personaje mencionado en los Evangelios como el soldado romano que estuvo presente en la crucifixión de Jesús de Nazaret. Según la tradición cristiana, Longinos fue quien perforó el costado de Jesús con una lanza mientras estaba en la cruz. Después de presenciar la muerte de Jesús, y tras la resurrección de este, Longinos abandonó el ejército romano y se convirtió en un misionero cristiano, predicando el evangelio en tierras lejanas. Longinos es considerado un santo por algunas confesiones cristianas y su historia ha sido objeto de veneración en la Iglesia católica y ortodoxa. Su acto de fe al reconocer a Jesús como el Hijo de Dios a pesar de su ejecución fue un tema recurrente en el arte y la tradición cristiana.

Cornelio. Fue un oficial del ejército romano, con el rango de centurión, perteneciente a la «cohorte itálica» acantonada en Cesarea Marítima, sede administrativa de la provincia romana de Judea. Es mencionado en el capítulo 10 del libro de los Hechos de los Apóstoles como un «hombre piadoso y temeroso de Dios», que practicaba la oración y la limosna, y gozaba de buena reputación entre los judíos de su entorno. El relato bíblico lo presenta como el primer gentil (no judío) en recibir el Espíritu Santo y ser bautizado, sin necesidad de circuncisión previa, tras una visión divina y el encuentro con el apóstol Pedro. Este episodio marca un punto de inflexión en la expansión del cristianismo, al establecer que la fe en Jesús no estaba limitada al pueblo judío, sino abierta a todas las naciones. No se conservan fuentes extrabíblicas que corroboren su existencia histórica o la de su sirviente sanado (referido en Lucas 7, 1-10 y Mateo 8, 5-13, aunque sin identificar expresamente a Cornelio). Cornelio es venerado como santo por varias confesiones cristianas, y su figura se interpreta como símbolo de apertura universal del mensaje evangélico.

Juan bar Zebedeo. El apóstol Juan, uno de los doce discípulos de Jesús, se refugió en la isla de Patmos en los últimos años de su vida debido a la persecución de los cristianos bajo el Imperio romano, al oponerse a la idolatría de la diosa Diana y reconocer al emperador Domiciano como Señor y Dios. Durante su exilio en Patmos, algunas corrientes afirman que Juan tuvo visiones que lo inspiraron a escribir el libro del Apocalipsis, uno de los textos más enigmáticos del Nuevo Testamento, aunque hay quienes dudan de que el apóstol Juan sea el mismo Juan autor del Evangelio, Apocalipsis y las Epístolas joánicas. Posteriormente, se cree que regresó a Éfeso, donde continuó su ministerio y escribió las tres epístolas que llevan su

nombre, centradas en el amor y la verdad cristiana. Juan murió a una edad avanzada, siendo posiblemente el único de los apóstoles que no sufrió el martirio, y su legado perdura a través de sus escritos, que han tenido un impacto profundo en la teología cristiana.

María de Magdala. Comúnmente conocida como María Magdalena, fue una mujer originaria de Magdala, una ciudad situada en la costa occidental del mar de Galilea. Su nombre aparece en los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento como una seguidora cercana de Jesús, y figura entre las mujeres que lo acompañaban durante su ministerio itinerante, apoyándolo con sus bienes (Lucas 8, 1-3). Según Lucas 8, 2, Jesús había expulsado de ella «siete demonios», lo que tradicionalmente se ha interpretado como una curación espiritual o psíquica de gran intensidad. No se identifican más detalles sobre esta aflicción ni sobre su estado anterior. María de Magdala estuvo presente en la crucifixión de Jesús (Marcos 15, 40; Juan 19, 25), fue testigo de su sepultura (Mateo 27, 61) y es mencionada en todos los relatos evangélicos como una de las primeras —o la primera— en descubrir la tumba vacía la mañana del domingo (Marcos 16, 1-8; Juan 20, 1-18). En el Evangelio de Juan, tiene un encuentro directo con el Jesús resucitado, quien le encomienda anunciar la buena nueva a los discípulos, lo que ha llevado a referirse a ella como «apóstol de los apóstoles». Su figura ha sido objeto de muchas interpretaciones a lo largo de la historia, algunas de ellas no basadas en fuentes bíblicas, como la identificación errónea con la mujer adúltera, la pecadora anónima de Lucas 7 o la unión sentimental con Jesús de Nazaret, siendo esta la teoría más famosa en la actualidad. En la investigación moderna, se distingue claramente como una líder femenina clave en los orígenes

del cristianismo, aunque los detalles de su vida permanecen escasos y su papel ha sido en parte oscurecido por la tradición posterior.

Poncio Pilato. Fue un funcionario romano que ejerció como prefecto (*praefectus*) de la provincia de Judea bajo el gobierno del emperador Tiberio entre los años 26 y 36 d. C., según las fuentes históricas disponibles, especialmente los escritos de Flavio Josefo, Filón de Alejandría y Tácito. Es conocido principalmente por su papel en el juicio y la crucifixión de Jesús de Nazaret, según relatan los Evangelios canónicos. Nombrado por el legado imperial de Siria, Pilato residía habitualmente en Cesarea Marítima, aunque se desplazaba a Jerusalén durante las grandes fiestas judías para mantener el orden público. Su mandato estuvo marcado por conflictos frecuentes con la población judía, debido a decisiones que se percibían como provocaciones religiosas y culturales, como la introducción de estandartes con imágenes del emperador o la utilización de fondos del templo. Según los Evangelios, Pilato mostró reticencia a condenar a Jesús, lavándose las manos como símbolo de su aparente desentendimiento. No obstante, permitió la ejecución para evitar un posible disturbio. Su figura ha sido objeto de debate tanto en el ámbito histórico como teológico. Fue destituido por el legado de Siria, Lucio Vitelio, tras el uso excesivo de la fuerza contra una revuelta en Samaria. Su destino posterior es incierto: algunas tradiciones cristianas lo presentan como arrepentido, mientras que otras lo asocian con la injusticia del poder imperial.

Claudia Prócula. Personaje mencionado brevemente en el Evangelio de Mateo (Mateo 27, 19), es conocida por haber enviado un mensaje a su esposo, el procurador romano Poncio Pilato, durante el juicio de Jesús, advirtiéndole que no se involucrara en la condena de «ese justo», debido a un sueño perturbador que había tenido. Su figura

ha sido objeto de múltiples interpretaciones en la tradición cristiana, donde se la considera símbolo de intuición espiritual y justicia no escuchada. Fuera del Nuevo Testamento, no existen fuentes históricas concluyentes sobre su vida o su relación con Pilato. Algunos textos apócrifos y la tradición cristiana oriental la veneran como santa, especialmente en la Iglesia ortodoxa, donde su fiesta se celebra junto a la de su esposo en algunas comunidades. Su nombre, «Claudia», aparece en ciertas tradiciones literarias y en textos como los Hechos de Pilato, aunque estos no tienen carácter histórico confirmado. En el arte y la literatura ha sido representada como una mujer noble, culta y compasiva, cuya breve intervención es una de las pocas voces femeninas en el relato de la pasión.

Bar Abban (Barrabás). Los últimos años de Barrabás, el criminal notorio elegido por la multitud para ser liberado en lugar de Jesús según los Evangelios, no están documentados en las Escrituras ni en fuentes historiográficas confiables. Barrabás es descrito como un insurrecto y un asesino involucrado en una rebelión contra la autoridad romana. Su liberación es vista como un acto de conmoción y contraste en los relatos de la crucifixión de Jesús. Las teorías son meramente especulativas y, en ausencia de evidencia concreta, Barrabás permanece como una figura cuyo impacto resalta únicamente debido a ese singular momento de la pasión de Cristo.

Nadab ben Yaír. Personaje ficticio, creado para ejercer de tío de Saulo, el futuro Pablo de Tarso.

Gedeón ben Ananías. Es un personaje ficticio que se niega a creer en Jesús y, por lo tanto, representa el odio, la frustración y la incapacidad de ver todo aquello que tiene frente a él. Hermano de Simón el Zelote, esposo de Miryam bar Calef y padre de Jacob.

Miryam bar Calef. Del hebreo מרים (María), la esposa de Gedeón y madre de Jacob está inspirada en las mujeres más importante de mi vida así como en la mujer que aparece en el Evangelio de Lucas 24, 1-10:

> [1]El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres
> fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado.
> [2]Encontraron corrida la piedra del sepulcro. [3]Y, entrando, no
> encontraron el cuerpo del Señor Jesús. [4]Mientras estaban
> desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con
> vestidos refulgentes. [5]Ellas quedaron despavoridas y con las
> caras mirando al suelo y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis
> entre los muertos al que vive? [6]No está aquí. Ha resucitado.
> Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, [7]cuando
> dijo que el Hijo del Hombre tiene que ser entregado en manos
> de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar».
> [8]Y recordaron sus palabras. [9]Habiendo vuelto del sepulcro,
> anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. [10]Eran
> María la Magdalena, Juana y María (Miryam), la madre de
> Santiago (Jacob).

Jacob bar Gedeón. Es un personaje ficticio que representa muchas cosas, la mayoría de ellas personales y privadas. La más importante, la pérdida de la fe y el regreso a la luz. Es una figura que pretende reflejar a muchos de nosotros en nuestra relación con la fe, en cualquiera de sus acepciones. Es el protagonista de *Te he llamado por tu nombre* (Suma, 2024).

Datos de interés

Final de Judas Iscariote

En los Evangelios, el destino de Judas Iscariote se describe principalmente en el Evangelio de Mateo y es complementado indirectamente en otros textos bíblicos.

1. Evangelio de Mateo (Mateo 27, 3-5). Es el único Evangelio que proporciona detalles sobre el final de Judas. Después de traicionar a Jesús, Judas se siente lleno de remordimiento. Intenta devolver las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y ancianos, confesando que ha pecado al entregar sangre inocente. Cuando ellos no muestran interés y le dicen que eso es asunto suyo, Judas arroja las monedas en el templo y luego se ahorca.
2. Evangelio de Marcos. No se menciona el destino de Judas después de la traición. Marcos se centra más en el relato de la pasión de Cristo sin dar detalles sobre el remordimiento o la muerte de Judas.
3. Evangelio de Lucas. Similar a Marcos, Lucas no detalla el final

de Judas Iscariote. Se centra más en los eventos alrededor de la pasión y resurrección de Jesús.

4. Evangelio de Juan. No proporciona un relato sobre la muerte de Judas. El Evangelio de Juan destaca aspectos de la traición y muestra a Judas saliendo de la última cena después de que Satanás entra en él, pero no da detalles sobre su posterior arrepentimiento o muerte.

En resumen, el único Evangelio que ofrece una narrativa específica sobre el destino final de Judas Iscariote es el de Mateo. Otros relatos, como en los Hechos de los Apóstoles, amplían o complementan la historia desde diferentes perspectivas.

Discrepancia de la muerte de Judas

La muerte de Judas Iscariote, el discípulo que entregó a Jesús a las autoridades del templo, ha sido desde los orígenes del cristianismo un tema rodeado de contradicciones y debates. Los textos bíblicos no ofrecen una versión unificada, y esa divergencia ha generado siglos de interpretaciones teológicas, artísticas y populares. Lo cierto es que la figura de Judas quedó marcada por el estigma de la traición, y el relato de su final se convirtió en símbolo de la culpa, la desesperación y la ausencia de redención.

El Evangelio de Mateo (27, 3-10) narra que Judas, al ver que Jesús era condenado, sintió remordimiento y devolvió las treinta piezas de plata a los sumos sacerdotes, confesando: «He pecado, porque he entregado sangre inocente». Los sacerdotes rechazaron el dinero, considerándolo impuro, y Judas, desesperado, arrojó las monedas en el templo y se ahorcó. Según esta versión, el dinero fue usado para comprar el campo del alfarero, que se convirtió en lugar

destinado a enterrar a los extranjeros. El relato de Mateo enfatiza la desesperación de Judas y su suicidio por ahorcamiento como castigo autoinfligido, destacando la imposibilidad de reintegrarse al grupo apostólico o de encontrar consuelo en su arrepentimiento.

El libro de los Hechos de los Apóstoles (1, 16-20), atribuido a Lucas, ofrece, sin embargo, una versión muy distinta. Allí se dice que Judas adquirió un campo con el precio de su traición y que cayó de cabeza, reventándose y derramando sus entrañas. Este relato, mucho más gráfico, pone el acento no en la decisión consciente de ahorcarse, sino en una especie de castigo divino que se materializa en una muerte violenta y humillante. A partir de este episodio, aquel lugar pasó a conocerse como Aceldama, el «Campo de Sangre». La diferencia esencial radica en que, en el Evangelio de Mateo, Judas muere por su propia mano, mientras que en Hechos parece ser víctima de un destino trágico ligado a la justicia de Dios.

Estas dos tradiciones parecen inconciliables, pero ambas tuvieron una profunda influencia en la tradición cristiana. Para los Padres de la Iglesia, esta duplicidad de relatos fue objeto de múltiples intentos de armonización. Algunos exegetas sugirieron que Judas se ahorcó, pero que posteriormente, al desprenderse su cuerpo, cayó y se abrió en canal, uniendo así los dos testimonios en una sola secuencia. Otros, en cambio, veían en las discrepancias un indicio de que las comunidades primitivas transmitieron tradiciones diferentes sobre un personaje particularmente incómodo.

A lo largo de la historia, la muerte de Judas se convirtió también en una metáfora teológica. Para algunos, simboliza la consecuencia inevitable de la desesperación y de la incapacidad de confiar en la misericordia de Dios: Judas, a diferencia de Pedro, no habría sabido pedir perdón. Para otros, en cambio, es la muestra más radical de la libertad humana: aquel que convivió con Jesús y fue testigo de sus

obras acabó escogiendo la autodestrucción. La discrepancia en los relatos, lejos de ser un mero detalle narrativo, refleja la tensión entre la justicia y la misericordia divinas, entre el destino y la libertad.

En la cultura popular y en la literatura apócrifa, esta ambigüedad se amplió aún más. Algunos escritos gnósticos, como el Evangelio de Judas, reinterpretan su papel no como traidor, sino como el único discípulo que comprendió el verdadero plan de Jesús. En este marco, la muerte de Judas no es tanto castigo como consecuencia de un designio mayor. Estas visiones, aunque heterodoxas, demuestran la fuerza del enigma en torno a su final.

La discrepancia de la muerte de Judas, en definitiva, no puede entenderse solo como una contradicción textual, sino como un espejo de las tensiones teológicas del cristianismo primitivo. La muerte por ahorcamiento refleja la desesperación humana, mientras que la caída y el estallido del cuerpo representan el castigo divino. Juntas, ambas versiones configuran una imagen polifacética de Judas: el hombre que se arrepintió, pero no halló consuelo; el traidor que se autodestruyó, pero también el ejemplo de lo que significa quedar fuera de la comunidad de salvación. Esta ambivalencia es, precisamente, lo que ha mantenido viva la discusión durante dos milenios y lo que convierte su figura en una de las más enigmáticas y perturbadoras de toda la tradición bíblica.

Judas en la liturgia

La discrepancia sobre la muerte de Judas también se trasladó al ámbito de la liturgia cristiana, generando un contraste notable con el tratamiento dado a otros apóstoles. Mientras que Pedro o Juan fueron celebrados con fiestas, himnos y memoria cultual, Judas

quedó excluido de toda conmemoración positiva y, en cambio, su destino fue recordado en la liturgia como advertencia moral y teológica. La liturgia no se limitó a narrar el hecho de su traición, sino que, en función de las versiones bíblicas, resaltó dos aspectos diferentes de su final: la desesperación que conduce al suicidio y el castigo divino ejemplarizante.

En la liturgia latina, particularmente en la Semana Santa, los pasajes evangélicos de Mateo sobre el arrepentimiento de Judas y su suicidio se leen durante el Oficio de Tinieblas y en la liturgia del Jueves Santo. Allí, Judas se convierte en el contrapunto de Pedro: uno llora su pecado y es restaurado, mientras que el otro cae en la desesperación y se ahorca. El acento litúrgico recae en la gravedad de la traición y en el precio de la infidelidad, pero también en la importancia de buscar siempre la misericordia de Dios, incluso en el pecado más grave.

En el rito bizantino, la figura de Judas aparece de manera más insistente en los himnos y troparios de la Semana Santa. En particular, en el himno del *Kassiani* del Martes Santo, se contrasta la actitud de la mujer pecadora que unge los pies de Cristo con la de Judas, que vende al maestro. En estos cantos, se enfatiza la corrupción de su corazón, y el destino de su muerte se asocia a la «pérdida de las entrañas», evocando la versión de los Hechos de los Apóstoles. De este modo, la liturgia oriental recoge más la imagen del castigo divino y de la descomposición física como signo de la podredumbre espiritual.

Un detalle significativo es que, en algunas tradiciones medievales de Occidente, se incorporaron dramatizaciones litúrgicas en la Semana Santa, conocidas como *misterios* u *officia*. En ellas, la muerte de Judas se representaba escénicamente, unas veces como ahorcamiento, otras como caída sangrienta en el Campo de Sangre.

Estas representaciones populares reforzaban el carácter ejemplarizante del traidor, que debía ser temido como símbolo del pecado irreconciliable.

Además, en el plano litúrgico y devocional, Judas quedó asociado a las llamadas «maldiciones de los apóstoles» en algunos calendarios y comentarios patrísticos. A la vez que se veneraban las reliquias de los doce apóstoles, la ausencia de Judas se convertía en una lección viva: él, que había compartido el pan con Cristo, no solo perdió el apostolado, sino que también su muerte violenta y contradictoria lo excluyó de toda memoria litúrgica de honor.

De este modo, la liturgia cristiana absorbió las discrepancias bíblicas sin resolverlas plenamente: en Occidente prevaleció la imagen del suicidio por desesperación, mientras que en Oriente se reforzó el castigo divino y la corrupción del cuerpo. Pero, en ambos casos, la finalidad era la misma: recordar al fiel que el pecado de traición y la falta de confianza en la misericordia conducen a un destino fatal, y que Judas se convierte en la advertencia viva que acompaña, año tras año, a la celebración del misterio pascual.

Detalles sobre las monedas de Judas

Las monedas de Judas se refieren al pago que él recibió a cambio de traicionar a Jesús, entregándolo a las autoridades religiosas. Este acto es relatado en el Nuevo Testamento, concretamente en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas.

1. Cantidad y material. Las monedas son descritas como «treinta piezas de plata». La cantidad se menciona específicamente en el Evangelio de Mateo (Mateo 26, 14-16). La plata era un metal precioso y, en el contexto bíblico, se refería a una suma

de dinero significativa, aunque no descomunal.

2. Simbolismo. Estas piezas de plata han llegado a simbolizar la traición y la avaricia a lo largo de la historia. La acción de Judas y las monedas se consideran un símbolo de la traición suprema.
3. Naturaleza de las monedas. Existen debates sobre qué tipo exacto de moneda eran las treinta piezas. Algunos estudiosos sugieren que podrían haber sido siclos de plata o tetradracmas, que eran monedas comunes en la región durante ese tiempo. Sin embargo, el tipo exacto de moneda no se especifica en los textos bíblicos.
4. Uso posterior. Según el relato bíblico, Judas, al arrepentirse de su traición, intentó devolver las monedas a los sacerdotes del templo. Al ser rechazado, arrojó las monedas en el templo antes de suicidarse. Los sacerdotes utilizaron luego estas monedas para comprar un campo de alfarero, conocido como el «Campo de Sangre», para enterramientos de extranjeros (Mateo 27, 3-10).

Las treinta piezas de plata de Judas no solo son una parte esencial de la narrativa de la traición de Cristo, sino que también han adquirido un significado simbólico profundo en la cultura y la literatura, representando los temas de traición, avaricia y remordimiento.

Siclos de Tiro

A lo largo de los siglos, la cuestión de las treinta monedas de plata recibidas por Judas Iscariote como pago por entregar a Jesús ha suscitado una intensa curiosidad histórica, teológica y cultural. ¿Qué

monedas fueron exactamente? ¿De qué procedencia? ¿Por qué se les dio ese valor específico? Una de las hipótesis más sólidas apunta a que aquellas piezas no eran monedas locales de Jerusalén, sino los célebres siclos de Tiro, unas acuñaciones de plata que, en tiempos de Jesús, gozaban de enorme prestigio y aceptación en toda la región.

Los siclos de Tiro se emitieron entre los siglos II a. C. y I d. C. en la ciudad fenicia de Tiro, bajo dominio primero helenístico y luego romano. Se trataba de monedas de gran pureza, con un contenido en plata superior al 95 por ciento, lo que les otorgaba un valor estable y confiable. Precisamente por esa calidad, eran las únicas aceptadas para el pago del tributo anual en el Templo de Jerusalén, tal como señalan diversas fuentes antiguas. Esto explicaría por qué, a pesar de su iconografía pagana —mostraban en el anverso al dios Melqart-Heracles y en el reverso un águila sobre la proa de un barco —, estas piezas circulaban con fuerza en territorio judío.

El dato no es menor: si los sacerdotes necesitaban monedas de plata pura y de peso estandarizado para los ritos del templo, resulta coherente que el Sanedrín pagara a Judas con este tipo de monedas. El precio de «treinta siclos» remite, además, a una tradición veterotestamentaria: en Éxodo 21, 32 se establece esa cantidad como compensación por la muerte de un esclavo. Con este trasfondo, el pago a Judas adquiría una dimensión económica y simbólica: la vida de Jesús, considerado por los sacerdotes como un falso profeta, fue tasada con el valor mínimo de un siervo.

La elección de los siclos de Tiro refuerza la paradoja de la historia. Para llevar a cabo una operación que pretendía ser religiosa —la captura y condena de Jesús por supuesta blasfemia—, se utilizaron monedas con símbolos paganos, cargadas de connotaciones idolátricas. Esta contradicción ha sido señalada por

numerosos estudiosos como un reflejo de la tensión entre la pureza ritual exigida en el templo y la dependencia práctica de un sistema económico globalizado, dominado por Roma y por las tradiciones monetarias helenísticas.

En este sentido, pensar que las monedas de Judas eran siclos de Tiro no solo es plausible desde el punto de vista numismático, sino también coherente con el contexto histórico y teológico. Constituyen un testimonio material de cómo el poder religioso y el poder económico se entrelazaban en la Judea del siglo I. Y, al mismo tiempo, se convierten en un símbolo universal de la traición y del precio de la vida humana, cargado de resonancias bíblicas y culturales que han sobrevivido hasta nuestros días.

Los siclos de Tiro son monedas que, a simple vista, sorprenden por la fuerza de sus imágenes y por el contraste entre su uso en contextos judíos y su simbología pagana. Su diseño se mantuvo prácticamente inalterado durante más de un siglo, lo que refuerza la idea de su estandarización y su aceptación generalizada.

En el anverso, la moneda muestra la cabeza del dios fenicio Melqart, identificado con el Hércules griego. Se le representa de perfil, coronado con una diadema de laurel, con el cabello largo y ondulado, y una expresión serena pero majestuosa. Esta iconografía lo convierte en una de las representaciones más reconocibles de las monedas de la Antigüedad oriental. La presencia de una deidad pagana en una moneda que los judíos debían utilizar en el templo resulta, a primera vista, paradójica. Sin embargo, lo que garantizaba su aceptación no era la imagen, sino su alta pureza en plata.

En el reverso, aparece un águila de pie sobre la proa de un barco, con las alas recogidas y la cabeza girada hacia un lado. El águila, símbolo de poder y victoria, evoca también la vocación marítima de Tiro, cuyo puerto fue uno de los más importantes del

Mediterráneo oriental. A su alrededor suelen leerse inscripciones en griego: el nombre de la ciudad (ΤΥΡΟΥ ΙΕΡΑΣ ΚΑΙ ΑΣΥΛΟΥ, «Tiro, la santa e inviolable»), junto con marcas de fecha según la era local, que permiten datar las piezas con gran precisión.

El peso de estos siclos era de unos 14 gramos de plata de altísima calidad, lo que los hacía ideales para grandes transacciones y, sobre todo, para el tributo del templo. Eran tan valorados que, incluso después de que Roma prohibiera la acuñación independiente de Tiro, se permitió continuar produciéndolos durante décadas, a fin de mantener el suministro necesario para Judea.

De este modo, cuando se piensa en las treinta monedas de Judas, no se trata de simples piezas de cambio, sino de objetos cargados de simbolismo. Por un lado, reflejan la ironía histórica: el Mesías fue tasado con monedas marcadas por iconos paganos; por otro, enlazan con el Antiguo Testamento, donde treinta siclos representaban el precio de un esclavo. Así, el siclo de Tiro se convierte no solo en una moneda, sino en un testigo material de la tensión entre lo sagrado y lo profano en los días finales de Jesús.

Para comprender mejor la dimensión de las treinta monedas de Judas, conviene traducir su valor desde el mundo antiguo hasta parámetros que podamos reconocer hoy. Los Evangelios señalan que Judas recibió «treinta siclos de plata», y, si aceptamos que se trataba de siclos de Tiro, cada uno pesaba en torno a 14 gramos de plata de gran pureza. En total, Judas habría recibido unos 420 gramos de plata.

En el siglo I, esa cantidad tenía un significado económico muy concreto. Un siclo equivalía aproximadamente al salario de cuatro jornadas de un trabajador agrícola. Por tanto, treinta siclos equivaldrían a unas 120 jornadas de trabajo, es decir, unos cuatro meses de salario. Si pensamos en el contexto de un jornalero medio

en Judea, este pago no era una fortuna inmensa, pero sí una suma respetable y suficiente para asegurar la subsistencia durante un tiempo prolongado.

Traducido a valores actuales, la cifra depende de dos factores: el precio de la plata en el mercado moderno y el salario medio de un trabajador. Si tomamos como referencia el precio de la plata (en torno a 800-900 euros por kilo en la actualidad), 420 gramos de plata equivaldrían a unos 350-380 euros. Sin embargo, esta comparación estrictamente metalúrgica resulta engañosa, porque en la Antigüedad el poder adquisitivo de la plata era muy superior al de hoy.

Si lo equiparamos al salario, el cálculo resulta más revelador. En España, de acuerdo con el SMI de 2025, por ejemplo, el salario mínimo ronda los 1200 euros mensuales. Cuatro meses de salario equivaldrían a unos 4800-5000 euros actuales. En ese sentido, el precio de la traición no fue una riqueza incalculable, sino una cantidad suficiente para seducir a alguien en una situación de conflicto interno, pero no lo bastante alta como para considerarla un soborno desproporcionado.

Este contraste subraya un aspecto fundamental: la fuerza simbólica de las treinta monedas no radica en su valor económico absoluto, está en lo que representan. El precio de un esclavo en el Antiguo Testamento, el salario de unos pocos meses de trabajo, fue la medida con la que se tasó la vida del Hijo del Hombre. Así, el relato no habla de riqueza, sino de desprecio: Jesús fue vendido al precio más bajo posible, lo que acentúa la gravedad del acto y su dimensión teológica.

Entrega o traición

La pregunta sobre si Judas «entregó» o «traicionó» a Jesús es clave, porque no depende solamente del hecho histórico, también de la traducción y del sentido teológico que se quiera transmitir. El matiz entre ambos verbos ha marcado la manera en que se ha entendido la figura de Judas a lo largo de los siglos.

En los Evangelios, el verbo griego más usado para describir la acción de Judas es παραδιδόναι (*paradidónai*), que literalmente significa «entregar», «poner en manos de otro» o «transmitir». Este término no tiene necesariamente una connotación moral negativa; de hecho, en otros pasajes se utiliza para hablar de la transmisión de enseñanzas y tradiciones. En este sentido, Judas habría sido quien *entregó* físicamente a Jesús a las autoridades, identificándolo con un beso en Getsemaní y poniéndolo en manos de quienes lo buscaban.

Sin embargo, cuando este acto se contextualiza dentro del círculo íntimo de los discípulos y en la gravedad de la pasión, el sentido se intensifica hasta convertirse en sinónimo de «traición». El gesto de Judas no fue una entrega neutra, sino una acción consciente que rompió la confianza de su maestro y del grupo. Por eso, en la tradición latina, el término *traditio* acabó teniendo un doble sentido: *traditio* como transmisión de la fe (en positivo), pero también *traditor* como traidor, el que entrega indignamente a otro. De ahí procede nuestra palabra «traidor».

En consecuencia, se podría afirmar que los Evangelios presentan el hecho como una entrega material, pero la tradición cristiana, sobre todo en su lectura moral y litúrgica, lo ha interpretado como una traición espiritual. Judas no solo puso a Jesús en manos de sus enemigos, sino que rompió el vínculo de amistad y discipulado, con lo cual su acto adquirió un carácter de traición en el sentido más humano y dramático.

Este doble matiz ha generado un debate teológico de fondo: ¿fue Judas un simple intermediario necesario en el plan divino, esto es, un hombre que *entregó* a Jesús para que se cumpliera la Escritura, o fue el traidor absoluto que, libremente, actuó por codicia y desesperación? La ambigüedad de la palabra griega deja espacio para ambas interpretaciones, lo que explica por qué Judas puede ser visto tanto como instrumento del designio divino como paradigma del hombre que traiciona la confianza más sagrada.

Final de María, madre de Jesús

Los Evangelios del Nuevo Testamento no ofrecen detalles específicos sobre el final de la vida terrenal de la Virgen María. Su papel en los Evangelios se centra principalmente en su vida y en los acontecimientos que rodean el nacimiento, ministerio y muerte de Jesús. Aquí se ofrece un resumen de lo que cada Evangelio menciona sobre María y su final según la tradición cristiana:

1. Evangelios de Mateo y de Marcos. Ambos Evangelios mencionan a María en relación con el nacimiento y la familia de Jesús, pero no proporcionan detalles sobre el final de su vida. Se centran en Jesús y mencionan a María en el contexto de su vida y ministerio.
2. Evangelio de Lucas. Lucas dedica más atención a María que otros evangelistas. Describe la anunciación, la visita a Isabel, el *Magnificat*, el nacimiento de Jesús y la presentación en el templo. Sin embargo, al igual que ocurre en los otros Evangelios, Lucas no proporciona detalles sobre la conclusión de su vida terrenal.
3. Evangelio de Juan. María está presente en momentos clave,

como las bodas de Caná y al pie de la cruz durante la crucifixión de Jesús, donde Jesús confía el cuidado de María a su discípulo amado. Pero no se menciona su muerte.

Aunque los Evangelios no relatan el final de María, la tradición cristiana, particularmente en las Iglesias católica y ortodoxa, sostiene que María fue asunta al cielo. Esta doctrina se celebra como la asunción de María, que sostiene que, al final de su vida terrenal, María fue llevada en cuerpo y alma al cielo. Esta creencia está basada en la tradición y en interpretaciones de la Escritura.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, se menciona a la Virgen María solo brevemente, y no se proporciona información detallada sobre el final de su vida. En Hechos 1, 14, se describe a María en el contexto de la comunidad de los primeros discípulos después de la ascensión de Jesús. Ella está presente en el aposento alto en Jerusalén, junto con los apóstoles y otros seguidores de Jesús, orando y esperando la venida del Espíritu Santo durante Pentecostés.

Esta creencia se basa en la enseñanza y en la tradición de la Iglesia. Aquí se presentan un resumen de estas tradiciones:

1. Asunción de María. La asunción sostiene que María, al final de su vida terrenal, fue llevada en cuerpo y alma al cielo. Esta doctrina enfatiza que, debido a su papel único como madre de Dios y su pureza sin pecado, María fue elevada al cielo por Dios. En la Iglesia católica, este evento es un dogma proclamado en 1950 por el papa Pío XII en la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*. En la Iglesia ortodoxa, la asunción o «dormición» de María también es una festividad importante, aunque con énfasis en su «dormición» o tránsito pacífico antes de ser llevada al cielo.

2. Iconografía y festividades. La asunción de María se celebra el 15 de agosto en ambas tradiciones, marcando su entrada en la gloria celestial y siendo un evento significativo reflejado en muchas obras de arte y prácticas devocionales.
3. Apócrifos y escritos tempranos. Algunos textos apócrifos ofrecen narrativas detalladas sobre su muerte y asunción. Estos escritos, aunque no considerados canónicos, han influido en la tradición y las creencias populares sobre el final de María.

En resumen, mientras que los Evangelios y los escritos del Nuevo Testamento no detallan el final de María, la tradición cristiana proporciona comprensión de su asunción como culminación de su vida dedicada a Dios y Jesús.

Significado de los lirios en relación con María: el símbolo en la portada

La Virgen María, figura central en el cristianismo, a menudo se asocia con diversos símbolos que reflejan sus virtudes y su papel en la tradición religiosa, entre los cuales el lirio ocupa un lugar destacado. El uso de lirios en la iconografía mariana es un símbolo que ha sido empleado durante siglos para representar varios aspectos de la personalidad y la misión de María.

1. Pureza y castidad. Los lirios, especialmente el lirio blanco, son universalmente reconocidos como símbolos de pureza y castidad. En el contexto de la Virgen María, este significado es particularmente relevante, ya que resalta la doctrina cristiana de su Inmaculada Concepción y su vida sin pecado. La pureza de María se entiende no solo en el sentido físico, sino también

espiritual, siendo un modelo de devoción y obediencia a la voluntad de Dios.

2. Anunciación. En escenas de la anunciación, donde el ángel Gabriel anuncia a María que será la madre de Jesús, el lirio a menudo es un elemento destacado. Se presenta como un signo de su aceptación pura y su cooperación en el plan divino. En estas representaciones, el lirio a veces es sostenido por el ángel o aparece en jarrones junto a María.
3. Renovación y esperanza. Además de pureza, los lirios son símbolos de renovación y nuevos comienzos, conceptos que se alinean con el rol de María en el nacimiento de Jesús, que trajo una nueva esperanza y salvación al mundo según la fe cristiana.
4. Belleza espiritual. La belleza del lirio también es vista como reflejo de la belleza espiritual de María. Su gracia y amor incondicional son comparados con la delicadeza y belleza de esta flor, haciendo del lirio un símbolo adecuado para representar las cualidades admirables de la Virgen.
5. Presencia en la liturgia y el arte. Los lirios no solo aparecen en el arte visual, sino que también son comunes en las ofrendas florales en iglesias dedicadas a María y durante celebraciones litúrgicas en su honor, reforzando su simbolismo.

La asociación de los lirios con la Virgen María profundiza la comprensión de su carácter y su papel en la fe cristiana, donde cada elemento simbólico enriquece la devoción y la espiritualidad de los creyentes.

Evangelio de Judas

Evangelio de Judas

El llamado Evangelio de Judas es uno de los textos más polémicos y fascinantes de la literatura cristiana antigua. No forma parte del canon bíblico, sino que pertenece al corpus de escritos apócrifos y gnósticos que circularon entre los siglos II y IV d. C. El texto, del que se conserva una copia copta datada en el siglo IV, fue hallado en Egipto en la década de 1970 y publicado oficialmente en 2006, generando un gran impacto tanto en la investigación académica como en los medios de comunicación. Su contenido ofrece una visión radicalmente distinta de la figura de Judas Iscariote y, por extensión, de la pasión de Cristo.

En el Evangelio de Judas, lejos de aparecer como el traidor maldito que condena a su maestro a la muerte, Judas es presentado como el discípulo más cercano a Jesús, el único que ha comprendido realmente su mensaje. El texto pertenece a una corriente gnóstica, probablemente vinculada a los cainitas, un grupo que solía reinterpretar las figuras más rechazadas de la Biblia (como Caín, Esaú o los habitantes de Sodoma) y dotarlas de un rol positivo en el

plan divino. Para esta corriente, Judas no habría sido el villano, sino el colaborador imprescindible en la misión de Jesús.

El núcleo del Evangelio se centra en una serie de diálogos secretos entre Jesús y Judas. Mientras los demás discípulos permanecen en la incomprensión, aferrados a un culto superficial, Judas recibe de Jesús una revelación especial. Jesús le confía que su Reino no es de este mundo y que su encarnación es una prisión para el espíritu divino. En esta clave gnóstica, la misión de Judas es liberar al Cristo interior del cuerpo físico de Jesús, permitiendo que retorne a la plenitud espiritual. Por eso, cuando Judas lo entrega a las autoridades, no lo hace por codicia ni por traición, sino por obediencia a una instrucción secreta del maestro.

Este cambio de perspectiva invierte radicalmente la tradición canónica. El beso de Judas en Getsemaní, que en los Evangelios sinópticos es signo de traición, aquí se convierte en un acto de fidelidad. Judas sería, en cierto modo, el «discípulo perfecto» porque entiende que la verdadera salvación no está en aferrarse a la carne de Cristo, sino en posibilitar que el espíritu se libere de ella. Esta reinterpretación, sin embargo, no fue aceptada por la Iglesia primitiva, que la consideró herética por negar el valor salvífico de la encarnación y de la cruz como hechos históricos.

El Evangelio de Judas nos revela la diversidad del cristianismo primitivo. En los siglos II y III coexistían comunidades con visiones muy diferentes de Jesús: unas lo entendían como el Hijo de Dios encarnado, cuya pasión y resurrección tenían valor redentor; otras, como los gnósticos, lo interpretaban como un revelador espiritual que vino a despertar la chispa divina en el hombre. En este segundo contexto, la figura de Judas se rehabilitaba como pieza clave del plan cósmico.

Desde el punto de vista cultural, el descubrimiento del texto ha

tenido un fuerte impacto. En la tradición occidental, Judas siempre había sido el arquetipo del traidor, pero este Evangelio ofrece una mirada alternativa que invita a reflexionar sobre la complejidad del personaje y sobre el hecho de que la historia la escriben los vencedores: lo que para la Iglesia oficial era herejía, para ciertos grupos gnósticos fue la verdad más profunda.

En definitiva, el Evangelio de Judas no es una fuente histórica directa sobre lo que ocurrió en los días finales de Jesús, sino un testimonio de cómo algunos cristianos reinterpretaron esos acontecimientos para dar sentido a su visión gnóstica del mundo. Pero sí constituye un documento de gran valor para entender la pluralidad del cristianismo de los primeros siglos y para comprender que la figura de Judas ha sido, desde los orígenes, objeto de lecturas contrapuestas: desde el traidor maldito hasta el discípulo privilegiado.

Reacción de los Padres de la Iglesia frente al Evangelio de Judas

Ya en el siglo II, mucho antes de que el manuscrito copto que hoy conservamos existiera, varios escritores cristianos polemizaban contra una secta conocida como los cainitas. Este grupo, dentro del amplio movimiento gnóstico, sostenía que los personajes bíblicos considerados malditos por la tradición judía —Caín, Esaú, los habitantes de Sodoma y, sobre todo, Judas Iscariote— eran en realidad los portadores de un conocimiento superior (gnosis) y que sus acciones habían formado parte del plan secreto de Dios para liberar la chispa espiritual de la materia corrupta.

El primero en mencionar directamente esta secta fue Ireneo de Lyon, en su obra *Adversus Haereses* (escrita alrededor del año 180). Allí describe a los cainitas como herejes que honraban a Judas

porque «conocía la verdad más que los otros apóstoles» y porque «llevó a cabo el misterio de la traición» para que, gracias a la entrega de Jesús, se cumpliera la redención espiritual. Ireneo denuncia con fuerza esta interpretación, acusándola de pervertir la fe cristiana al justificar el mal y subvertir el papel del Hijo de Dios en la salvación. Para él, Judas es el símbolo de la libertad humana mal empleada y de la perdición, no de la sabiduría secreta.

Poco después, Tertuliano, en su tratado *Contra todas las herejías*, volvió a atacar a los cainitas, acusándolos de celebrar a Judas como «iluminado» y de falsificar Evangelios que justificaban sus doctrinas. Tertuliano subraya que este tipo de escritos no provenían de los apóstoles, sino de sectas marginales que buscaban deformar la fe para adaptarla a filosofías paganas.

Orígenes, ya en el siglo III, también conocía estos grupos. Aunque no menciona directamente el Evangelio de Judas, sí habla de la existencia de Evangelios gnósticos atribuidos a apóstoles y discípulos. Para él, estas obras eran ejemplos de cómo Satanás inspiraba a falsos maestros para confundir a los fieles. Orígenes insiste en que la verdadera revelación está en los Evangelios canónicos, donde Judas aparece como paradigma de la traición y del pecado de desesperación.

Finalmente, Epifanio de Salamina, en el siglo IV, en su obra *Panarion* —una enciclopedia de herejías—, ofrece una descripción más detallada de los cainitas, mencionando que usaban un Evangelio de Judas. Epifanio describe con tono sarcástico cómo estos grupos justificaban el beso de Judas como obediencia a una orden secreta de Cristo, y denuncia que tal lectura es «blasfemia contra el Espíritu Santo». Para él, estos escritos eran «invenciones satánicas» que invertían la verdad, llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno.

Gracias a estos testimonios patrísticos sabemos que el Evangelio de Judas no es una invención tardía, sino que ya circulaba, al menos en germen, en el siglo II, vinculado a corrientes gnósticas concretas. La reacción de los Padres de la Iglesia fue un rechazo unánime no solo porque rehabilitaba a Judas, sino porque cuestionaba el núcleo mismo de la fe: la encarnación, la pasión y la cruz como actos históricos y salvíficos.

En definitiva, la polémica en torno al Evangelio de Judas no se redujo a un debate sobre un personaje incómodo, siendo parte de una batalla mayor: la definición de qué textos y qué interpretaciones podían considerarse «Escritura» y cuáles eran falsificaciones gnósticas. La condena de Ireneo, Tertuliano, Orígenes y Epifanio consolidó la visión oficial de Judas como traidor maldito, excluyendo cualquier posibilidad de redención, y relegó a los cainitas al campo de la herejía.

Agradecimientos

A vosotros, lectores, porque formáis parte de mi fe.

A los libreros; no dudáis, como Tomás, ni negáis, como Pedro.

A todo el equipo de Penguin Random House. En especial, a los comerciales, al ilustrador Nacho García Benavente; a la diseñadora Helena Boet; a los correctores Silvia García y Juan Antonio Segal; y a Ana Lozano, Juan Díaz y Núria Cabutí. También sois familia.

A fray Luis Quintana Giménez, presidente de los Comisarios de Tierra Santa en España y Portugal, y representante legal del Custodio de Tierra Santa en España, por prestarme tu sabiduría, por tu paz y porque haces tanto bien.

A fray Manuel Domínguez Lama, por cada emoción que me transmites y cada consejo que me das cuando me lees.

A fray Pedro González González y a todos los franciscanos de la Real Basílica de San Francisco el Grande, de Madrid, porque también sois mi casa.

A María Díaz-Ripoll Lozano, directora de la revista *Tierra Santa*, y a todo tu equipo, por dejarme escribir en vuestras páginas.

A Ramón Camblor, Miguel Sánchez Canales, Blanca Vives, Fernando Gómez, Javier López y toda la familia de Telemadrid, por

ofrecerme una oportunidad diferente y creer en mí.

A todo mi equipo de Catorce Comunicación, por apostar por mí. Juntos somos más fuertes.

A mi equipo de 47 Ronin Kai Guijo y Ferrán Marín † (te echaré siempre de menos, amigo).

A José Carlos Sanjuán y Monforte y a la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén, porque compartimos fe y pasión.

A Paloma Gómez Borrero †, porque nunca te olvidaré.

A José Luis Viña, que no dejas de pensar en nosotros.

A Adela Cano, a María José Cámara y a José Luis Sada, que nos protegéis desde lejos.

A Juan Manuel Medina, por cada palabra, por estar cerca, por la admiración.

A Rodrigo Costoya, por tanta generosidad.

A Belén, Óscar y familia «Betu», por tantas charlas que nos quedan por compartir.

A Pippo Silvestroni, lo tuyo es fe ciega, pero te lo sigo agradeciendo.

A Diego Chapinal y familia, porque nunca os olvido.

A Gonzalo Abadía y familia, porque seguimos creyendo y creciendo juntos.

A Rubén Díaz Alcalde y familia, porque nunca he olvidado vuestras enseñanzas.

A José Muro y todo su equipo, porque seguimos creyendo en el futuro.

A José Manuel Querol y Aurora Antolín, porque siempre encuentro un momento para pensar en vosotros cuando empiezo una historia nueva.

A José Antonio Lorente y Begoña Remón, porque siempre tenemos pendiente un abrazo más.

A Fernando Andrés y Marta García, mis socios, mis amigos.

A Juan Tranche, mi *frater.* Gracias de nuevo por tu sabiduría.

A Dani Flaco, Marta Naharro y familia, porque a pesar de la distancia, siempre os siento cerca.

A Gonzalo Albert, nunca dejas de tener fe en mis historias.

A Rubén Fernández y Olaya Taboada, padrinos, porque os queremos con locura.

A Víctor Parrado, que nunca ha dejado de cabalgar a mi lado.

A mi familia:

A Loreto y a mi padre, Juan Carlos.

A mis suegros, Manolo y Finuca.

A mi hermana Aïnhoa y a mi madre, Guadalupe.

Sois una parte importante de mi fe.

A Aurora y Sofía, porque veros crecer junto a nosotros es de lo más bonito que he vivido. Porque mientras creo que os enseño, no dejo de aprender de vosotras. Os quiero, loquitas. Sois imprescindibles en mi vida.

A Patricia, la mujer de mi vida, porque todo cobra sentido cuando estás a mi lado y lo comparto contigo. Tú eres, como madre, mi fuente de inspiración para esta novela. Sin ti junto a mí nada tendría valor. Te amo.

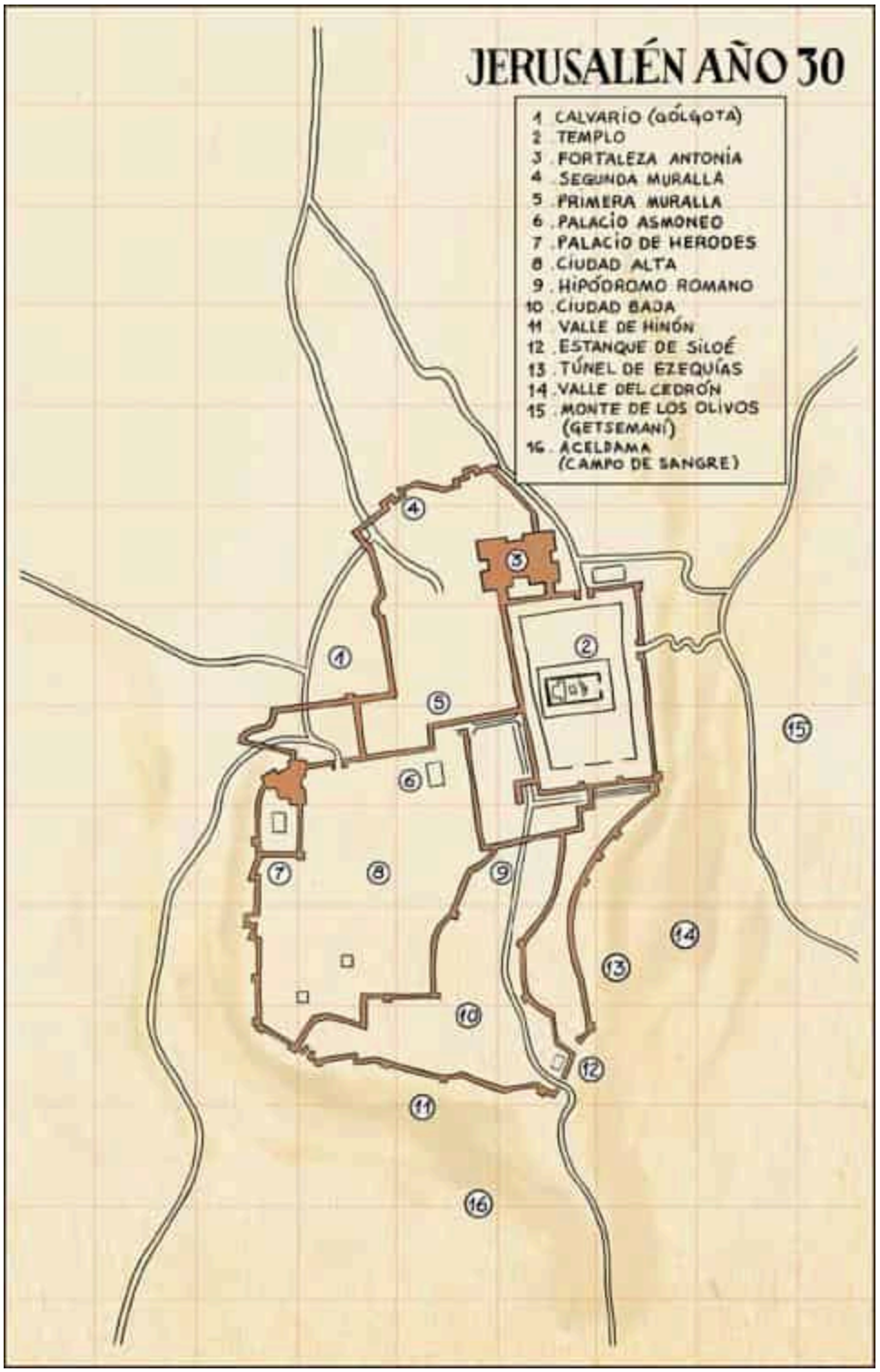
A Luca, porque verte cada día, despertar cada mañana junto a ti y darte un beso de buenas noches es la evidencia de que los milagros existen. Espero no defraudarte nunca, mi pequerrechín. Te quiero con locura.



Juan 16, 33

Esta novela se terminó el 22 de diciembre de 2025.


ISRAEL SIGLO I
MAR MEDITERRÁNEO
CAFARNAÚM
MAGDALA
JOTAPATA
TIBERÍADES
CANÁ
NAZARET
NAÍN
MEGUIDO
GALILEA
DECÁPOLIS
CESAREA
ESCITÓPOLIS
SALIM
ENÓN
GERASA
SAMARIA
ARIMATEA
ARQUELAIS
EMAÚS
JERICÓ
JERUSALÉN
BETFAGÉ
BETANIA
BELÉN
JUDEA
HERODIÓN
HEBRÓN
MAQUERONTE
IDUMEA
MASADA
NABATEA


JERUSALÉN AÑO 30
1 CALVARIO (GÓLGOTA)
2 TEMPLO
3 FORTALEZA ANTONIA
4 SEGUNDA MURALLA
5 PRIMERA MURALLA
6 PALACIO ASMONEO
7 PALACIO DE HERODES
8 CIUDAD ALTA
9 HIPÓDROMO ROMANO
10 CIUDAD BAJA
11 VALLE DE HINÓN
12 ESTANQUE DE SILOÉ
13 TÚNEL DE EZEQUÍAS
14 VALLE DEL CEDRÓN
15 MONTE DE LOS OLIVOS (GETSEMANÍ)
16 ACELDAMA (CAMPO DE SANGRE)

La traición de un amigo.
El conflicto de una madre.
La fe de un centurión.
Tres destinos. Un único desenlace: la muerte del hijo del hombre.



Jerusalén, siglo I. La Pascua se acerca y Jesús de Nazaret está a punto de ser entregado a los hombres que lo juzgarán y condenarán a muerte. Al menos así se lo ha manifestado a sus más allegados. Con todo, quiere entrar en Jerusalén y enfrentarse a escribas y fariseos, lo que para sus discípulos supondrá un camino sin retorno.

A pesar de las amenazas del Sanedrín y de Roma, el carpintero de Galilea tiene claro su propósito. Sin embargo, y bajo la atenta mirada de un centurión que se debate entre el deber y la fe, dos de las personas más importantes de su vida están destinadas a cambiar

el curso de los acontecimientos para siempre: uno de sus mejores amigos, Judas, aquel llamado a ser el hombre más odiado de la humanidad, y su madre, María, aquella que se convertirá en la mujer más amada de la historia.

Con una prosa llena de sensibilidad y fuerza narrativa, Christian Gálvez retrata uno de los momentos más apasionantes de la historia de la mano de tres personajes icónicos: la madre de Jesús, un apóstol y un centurión. Y nos dibuja la pasión como nunca antes la habíamos leído, porque esta vez la narran aquellos que lo perdieron todo.

Esta es, sin lugar a dudas, una historia sobre el SACRIFICIO.

Christian Gálvez (Madrid, 1980) ha sido uno de los rostros de Mediaset España durante más de veinte años y ahora desempeña su labor en Telemadrid. Desde 2009 compagina su trabajo en televisión con la literatura, donde destacan sus ensayos sobre Leonardo da Vinci y sus novelas ambientadas en el Renacimiento italiano y en la Segunda Guerra Mundial, todos ellos publicados en Penguin Random House. Entre sus ensayos destacan *Leonardo da Vinci: cara a cara*, galardonado con el Premio al Mejor Trabajo Periodístico de Investigación Científica por la Academia de Ciencias y Artes de la Televisión. Es miembro del Leonardo DNA Project, un proyecto internacional cuyo objetivo es crear ideas sobre la vida y obra de Leonardo da Vinci a través de la aplicación de herramientas de avance rápido en biología, ciencias moleculares y antropología en estrecha asociación con la experiencia de la historia y las artes. Fue comisario de la exposición española «Leonardo da Vinci: los rostros del genio» en España e Italia desde 2018 hasta 2020 para conmemorar el 5.º centenario de la muerte del genio florentino. Asimismo, es miembro del Consejo Internacional de Museos (ICOM), de la Asociación Española de Museólogos y del Centro Español de Sindonología. Es patrono de QSDGlobal, la Fundación Europea por las Personas Desaparecidas, y embajador de FEDER, la Federación Española de Enfermedades Raras. Pero, sobre todo, es un marido y un padre feliz. *He vencido al mundo* es su quinta novela.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Christian Gálvez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Mapas: Nacho García Benavente

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Imagen de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Shutterstock, © iStock y © Alamy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-69-9

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

He vencido al mundo
Nota del autor
Un día antes de la crucifixión
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Cinco días antes de la crucifixión
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Cuatro días antes de la crucifixión
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Tres días antes de la crucifixión

Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Dos días antes de la crucifixión
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Un día antes de la crucifixión
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
El día de la crucifixión
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Un día después de la crucifixión
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Dos días después de la crucifixión
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Tres días después de la crucifixión
Capítulo 49
Capítulo 50
Domingo de Resurrección
Epílogo
Apéndices
Nota del autor
Galería de personajes
Datos de interés
Evangelio de Judas
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Christian Gálvez
Créditos